

MARES

WENDY DARLING

Volumen dos



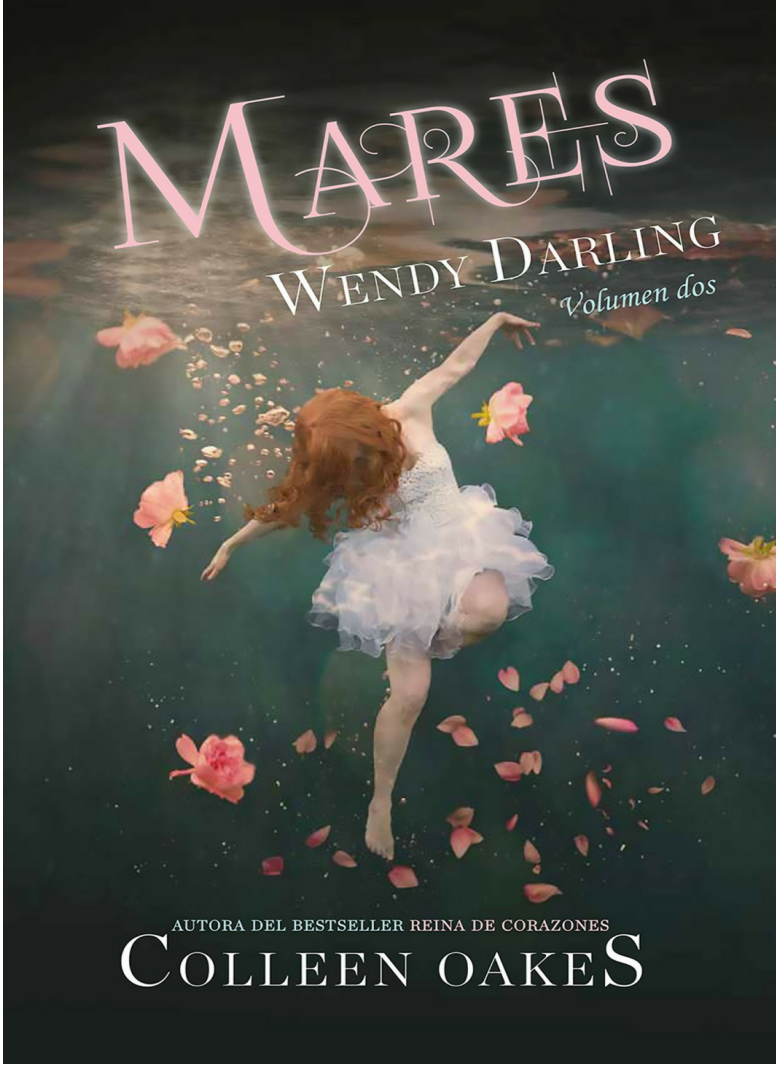
AUTORA DEL BESTSELLER REINA DE CORAZONES

COLLEEN OAKES

MARES

WENDY DARLING

Volumen dos



AUTORA DEL BESTSELLER REINA DE CORAZONES

COLLEEN OAKES

img1.jpg

img2.png

ifMeE-

t/i \

■ I/

7 11

25

37

47

59

73

103 H9₁₂5 89 133

145

^ V

//

MW¹ \

\n

Mares. Wendy Darling/ Colleen Oakes

Seas. I Wendy Darling 2

© 2016, Colleen Oakes. Esta traducción se publica bajo acuerdo con SparkPoint Press, una división de SparkPoint Studio. Todos los derechos reservados.

D.R. © Selector S.A. de C.V. 2015 Doctor Trazo 120, Col. Doctores,
C. P. 06720, México D.F.

D. R. v¹ Carolina Lewis y Matilda del Ángel, traducción D.R. © Genoveva Saavedra García, portada

D.R. ¹ Hayley Roberts / Arcángel (www.arcangel.com), loto de portada

íG:

0^{sn} ' i . :-t>.....

1 // .

V/ 'VG

.///

169 ICK **157** 195

211

225 247

261

277 281 **305**

313

' / I \\ó

ISBN: 9M S-60~ñ3-hS0-l ISBN: Sr<S-6(r-ñ3-hS6-3 (eBook)

Primera edición: mayo de 2017

Características tipográficas aseguradas conforme a la ley. Prohibida la reproducción parcial o total mediante cualquier método conocido o por conocer, mecánico o electrónico, sin la autorización de los editores.

Impreso en México *Printed in Mexico*

LA ISLA DE PAN

P

eter se arrodilló junto a John, el general caído en desgracia que yacía en medio del círculo de muchachos perdidos. Algunos parecían confusos, otros molestos. Su camisa desgarrada se hallaba manchada con gotas de sangre que bajaban de sus hombros. El cabello rojo de Peter caía sobre sus ojos verde esmeralda, una vez más de su color natural después de haber sido azul marino los tres días que siguieron al escape de Wendy y Michael. Su voz, que había estado gritando venenosas palabras de odio, ahora se había suavizado, consoladora.

—John, quiero creer que no tenías ni idea de que Wendy y Michael se irían. Quiero pero no puedo —su mano se aferraba con fuerza al hombro de John, las uñas sucias perforando la piel del muchacho. John sollozó.

—¡No sabía que iba a escaparse, Peter, lo juro! ¡Sabía que quería irse, pero pensé que la había convencido de quedarse! No sabía que iba a robarse un bote —explicó mirando al suelo—. Y no tenía idea de que iba a llevarse a Michael —una lágrima resbaló por la nariz del niño mientras exclamaba—: ¡Wendy no es tan valiente! Jamás pensé que se iría!

Peter suspiró, como si la carga de la culpa de John le pesara especialmente. Se paseó alrededor del chico en círculos, hablando fuerte.

—Tienes razón en una cosa, John: Wendy no es valiente. Wendy estaba asustada, asustada por lo que sentía hacia mí, que tantas emociones fueran demasiado fuertes para su débil y femenino corazón.

Peter dejó de andar y se elevó por encima de John, de modo que sus pies rozaban la cabeza de éste. Los niños perdidos los miraron asombrados. Peter levantó los brazos en el aire.

—¡Mi amada sólo necesitaba tiempo para pensar y Garfio la secuestró! —gritó.

Los niños perdidos sacudieron los brazos en el aire con rabia mientras proferían gritos y gemidos. Peter continuaba azuzándolos:

—¡Ella podría haber sido nuestra madre! —gritó—. ¡Habría sido mi reina! ¡Estaba destinada a cuidarnos!

Dos de los niños más chicos lloraban. Peter entrecerró los párpados y miró a John, quien sollozaba sin pudor a sus pies. Una mueca sonriente se extendió a lo largo del rostro de Peter.

—No se preocupen, chicos; la traeremos de vuelta cuando el tiempo sea oportuno. El capitán no tiene idea de lo que su tonta decisión va a costarle. En cuanto a Wendy... —dijo mirando hacia el horizonte, donde el mar se retorció furioso sobre sí mismo, las olas dándose caza hasta un espumoso olvido—... Wendy será mía. Sólo tengo que ser paciente.

Con un suspiro, volvió a colocarse frente al rostro de John, levantándole la barbilla con la mano. Una lágrima rodó por la mejilla de John. Peter se la enjugó, molesto. La cálida brisa de Nunca Jamás hacía vibrar las hojas alrededor de ellos, enviando a una pequeña parvada de aves color azul pálido hacia el mar turquesa. La seriedad de Peter cambió de pronto. Su intensidad dio paso a un tono juguetón; sus puños cerrados se convirtieron en palmas abiertas. Acercó el rostro a John.

—John, necesito que hagas algo por mí —le indicó—. Algo que probará tu lealtad más allá de toda duda. Tienes que hacerme creer. Tienes que hacer a tus hermanos creer.

—Lo que sea—murmuró John, desesperado—. ¡Haré lo que sea!

Peter sonrió, y sus blancos dientes brillaron bajo la luz del atardecer.

—Bien —dijo—. Y una vez que lo hagas, prometo que te convertiré en general de nuevo. Será como si nada hubiera ocurrido.

John pasó saliva.

—¡Haré cualquier cosa, Peter! —prometió, extendiendo la mano para tocarlos dedos de Peter con una mueca de dolor. La espalda del chico todavía dolía gracias a los latigazos que le habían propinado los otros dos generales. Se mordió el labio inferior para no gemir. Peter se levantó y ayudó a John a ponerse de pie con gentileza.

—Me alegra escucharlo, John —respondió, magnánimo—. Me alegra mucho. No te arrepentirás.

John se preguntó dónde estaría su hermana, y qué estaría haciendo en aquel preciso momento. Peter sonrió, malicioso.

—Comencemos —dijo.

L

os grilletes en las muñecas de Wendy rechinaban con cada sacudida de las olas conforme el *Noche Repentina* encontraba su camino por el enloquecido mar que lo rodeaba. La mayoría de los barcos, pensaba Wendy, entendían que estaban a merced del oleaje y navegaban pacíficos a través de él, montando cada ola cual dóciles pasajeros. No era así para el *Noche Repentina*. El barco del capitán Garfio, un enorme monstruo negro, rompía las olas con furia inaudita, retando a cada una, desafiando al mar a duelo con cada uno de sus embates. Era un viaje violento, y si llevabas las muñecas encadenadas a la pared con pesados eslabones, las olas grandes podían hacerlo muy doloroso. Wendy podía sentir el rugir del mar que se agitaba hambriento, y trató de protegerse aferrando sus dedos a uno de los muchos anillos de hierro que colgaban sobre su cabeza.

—¡Michael, sostente, es una gran...! —gritó, y no había terminado de decir las palabras cuando la nave osciló violentamente hacia la derecha.

Su cuerpo se elevó sobre los aires y sus tobillos se retorcieron, con los rizos castaños golpeando su rostro. Una corriente de aire flotaba bajo ella, elevándola, y luego... *slam*. Las cadenas se estiraron hasta su límite, lo que provocó una dolorosa lucha entre su cuerpo, sacudido por el viento, y sus brazos, sujetos a la pared. El *Noche Repentina* oscilaba ahora hacia el otro lado, y su cuerpo fue lanzado otra vez contra la pared negra, mojada y pegajosa debido a la sal del océano. Su cara la rozó antes de que cayera de rodillas. Algo de aquella sustancia alcanzó a meterse en su boca, lo que hizo que le dieran arcadas. El esqueleto encadenado en un rincón la miraba en silencio con una macabra sonrisa, sus huesos sacudiéndose sin descanso debido a los movimientos del mar. Las olas se detuvieron por unos momentos y Wendy se obligó a pasar la bilis por su garganta.

—¡Michael! ¿Estás bien? —preguntó mientras trataba de sobarse las muñecas bajo los grilletes. Sangraban y se habían despellejado; le dolían pero también le daban mucha comezón, lo que implicaba que rascárselas era doloroso y al mismo tiempo increíblemente satisfactorio. Rechinando los dientes, Wendy comenzó a meter los dedos dentro de los grilletes, suspirando con placer cada vez que sus sucias uñas le arañaban la piel. La sal bajo sus uñas provocaba que el dolor pareciera extenderse más allá de la herida. Se rascó con determinación, haciendo que cada arañazo contara.

—Wendy... dijiste que no había que rascarse —la regañó una vocecita.

Michael, su diminuto y normalmente activo hermanito de cinco años, yacía junto a ella también encadenado, con pequeñas cadenas y pequeños grilletes adaptados para mantener a los niños bajo la cubierta, en aquel infierno húmedo. ¿Quién guardaría cadenas como aquellas en su nave? *Garfio es perfectamente capaz. Bastardo infeliz.*

Wendy se inclinó sobre su hermano menor tanto como se lo permitían las cadenas, acomodándolo en el hueco de su codo, enroscando su pequeño cuerpo contra el de ella.

—Está bien —le susurró—. Todo va a estar bien.

La muchacha mentía y él lo sabía; por esa razón la ignoró y continuó mirando hacia la pared. Su vocecita golpeada se elevó desde las entrañas del barco.

—Desearía que nunca nos hubiéramos marchado de la Isla de Pan. Por lo menos ahí teníamos una cama.

Wendy cerró los ojos. Esta vez era la centésima en que mantenían la misma

conversación, pero se esforzó por ser paciente. Para un niño de cinco años, cosas como una cama y comida que no les arrojaran en tazones mugrosos como si fueran animales eran de la mayor importancia. Ella había intentado explicarle a Michael por *qué* se lo había llevado de la Isla de Pan, *por qué* había arriesgado la vida de los dos para escapar, sabiendo que Peter no dudaría en utilizar la seguridad de Michael para manipular a Wendy y forzarla a amarlo. Trató de explicarle a su hermanito cómo se había enamorado Peter de ella: de forma peligrosa, obsesiva y codiciosa. Peter quería ser dueño de Wendy, y pensaba que podía forzarla a quererlo de vuelta. Lo que ella no le había contado a Michael era cómo Peter la había tomado entre sus brazos para dejarla caer sobre el océano, sólo para cazarla un segundo antes de que se estrellara contra las olas, o cómo le había gritado a la chica que jamás podría volver a casa. Ella no le había contado de los moretones y las heridas que Peter le produjo a Campanita, el hada prisionera del amor de Peter Pan. No, ella no quería asustarlo más de lo que ya estaba. En lugar de eso intentaba hacerle entender a su cerebro de cinco años que Peter era muy, muy peligroso. Michael parecía aceptar ese hecho, pero se sentía tan miserable en su estado actual, en que no podía hacer nada más que dar la vuelta sobre sí mismo, temblando junto al costado de Wendy, con el rostro pálido, que le costaba no pensar en las alternativas. Le rompía el corazón a Wendy ver a su hermano, normalmente alegre e inquieto, tan aterrado.

Llevaban prisioneros sólo tres días, contando los atardeceres a través de una ventana diminuta salpicada con agua de mar, a veces totalmente sumergida en el océano. Al tercer día Wendy había divisado un pequeño pez negro con marcas amarillo canario en la cola que mordisqueaba la escotilla. Ella se lo había señalado a Michael, y durante algún tiempo construyeron una historia acerca de aquel pececillo, de dónde venía y hacia dónde iba, sobre su familia y sus amores. Resultó ser un error. Hablar de la familia los había sumido a ambos en la tristeza, y lloraban juntos al recordar a sus padres, George y Mary Darling, a quienes sabían que jamás volverían a ver. Cuando Peter los sacó a través de la ventana del cuarto de los niños, les había dicho que el tiempo era distinto en Nunca Jamás y que sus padres ni siquiera sospecharían que se habían ido.

Eso no era verdad. Nada de lo que decía Peter Pan era verdad.

Cada una de las palabras que salían de su lengua seductora había sido una mentira. Su innegable belleza y su considerable encanto le sirvieron para

engañarlos. Wendy había terminado por entender que sus padres probablemente ya daban a los tres niños Darling por muertos. Al pensar en su gigantesca pena, Wendy luchaba por no perder la cabeza. *¿Qué hemos dejado atrás? ¿Por qué confié en Peter? ¿Habrían culpado a Booth, el chico que me amaba en Londres; por nuestra desaparición?*

Cuando no le causaban dolor, sus recuerdos eran el único escape de la sal y la oscuridad. Con Michael acurrucado en su regazo, pensaba en la forma en que Booth la había besado, en la manera en que el muchacho leía los libros, con el ceño fruncido como si quisiera absorber cada una de las palabras de la novela, perdido dentro de la página. Cuando eran niños, ella podría haberle arrojado una manzana a la cabeza sin que él se diera cuenta. Sin embargo, todo había cambiado. Ella recordaba cómo él había acariciado su rostro y la había mirado, la manera en que él le dio a entender que tenía fe en todo lo que ella era y todo lo que podía llegar a ser, y cómo la deseaba por completo. Recordaba esto y luego miraba los grilletes en sus muñecas y pensaba que quizá jamás volvería a verlo. Wendy se dejaba arrastrar entonces por una corriente de desesperanza, en la que habría sido tentador ahogarse de no haber estado a cargo de Michael.

Gracias a su hermano menor, ella debía mantener un cierto optimismo, e incluso si su voz temblaba al cantarle canciones de cuna dentro de la tenebrosa prisión, ella no podía permitirse dejar de cantar. Debido a Michael, no podía permitirse pensar en John, el hermano que había dejado a merced de la locura de Peter. John, cegado por su propia necesidad de aprobación, adoraba al chico volador con un fervor que parecía religioso; John había declarado que Nunca Jamás era su hogar. El hermano que prácticamente había olvidado su vida antes de Nunca Jamás. *El hermano que había amenazado mi vida.*

Incapaz de dormir la mayor parte de las noches, Wendy permanecía despierta con el brazo alrededor de Michael, y en algún punto entre sus plegarias desesperadas se juraba a sí misma que un día llevaría a sus dos hermanos a casa, de regreso por la ventana del cuarto de los niños, de regreso con sus padres. De alguna manera, algún día, un día en que las cadenas no lastimaran sus muñecas y no hubiera un muchacho volador afuera que quisiera poseerla con desesperación, ese día ella los llevaría de vuelta a casa. Pero por ahora se encontraban prisioneros, con un macabro esqueleto por única compañía.

Habían pasado tres días infernales, cuando la puerta que estaba arriba de

las escaleras se abrió por fin. Wendy envolvió a Michael en sus brazos para protegerlo. Era probablemente el mismo pirata asqueroso, pensó ella, un hombre desgarrado llamado Redd con una raída barba pelirroja. Le habían sacado un ojo, y en su lugar se hallaba una cicatriz infectada que supuraba una sustancia verde con la consistencia de las lágrimas. Redd la asqueaba, pero a pesar de su repulsiva apariencia y el modo incómodo en que miraba los bordes de su falda, ella siempre se alegraba de verlo, pues él traía la comida. Pescado seco y rebanadas de pan duro era todo lo que recibían, y por ello Wendy se encontraba infinitamente agradecida. La muchacha trataba de asomarse hasta el peldaño superior de las escaleras, esperando escuchar los pasos vacilantes de Redd. Pero lo que vio en su lugar fue una silueta voluminosa que se extendía por el umbral. El pecho de la chica se contrajo de pavor cuando escuchó las pesadas botas que avanzaban hacia ella. Observó su rostro bajo la luz amarillenta y Wendy trató de ocultar un jadeo, empujando a Michael con más fuerza contra su cuerpo. Levantó la barbilla, tratando de esconder el miedo en su voz. Las manos le temblaban.

—Por favor, no lo lastime —logró articular.

Smith la miró; sus gruesos antebrazos se hallaban cubiertos de ásperos vellos negros. Tatuajes de ángeles y demonios adornaban sus enormes brazos, tan fornidos que hacían a Wendy pensar en rocas. Sobre ellos, algunos demonios se asomaban entre los árboles, con las colas retorcidas oscilando entre las venas del pirata. Dos enormes alas tatuadas le recorrían ambos lados del cuello, enroscándose en cada una de sus mejillas. Wendy pasó saliva y sintió la fría puñalada del miedo cuando los oscuros ojos del hombre se posaron sobre ella. La chica había visto a ese mismo pirata degollar a un niño sin pensarlo dos veces. *Kitoko*. La sangre del capitán había salpicado su rostro; no podía olvidarlo.

—¿Me reconoces, pequeña mocosa? —preguntó el hombretón.

Wendy lo miró de regreso, con sus ojos color avellana abriéndose en la oscuridad.

—Tú mataste a Kitoko. Yo te vi hacerlo.

—Ah, ¿era así como se llamaba? No sabía —respondió el pirata mientras sacaba una daga larga y afilada con la que comenzó a acariciarse la barbilla—. Claro, ahora lo recuerdo. Pude sentir la sangre en su yugular. El mejor sentimiento en todo el mundo, cualquier pirata estará de acuerdo conmigo.

Wendy trató de alejar la vista, asqueada, mirando en cambio las largas

sombras que se proyectaban en las paredes del barco.

—Eso pensé —le dijo Smith—. Ahora vendrás conmigo, porque tenemos cosas que hacer arriba. El niño se queda.

—¡NO! ¡NO! —gritó Wendy con todas sus fuerzas—. Michael debe venir conmigo. Por favor. ¡Debemos permanecer juntos!

Smith le apretó el brazo.

—No, no hay razón para eso —le aseguró—. El capitán sólo quiere verte a ti. El niño se queda.

—¡No! ¡No! ¡No se lleve a mi Wendy! —gritaba Michael intentando aferrarse a la pierna de su hermana, llorando desesperado—. ¡Wendy! ¡Detenlo!

—¡Michael! —gritó la muchacha, sin remedio.

Smith, impasible, se inclinó sobre la chica para abrir sus grilletes y liberarla. Wendy luchó con todas sus fuerzas contra él sin resultado alguno.

—¡Por favor, no haga esto! —le suplicó—. ¡Lo que sea que esté haciendo, por favor! ¡Sólo es un niño! No dará problemas, se lo prometo. ¡No puede dejarlo aquí abajo a él solo!

Smith sonrió antes de responder:

—Pero si no está solo. Tiene a Paulo para hacerle compañía —aclaró señalando el esqueleto—. Es tímido, sólo se despierta cuando hay una sola persona aquí, de acuerdo con el código de los piratas —luego dirigió una horrible mirada a Michael—. No te preocupes, sólo se comerá tus dedos. Uno por uno.

Michael dejó escapar un grito aterrorizado al tiempo que Wendy era liberada de sus cadenas.

La muchacha cayó en los brazos de Smith, y de inmediato trató de separarse de su zarpa de hierro, retorciéndose. El hombre suspiró.

—Te estás poniendo histérica, como buena mujer que eres —le dijo—. Cálmate o tendré que cortarte la oreja.

En ese instante ella sintió el frío de la hoja del cuchillo en su mandíbula. Smith giró a Wendy para mirarla a la cara, empujando el cuerpo de la muchacha firmemente contra su pecho. Ella se retorció, incómoda.

—¿Adonde me lleva? Por favor, no nos separe. ¡Por favor, se morirá si se queda solo! Por favor... —volvió a suplicar.

Michael sollozaba sin control, tratando de zafar las muñecas de los pequeños grilletes.

—No te preocupes —dijo Smith—, seré gentil con él. Es demasiado pequeño como para pelear. Se parece a ti.

Ella sintió la mano del pirata recorriendo su vestido. Sintiéndose acorralada, Wendy hundió los dientes en la muñeca del hombre.

—¡Grrrr! ¡Perra maldita! ¡Me mordiste! —gritó el pirata, furioso.

Smith la miró incrédulo antes de echarse a reír.

—¡Me mordiste! ¡Ninguna mujer me había mordido desde la última vez que estuve en Puerto Duette! Y ella estaba desnuda, así que dolió un poco menos.

Luego la abofeteó con fuerza. El rostro de Wendy recibió el golpe con tanta dureza que por un momento temió que se hubiera roto el cuello. Sintió que las orejas le zumbaban antes de caer al suelo, con un lado del rostro totalmente paralizado. Respiró hondo y cerró los ojos para enjugarse las lágrimas que le empañaban la vista. En silencio se puso delante de Michael con los brazos extendidos y las manos temblorosas. La voz le temblaba también cuando rogó:

—Por favor, señor, no lo lastime. Se lo estoy pidiendo de la manera más educada posible.

Smith resopló y comenzó a imitar la voz de un aristócrata británico:

—Mi muy estimada señorita Darling, por favor acepte mis disculpas al tiempo que le informo que se encuentra usted en un barco pirata —y luego agregó, ya con su verdadero tono de voz—. Tus buenos modales no significan nada para nosotros.

Acto seguido, con terrorífica rapidez, lanzó a Wendy sobre las escaleras y gritó:

—¡Más te vale ir subiendo! El capitán quiere verte. No le gusta que lo tengan esperando... créeme.

Smith comenzó a subir las escaleras tras la muchacha, ignorando el llanto de Michael, quien luchaba irremediabilmente contra sus cadenas.

—¡No me dejes! ¡No me dejes! —gritaba el pequeño.

Wendy gritó de vuelta por encima del hombro de Smith:

—¡Michael, volveré muy pronto! ¡Cuéntate la historia del príncipe mago y la malvada bruja, y cuando la hayas contado cien veces, habré vuelto!

El rostro empapado de Michael la miró tembloroso, con los pómulos hundidos y los ojos encarnados:

—¿Me lo prometes? —preguntó.

Wendy miró a Smith, quien se encogió de hombros.

—¡No puedo prometértelo! ¡No puedo, pero haré todo lo posible, Michael!

¡Tequiero!

El niño se deshizo en chillidos histéricos, enterrando la cabeza entre sus manitas. Wendy sintió que el corazón se le partía en mil pedazos como si estuviera hecho de cristal. Smith miró al pequeño con una siniestra mueca:

—¡Disfruta la compañía de Paulo! —le dijo—. ¡Tiene debilidad por los niños pequeños!

El pirata azotó la puerta tras él, empujando a Wendy a través de un corredor mal alumbrado. Los gritos de Michael se atenuaban conforme la muchacha recorría las entrañas del *Noche Repentina*. Dieron vuelta a la derecha, y luego otra vez a la derecha, tratando de alcanzar el centro de la nave. Wendy miraba sus pies mientras caminaba, y se alegró de ello cuando el barco osciló y la arrojó contra una pared de madera que le dejó las manos astilladas. Smith ni siquiera trastabilló.

—Sigue avanzando, niña —fue todo lo que le dijo.

El pasillo desembocó en una cámara circular con un agujero en el centro. Wendy miró hacia arriba y tuvo que tragar saliva. Alzándose ante ellos se encontraba una enorme escalera de caracol, con los escalones hechos de madera pulida y el pasamanos de... ¿mármol? Wendy lo tocó y soltó un chillido. Alrededor de ella y hacia arriba del barco se encontraba la escalera hecha de huesos humanos. Largos fémures se unían con huesos más cortos para construir el barandal, y cada uno brillaba debido a los cientos de manos que los acariciaban al pasar cada día. Manos esqueléticas marcaban el final de cada escalón, como si detuvieran el peldaño en el aire.

—¡Muévete! —le ordenó Smith.

Wendy pisó sobre el peldaño con cuidado. Era sorprendentemente sólido. Continuó subiendo, haciendo todo lo posible por no tocar los huesos, aunque con cada oscilación del barco se veía obligada a aferrarse al barandal para evitar caer hacia el abismo.

—Son unos bárbaros —dijo la chica con disgusto mientras trataba de sacudirse un extraño copo blanco que le había caído en el hombro.

Smith sonrió.

—La llamamos escalera risueña, y se encuentra justo a la mitad del barco. ¿Por qué dejaríamos que los huesos de nuestra tripulación se desperdiciaran? Una vez que eres parte del *Noche Repentina*, te quedas con nosotros para siempre. Estos son los huesos de mis hermanos —explicó mientras le daba golpecitos afectuosos al barandal—. Algún día espero ser parte de la cabecera

de la cama del capitán. Esa es toda la acción que me va a tocar ver —agregó, riéndose.

Subieron y subieron. Wendy no alcanzaba a ver qué tan grande era el barco. La altura en sí misma era formidable; ella comenzó a contar los distintos niveles de la escalera, cada uno marcado por un esqueleto entero que se tendía al final de la barandilla. Sobre la cabeza llevaban pintado el número que indicaba el nivel: 3... 4... 5... el único vistazo que Wendy había podido echarle al *Noche Repentina* era de las partes exteriores, cuando la habían capturado en su gigantesca red negra. El barco era más enorme que ningún otro que hubiera visto antes, y le había sorprendido cuánto tuvieron que elevarse por encima de las olas para ser izados a cubierta. Michael se había puesto rígido, su piel completamente azul, y toda su fuerza se concentró en devolverle la vida. *Y ahora lo acababa de dejar en un calabozo a merced de la muerte.*

—De acuerdo, preciosa —indicó Smith—, este nivel es la cubierta del capitán, cubierta siete.

—¿Cuántos niveles existen? —preguntó Wendy.

—¿Cubiertas?, hay ocho de ellas. El calabozo está en la sentina, la parte más baja del barco.

Wendy trató de no quedarse sin aliento después de la larga subida. Había estado demasiado tiempo recluida en aquel infierno húmedo. Sus músculos estaban débiles, se sentía mareada y su corazón se encontraba aterrorizado pensando en lo que podría ocurrirle. No se sentía lista para conocer al infame capitán Garfío; aún así, la vida de Michael dependía de su reunión con el villano. Tan sólo pensar en él era suficiente para que los ojos avellana se le llenaran de lágrimas, y la muchacha trató de ahuyentar el recuerdo de su hermano aterrorizado, reemplazándolo con el rostro de Booth y su fe inquebrantable en ella. “Sé valiente, Wendy”, le había dicho, y ella trataría de serlo por los dos. Por su bien y el de Michael, lo intentaría.

Smith continuó andando, sin percatarse de que Wendy se había detenido.

—Gira a la derecha en lo más alto de la escalera y ni se te ocurra quejarte. El capitán no tenía ninguna obligación de rescatarte del mar; si por el resto de nosotros fuera, Peter podría haberte estrangulado.

Wendy lo ignoró conforme comenzaba a subir al nivel final. En el último escalón, un esqueleto completo que vestía una chaqueta roja muy adornada y un sombrero enojado y decorado con una suave pluma blanca le dio la bienvenida.

—Esa es la última persona que osó quejarse con el capitán —explicó Smith—. Le rebané la garganta con mi espada.

Wendy se estremeció, observando al esqueleto con curiosidad y pavor. Los rojos zafiros que yacían en el lugar de los ojos le devolvían la mirada. Sin previo aviso, Smith la golpeó en medio de los omóplatos y ella cayó dentro del corredor. El *Noche Repentina* dio una vuelta hacia la derecha, lo que la arrojó contra la pared. Smith ni se movió, con los pies bien plantados en la lujosa alfombra que cubría el suelo.

—Bienvenida a la cubierta del capitán.

Wendy miró desconcertada, literalmente lanzada a un ambiente en extremo distinto. ¡Había luz allí arriba! Gloriosa luz. Levantó los dedos para tocarla, los rayos dorados cayendo desde las ventanas circulares que rodeaban el pasillo, con los marcos de cobre recién pulidos. La alfombra que se desplegaba bajo las yemas de sus dedos era suavísima, extraña en un lugar como aquel. En ella, hermosas flores de lis de un color verde pálido se combinaban con hombres que montaban a caballo, cada uno con uniforme azul, fisto para la batalla. Capullos anaranjados los rodeaban, componiendo un cuadro de flora imposible. Esa alfombra le recordaba a su hogar, y por tanto sintió su corazón encogerse de pena. La muchacha dejó que sus dedos acariciaran un largo hilo que se había soltado del patrón. Comenzó a ponerse de pie. El barco volvió a balancearse, y en esta ocasión la muchacha se las arregló para no caerse hacia un lado, aferrándose con las manos a un picaporte de latón que adornaba la pared. Hubo un momento de calma antes de que la puerta se abriera y Wendy se diera cuenta de que en realidad se trataba de una elegante letrina.

—Ahí es donde el capitán caga, claro que sí. No tienes piernas de marino, niña, no las tienes para nada —se burló Smith.

Wendy entrecerró los párpados con desprecio mientras Smith se burlaba de ella con sonoras risotadas. La muchacha se enderezó, tratando de esconder la humillación que se mostraba en sus mejillas ruborizadas. Su corazón exhausto le retumbaba dentro del pecho, agotado y temeroso cuando veía la enorme puerta de caoba que se alzaba amenazante al final del pasillo. Smith se percató de su zozobra.

—Ah, ese es uno de los tesoros favoritos del capitán.

La puerta era en sí misma una obra de arte, algo que en Londres se habría vendido por miles de libras. Un par de sirenas malvadas bordeaban sus cantos

con las manos estiradas, como si quisieran que Wendy se acercara, sonriendo tentadora y peligrosamente. Sus dientes estaban cubiertos de perlas blancas. En el centro de la puerta se alzaba una enorme talla de un hombre-hada; una sustancia plateada se derramaba desde sus palmas abiertas y su brillo metálico llegaba hasta el suelo, embelleciendo la madera. El hada no se parecía en absoluto a Campanita, tan débil y pequeña. Este hombre-hada era puro músculo, su cuerpo tan perfecto y desnudo que Wendy volvió a ruborizarse ante semejante indecencia. Una corona de estrellas le adornaba la frente, tenía los ojos cerrados y la boca abierta como si cantara. Las puntas de sus pies acariciaban la parte baja de la puerta, y sus brazos se extendían en cruz recordándole a Wendy el crucifijo que se alzaba sobre la cabecera de su cama en el cuarto de los niños. Unas alas gigantescas se extendían tras él y traspasaban los límites de la puerta. Era majestuoso, y Wendy casi podía sentir el poder que irradiaba aquella figura inanimada, pese a que no friera más que una talla en madera. El barco crujió a sus pies. Smith se aclaró la garganta.

—Muévete, niña —le ordenó a Wendy—. Al capitán no le gusta que lo hagan esperar.

Los hombros de Wendy se deslizaron por las paredes conforme caminaba hacia la puerta. Levantó la mano para tocar, pero entonces volteó a ver a Smith para saber si eso era lo que se esperaba que hiciera. El pirata se había marchado; el pasillo yacía vacío de nuevo, de modo que la muchacha se armó de valor, empuñó los dedos de la mano derecha, cerró los ojos y trató de recordar con desesperación todo lo que había escuchado acerca de Garfío, preguntándose cómo podía salvar su vida y la de su hermano. El rostro desesperado de Michael le volvió a venir a la cabeza conforme ella luchaba por no echarse a llorar. *No puedo fallarnos*. Wendy respiró con fuerza, y las plegarias de su niñez llegaron a sus labios sin pretenderlo:

—Padre nuestro que estás en los cielos...

Una voz grave le respondió desde detrás de la puerta y retumbó en el corredor:

—En Nunca Jamás no hay dioses que puedan oír tus plegarias, niña tonta. Entra.

Wendy se aguantó el miedo y empujó la gigantesca puerta para abrirla: el rey de las hadas le franqueó la entrada hacia los cuarteles del capitán Garfío.

E

n el momento en que entró en la habitación, Wendy se percató de lo asquerosa que se sentía y estaba. Un olor nauseabundo emanaba directamente de su piel. La impregnaba la peste de sal y pescado podrido, de no haberse bañado en cinco días, de la angustia de haber estado prisionera dentro de la oscuridad húmeda contra su voluntad. El cuarto del capitán Garfio le producía repugnancia. Wendy había estado en algunas habitaciones elegantes en Londres; los amigos más ricos de su madre invitaban a la gente a su casa con el único objetivo de maravillarlos ante sus posesiones, sus escritorios Gillows o Lancaster, sus sillas acojinadas estilo Luis XVI. Ella presenció aquellos espacios en los que se aburría de manera interminable, sentada inmóvil sobre el sofá, perdida en un libro mientras su madre discutía la vida social con las personas que la rodeaban.

Ahora, en este barco, en uno de los cuartos más increíbles y lujosos que

nunca hubiera visto, Wendy deseó escuchar la voz de su progenitora, hablando sobre quién se había vestido de forma inapropiada en el último baile, quién se había escapado con su maestro, quién estaba fallando miserablemente en el trabajo bancario de su padre. Mas la voz de su madre nunca llegó, de modo que Wendy esperó en silencio, observando la elaborada decoración que la envolvía. Maderas claras, con patrones de espiral tallados bajo sus pies descalzos y ennegrecidos. Una alfombra color vino llenaba la habitación, y sus esquinas estaban adornadas con borlas negras que yacían sobre el suelo de madera. La parte trasera del espacio oval funcionaba como una vitrina para mostrar una gigantesca chimenea negra. Dos esculturas de madera con forma humana, con las espaldas dobladas como si no pudieran aguantar el peso, sostenían un largo mantel cubierto con botellas de vidrio rellenas de vino, cada una rodeada por una abrazadera de hierro para no salir rodando con los vaivenes del barco. En el centro del mantel se alzaba un gigantesco cocodrilo disecado que detenía un reloj entre los dientes; el sonido de las manecillas rebotaba contra las paredes. Sus ojos brillantes observaban a Wendy mientras se agitaba nerviosa, esperando que el capitán comenzara a hablar. Sobre la cabeza del cocodrilo yacía una placa de mármol negro, como humana, de tinta. Las paredes estaban recubiertas por repisas de madera, algunas repletas de libros antiguos, otras con los volúmenes ordenados de manera cuidadosa. Wendy se sorprendió de cuánto extrañaba los libros, y a Booth por añadidura. Como no se atrevía a tocar las páginas, se contentó con olfatear los tranquilizantes aromas de la tinta y el papel. Se mantuvo inmóvil mirando la bandera negra que oscilaba desde el reluciente candelabro de vidrio; sus raídos bordes enmarcaban la figura de una calavera blanca. Una voz de barítono retumbó en la habitación con tono confiado.

—Esa es la bandera de mi padre. ¿Te gusta? —le preguntó.

Wendy tuvo que toser para encontrar su voz. Sentía que los pulmones le ardían.

—Sí, señor —respondió—, quiero decir, capitán Garfío. Señor.

Una silla de piel de respaldo alto se encontraba de espaldas frente a ella. Los reposabrazos se componían de piel azul marina y negra tallada en la forma de leones rugientes. De un lado colgaba una mano que sostenía un vaso de ron, dándole la vuelta para que la sustancia bañara las paredes del vidrio con su brillo ambarino. Él tomó un sorbo en silencio.

—El cuarto es impresionante, ¿no es cierto? Le pedí a los mejores artistas

de Nunca Jamás que lo decoraran, y luego les pagué por sus servicios perdonándoles la vida —el vaso desapareció y luego volvió a aparecer, seguido de un suspiro—. La verdad es que resultó un poco llamativo para mi gusto, pero es un buen cuarto para beber, arrepentirse y soñar, ¿no te parece?

Wendy se quedó con la boca abierta sin saber qué contestar.

—Responde, niña, y ni se te ocurra empezar a balbucear otra vez. No soporto a los niños que balbucean —le aclaró el capitán.

Luego se rio, emitió una risotada amarga y le dio otro sorbo a su bebida.

—Eso último no es cierto —aclaró—. La verdad es que no soporto a ningún niño. En especial a los niños desobedientes.

Wendy luchó para encontrar su voz, retorciéndose las manos una contra otra.

—Capitán Garfio —logró articular por fin—, mi nombre es Wendy Darling...

—Sé perfectamente quién eres —le respondió el pirata—. Lo creas o no, estoy enterado de la mayoría de las cosas que ocurren en Nunca Jamás. Es una ventaja que tiene ser dueño de su ciudad más grande.

—Sí, señor. Entonces usted debe saber que mi hermano Michael y yo fuimos tomados prisioneros y hemos sido mantenidos en la parte más profunda del barco, encadenados...

—No están en la prisión del barco, no te equivoques —la reprendió Garfio—. Sólo estás en la sentina. Y no, no has visto las profundidades del *Noche Repentina* todavía. Hay lugares mucho peores que donde te encuentras, créeme. Deberías considerar tu alojamiento sólo como un lugar de paso, donde esperas para hablar con el capitán...

—Pero las cadenas...

—Las cadenas son necesarias, aunque por lo general el *Noche Repentina* no toma prisioneros. Simplemente esperan en la sentina hasta que llega el momento de hablar conmigo. Luego puede ser que vivan o que los pase por la plancha. Descubrirás que la justicia a bordo de mi embarcación es simple y expedita.

Wendy bajó la mirada.

—Lo entiendo, señor —contestó—. Sólo quisiera agregar que mi hermano no tiene más que cinco años, señor.

La mano que sostenía el vaso dejó de moverse y Wendy sintió que el corazón se le encogía de miedo.

—¿Y qué se supone que debo hacer con eso? —preguntó Garfio—. Tiene cinco años, ¿y qué? Un niño perdido de nueve años mató a uno de mis hombres atravesándole una flecha en el ojo. Los niños no son solamente niños en Nunca Jamás, Wendy Darling. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

Wendy asintió. Su mente trataba en vano de encontrarla respuesta correcta para cada una de las preguntas del capitán.

—Responde esto, chiquilla: ¿Peter Pan es sólo un niño?

Ella recordó el brillo gélido de los ojos de Peter antes de dejarla caer hacia la muerte, con el único propósito de darle una lección. Se aclaró la garganta.

—No —dijo por fin—. No lo es.

—Correcto. Es la primera cosa inteligente que has dicho el día de hoy. Ahora voy a preguntarte otra cosa y deberás responderme. Considera tu respuesta con cuidado, pues tu vida y la de tu hermano dependen de ella.

La voz de Wendy estalló sin control:

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡Haré lo que sea! ¡Puliré las cubiertas, coseré sus ropas, cocinaré para ustedes! ¡Haré lo que sea, por favor, nada más no lastime a mi hermano! ¡Por favor, señor!

El vaso tembló por un momento antes de hacerse pedazos contra la cabeza del león. Una gota de sangre se deslizó de los dedos de Garfio hacia la alfombra. Su voz era fría y calculada.

—¡Silencio! —le ordenó a la muchacha—. ¡No toleraré ninguno de tus dramas! Te dije que te haría una pregunta, y tú deberás responderla.

El corazón de Wendy martilleaba enloquecido y los oídos le zumbaban cuando por fin el capitán dijo:

—Mi pregunta es la siguiente: dame una razón por la que no deba matarte. Escoge la respuesta con cuidado, pues sea cual sea tu razón, las he escuchado todas.

Wendy cerró los ojos, tratando de recordar todo lo que había visto y escuchado desde su llegada a Nunca Jamás. El capitán levantó el dedo ensangrentado y se puso a moverlo hacia delante y atrás, como un péndulo.

—Tic, tac, niña —le dijo—. Tengo olas que dominar y bocas que alimentar.

Wendy sintió que el barco se movía bajo ella, cómo el oleaje acariciaba y golpeaba al *Noche Repentina*. Su mente se iluminó justo cuando Garfio comenzó a hablar de nuevo:

—Si no puedes... —empezó a decir.

—¡No debería de matarme porque Peter Pan está enamorado de mí! — explotó la chica.

Hubo silencio en la habitación. El tic tac del reloj siguió sonando, reprobatorio.

Wendy contuvo el aliento mientras veía cómo la mano ensangrentada apretaba el vaso y luego lo soltaba. Garfio se puso de pie. Su espalda se elevó desde el respaldo de la silla, más alto de lo que Wendy imaginaba, pero era cierto que ella llevaba demasiado tiempo viviendo entre niños. Él tenía el cabello castaño oscuro, cortado a navaja, vetado con gris en las sienes y la coronilla. Una camisa blanca, limpia y lisa contrastaba con la barba perfectamente recortada que cubría la mitad del rostro y la barbilla del capitán, y que también tenía hebras grises en los extremos. El pirata se dio la vuelta y la luz se expandió por su cara. Wendy jadeó de sorpresa, pues era muy distinto de como lo imaginaba. Peter lo había descrito como un monstruo, y sin embargo se trataba tan sólo de un hombre; de un hombre adulto, eso sí. Sus facciones eran duras, con pómulos definidos y salientes. Dos tupidas cejas enmarcaban los ojos verde grisáceo, acerados, bordeados con pestañas cortas. Su mirada era intensa y aterradoramente. Desde el principio Wendy se dio cuenta de que le recordaba a su padre. La camisa blanca, planchada a la perfección, había sido fajada dentro de un par de pantalones grises, y las relucientes botas negras que ella recordaba haber visto en cubierta unos días antes le llegaban al hombre hasta las rodillas. Una larga chaqueta militar color azul marino que rozaba el suelo completaba el conjunto. A pesar de que estaba bien conservada, Wendy podía notar que no era nueva ni mucho menos. Cuatro grandes medallas con forma de estrellas y soles adornaban el lado izquierdo de la chaqueta a la altura del pecho.

Conforme lo miraba, Wendy calculó que el capitán debía tener casi cuarenta años. La muchacha observó las mangas de la chaqueta y, al llegar al brazo izquierdo, no pudo evitar temblar de horror y sorpresa; en lugar de la mano del pirata se encontraba un garfio, más grande de lo necesario y muy afilado, reflejando con destellos plateados la luz cambiante del cuarto. Garfio se dio cuenta de que lo observaba.

—¿Te interesa el garfio, querida? —le preguntó—. Puedo mostrártelo muy de cerca si quieres —declaró mientras giraba hacia ella, amenazante.

—No. Lo siento, señor —se disculpó Wendy.

—Esa es una palabra que deberás evitar mientras estés a bordo del *Noche*

Repentina. Gobierno un barco disciplinado, y no tenemos tiempo para disculpas.

—Lo siento, quise decir que...

Wendy dejó de hablar a mitad de la frase y Garfio comenzó a reírse. El aliento a ron era patente hasta donde se encontraba la muchacha.

—Así que Peter Pan está enamorado de ti, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Y durante cuánto tiempo ha estado enamorado de ti?

Wendy se mordió el labio, tratando de recordar cuánto había permanecido en la Isla de Pan.

—Durante algunas semanas, señor.

—Ah, pero algunas semanas en Nunca Jamás se sienten como años enteros, ¿verdad?

—Así es, señor. De hecho no estoy del todo segura sobre cuánto tiempo llevo aquí.

—Si has estado aquí algunas semanas, entonces algunos meses han pasado en el lugar que solías llamar hogar.

—¡Oh no! —gritó Wendy sin poder evitarlo, pues de inmediato había pensado en sus padres y en Booth. Rápidamente se enjugó las lágrimas, pues no podía permitirse llorar frente al capitán.

—Mujeres —dijo Garfio, despreciativo—. Toma esto —expresó enseguida, ofreciéndole su pañuelo de lino negro.

Wendy se enjugó los ojos una vez más.

—Lo siento. ¡Cielos! Quiero decir, no lo siento. Sólo es que... mis padres, verá...

—Sí. Todos en tu casa de seguro piensan que has muerto. Y eso pudo ser cierto si no te hubiéramos sacado del mar, sollozando y escupiendo agua. Si no te hubiéramos rescatado...

—Estaríamos muertos —completó Wendy con sequedad—. Peter me habría matado, y Michael estaría en el fondo del mar.

Sólo pensarlo hizo que se le revolviera el estómago.

—Ah, sí, Peter Pan, el chico adorado —dijo Garfio con ironía—. Has descubierto un par de cosas sobre él, ¿no es así?

Wendy entrecerró los ojos.

—Él es... malvado —agregó por fin—. Cruel, manipulador y demente. Él... —le estaba costando encontrarlas palabras, tan dolorosos le resultaban los

recuerdos— me dejó caer. Me dejó caer y estuve a punto de morir. Dijo que lo había hecho para enseñarme una lección. Me dejó caer y me amenazó, prometió que mataría a mis hermanos si yo no lo amaba. Así que me fui... me fui...

Rebasada por sus emociones, la muchacha cayó de rodillas. Era la primera vez que hablaba sobre lo que le había ocurrido, y luego de que comenzó le fue imposible detenerse, pese a que la mueca en el rostro de Garfio indicaba lo poco interesado que se hallaba con respecto a sus emociones.

—Dejé a mi otro hermano, John, en ese lugar. ¡Lo abandoné! Él adora a Peter, hará cualquier cosa que le ordene, ¡como si Peter le hubiera lavado el cerebro! Lo convirtió en general y ha cegado a John ante la verdad —Wendy se detuvo por un momento antes de continuar—. Justo como me cegó a mí, justo como ha cegado a los niños perdidos. ¿Cómo es posible que no me diera cuenta? Jamás debí haber abandonado la ventana del cuarto de los niños. Nunca.

Sintió el garfio del capitán bajo su brazo, ayudándola a ponerse de pie.

—Levántate, niña. Tienes que calmarte.

Wendy lo hizo, sintiéndose avergonzada por haber cedido ante sus emociones. Garfio parpadeó.

—Peter nos ha cegado a todos en uno u otro momento —le dijo—. Incluso yo sé algo de eso.

Wendy sacudió la cabeza.

—Peter no es una muy buena persona —declaró por fin.

Ante eso Garfio explotó en carcajadas, una risa llena de amargura.

—Eso es quedarse muy corto —precisó—. Me entristezco por ti, chiquilla, tan fácilmente atrapada por su belleza. Puedo apostar que hacer que te enamoraras de él fue tan sencillo como atraer a un pez con un bote de carnada viva.

Ella se sintió avergonzada, pero al mismo tiempo reconoció la verdad en la afirmación del capitán y asintió con la cabeza.

—Olvidé todo cuando nos trajo aquí —reconoció Wendy—. Mis padres, quién era yo... el chico al que amaba.

El rostro de Garfio cambió por un momento al tiempo que tocaba el hombro de la muchacha con su curvo y puntiagudo gancho. Luego se alejó de ella como si se estuviera incendiando.

—Anímate, niña —le dijo—. No estás muerta, y eso es más de lo que

puede decir la mayoría de la gente que se relaciona con Peter Pan.

El hombre suspiró y se frotó la frente con el garfio, mirándola. La chimenea detrás de él rugía y lanzaba chispas. Luego, suspirando, el pirata se acercó a un gabinete que se encontraba dentro del librero. Cuando lo abrió, Wendy alcanzó a ver una docena de botellas de vino, ron y otros licores mientras el capitán escogía. Sacó una botella de vino pequeña y negra. Usando sus dientes, la descorchó y bebió hasta saciarse.

—¡Ah!, mucho mejor. No hablaremos más sobre amor. Ahora, acerca de ti y tu hermanito...

Wendy sintió que la piel le ardía. Esperó a que el pirata volviera a sentarse. Cuando lo hizo, con fuerza, se aseguró de tener la botella bien sujeta.

—No los mataré a ti ni a tu hermano por ahora. Por ahora. Y no es porque me caigan bien los niños, así que no confundas mi piedad con sentimentalismo. Puede que me seas útil, y pretendo usar todo lo que sabes sobre Peter Pan. Pero no hoy. Hoy es... —le dio un par de vueltas a la botella antes de seguir— evidente que me necesitan arriba. Por la forma en que el barco se mueve, juraría que vienen aguas turbulentas. No creas que viajarás gratis, no te equivoques. Tú y tu hermano deben serle útiles a la tripulación. No estorben el trabajo, no coman demasiado y no hagan cosas estúpidas. Si alguno de ustedes cae al agua no volveremos a rescatarlo, ¿has entendido?

Wendy asintió, con el corazón repleto de alivio.

—Sí, señor —respondió—. Le prometo que buscaremos la forma de ayudar sin entrometernos.

—Bien. Veré que Smith te encuentre un camarote apropiado, a menos que prefieras seguir en la sentina con Paulo y las ratas.

—¡No! —gritó Wendy, antes de poder cambiar su tono por uno más educado—. No, no nos gustaría permanecer en la sentina, señor.

—Ahora, antes de que te vayas, tengo una pregunta más que hacerte.

Wendy permaneció en silencio.

—¿Hay alguna cosa que deba saber acerca de Peter Pan que pudiera afectar a mis hombres en el futuro cercano?

La chica se daba cuenta de que aquello era una prueba. Por tanto no podía tardarse en responder ni siquiera un poco, de modo que casi interrumpió al capitán cuando dijo:

—¡Sí! Ahora Peter tiene pistolas. Muchas. Le dijo a los niños perdidos que se prepararan para una gran batalla.

Garfio bajó la voz. Sonaba preocupado cuando respondió:

—Ah, sí, las armas. Se está aburriendo. Me temí que esto ocurriera cuando quemó nuestro almacén.

—Lo mandó quemar porque me resistí a sus avances —dijo Wendy.

—¿De verdad? —preguntó Garfio, riendo—. He descubierto algo nuevo hoy, querida niña. Me hace feliz pensar que Peter Pan desea otra vez algo que no puede tener.

—¿Qué quiere decir?

La mano de Garfio que le daba vueltas a la botella dejó de moverse.

—No pienses que somos amigos, señorita Darling —aclaró—, o que vamos a charlar como si lo fuéramos. Todavía podría decidir matarte. Lo que crees saber sobre Peter Pan no son más que migajas.

Wendy estaba intrigada pero permaneció en silencio. Garfio se alejó de ella.

—Vete —le ordenó de pronto—. Ya he desperdiciado demasiado tiempo hablando contigo, y estoy empezando a preguntarme si no me serías más útil como sacrificio para el jardín de coral de las sirenas. Les encanta la sangre virgen.

Wendy tembló ante sus palabras mientras trataba de alcanzar la puerta. De pronto, el *Noche Repentina* viró con brusquedad hacia la izquierda y la chica tuvo que aferrarse al tapiz que cubría las paredes.

—Será importante que te acostumbres al mar pronto. Nadie en este barco consentirá a una chica con el tobillo roto. La usaríamos para alimentar a los peces.

—Me acostumbraré —prometió Wendy poco antes de atravesar con torpeza la enorme puerta, con el hada de madera que la observaba a través de sus brillantes ojos tallados.

—Señorita Darling —alcanzó a escucharse la voz de Garfio dentro de la habitación. El capitán la miraba fijamente—, si su otro hermano ataca este barco junto con Peter Pan o algún otro de los niños perdidos, no se equivoque: ensartaré su corazón en mi arpón sin dudarle dos veces, y además lo disfrutaré enormidades. ¿Entendido?

Wendy permaneció congelada, con una mano en la manija de la puerta y la otra sosteniendo su sucio vestido.

—Entendido —susurró por fin.

—Bien —dijo Garfio—. Ah, y haga lo posible porque no la violen. Sería...

de lo más inoportuno.

Garfio le dio la espalda y caminó hasta la chimenea, acariciando las fauces del cocodrilo con la mano.

—Puede irse, señorita Darling —la despidió.

Ella volvió a mirar a aquel hombre mítico, cuyo nombre se transmitía con susurros entre los niños perdidos, un hombre que incluso Peter Pan temía. El capitán seguía reclinado sobre el reloj, con los ojos cerrados y la mano aferrada al mantel. La botella de vino yacía abierta a sus pies, derramándose sobre la alfombra. Wendy cerró la puerta tras ella. Smith el asesino la esperaba con los brazos llenos de tatuajes cruzados sobre el pecho.

—¿Y qué te pareció el capitán? —le preguntó a la chica.

—Bien —respondió ella, cautelosa.

—Más te vale hacer lo que te dijo. No permitiré que una prostituta como tú encienda los ánimos de todo el barco, ¿está claro?

Ella asintió con la cabeza, pensando en el rostro del capitán cuando se había marchado. *Turbado*, pensó conforme Smith la guiaba otra vez hacia abajo por los peldaños de la gigantesca escalera de caracol y hacia las entrañas del barco. Eso es lo que le había parecido el capitán. Garfio podía ser muchas cosas, pero *turbado* era la palabra que mejor lo describía. Turbado y pavoroso.

S

mith la llevó de regreso a la sentina, donde Michael la esperaba echado en silencio sobre el suelo. Sus muñecas sangraban por el roce con las cadenas. Wendy lo levantó entre sus brazos y lo abrazó con fuerza mientras Smith abría los grilletes.

—¡Dile adiós a Paulo, muchachito! —bromeó el pirata.

—¡Guarde silencio! —respondió Wendy—. ¿Acaso no se da cuenta del daño que le ha hecho hasta ahora?

Smith le hizo una mueca pero permaneció callado. Wendy levantó a Michael sobre su hombro, y el niño se aferró con fuerza al cuello de su hermana.

—No te preocupes —le susurró ella—. Nos vamos de aquí. Michael no respondió, pero pequeños sollozos comenzaron a romper el corazón de Wendy conforme seguía a Smith por los interminables corredores que poblaban el

interior del *Noche Repentina*. Al subir por la escalera y mientras Wendy rogaba que Michael no fuera a reparar en los huesos, la muchacha sintió la vibración de las olas que golpeaban el barco y el olor de la sal que los envolvía. Había impregnado incluso las vetas de la madera, ese olor a putrefacción

salina. La hacía sentir enferma. Smith se dio la vuelta en una esquina, y Wendy estuvo a punto de chocar con su enorme cuerpo inmóvil.

—¿Tienes prisa, niña? ¡Déjame un poco de espacio!

Wendy retrocedió, todavía con los bracitos de Michael envolviéndola. Smith miró a su alrededor con los párpados entrecerrados.

—Revisa los corredores —le ordenó—. Nunca sabes dónde pueden ocultarse los piratas.

Wendy se asomó con cuidado. El corredor estaba vacío, decorado sólo por decenas de sables que oscilaban colgados en las paredes conforme el barco navegaba.

—Esteeee... no hay nadie —respondió ella, confundida.

Smith gruñó.

—Demasiado trabajo por una niña tonta y su hermano cobarde.

Michael se bajó del cuello de Wendy, la rebasó y comenzó a golpear la enorme pierna de Smith con las palmas abiertas.

—¡No soy un cobarde! —le gritaba—. ¡Usted es malvado! ¡Lo odio! ¡Lo odio!

El pequeño no dejaba de manotear por mucho que Wendy intentara separarlo, temerosa de lo que pudiera hacer Smith como respuesta.

—¡Michael, detente en este instante! —lo regañó.

El niño la ignoró. Smith le dirigió una mirada glacial y la muchacha logró por fin separarlo del pirata, no sin salir rodando por el suelo debido a la fuerza con que se aferró a su hermanito. El pirata sonrió, malvado.

—Me caes un poco mejor ahora, chiquillo insignificante. ¡Pero vuelve a tocarme, y juro por los dioses que te cortaré las asquerosas orejas y me las quedaré de recuerdo!

Michael se encogió detrás de Wendy. Smith resopló y luego giro hacia el final del pasillo.

—Sé que está por aquí en alguna parte —dijo—. Si tan sólo pudiera tener UN MISERABLE INSTANTE de paz para encontrarlo...

El pirata comenzó a recorrer las paredes con las manos. Estaban cubiertas

de todo tipo de instrumentos: campanas, candados, relojes y otras cosas de madera.

—Si lograra acordarme... Ah, aquí está.

Levantó un pequeño instrumento de hierro y debajo de él encontró una manija, apenas del tamaño de una moneda, que Smith giró dos veces hacia la izquierda. Wendy escuchó un clic, y una delgada pieza de madera cayó fuera de la puerta. Smith la tomó, hizo un gesto obsceno con ella y luego la empujó. Para sorpresa de Wendy, la pared de artefactos crujió y se abrió. Incluso Michael dejó de sollozar por un momento al observar sorprendido cómo se abría la puerta falsa. Smith gruñó y se limpió la nariz con el antebrazo.

—Al capitán le gustan las artesanías —dijo—. En especial le gusta crear armas —aclaró antes de señalar hacia el techo—. Le encanta inventar cosas para matar muchachos voladores. ¡Como tu hermano!

Wendy decidió ignorarlo, a pesar de que sus palabras le hacían temblar el corazón pues no podía evitar acordarse de John, y le costaba trabajo no imaginárselo sufriendo.

—¿Es aquí donde nos alojaremos? —preguntó la muchacha.

Smith resopló.

—Así es. Ordenes del capitán. Levanta el cerrojo, dale vuelta a la manija dos veces en contra de las manecillas del reloj y la palanca te caerá en la mano. Empuja la palanca y la puerta se abrirá. Ahora escúchame bien: deberás cerrarla en cuanto entres. Esta es una habitación secreta, y no necesitamos que ninguno de los perros hambrientos que navegan en este barco sepan dónde duerme nuestra única muchacha virgen. ¿Has entendido?

Wendy entendió de inmediato.

—Les traeré a los dos el desayuno por la mañana —siguió explicando el pirata—. La comida de mediodía es un pan y un poco de pescado, y la cena la comerán con los hombres en cubierta. Manténganse alerta después del anochecer. No estarás segura a menos de que te encuentres con el capitán o conmigo. Sería muy estúpido contradecir las órdenes directas del capitán, y hoy mismo firmará el contrato con Davy Jones, pero aún así —dijo con una sonrisa asquerosa, que apestaba a ron y mostraba todos sus dientes ennegrecidos—... los hombres en altamar tienen sus “necesidades”.

Wendy asintió con la cabeza.

—Gracias, Smith —le respondió.

Tomando la manita de Michael en la suya, entró por la puerta donde un par

de escalones de madera descendían hacia un pequeño camarote. Michael la siguió antes de dirigir a Smith una mueca de asco.

—Te voy a llamar Smee —amenazó al pirata.

—Quiero ver si te atreves —le respondió el hombretón empujándolo dentro del cuarto y cerrando la puerta tras él—. Los veré en la cena, pequeños infelices.

Wendy escuchó los giros de la rueda y supo que estaban a salvo. Michael ya estaba bajando los escalones.

—¡Wendy, mira!

A pesar de que cualquier habitación en el mundo hubiera resultado mejor que el infierno oscuro y húmedo donde habían estado retenidos durante los últimos cinco días, este camarote, para ser tan pequeño, era en realidad bastante cómodo. Dos pequeñas camas se encontraban en una de las esquinas, una encima de la otra, tan baja que para caber en ella Wendy debía doblarse en dos. Cada una estaba equipada con un colchón de paja y una raída colcha por encima. En frente de las camas yacía un sillón gastado, que quizás alguna vez fue hermoso, pues aún podían distinguirse los restos de su tapiz escarlata. Había algunas manchas de sangre sobre la alfombra, pero parecían bastante antiguas, de modo que Wendy decidió no prestarles mayor atención. El camarote se hallaba cubierto por planchas de madera que habían sido perforadas repetidas veces. La chica les pasó el dedo por encima. Eran exactamente del tamaño de la punta de un garfio. Ella se estremeció, preguntándose qué habría ocurrido en aquella habitación, que Garfio se empeñaba en mantener oculta incluso de sus propios hombres. Un solo ojo de buey se asomaba hacia el mar bamboleante fuera del barco, llenando el camarote de luz. Wendy aspiró el sol de Nunca Jamás mientras Michael exploraba toda la habitación parloteando sin cesar acerca de sus descubrimientos.

—¡Mira, Wendy! ¡Una carta! —le dijo al tiempo que sacaba debajo de la cama un sobre dentro de un cuaderno—, y popó de ratón también.

—¡No la toques! —le ordenó su hermana, pensando en qué diría su madre si llegara a enterarse de que sus amados hijos dormían en camas de paja con excrementos de ratón bajo ellas. Se colocó en la cama superior y desplegó las piernas, satisfecha de poder estirar el cuerpo en esa posición. No se había percatado de lo mucho que extrañaba ser capaz de tenderse sobre una cama. Ni siquiera su hamaca de la Isla de Pan le había parecido tan cómoda como

aquel lecho de paja. Este camarote diminuto, donde era imposible caminar dos metros sin golpearse las rodillas, de pronto le parecía más lujoso que el mismísimo palacio de Buckingham. Michael se acurrucó a su lado.

—Creo que ya estamos seguros —le susurró Wendy antes de besarle la cabeza.

—¿Garfio fue amable contigo? —preguntó su hermanito.

—No, no lo fue —respondió la chica con honestidad. Luego agregó—: Pero tampoco se portó horriblemente.

Los ojos de Michael relucieron.

—Así que no es tan malo como Peter Pan.

—No. No como Peter.

Wendy cerró los ojos, recordando la mirada de desesperación que Peter le dirigió cuando había tratado de ahorcarla, justo antes de que el *Noche Repentina* los rescatara. Era como si quisiera consumirla, consumir su aliento, su vida. Nunca se había sentido tan asustada, pues en aquel momento pensó que perdería a Michael. Sus brazos se cerraron con fuerza alrededor del niño.

—Lo siento mucho, Michael —le dijo—. Siento haber permitido que Peter nos arrastrara fuera de nuestra casa. Debimos habernos quedado. Debimos...

Michael rodeó con sus deditos regordetes los finos dedos de su hermana.

—Pero queríamos volar, Wendy —le aclaró—. Me gustaba mucho volar. Espero que podamos volar con los piratas.

Wendy sabía que eso jamás ocurriría, pero decidió no desilusionar a su pequeño hermano. Volar. Ella no podía ni siquiera volver a pensar en el cielo sin recordar la sensación de vértigo, el vasto azul que la aterrorizaba conforme caía cada vez más y más hacia una muerte inevitable. Se quedó pensando en Garfio, en sus crípticas palabras. *Lo que Garfio cree saber sobre Peter Pan no son más que migajas*. ¿Qué sabía él sobre Peter que lo hacía odiarlo tanto? El pirata tenía sobradas razones para odiarlo tal cual era, con las constantes batallas que se sucedían entre sus hombres y los niños perdidos, pero había algo más ahí, algo profundo. Sus palabras estaban tan impregnadas de odio que sólo podían provenir desde un lugar de pérdida personal, decidió Wendy. *¿Acaso es porque Peter le había arrebatado la mano?* Wendy apretó el puño sin pensar, sintiendo cómo los tendones se tensaban al curvar los dedos. Sí, perder una mano contaba como una pérdida personal.

—Michael...

Pero el pequeño ya se había dormido, seguro y calentito por fin. Ella no

pensaba despertarlo. En lugar de eso desprendió el cuaderno del puño del niño, sacó la carta y la abrió en silencio, esforzándose por mantener los ojos abiertos.

18 tabeana, del capidá/n

17 de, una/yo, de, 18972

Tfñi, apA^d/dd/uuyia, Sa/deni

¡Ule, camrophoeaunu/nóia/decp/eelCUepne//od/jenalamnd/ra, ónduaa, eádaa, ayocu, tunilumdaa, !^/mpaumaA, delpuenda, de, lliunada, di/u/duokauda, el8ude, kauda, c^ue, lleguomaA, alten/ddaría, ale, QlcuAa, 81nM/mnda, Y leu, alcu, pcouecem, enda/t, de, ubomd/uo kauda, pueá, lemn/M, lapna/da, a/ua/n^a/i, a, u/n, dd/mo, ueAdipA/n/mo. TDe^a/maA, ad/uu, u/nordeada, de, tanunemda, Y lemnaA, lepau/oa, lu/ja/ieA, epuepa/m, ajaa, la/nlapnada, /i/enem, eádcu, tiencu, OA/MACU, del/laade, u/n, lupande, pa/uaamm, MÁAAAA/UM, nus/du/i/nm, Y lele^au, ta/nvaale/ndoA, cp/ete, per^ana/nelc/sna/pSui. Cam^anureIm, pd/roA, de, i8)o/i/ooo/ dtácp/uecia/nem, ell/onopamde, t/fedé, ale, em^aca/umeem, leu, a/uemdu/iaa, cp/eune; pena/n, uní/de/dd/ra, loopa, la, uEspínad/j, víajena Y empreaa/u/oteadaaloua/nda, muía-eEdeea/em/ji/u/odepad/iapeA, aal/eyá, epueEe deAplcepa/na/nieuní VICOA, de, lela, un/p//na/ndalle cammiéndem, em, pla/da/veá, Y Ae, dd/iipem, em, ^an/ma, de ioderpa, uiue/d/ia, na/ue; leu, ftaau, kadla/n alrealecan, del/la/u/o, cam, SAA, aledau, ueakalaa, u, a/fueu, lekadau, camma, jíquouena/n, juga/iocam, uwEodroA.

Hb kénle^Asdi/iMba/iaeeu/ro qeooE-da leollana/bcaeo la/r aletas'úpdeidaba la/deo elSbita... roE-poelamoo bi/jpoíeeu gmal/fi/ria/olab mamdteob qpoa mda/ro lab pejiu/rud/deodeb da ebtab aoguab debc/brooe/dab, a/fliúaro lab cooe^i/roeb del rou/nd/b. O/A/njpoa el dieneub lekod/b (^/ma-gineo qpoa lulieca/moobvenido* eeevmdee/n/b, jilale/eobido* uma, laou/ucol), la toeneodbleu cobtoorlea da da/o ooro peuboa balea ouoeMeo alcutae deee, em/uuelhO aro ueia, cet/rldda/i anoema da ma/nrtab dle> bata/ideceeb bomo deUentab a/friú, mdb pallidobel noyeo* delayuaba mapoleo cerro el ana mab léropé'cp/a poeed/ibi/migimae, Y u/roket^aenjoa aejulba laua/rdeob balea elacea/rub caeroa u/ro onoe/ma qja* cp/a calbouleo Y peac/eeon/b da oualeb

apeca/oubneh

Ula la/oa bemht/u-

Tuecfuz/hh

Ti

G/dlu/o TiÁeeoub Tdae'lb

Wendy sonrió al terminar de leer. Había algo infinitamente reconfortante en el hecho de poder leer en la cama —a pesar de lo curioso en la escritura, pues usaba los acentos al revés—; era como tapar su mente con una mullida manta. Aunque fuera una prisionera en un barco pirata, con un hermano a merced de un loco volador y con altas posibilidades de no volver a ver a su familia ni al muchacho que amaba, durante una o dos páginas había logrado escapar hacia la mente y las palabras de alguien más. Dobló la carta con cuidado y volvió a colocarla entre las páginas del diario color vino, que tenía la cubierta desgastada. Arthur Tiberius Garfio. Debía haber sido el padre del actual capitán Garfio, y la señora Easter, ¿su madre? ¿Sabía Garfio que las cartas y la bitácora se habían quedado en el camarote? Estaban bien escondidas bajo el colchón de paja, así que era probable que no lo supiera. Wendy dejó la bitácora a un lado antes de ponerse las manos en el cuello. Todavía podía sentir las marcas de las manos de Peter cuando intentó ahorcarla, de modo que retiró las suyas, estremecida. Michael respiraba tranquilo, y su cabello sucio acariciaba la mejilla de la muchacha. Los dos estaban asquerosos. Ella se acurrucó con él y cayó en la dulce oscuridad de los sueños como se cae en los brazos de una vieja amiga.

D

urmieron durante doce horas, acunados por el rudo bamboleo del *Noche Repentina* antes de que un hambre feroz los despertara. Después de tratar de arreglar un poco el cabello de Michael y el suyo propio sin mucho éxito, Wendy vistió a Michael y a sí misma con las ropas que Smith había dejado fuera de la puerta: una túnica y unos pantalones raídos para Michael; un vestido simple y recatado color crema para ella, acompañado de un chal bordado con rosas y distintos tonos de verde que le caía, pesado, sobre los hombros. A Wendy le encantó de inmediato, pues la hizo recordar una época de su vida en la que no apestaba a pescado y otras suciedades indescriptibles. Después de haberse vestido, Wendy pegó el oído a la puerta, pidiéndole silencio a Michael, quien no dejaba de taconear en el suelo haciendo escándalo sobre la mucha hambre que tenía. Al no escuchar nada, la muchacha abrió el cerrojo con cuidado y empujó el mecanismo hacia fuera. La puerta oculta se abrió de repente y los hermanos cayeron en el pasillo. Con rapidez

Wendy cerró la puerta tras ella, teniendo mucho cuidado de cubrir la pequeña rueda de hierro. Miró hacia el corredor, tratando de recordar dónde quedaban las escaleras.

—Sígueme —le ordenó a Michael.

Recorrieron el pasillo en línea recta, escuchando las vibraciones de los cuchillos que golpeaban las paredes conforme la nave bailaba sobre las olas. Cayeron un par de veces cuando el barco se bamboleaba con brusquedad, y Wendy temió que si le ponía mucha atención al vacío que rugía en su estómago, no podría evitar las náuseas ni el vómito.

—Wendy—se quejó Michael—, ¡me estoy muriendo de hambre!

—Ya lo sé —contestó ella—. Estoy tratando de encontrar... —dijo al tiempo que daba la vuelta en una esquina y veía a lo lejos la escalera de huesos—. ¡Eso!

Acto seguido, lo llevó peldaños arriba, haciendo su mayor esfuerzo por explicar por qué los barandales estaban hechos de fémures humanos. Conforme subían, el aire se volvía más limpio, y ella pudo oler, por primera vez desde que Garfio los había sacado del océano, ese característico aroma dulzón que poseía la brisa de Nunca Jamás, con la jamaica y las plantas azucaradas que saturaban el aire. Sentir la vida entrando por sus narices era un alivio tremendo. Finalmente los dos Darling llegaron a una pesada puerta de madera que yacía de modo horizontal en la parte superior de las escaleras. La luz se asomaba por las rendijas, lo que le daba a la puerta un halo de brillante resplandor natural. Wendy inspiró y empujó para abrirla. Emergió hacia la luz como una criatura de la noche. Se sintió abrumada de inmediato por el ruido de las monstruosas olas que golpeaban el barco y lanzaban chorros de agua salada sobre la cubierta. Se escuchaba también el sonido de las cerdas del cepillo con que un pirata cercano limpiaba el suelo, y el débil *knock knock* del timón que gobernaba el barco. Arriba de ella, las enormes velas negras se hinchaban con el viento, como si las acariciara, retrocediendo sólo para volverse a encontrar con él. El suelo crujía bajo sus pies. Michael le apretó la mano; sonreía feliz.

—¡Wendy! —le gritó entusiasmado—, ¡estamos en un barco pirata de verdad!

No era sólo un verdadero barco pirata, pensó ella. Era *el* barco pirata más rápido y temible que ningún otro que hubiera visto o escuchado. La cubierta del *Noche Repentina* no se parecía a ninguna de los barcos que la chica

hubiera podido observar en Londres, o en los múltiples libros que John coleccionaba donde aparecían piratas e islas desiertas. Como una mano que le recorriera la espina dorsal muy despacio, Wendy podía sentirlos ojos de los piratas fijos en ella, pero decidió hacer un esfuerzo consciente por ignorarlos. En lugar de eso se dedicó a observar la nave en toda su magnificencia: en realidad, el *Noche Repentina* era un arma. Todo su flanco derecho estaba repleto de arpones de distintas formas; algunos sobresalían de la boca de los cañones que se plantaban con firmeza sobre cubierta. Sus temibles puntas relucían bajo el sol de mediodía dirigidas hacia el cielo. Ella pudo contar doce cañones, cada uno cargado con docenas de arpones de distinta forma y tamaño. Bajo los arpones yacía una red negra que se extendía por toda la cubierta. Wendy la reconoció al instante: la habían izado del mar con esa misma red. Se estremeció ante el recuerdo del cuerpo inmóvil de Michael, y sin previo aviso lo estrechó contra su cuerpo. El niño suspiró, molesto.

—¡Wendy, deja de hacer eso! —le dijo.

En los extremos de la red se encontraban dos gigantescos canastos llenos de cilindros de piedra pulida color blanco del tamaño de una mano cada uno. Wendy quiso tocar uno de ellos, pero su brazo fue interceptado en el aire por Smith, cuyo corpachón bloqueaba el sol. El ángel tatuado que llevaba el pirata miraba a la chica con una mueca irresistible.

—No tocaría esos si fuera tú —le advirtió Smith—. Esas perlas tienen una dosis importante de pólvora cada una.

Wendy retrocedió de inmediato.

—Mira, si no podemos disparar un arpón directo al pecho de los niños perdidos, podemos volarles la cabeza. Todo lo que se encuentra en este barco es peligroso, lo más peligroso que puede llegar a ser, y con justa razón. Los niños perdidos atacan desde el cielo, y debemos estar listos para enfrentarlos.

Smith levantó la vista.

—¿Ves a ese hombre que está allá arriba, dentro de la cofa? —preguntó señalando.

Wendy miró hacia la dirección que apuntaba el pirata, donde una canasta de madera de cerezo rodeaba el mástil más alto del barco.

—Ése es Halcón —siguió explicando Smith—. Lo llamamos así porque siempre tiene los ojos en el cielo. A eso se dedica. Y cuando duerme, Búho lo releva, por las noches.

Smith se enderezó y puso sus manos en los extremos de sus caderas.

—No podemos darnos el lujo de no vigilar los cielos. Han tratado de invadirnos otras veces, pero el capitán es inteligente, y sabe en lo que debe fijarse —el pirata gruñó—. Peter Pan y su montón de locos.

Wendy se apartó un mechón de cabello del rostro.

—No son un montón de locos —dijo—. Son sólo niños, ¿sabe?

—Bueno, pues si pudiera matar a uno solo de esos niños al día, sería un feliz primer oficial.

—Es usted terriblemente desagradable —aseveró Wendy.

—Y a mucha honra —contestó el pirata antes de golpearse el pecho con la mano abierta para proferir un sonoro emcto.

—Vengan acá —les ordenó a los Darling—. Les daré el recorrido y les presentaré a algunos de los muchachos —acto seguido señaló el cabello ondeante de Wendy—. Recógete eso. Estás en un barco, niña, no en algún evento de alta sociedad donde tus rizos puedan rebotar por todo el lugar.

Una vez que un pequeño grupo de la tripulación se hubo reunido, Smith les ordenó que se pusieran en fila. Todos los ojos estaban fijos sobre Wendy, ojos hundidos de mirada perturbadora con venas rojas y arrugas. Los piratas, como aprendería Wendy poco después, siempre estaban cansados.

Algunos eran bastante ordinarios, hombres que parecían alegres con túnicas sueltas y cinturones de cuero; éstos la miraban con esperanzada curiosidad. Los hombres más viejos se veían miserables, como si un montón de clavos les atravesaran las suelas de los zapatos, evidentemente incómodos ante la presencia de la muchacha. Sus terroríficos nombres, cada uno distinto y único, fueron proferidos por la lengua de Smith y dentro de los oídos de Wendy como una corriente de agua: Sangriento Blair, Wu, Svengli y Voodoo, un negro con extraordinaria estatura, cuya piel color caoba brillaba bajo el sol, excepto por su brazo, que había sido quemado de gravedad y ahora estaba cubierto con espantosas cicatrices. Él inclinó la cabeza hacia Wendy cuando Smith lo nombró. Olathe, Bouff, un hombre enjuto con ojos pequeños y un cinturón de donde colgaba por lo menos una docena de cuchillos. Redd, el malvado tuerto a quien ya había conocido con anterioridad, y quien miraba con lascivia el cuello de la muchacha. César *el Negro*, un hombre muy blanco pero vestido de negro por completo, pálido como si tuviera ya un pie dentro de la tumba.

Halcón bajó de la cofa para ser presentado, y al poco tiempo se le unió Búho, su gemelo. Aquellos dos le recordaban a Wendy a los acróbatas musculosos de los circos con sus bigotes enroscados. Búho llevaba gruesos

lentes de botella; Halcón no. Tratando de ser magnánima, la chica se adelantó para estrechar su mano.

—He escuchado que vigilan el cielo —les dijo.

Halcón le dio la mano antes de dirigirle una mueca cruel.

—Está mal llevar una dama a bordo —apuntó—. Nos maldecirá a todos.

Después de eso le dio un fuerte y desagradable apretón. La sonrisa de Wendy se congeló sobre su rostro. Halcón dio media vuelta y comenzó a subir otra vez hacia su puesto, quejándose en voz alta de la mujer conforme escalaba las cuerdas que sostenían el mástil.

—¡Esa muchacha será nuestra ruina! —gritaba—. Mejor tirémosla por la borda. Dejemos que la prueben los cocodrilos.

—¡Cállate, pedazo de escoria! —respondió Smith—. ¡Nos tienes hartos con tus profecías! ¡Sólo una cuarta parte de ellas en realidad se cumplen, y son aquellas que iban a ser ciertas de todas formas, como que comeremos pescado hoy para la cena!

Los demás piratas estallaron en carcajadas. Wendy giró para ver a Búho, el hermano más callado. Enormes ojos parpadeaban bajo los gruesos cristales de las gafas. La chica le sonrió, sin éxito. Smith se rio con fuerza.

—¡Pero si no puede ver, niña! —le dijo—. Está más ciego que un murciélago.

Seguramente la sorpresa se mostraba en el rostro de Wendy, traicionándola, pues los hombres volvieron a carcajearse. Búho dio un paso al frente.

—Mi señora, aunque no pueda ver su cara, me imagino que estará preguntándose cómo un hombre ciego es el vigía de la nave, y cómo ese ciego logrará mantenerla a salvo del malvado Peter Pan.

Wendy decidió responder con honestidad.

—Sí, señor —contestó—. Eso es exactamente lo que me estaba preguntando.

—Me gustan las niñas que dicen la verdad.

Él se acercó a la chica, y Wendy pudo observar que detrás de las gruesas gafas sus ojos eran de un blanco lechoso, como si una nube de niebla hubiera descendido sobre sus iris.

—Yo te protejo con éstas —le indicó el hombre a Wendy, señalándose las orejas con las manos—. Peter Pan es rápido y listo. Durante el día podemos verlo venir desde lejos y apuntar nuestros arpones, pero de noche, o con neblina, él podría escabullirse dentro del barco desde el agua, o desde el aire,

lanzándose desde arriba de nosotros. No se atrevería a atacarnos de día, pero la noche es un momento peligroso para los enemigos de Peter Pan.

El corazón de Wendy se detuvo durante un momento y se le trabó la lengua cuando trató de articular siquiera algunas palabras para seguir la conversación.

—Sí. Sí, supongo que lo es —logró decir por fin.

Búho se inclinó sobre ella, y Wendy percibió su aliento nauseabundo, a leche cuajada y vino barato.

—Peter Pan puede hacer muchas cosas, pero no puede ir contra la naturaleza. No puede acallar el aire que vibra a su alrededor cuando su cuerpo vuela raudo por los cielos.

Búho describió un gesto con la mano, como si estuviera partiendo el aire. Luego onduló las palmas, como si creara olas.

—Cuando vuela, el aire a su paso se estremece y canta —explicó—. *Whoosh, whush, whiw...* —luego juntó ambas manos como si fueran alas—. A Peter Pan le gusta volar muy rápido. No despacio. Suena distinto que los pájaros. Un pájaro aletea. Hace *phhhjff- tttt*, pausa. *Phhhffjft*, pausa. Peter hace *whush*, de continuo, *whush, whoooooosh, wheeeew*, cuando desciende. No aletea. El aire se abre a su paso como si fuera un rey, y entonces baja —el hombre frunció el cejo—. Ahí es cuando apuntamos los cañones hacia él. Un día se le va a olvidar. Un día, quizá ahora que tú estás aquí, va a caer directo a nuestra rabia. Y cuando eso ocurra... —Búho levantó un dedo hacia el cielo— *Bam*.

Wendy asintió.

—Mi hermano Halcón vigila durante el día —continuó Búho—. Vista sin igual y oídos sin igual. En cuanto a mí... yo escucho de noche, y entre la niebla. Lo escucho todo. Alas resbalosas bestias de las profundidades, hambrientas por comida o una pareja. A los pájaros, desesperados por llegar a tierra, temerosos de que les fallen las alas.

A las sirenas, cantando sus mortíferas melodías en las profundidades. Y escucho a Peter Pan. De hecho lo escuché anoche.

Un escalofrío recorrió la espalda de Wendy. *No, no*.

—Estaba por el Este, volando en círculos. Vigilando nuestra nave a gran distancia. Llevaba a otros dos con él, mucho menos hábiles. Voladores torpes, ruidosos. Estaba muy agitado; sus movimientos eran duros y temerarios. Te quiere a ti. Puedo escucharlo en el viento.

Wendy empuñó ambas palmas, esforzándose por no tener miedo.

—Quizá me quiera —contestó por fin—, pero no tiene mi permiso para poseerme. No le pertenezco a Peter Pan. Ni a ningún otro hombre, para el caso.

Búho le sonrió con su boca sin dientes mientras algunos tripulantes proferían groserías, excitados con las palabras de la muchacha.

El hombre extendió una mano temblorosa hacia ella, y Wendy, abrumada de agradecimiento por la oportunidad que se le presentaba, le besó la palma. El rostro de Búho se sonrojó de sorpresa hasta el nacimiento del cabello. Con timidez retiró la mano.

—Es un placer, mi señora —logró balbucear.

Smith los miró con incredulidad y desdén mal disimulados.

—Por todos los infiernos, ¿QUÉ CARAMBAS ESTÁ OCURRIENDO AQUÍ? —gritó—. ¿Acaso nunca antes habían visto una chica? ¿No tienen un barco que navegar? ¡A sus puestos, holgazanes! ¡Antes de que decida cortarles las orejas y limpiarme el culo con ellas!

Todos los piratas huyeron ante semejantes advertencias. Smith, entonces, volteó hacia Wendy.

—Suficiente vagabundeo por hoy —la regañó—. Te mostraré dónde van a trabajar.

—¡Yo no voy a trabajar! —gritó Michael—. ¡Yo me voy a quedar en la cubierta a ser un pirata!

Con la rapidez de una serpiente escondida en la jungla, Smith levantó a Michael por el cuello de la camisa hasta que sus ojos se encontraron al mismo nivel que los del niño. Luego dejó colgando al pequeño por encima de la borda, en el océano.

—¡Deténgase! ¡Deténgase, he dicho! —gritó Wendy sin éxito.

Michael comenzó a gemir mientras se aferraba con todas sus fuerzas al musculoso brazo del pirata.

—¿Pretendes quedarte en este barco, sanguijuela? —le preguntó Smith.

—Sí, señor —alcanzó a tartamudear Michael entre lloriqueos—. Sí, Smee.

—Entonces trabajarás. Aquí no existen los viajes gratis. No hay nanas ni hora de la siesta. Esto no es la Isla de Pan. ¿Vas a trabajar?

Michael asintió con las mejillas llenas de lágrimas. Sin pensarlo dos veces, Smith lo lanzó sobre la cubierta, donde aterrizó con fuerza. Lloriqueó por un momento antes de distraerse con otra cosa.

—Smee... ¿qué es eso? —preguntó Smith mientras apuntaba a una enorme estructura de metal que estaba al lado suyo en el barco; una gigantesca mano de hierro que se curvaba hacia el cielo. Las puntas de los dedos tenían púas, y estaban cubiertos de gruesa cuerda que había sido mojada en algún tipo de sustancia, ¿miel, acaso?, ¿brea?

Sin avisar, Smith le jaló con fuerza las orejas a Michael, quien profirió un alarido.

—¡Eso te enseñará a no llamarme Smee otra vez, asquerosa rata de alcantarilla!

—¡Basta! ¡Lo lastimaste! —gritó Wendy.

—¿También le vas a partir el queso antes de que se lo coma? —preguntó Smith a Wendy con los párpados entornados.

La muchacha ignoró su bravuconada, pese a que de hecho sí había cortado el pan de Michael en cuadraditos iguales, todas las veces, desde que salieron volando de Londres.

—Ahora comencemos... ¿qué saben ustedes, desperdicios terrestres, sobre la vida en altamar?

Michael se adelantó.

—¡Yo sé que existe tal cosa como una cubierta de popa! —declaró, orgulloso.

Smith volvió a entrecerrar los párpados.

—Ignorantes, como me imaginaba —dijo—. Malcriados, pequeños y ricos londinenses que jamás han estado ni cerca de un barco de verdad.

—¿Así que no hay cubierta de popa? —preguntó Michael, decepcionado.

Smith suspiró y acarició una de las hojas de los cuchillos que le colgaban del enorme cinturón.

—Sí, sí hay. Síganme y no se detengan, ratas terrestres... el capitán nunca me dijo que iba a tener que hacerla de nana.

Conforme caminaban a lo largo de la cubierta, Smith les iba señalando las distintas partes del barco. Wendy se esforzaba por recordar cada una a medida que se las explicaban.

—Ésta es la cubierta de babor. Si miran hacia el frente del barco, el babor siempre quedará a la izquierda. Si se dan la vuelta, de todos modos sigue siendo babor, ¿han entendido?

Wendy y Michael asintieron.

—Este lado, entonces, es estribor —les explicó Smith.

—¿Por qué se llama estribor?

—¿Por qué no dejan de hacer preguntas estúpidas y escuchan lo que les estoy diciendo? —gruñó el pirata mientras empujaba a Michael para que avanzara más rápido.

Un hombre bajito, vestido con ropas raídas pero elegantes y con la cabeza cubierta de rizos grises, se adelantó.

—Si me permite explicarles, Smith —dijo—: Se llama estribor porque en los viejos tiempos, antes de que hubiera timón, debían orientar el barco utilizando las estrellas como referencia. Lo orientaban desde el estribor, el lado de las estrellas.

Smith levantó al hombre por las solapas de la chaqueta y lo jaló hacia su rostro.

—¿Acaso crees saber más de mi barco que yo, Barnaby? —le preguntó, amenazante—. Tu voz hace que mi piel quiera gritar, me hace sentir exactamente como te ves: horrible.

El hombre temblaba en los brazos de Smith.

—No, no Smith —le respondió—. ¡Yo sólo trataba de ayudar!

Smith lo lanzó con brusquedad hacia el suelo. El hombre aterrizó sobre las rodillas en un montón de pescados que todavía no acababan de morir. Una pequeña caja de lata salió de su bolsillo y se abrió, lanzando herramientas por toda la cubierta.

—Levanta eso —le ordenó Smith—. Y si tanto sabes de barcos, dales tú el maldito paseo, pirata sabelotodo.

Barnaby se acomodó la chaqueta y exclamó gustoso:

—Será un placer.

E

El primer oficial Smith desapareció de la escena, comentando cómo desearía poder echarlos a todos por la borda. El otro marinero se sacudió la chaqueta y sacó un par de anteojos de su bolsillo. Era pequeño, parecido a un tejón, con la nariz respingada y el rostro alargado, como si estuviera oliendo algo desagradable. Parecía uno de los banqueros que trabajaban con el señor Darling, excepto por el hecho de que sus manos eran negras. No sucias, como muchas otras manos que Wendy había visto a bordo, sino negras como el carbón, como si las hubiera remojado en tinta. El hombre extendió una de sus brillantes manos negras hacia Wendy, y ella, dudosa, se adelantó para estrechársela.

—No te preocupes, no es contagioso, muchacha —le dijo—. Soy hojalatero, ése es mi oficio, y siempre estoy manchado de grasa y brea. Claro que no me ayuda haberme quemado las manos en el fogón. Hace que todo lo negro se quede más tiempo en ellas, me temo.

Él levantó la mano y la chica pudo apreciar la telaraña de cicatrices que le cubrían desde la muñeca hasta la palma. Wendy se tragó su desconcierto y le sonrió con amabilidad.

—Wendy Darling, ¿cierto?

Era tan agradable escuchar a alguien hablar en el mismo tono educado de su hogar que la muchacha casi se puso a llorar ahí mismo.

—Sí, y éste es mi hermano Michael.

—Buenos días, pequeño señor —dijo el pirata—. Bienvenidos sean al *Noche Repentina*. Mi nombre es Barnaby, soy el oficial de navegación del barco. Aunque aquí en Nunca Jamás lamentablemente sirvo de poco.

Wendy sonrió y Barnaby le sonrió de vuelta, radiante.

—Pero les hablaré de mi papel en otro momento, pues temo que si no les doy rápido el paseo por el barco, Smith tendrá mis negras manos colgando del palo mayor en menos de lo que canta un gallo.

Wendy miró hacia abajo de la cubierta, donde Smith observaba furioso a Barnaby, con unos ojos que no presagiaban más que odio y rencor.

—Bien —comenzó a explicar Barnaby—. Escuché que Smith les estaba mostrando el lado de estribor, ¿verdad?

—Sí, apenas había comenzado con eso.

—Una forma fácil de recordarlo es repetirse: “La luz brillante de la estrella sale siempre por la derecha”.

Michael comenzó a canturrearla frase por lo bajo. Sonrió y levantó los ojos hacia el cielo. El sol iluminaba sus pálidos rasgos conforme cantaba para sí mismo. Era la primera vez, desde que habían dejado la Isla de Pan, que Wendy pensó que su hermano por fin estaba bien.

—Estribor también es el lado donde es más probable que encuentren al primer oficial, el capitán y los piratas de mayor rango. El lado opuesto se llama babor, que quiere decir pasaje o entrada. Por ejemplo, lo más probable es que arribemos a Puerto Duette por el lado de babor.

—Ya veo —dijo Wendy.

Conforme caminaban hacia delante, la chica pudo observar que la tripulación se la comía con los ojos mientras fingían dedicarse a sus labores. Smith levantó un látigo que había estado enrollando alrededor de su brazo.

—¿A alguien se le antoja un latigazo? ¡Mantengan los ojos en lo que están haciendo, holgazanes! —les gritó.

—Manténganse lejos de Smith —les susurró Barnaby a los chicos—. No es

un hombre compasivo ni generoso.

Wendy recordó la forma en que Smith había cercenado la garganta de Kitoko, cómo la sangre se derramó fuera del cuello del niño, una oscura fuente escarlata. Se estremeció.

—Sé de cierto que no lo es —dijo la muchacha.

—¡Bien! ¿Continuamos? Las partes básicas del barco son comunes a todos, se trate de un barco pirata como el nuestro o un galeote de la marina real — Barnaby se rascó la nariz, balanceándose hacia delante y hacia atrás. Llevaba un pañuelo asqueroso en las manos—. En mi opinión, el *Noche Repentina* es capaz de vencer a cualquier otro barco, sea de la marina real o no.

Wendy pasó saliva, esperando acordarse de todo.

—No se preocupe, señorita Darling, un barco no es más que un sistema de velas y aparejos. Todo lo que hace la tripulación es asegurarse de que las partes de la nave funcionen en armonía. Si cada hombre hace su trabajo, los aparejos y las velas hacen el suyo y somos capaces de seguir navegando, somos capaces de robar, asaltar, violar y todo lo demás.

Wendy se mordió el labio. Barnaby se aproximó.

—No se inquiete por eso, señorita —la tranquilizó—. No violamos mucho. Más bien robamos y peleamos entre nosotros. Ahora díganme: ¿conocen alguna otra parte del barco?

Wendy meneó la cabeza, avergonzada por su falta de conocimiento en el área. Pensó en John, levantando su barco pirata a escala sobre olas imaginarias, jugando frente a la ventana del cuarto de los niños mientras ella leía echada en su cama, bañados por la luz de la luna.

John habría sabido contestar a la perfección. Pero ella había dejado atrás a John, en las garras de Peter Pan. Rezó en silencio para que estuviera seguro y Peter no se desquitara con él, para que la inteligencia de John pudiera mantenerlo a salvo. Ahí, de pie sobre la cubierta del barco, una culpa pegajosa reptó hasta el fondo del corazón de la muchacha por haber abandonado a su hermano. Barnaby siguió hablando, ignorante de los sentimientos de la chica.

—Si miran hacia arriba, podrán apreciar los mástiles —declaró.

—¡Yla cofa! —gritó Michael, entusiasmado—. ¡Hasta yo sé eso!

—¡Buen trabajo, pequeño! —lo felicitó Barnaby—. Esa es la cofa. Es desde donde vigilamos el clima y también los cielos, en busca de demonios voladores —el hombre hizo una pausa—, niños perdidos, quise decir.

Wendy volteó a ver el suelo.

—Sobre los mástiles: existen tres de ellos —siguió explicando el pirata—. El mástil principal o palo mayor, el palo trinquete y el palo mesana. El trinquete es el que está en la parte de enfrente del barco... ¿puedes verlo, Michael?

Michael daba saltitos de pura emoción.

—¡Puedo verlo! —respondió—. Y el que sigue es el palo mayor.

—¿Para qué crees que sirve ese? —preguntó Barnaby.

—¿Para equilibrar el barco? —aventuró Wendy.

—No necesariamente —respondió el pirata—. Ofrece apoyo a los otros dos mástiles, pero también sostiene las velas y le da estabilidad al bauprés, esa pieza larga de madera que se extiende desde el frente allá...

Barnaby siguió explicando mientras Wendy se sentía perdida entre sus palabras, abrumada por la monstruosa embarcación que la albergaba. Sus ojos siguieron el dedo del pirata hasta el frente del navio. Michael se hallaba completamente absorto. El barco crujió, y la muchacha levantó los ojos hacia los mástiles. Enormes velas negras se inclinaban hacia delante, repletas de aire salino. El mástil se balanceaba seguido de la vela como si fueran dos compañeros que bailaran una danza bien estudiada. El pirata llamado Halcón se encontraba sentado dentro de la cofa, con los ojos fijos en el cielo. Los ojos de Wendy siguieron recorriendo el mástil hasta babor, donde negras escaleras de cuerda bajaban de los mástiles, clavadas a cubierta por gruesos ganchos de cobre. Cada pocos pies de escalera, una pistola u otra arma se hallaba atada a la cuerdas, apuntando hacia arriba.

—¿No es peligroso que todas esas armas estén ahí? —preguntó Wendy.

Barnaby soltó una risotada seca.

—Lo es, es bastante peligroso —apuntó—. Cada hombre de esta nave ha resultado herido con ellas en uno u otro momento —para demostrarlo, se enrolló la manga y le mostró a Wendy una cicatriz de tres pulgadas de largo que le recorría el brazo—. El mío fue el año pasado, justo ahí arriba. No me dolió mucho, porque además significó que ya era de manera oficial uno más de la tripulación. Esas ayudan cuando peleamos contra enemigos que vuelan. Nunca sabes cuándo puedes necesitar un arma —él miró con cuidado alrededor antes de bajar la voz hasta el susurro—. Algunos en este barco piensan que el capitán es paranoico, pero yo no estoy de acuerdo. El capitán es cuidadoso, si bien en ocasiones me pregunto contra quién piensa que está

peleando exactamente. Esos chicos son peligrosos, pero no son tan listos. Matarlos es bastante fácil —Barnaby dio un paso hacia atrás—. Lo siento, señorita Darling. No quise decir...

Wendy se encogió de hombros, harta de las disculpas acerca de John, pues su propia pena tóxica era más que suficiente para que se sintiera abrumada.

—Por favor, Barnaby, siga con la explicación —le pidió por fin.

Anduvieron hasta el frente del barco, pasando por los cañones que se alineaban sobre la cubierta; sus temibles puntas le recordaban a Wendy las cercas de hierro que rodeaban las casas de Londres. Barnaby se percató de que la muchacha las veía.

—Es difícil aterrizar sobre el barco cuando no puedes hacerlo porque corres el riesgo de quedarte cojo, o de que tus pies terminen clavados a la cubierta —advirtió.

Llegaron hasta el frente del navio, a la proa, como explicó el pirata. Michael se entretuvo mirando a su alrededor.

—¿Dónde está el timón? —preguntó.

—Ah, en la parte trasera del barco, justo bajo la cubierta de popa.

Michael soltó la carcajada y gritó:

—¡La cubierta de popa! ¡Lo sabía, sabía que había una, Wendy!

—Así es —concedió su hermana.

La muchacha subió las escaleras hasta la proa del barco; no había nada entre ella y las lanzas negras que apuntaban hacia el cielo, atadas unas con otras con fuerte alambre de púas.

—Sólo el capitán sabe lo que es esto, pero me imagino que será un arma espectacular —aventuró Barnaby.

Wendy miró hacia la cubierta, enfocando los ojos más allá del bauprés, donde la figura de una sirena guiaba el barco hacia delante. Tallada en lo que parecía un solo colmillo de marfil negro, su mano se extendía hacia el horizonte infinito. Largos rizos caían en cascada sobre su cuerpo, cubriendo sus pechos. Una enorme cola de pescado, perfectamente recreada a partir de cientos de conchas de ostiones, se curvaba hasta abajo del frente del barco. Sus ojos estaban hechos de perlas negras, y su boca era un rubí. Ambas manos se extendían hacia afuera con las palmas hacia arriba, como si quisieran empujar las olas lejos de la nave. Habría sido adorable de no ser por la terrible sonrisa que le curvaba la boca, bordeando afilados dientes.

Michael retrocedió.

—Me da miedo —le dijo a Wendy, y la muchacha estuvo de acuerdo.

—Esa es Eryne, la reina de las sirenas —explicó Barnaby—. Es una belleza despiadada, si les creemos a las historias que se cuentan sobre ella — el hombre se estremeció—. Navegaremos más allá de la Costa Gris en nuestro camino hacia Puerto Duette. Es mi parte menos favorita de la isla.

—¿Por qué? —preguntó Wendy, mirando al océano turquesa que golpeaba con suavidad los costados del barco, como si lo abrazara.

—Estarás bien con las sirenas, me imagino. A menos que seas virgen.

Wendy le respondió enojada, pues su paciencia se había agotado debido a las actitudes de los hombres de la cubierta:

—¡Es en extremo inapropiado preguntar eso, señor!

Él la miró por un segundo antes de darse la vuelta, balbuceando:

—Lo siento, no pretendía ser inapropiado —se disculpó—. Sólo preguntaba porque así como usan los huesos de los hombres para crear su jardín de corales... usan la sangre de las vírgenes para alimentarlo.

Wendy lo miró horrorizada antes de responder:

—Una sirena trató de raptarme una vez. Peter me salvó.

El cabello se le enredaba sobre el rostro conforme miraba fijamente el mar, incapaz de ver a su hermano pequeño, quien la observaba confundido.

—Te salvó para sus propios propósitos, me imagino, conociendo a Peter Pan —dijo el pirata.

Wendy se estremeció, recordando el rostro desesperado de Peter cuando pretendía asfixiarla en el agua. Miró, sin poder sentir nada, fuera de la proa de la nave hacia el mar cristalino que se extendía infinito frente a ellos, con la espuma blanca que construía murmullos sobre las olas. Barnaby no entendió su necesidad de reflexionar en silencio, de modo que prosiguió:

—Bueno, estoy seguro de que los hombres se sienten felices de que estés aquí. Al menos tendrán algo decente que ver mientras navegamos hasta Puerto Duette. Lo siento, decirlo así fue descortés. ¡Otra vez con tus palabras soeces, Barnaby! Lo que quise decir fue que aunque tú seas una mujer sin conocimientos de navegación, eres afortunada de ser la invitada del capitán, pues este barco es magnífico, el más extraordinario que jamás haya visto, el mejor de toda la flota despreciable.

Ella se volteó. La fuerte brisa que subía de las olas le ponía la piel de gallina.

—¿La flota despreciable?, ¿qué es eso? —preguntó.

Barnaby se frotó las manos antes de inclinarse hacia una de las garras de hierro que salían de los costados del barco, como si fuera un banco que hubiera encontrado en los jardines de Kensington.

—Los Despreciables son los cinco barcos de la flota del capitán —explicó el pirata—. Está el *Saqueador de Corales*, al mando del capitán Reed Bonney,* el *Mares Perversos*, que comanda el capitán Jaali Oba; el *Ataque Viperino*, del capitán Xian Li, y el *Contramar*, del malvado capitán Maison. Y por supuesto el *Noche Repentina*, ¡el mejor barco del océano!

—¿Y qué es lo que hace la flota despreciable?

—Bueno, el *Noche* y el *Contramar* navegan casi siempre dentro de Nunca Jamás, asegurándose de que todo esté en orden en tierra firme. El *Saqueador* y el *Viperino* navegan por las islas fronterizas, y el *Mares Perversos*... — Barnaby hizo una pausa— ese barco hace lo que se le da la gana.

—¿Las islas fronterizas? —preguntó la chica. Luego quedó en silencio porque paladeó el agradable sabor de la esperanza, que le supo a dulce y espesa miel. Acto seguido continuó con entusiasmo—: ¿Ellos navegan fuera de Nunca Jamás? ¿Se puede navegar fuera de aquí?

Por favor di que sí, imploró en silencio. *Por favor que diga que sí*. Barnaby dirigió su curiosa mirada hacia el rostro anhelante de la chica.

—Eso sería demasiado fácil, ¿no es cierto? —dijo por fin el pirata—. No hay manera de salir de aquí, chiquilla. Nunca Jamás es un lugar muy extraño. Cada año un barco distinto de la flota intenta navegar tan lejos como le es posible, para probar los límites. Cada año pasa lo mismo: una vez que llegan a cierto punto, alrededor de la milla náutica 413, el agua comienza a empujarlos. Intentas ir contra la corriente, y cuando lo haces, del cielo cae la más espantosa tormenta con rayos y truenos, que te empuja otra vez hacia atrás. Las velas lo notan y antes de que te des cuenta ya vas en la dirección contraria, sin importar la habilidad del capitán o el oficial de navegación. La brújula pierde el Norte y los demás instrumentos enloquecen. La milla 413 es un cementerio de barcos, con extrañas corrientes magnéticas y verdadera magia combinada para convertir la vida de cualquier marino en un infierno mojado. Así fue como perdimos el *Tesoro de Aullidos* y el *Sangre de Banshee* y quién sabe cuántas embarcaciones más pequeñas.

Barnaby meneó la cabeza antes de proseguir:

—Eran buenos hombres, los del *Tesoro*.

A Wendy se le cayó el alma a los pies.

—Así que no puedes marcharte —dijo—... nunca.

—Bueno, hay muchas islas más pequeñas entre aquí y allá. Cientos de ellas, listas para ser habitadas —el hombre extendió el brazo hacia el Este—. Eso sí: la isla principal es la más grande. No hay motivo para estar en ningún otro lado. Garfio tiene el control de Puerto Duette, aunque puede que cambien las cosas... —Barnaby miró en derredor, horrorizado, como si quisiera proteger sus palabras de los gritos de la reina sirena Eryne, que extendía los brazos hacia el océano—. Olvida que dije eso, ¿de acuerdo? Sea como sea, es un hermoso lugar para estar prisionero, ¿no es cierto? Y no hay mejor manera de conocer Nunca Jamás que desde esta cubierta. De noche, cuando las nubes se asoman a la superficie y el crepúsculo se acerca hambriento, no se puede distinguir entre el cielo y el mar. No verás nada parecido a eso en ningún otro sitio —el hombre se limpió la boca con una de sus ennegrecidas manos—. Bien, Darlings, ¿continuamos con el paseo?

Wendy casi no lo escuchaba pues los latidos de su corazón se habían escondido dentro del profundo océano; así de honda era su decepción. *¿De verdad Peter es el único que puede salir de Nunca Jamás ? ¿De verdad nunca más volveremos a ver a nuestros padres ni a Booth?* Ella se sentía a punto de desvanecer, con las manos aferradas al barandal de la cubierta, apenas respirando. *Booth. Booth. Estoy atrapada para siempre.* Barnaby observó su reacción con interés, muy equivocado respecto a la causa de su sufrimiento.

—No tema, mi señora, estaré con usted durante todo el paseo —le prometió—. La protegeré de cualquier tipo de ataque o insinuación.

Wendy asintió, pasándose el sollozo que amenazaba con subir por su garganta.

—Gracias, Barnaby —le dijo—. De verdad lo agradezco.

Barnaby los llevó entonces hacia la parte trasera del barco, hacia la cubierta de popa para deleite de Michael.

—El alcázar suele estar reservado para los oficiales de la nave —explicó el pirata mientras subían las escaleras que llevaban hacia esa parte elevada de la cubierta.

Wendy pensó que era bastante bonito, en realidad. Ahí Barnaby incluso permitió que los Darling miraran el timón de madera de cerezo que gobernaba todo el barco; el ojo de Dios, controlado por Smith.

—¿Ven la madera? ¿Observan lo suave que es? Es así porque ha sido

domada por los dedos del capitán. Ese timón sabe lo que nuestro capitán quiere antes de que él mismo lo sepa, puedo apostar. Este barco conoce a su capitán, y si intentan hacer algo con lo que él no esté de acuerdo, la nave tratará de impedirselos.

Wendy disfrutaba mirando el timón, su madera reluciente bajo los rayos del sol. Cuando Smith le daba la vuelta, ella podía sentir incluso el más mínimo ajuste bajo sus pies, hacia delante y atrás, izquierda o derecha. El barco se balanceó, y Smith volteó a ver a los chicos, molesto con su presencia.

—¡Barnaby! —gritó—, ¡llévate a estos marineros de agua dulce de mi cubierta, o te juro que te sacaré las entrañas y se las daré a los peces! Enseñales el resto del barco y acaba de una buena vez. Los hombres tienen trabajo, y ella también.

—De acuerdo, de acuerdo —respondió Barnaby.

—¡Barnaby! ¿Cuántos días nos faltan para llegar a Puerto Duette? —preguntó Smith.

Barnaby consultó su brújula un momento, miró el mar, miró un antiguo reloj de oro, y luego volvió a mirar el mar antes de responder:

—Diría que estamos a tres días de Puerto Duette, Smith.

—¿Puerto Duette? —preguntó Wendy, que por fin escuchaba todo otra vez.

—Sí, querida. El capitán Maison quiere tener una pequeña charla con el capitán Garfio.

Smith soltó el timón y se aferró a la mano de Barnaby, retorciéndola con brusquedad. El otro pirata gimió y cayó de rodillas.

—Estoy harto de tu vocecita y de tus chismarajos —lo amenazó Smith—. ¡Cierra tu venenosa bocota y ponte a hacer tu trabajo!

El cerebro de Wendy saltaba de idea en idea. *¿Puerto Duette? ¿Acaso es posible escapar de este barco injernal, con su escalera de huesos y sus hombres groseros?* Barnaby se alejó cojeando por la agresión de Smith, y Wendy pudo ver cómo la rabia relucía tras las pupilas del hombre. Por eso trató de distraerlo conforme bajaban del alcázar.

—¿Sólo nos faltan tres días para llegar a Puerto Duette? ¿Es cierto eso? —le preguntó al hombrecillo. *Tres días para poder escapar de esta tortura. Cualquiera puede soportar tres días.*

—Así es. Estamos más o menos a doscientas millas —respondió Barnaby.

Wendy miró hacia el cielo. La idea de escapar resultaba muy tentadora, pero Puerto Duette era prácticamente vecino de la Isla de Pan. Ella se

estremeció sólo de pensarlo. Barnaby le extendió el brazo.

—¿Necesitas un abrigo, querida? —le preguntó.

Wendy negó con la cabeza. Michael, quien había permanecido de manera inusual en silencio durante la mayor parte del tiempo, explotó por fin:

—¡Por todos los cielos! ¡Veamos más partes del barco! ¡Apresúrate, Wendy!

Wendy miró el mar por una última vez antes de agacharse bajo la cubierta, temerosa de volver a entrar en los oscuros corredores y las estrechas esquinas. Barnaby era un buen guía, que hacía preguntas sobre la historia de la muchacha y entretenía a Michael con anécdotas de piratas.

—¿Sabías que una vez el capitán Horacio le cortó los labios a un hombre y se los cosió en la espalda, pues no hablaba de otra cosa que no fuera amotinarse? ¿Alguna vez te contaron la historia del pirata que se enamoró del mar, y cada noche se llenaba los pulmones con agua salada con la esperanza de que un día el océano lo dejara estar con él para siempre? ¡Se ahogó a sí mismo lentamente, el desgraciado!

Michael lucía fascinado, pero a Wendy aquellas historias morbosas le retorcían las tripas. Lo que alguna vez la había fascinado ahora la asqueaba. La muerte era real, la violencia estremecedora, y pudo ver lo suficiente como para saber que esos cuentos estaban basados en oscuras realidades.

—Es suficiente, Barnaby —le susurró conforme subían por la escalera de huesos, con Michael brincoteando de manera alegre por los escalones.

—Aquí es donde vive el capitán... su habitación permanece al final de aquel pasillo.

—Lo sé. Conozco esa habitación —dijo Wendy.

Barnaby entrecerró los párpados.

—Nadie conoce los cuarteles del capitán, excepto Keme, nuestro cocinero, y Smith en alguna ocasión. Nadie puede mirar dónde duerme el capitán, ni siquiera una de sus muchas prostitutas.

Wendy no supo qué responder, de modo que se volteó a mirar el ojo de buey que adornaba una de las paredes del corredor.

—Debes ser importante —dijo Barnaby de pronto.

—Sólo soy una niña —respondió Wendy, negando con la cabeza.

—He escuchado que eres mucho más que eso. He escuchado que Peter Pan está enamorado de ti.

Wendy se concentró en mirar el suelo fijamente.

—Quizá —respondió después de un rato.

—¿Y ese amor era tan terrible que tuviste que refugiarte con Garfio?

Ella meneó la cabeza.

—Garfio vino a mí —explicó.

—¿Y no es esa una grata coincidencia? —preguntó Barnaby, burlón—. Que el capitán estuviera justo donde más lo necesitabas.

Wendy se quedó perpleja. No había pensado demasiado sobre cómo se habría enterado Garfio que ella escaparía aquel día y no otro. Sus preocupaciones habían sido sobrevivir y cuidar a Michael, las únicas cosas para las que tenía espacio en su cabeza. Ella se abalanzó sobre Barnaby.

—¡Garfio tiene un espía! —gritó con los ojos de plato—. ¡Abott!

Barnaby hizo un gesto para que cerrara la boca, como si se cosiera los labios.

—Eso yo no puedo decírselo, señorita Darling —le comentó—. Mejor será que se lo pregunte al capitán en una de sus visitas especiales. ¿De verdad te sorprende? Somos piratas, después de todo.

Había un veneno subrepticio en su voz, pero cuando Wendy volvió a mirarlo, era otra vez el mismo hombrecillo sonriente de siempre, mostrándole a Michael uno de los muchos elevadores que llevaban comida desde las profundidades del barco hacia arriba, gracias a un ingenioso sistema de poleas.

—Ahora, esto conduce a la cocina, donde estarán trabajando, o al menos eso fue lo que dijo Smith. ¿Vamos a echar un vistazo?

Wendy no podía pensar en nada que le desagradara más que cocinar para esos hombres sucios quienes gozaban matando niños, y por eso se sorprendió a sí misma cuando asintió conforme el *Noche Repentina* se aproximaba hacia Puerto Duette, partiendo en dos las olas con su furia y el cielo de Nunca Jamás con su oscuro mástil.

—Pónganos a trabajar —dijo al fin, recordando la advertencia de Garfio—. Nada me haría más feliz.

Barnaby le dirigió una mirada desconfiada mientras comentaba:

—Dudo que eso sea verdad.

L

a cocina se encontraba bajo la cubierta, del lado de la popa.

—Aquí es donde deberán trabajar, según las órdenes del capitán.

Wendy miró a su alrededor, asqueada. El cuarto era pequeño, oscuro y maloliente, con paredes de madera porosa repletas de marcas; parecían ojos que la miraban con curiosidad. Ollas y sartenes de hierro se balanceaban sobre su cabeza, y una caja abollada con diversos cubiertos de plata crujía sobre una repisa. Un enorme tapiz oscilaba hacia delante y atrás colgado sobre la pared, y sus elaborados bordados incitaban la curiosidad de la muchacha. Wendy se acercó a él para leer la inscripción, no sin antes sacudir el polvo del tapiz con la mano: “El *Alegre Rodger* y el *Atlántico*”. Un barco marrón con una joya roja como mascarón de proa luchaba contra las olas en la estampa del tapiz, con las velas hinchadas al viento. La misma bandera que había visto en el camarote del capitán, una calavera blanca sobre un fondo negro, ondeaba en

la parte superior del mástil. Cuando lo estaba mirando Wendy recordó la historia sobre la quema del *Alegre Rodger* que Peter había narrado en la Isla de Pan. La tenía tan ciega entonces, deslumbrada por su presencia y su carisma. No había sido más que una elaborada presentación.

—¿El *Alegre Rodger*? Peter quemó ese barco, ¿no es cierto? —preguntó.

—Así es —respondió Barnaby asintiendo con la cabeza—, y una docena de hombres que iban en él. Fue un día negro, una verdadera masacre —el pirata sacudió la cabeza, perturbado por el recuerdo—. Si yo fuera tú, no tocaría ese tema con el capitán, pues aquel fue el día en que perdió su mano y el barco de su padre. Mencionarlo haría que te tirara por la borda.

Wendy se tragó las otras preguntas que pretendía hacer y continuó observando la cocina.

Cerca de cincuenta barriles se alineaban contra las paredes, cada uno atado con la misma red negra que había sacado a Wendy del océano. Barnaby no estaba tan interesado en dar el tour de las cocinas como lo estuvo sobre cubierta. Señaló los barriles con el dedo y declaró:

—La carne y el pescado salados se guardan ahí. A los hombres les gustan con bastantes especias. Las manzanas y algunos tubérculos se almacenan en el cuarto de allá, pasando los toneles. Ahora tenemos las reservas bajas, pero ya volveremos a surtirnos en Puerto Duette. Puedes preguntarle a Keme.

—¿Keme? —preguntó Wendy.

—El cocinero.

Barnaby se inclinó hacia la oreja de Wendy y le susurró:

—No tengas miedo de él, señorita. Es enorme pero inofensivo, y puede cocinar un pez de quince formas distintas antes del domingo, que es lo único que le importa al capitán. No puede hablar, pero te hará saber lo que necesita.

—¿Yo seré su asistente?

—Sí. Tú y el niño, los dos —agregó Barnaby.

Wendy miró a Michael, dudosa. Su hermano se entretenía en dar chillidos mientras jugaba con los peces de los barriles. *Eso quiere decir que soy la asistente. No tenía sentido pretender otra cosa.*

—Estoy segura de que estaremos bien —dijo con todo el aplomo que pudo reunir—. ¿Por qué no puede hablar?

Barnaby sonrió, arrugó la nariz y respondió:

—Existen varias teorías, pero mi favorita es que se encuentra sujeto a una antigua maldición pilvi.

Wendy lo miró, sorprendida.

—¿Pilvi? —preguntó—. ¿Como de los indios pilvinuvo?

Barnaby le dirigió una mueca desagradable.

—Seguro que has escuchado hablar de ellos, ¿no? Peter los ha mencionado un par de veces, ¿verdad? —el pirata se frotó las manos—. Me alegra que te sorprendas. Descubrirás que el *Noche Repentina* está lleno de sorpresas agradables.

Arqueó las cejas dirigiéndose a Wendy de una manera que la hizo sentir incómoda. Ella le dio la espalda, pretendiendo inspeccionar los toneles que estaban identificados de manera meticulosa por frases grabadas a fuego en la madera en un lenguaje que ella no podía leer.

—Sí, es verdad, tenemos al último indio pilvinuvo en el barco, aunque es tan mudo como una piedra. Estoy seguro de que a Peter Pan le encantaría ponerse en contacto con él, por lo que permanece bajo cubierta la mayor parte del tiempo. No hay otro lugar en Nunca Jamás en el que pueda estar a salvo. Es un poco como tú, en ese sentido.

Wendy sintió nacer una sensación amarga en su interior.

—Keme, en cambio, es leal al capitán. Prepara la comida, la lleva hasta las habitaciones la mayor parte de las veces. Corre el rumor de que el capitán le ha prometido algo, algo que hace a Keme dedicar su vida a servir al *Noche Repentina*.

Barnaby se rio antes de frotarse el cabello blanco con sus manos negras.

—¿Yno estamos todos en las mismas condiciones? —hizo una pausa y el aire se quedó tieso entre ellos—. Bueno, te dejo hacer, entonces. Keme bajará probablemente en unos minutos. Darlings, ¿les gustaría hacer una última parada en la presentación? ¿En el cuarto de armas?

Michael corrió a la puerta gritando:

—¡Siii!

Wendy se volteó, buscando un minuto para estar sola.

—Me abstendré de ello, Barnaby, gracias.

Él se veía muy decepcionado, pero Wendy se percató de que no le importaba ni un poco. Barnaby hizo una leve inclinación y se fue acompañado de Michael. La chica londinense dejó escapar una larga exhalación y se desplomó encima de la mesa rústica. Estiró los brazos a lo largo de la madera granulosa y dejó que las lágrimas que había estado reteniendo bajaran en silencio desde sus ojos, haciendo un charco en la madera nudosa. *No hay*

vuelta a casa. No hay salida. Cómo podré llevar de regreso a mis hermanos, si no se puede salir de Nunca Jamás sin PeterPan. Expulsó el aire de sus pulmones deseando por enésima vez que todo fuera un sueño.

Una manzana rodó por la mesa y se detuvo frente a sus brazos. Wendy saltó de la banca, golpeándose la cabeza con fuerza en una de las cacerolas de hierro forjado que se balanceaban sobre ella. Abrió la boca para dejar escapar una palabra indigna de sus labios en completo silencio:

—¡Maldición!

Se frotó la cabeza con una mano, avergonzada enseguida de su lenguaje antes de mirar hacia arriba. Un gigante se hallaba delante de ella cubierto por sombras, totalmente callado. Wendy gritó y se hizo hacia atrás muy despacio. El gigante avanzó hacia ella. Medía poco más de dos metros y poseía una rotunda redondez. A su alrededor la cocina empequeñecía mientras la figura monstruosa intentaba moverse en dirección de Wendy. Ella permanecía echada hacia atrás.

—¿Eres...? —dijo en un suspiro, al tiempo que trataba de recuperar control sobre sus emociones—. Debes ser Keme.

Él se desplazó sigiloso hacia ella hasta arrinconarla contra un barril de pescados con escamas plateadas que se deslizaban uno sobre otro haciendo un repugnante sonido. Wendy alzó la mano con la esperanza de que su buena educación lograra mantener a raya lo que fuera que estaba pasando. Sentía su corazón latir detrás de las costillas.

—Soy Wendy. Espero poder ayudarte en algo.

El hombre seguía mirándola en silencio. Con su enorme cuerpo presionaba a Wendy contra el barril de modo que sus manos se resbalaban sobre los pescados y el aroma penetraba su piel. Ella alzó la barbilla indispuesta a seguir siendo empujada más atrás.

—¡Retrocede! ¡Ahora! ¡Por favor!

El hombre miró fijamente a Wendy de nuevo antes de asentir. Un gran dedo, fácil del mismo tamaño que su cara, se cernió sobre su nariz antes de alzarse para limpiar una lágrima de la mejilla. Wendy dejó de respirar durante un instante hasta que él se alejó de ella con una sonrisa triste. Era una cara suave y maleable, hecha de la misma sustancia que el cuerpesote. La observaban de cerca unos ojos redondos como platos con el centro salpicado de destellos dorados. La piel era del color de la corteza, un café tenue rociado de pecas. El cabello largo y negro estaba acomodado bajo un trapo rojo y blanco, y olía a

pimienta y a salado aire marítimo.

Aunque él no estaba en condiciones óptimas, Wendy podía darse cuenta de que los genes de los indios pilvi eran fuertes, llevados en sus rasgos bellos y su coloración exótica. Él le sonrió antes de alejarse con una reverencia. Wendy alejó su mano del barril de pescado con un gruñido y la agitó frente a sí misma. El gigante abrió la boca en una sorda carcajada haciendo su cabeza hacia atrás y golpeó dos veces la superficie del mostrador con la mano antes de apartarse de ella. Wendy volvió a caminar en torno al mostrador hacia donde él se hallaba.

—Se supone que debo ayudarte aquí en la cocina —dijo la muchacha.

Keme asintió y le dio a Wendy un gigantesco cuchillo. A ella nunca se le había permitido empuñar un cuchillo tan grande en su vida, sin duda no había tenido la oportunidad habiendo acompañado tan pocas veces a Liza en la cocina en Londres. Keme avanzó hasta el barril y agarró un pez muerto de la cola con la boca abierta colgante, los labios manchados de gotas de sangre. Wendy contuvo las náuseas. Keme dejó caer el pescado frente a ella y le pidió que lo cortara con el cuchillo. La chica se negó. Él sonrió, afirmó meneando la cabeza hacia adelante y hacia atrás, y procedió a mostrarle cómo rajar el pescado desde el vientre, dejando que se esparcieran las entrañas sobre la tapa de madera del mostrador. Wendy tuvo arcadas una y otra vez.

—No puedo. No puedo. Puedo hacer papas, pero... —pronunciaba la palabra que había estado deseando decir a lo largo de toda esta experiencia—. No, no.

Keme la observó inmutable antes de retirarle el pescado con un gesto comprensivo. Con largos cortes quitaba las escamas del pescado sin dificultad y extendía dos filetes limpios, menos desagradables de ver. Hizo señas hacia una cubeta de agua y el gesto de lavar. Wendy suspiró de alivio.

—Sí. Sí, eso lo puedo hacer al menos.

Keme la palmeó en la espalda alegremente y movió su cabeza de un lado a otro como si escuchara una suave música en su interior. Wendy decidió que le caía muy bien, muy bien sin duda. Tomó los pálidos filetes y rápido los sumergió en la cubeta de agua fría. Keme le mostró cómo frotar con velocidad la piel con una capa de cebolla, cómo espolvorear un puñado de especias sobre el conjunto, coronarlos con una pizca de sal amarilla, y alinear los filetes frente a un caldero de hierro colgante. Cuando Wendy había lavado su

enésimo filete, Keme la instó a ver cómo él los colocaba en el caldero esférico de hierro que pendía de varias cadenas plateadas. Señaló el caldero y luego meneó todo su cuerpo hacia adelante y hacia atrás, y sus manos en círculo. Wendy entendió enseguida.

—Se mueve con el vaivén del barco.

Keme asintió antes de indicarle a Wendy que estaba caliente. Ella meneó la cabeza.

—Creo que no tenemos esto donde yo vivo.

Keme negó y luego apuntó a la cabeza simulando un gancho con el meñique.

—¿Es un invento de Garfio? —sonrió Wendy—. No me sorprende. ¿Has visto las armas en la cubierta?

Keme abrió la boca para reír una vez más, luego sacudió la cabeza y se puso a trabajar de nuevo. Levantó la tapa de un barril de manzanas y con sus hábiles movimientos las rebanó a la perfección en tan sólo cuatro movimientos usando un cuchillo de sierra. Un estallido de crujiente piel de manzana llenó las fosas nasales de Wendy y respiró como si fuera aire fresco. Allí; en esa pequeña cocina de barco había encontrado de alguna manera algo que olía a casa. Aunque sus ojos lloraban; siguió trabajando; ayudando a Keme a pelar papas, agradecida por esta tarea monótona que le permitía dejarse llevar por un recuerdo delicioso y especial: Booth guiñando hacia ella de forma picara antes de sacar de su mochila una manzana y arrojársela; como si fuera un regalo extravagante. Wendy la cachó con las manos y volvió la mirada hacia Booth, pero él ya se encaminaba de vuelta al negocio de su padre con la mochila llena de libros silbando una tonada jovial antes de desaparecer en la esquina. Miró la manzana. Él ya la había mordido y la marca blanca de sus dientes estaba brillante y húmeda. Wendy había observado de manera enfática alrededor para saber si alguien estaba viendo. Nadie lo hacía; así que bajó la boca a la manzana; apretando los labios contra el punto en el que sabía que habían estado los labios de él. Su corazón latía y sus rodillas se estremecieron mientras delineaba con la lengua las marcas en la manzana, sintiéndose una chica indecente.

De vuelta en el *Noche Repentina*, Wendy sintió que sus mejillas se sonrojaban. Keme la miró con una sonrisa traviesa antes de regresar a sus ocupaciones. Las siguientes cuatro horas pasaron rápido, con Wendy sumergida hasta los codos en el trabajo entre pescados y papas, y Michael

dando vueltas y quejándose hasta caer por fin dormido, agazapado sobre una pila de sacos de papa. Después de su exhaustiva labor sin posibilidad de tomar un descanso, Wendy ayudó a Keme a poner toda la comida en un montaplatos que se mecía hacia adelante y hacia atrás en la cocina. Con las manos adoloridas, colocaba el pescado humeante y las papas en platos de madera cuadrados, y los enviaba a una mano desconocida en la cubierta.

Cuando la cena quedó por fin lista, Wendy estaba empapada en un sudor pegajoso y sus manos apestaban a pescado hasta los codos. La asaltó una sensación de orgullo a lo largo de sus exhaustas extremidades mientras se estiraba para sentir el vestido endurecido y agrietado por la salmuera. Apareció en su rostro una sonrisa al tiempo que la inundaba un sentimiento de satisfacción de saberse necesitada y útil. Se detuvo en ello un momento antes de terminar de asimilar la realidad de que estaba totalmente repugnante y de que era hora de ir a comer con los hombres. Se pasó la mano por la frente y comenzó a subir la escalera de huesos, oyendo tronarlos fémures conforme avanzaba.

Por fin, emergió en la cubierta casi sin abento, al tiempo que contemplaba el duro contraste de la negrura del *Noche Repentina* con el cielo blanquecino de la tarde rociado con alegres nubes rosas. El agua de azul grisáceo golpeaba los costados del barco con sus lengüetazos juguetones. En la cubierta, las tablas de madera contrachapada estaban ensambladas de modo azaroso conformando una mesa sostenida sobre barriles.

A un costado de la mesa, un pirata de cabello negro y fibroso, de nariz larga, encendía una pipa. El muñón de su pierna descansaba en la orilla de la silla. Captó la mirada de Wendy y ella miró hacia otro lado de inmediato. El sonrió al tiempo que una delicada nube de humo blanco salía de su boca y se enroscaba subiendo hacia su cara. Las palabras le salían con flojera:

—Hace un buen rato que no me sirve una mujer. Se siente bien —dijo.

Luego estiró una mano para tocarle el trasero, pero se detuvo en cuanto percibió el rostro furioso de Smith.

—¡Te arrancaré la mano, Shady Wick! —lo amenazó el primer oficial.

Wendy se hizo a un lado con destreza. Keme le tocó el hombro y señaló la pila de platos que los esperaban a babor. La muchacha se ajustó de nuevo el cabello y comenzó a tomar platos y colocarlos tan rápido como le era posible frente a los hombres. El menú era sencillo: dos filetes de pescado, una porción de papas y una rebanada de manzana, pero se veía delicioso, y Wendy sintió

que su estómago retumbaba de desilusión cuando puso el último plato frente a un pirata que parecía igualmente hambriento. Keme le hizo señas de quedarse a su lado, y así lo hizo, con las manos cruzadas detrás de la espalda, como él.

Esperaban. Ninguno de los hombres tocó la comida. Finalmente, Smith gritó:

—¡Arriba!

Los hombres se pusieron de pie y la tambaleante banca se movió hacia atrás con un desagradable chillido. Garfio apareció en la cubierta con el rostro imperturbable y sus botas negras resonaron en el piso con cada paso firme. Wendy vio conforme avanzaba a la mesa. El capitán miraba hacia adelante sin fijarse en los platos humeantes ni en los hombres que lo veían con ojos hambrientos. Fue directo a estribor y miró hacia las olas en el horizonte. Luego flexionó los labios y silbó una nota baja para luego escuchar la contestación de la cofa en la que Halcón se mantenía vigilante. El capitán giró sobre sus talones y dijo:

—Pueden comer, hombres. Disfruten su comida.

Algunos de ellos se sumieron en sus platos mientras que otros agacharon la cabeza para rezar. Garfio los miraba de manera prolongada y con minuciosidad, escudriñando con sus ojos oscuros las delgadas líneas de cabello en sus testas.

—Tontos —murmuró antes de girar de nuevo los talones y caminar en dirección de donde había llegado—. Mantengan estribor estable y vigilen la popa. Mientras más nos acerquemos a Puerto Duette, más inestable será el viento.

—Sí, capitán —dijo la tripulación como si tuvieran una misma voz.

Garfio asintió para confirmar que había sido escuchado.

—Smith, asegúrate de que se lustre la proa esta noche.

Al ponerse de pie, la mole de Smith parecía una torre que sobresalía entre los hombres que devoraban pescado con gula. Comoquiera, no era tan alto como Keme, quien veía todo con una afable sonrisa.

—Sí, capitán.

—Entonces, buenas noches, hombres. Que la noche de Nunca Jamás sea amable.

Al pasar frente a Wendy el capitán se inclinó hacia adelante.

—Apesta a pescado. Ve a asearte y encuéntrame en la cubierta para una bebida dentro de dos horas. Sólo entonces te alimentarás.

Ante la mención de una bebida, Wendy se mordió el labio, dudosa de la naturaleza de la petición. Garfio vio su titubeo y se mofó emitiendo una risilla.

—No te preocupes, niña, no tengo interés en cortejarte. No cuando he podido estar con una mujer esculpida por las costas de Nunca Jamás... ¿qué eres tú a su lado? Tu hermano se queda abajo.

—Sí, señor —masculló Wendy y sintió el pinchazo helado del garfio de plata en la barbilla.

—Aprecio que la gente sea puntual.

—Sí; señor.

—Bien.

Sin otra palabra; Garfio extendió la mano hacia Keme y le palmeó la espalda antes de irse taconeando hasta desaparecer bajo cubierta tan rápido como había llegado.

Fue hasta entonces que Wendy escuchó el suspiro colectivo de alivio de la tripulación y la conversación y la risa discurrieron Ubre-mente. Barnaby le ofreció un trozo de su pescado; pero ella se rehusó de manera rotunda para no contravenir las órdenes del capitán. Percibió muchas miradas sobre su escote pero mantuvo la cabeza en alto viendo hacia adelante como hacía Keme; sintiéndose segura por su imponente presencia a un lado. Se divertía escuchando la cháchara; tan ofensiva que a veces le costaba trabajo mantener la boca cerrada ante los chistes lujuriosos y la letanía de maldiciones. *Ay, pero cómo se sonrojaría mi madre.*

Después de media hora de oír historias sobre los pechos de las sirenas; su atención giró hacia una conversación que tenía lugar al final de la mesa, de forma discreta; entre Redd, Smith y Voodoo.

—Sí; ¿qué piensa el capitán que pasará en esta reunión de los Despreciables?

—No es tu asunto —susurró Smith, devorando medio pescado de una mordida.

—Tú sigue vociferando y esta misma noche serás hombre ahorcado.

—No lo dice en serio, Redd. Extrañaría tu linda cara —dijo Voodoo y sonrió mostrando su brillante dentadura estropeada por un solo diente podrido en el frente.

—No lo haría —contestó Smith sacando una espina de pescado de sus dientes—. Creo que no pensaría en ti por más de diez segundos.

Redd se acercó.

—He estado oyendo rumores en Puerto Duette acerca de nuestro capitán y el capitán Maison. Algo sobre una deuda.

—Sí, eso es porque Maison le debe a Garfio la vida. Una vez lo salvó; Maison sangraba por todos lados y Garfio lo llevó a que lo curaran en Puerto Duette. Ha olvidado la deuda por orgulloso. Es un tipo enfermo Maison. Ya han escuchado lo de *la línea*.

Smith y Voodoo asintieron. Redd se aclaró la garganta.

—Supongo que Maison ha estado hablando con el capitán Xian Li; tratando de hacer que el *Ataque Viperino* le sea leal. No pasará —dijo.

Smith alzó con tranquilidad su cuchillo de mantequilla; lo hizo girar entre los dedos y sin avisar lo clavó con fuerza en el lado carnoso de la palma de Redd. El hombre dejó escapar un grito de dolor mientras la sangre comenzó a gotear entre las aberturas de las tablas de la mesa. Las piernas de Wendy se estremecieron pero mantuvo la cara impassible para evitar traicionar su horror ante la súbita violencia. Los demás piratas se callaron antes de pretender interesarse mucho en su comida con los ojos adheridos a los platos.

Michael lloraba junto a Wendy en el extremo de la mesa; y ella le tomó la mano y le dio un toquecito en el hombro contradiciendo a su propio instinto; que le decía que lo tomara en brazos.

Smith se inclinó y retiró el cuchillo de la mano de Redd con un fuerte jalón, y el pirata más viejo se detuvo la mano temblorosa, con sangre que le escurría por la muñeca y la carne abierta por el centro. Smith ni siquiera se dignó a mirarlo mientras comía una papa tras otra, metiéndolas en su boca, indiferente.

—Lo que hace el capitán sólo concierne al capitán, ¿queda claro? —preguntó después de limpiarse la boca con la manga.

—¡Sí, señor! —respondieron al unísono las voces de los hombres alrededor de la mesa.

—Son unos cerdos ingratos —declaró Smith—. Atiende tus heridas.

Redd se levantó de la mesa y, tembloroso, emprendió el camino bajo la cubierta junto con otro pirata, *seguramente el médico del barco*, pensó Wendy. El herido se sostenía la mano sobre la cabeza. Wendy miró al cielo color zafiro para evitar ver el rastro de sangre que ahora serpenteaba por la cubierta. Keme le sonrió y le palmeó la cabeza de manera distraída. Smith volvió a limpiarse los labios, se frotó la mancha de sangre del codo y aventó

su servilleta sobre la mesa.

—Buen pescado, Keme. Un poco sobrecocido —aseveró.

Luego se dirigió a la cubierta principal, tarareando una cancioncita festiva y lanzando su cuchillo por los aires; cada vez que lo cachaba las gotas de sangre seca le manchaban la mano. Wendy volteó para otro lado, con la cara pálida. El resto de los piratas se detuvo por un momento y luego cada uno volvió a comer, susurrando entre ellos temas insustanciales como el mar, los vientos y las mujeres.

Keme se dirigió hacia la puerta por la que se entraba bajo cubierta. Wendy sintió cómo el alivio la recorría de pies a cabeza, se inclinó en una pequeña reverencia y condujo a Michael de regreso hacia dentro, bajo la escalera espiral hecha de huesos, hacia abajo en los pasillos serpenteantes, hacia el corredor que no llevaba a ningún sitio y finalmente, después de darle vuelta al mecanismo, dentro de su propio camarote. Al tiempo que Michael jugaba con los dedos de los pies, ella se quitó el sucio vestido que la cubría y se lavó los brazos, el rostro y el cabello en una pequeña palangana de agua de rosas que había sido dispuesta en su habitación. El olor a sal y podredumbre abandonó su piel y ella se estremeció de placer por estar limpia de nuevo. Michael subió hasta su cama y comenzó a relatarle todo lo que había aprendido acerca del barco y las cosas que había visto.

—Bamaby dijo que la quilla está debajo de la bodega de carga. Es como la columna vertebral de un esqueleto —Michael se estremeció—. También dijo que este barco está encantado por el fantasma del padre de Garfio, Tiberius. Recorre los pasillos por las noches, gritando que quiere la sangre de Garfio y de todos los hombres que navegan en el mar.

Wendy suspiró, exasperada, y dijo:

—Él no debería contarte esas historias.

Michael se dejó caer sobre su propia cama (la de abajo) y declaró:

—Me gustan las historias de miedo.

Wendy meneó la cabeza; no podía ni quería decirle a Michael que ellos estaban viviendo en una pesadilla de verdad, en la que los piratas se apuñalaban unos a otros y mataban niños. En lugar de eso se dio la vuelta en su propia cama.

—Voy a la cubierta para charlar con Garfio esta noche. ¿Estarás bien aquí solo? —le preguntó.

Michael frunció el ceño, nada feliz con la idea, pero para sorpresa de

Wendy pateó el aire y se encogió de hombros.

—Estamos en un barco. Estás aquí de todos modos, aunque vayas a otra parte —dijo.

Wendy sonrió y giró para mirar el rostro de su hermano. El corazón se le encogió un poco.

—Estás creciendo cada día, pequeño Michael —anunció.

Michael mantuvo la vista fija en los dedos de sus pies, que sacudió con suavidad.

—Extraño a John.

Gruesas lágrimas empañaron los ojos de Wendy.

—Ya lo sé —dijo ella—. Yo también.

—Extraño a mamá. Y a Nana.

—Yo también. ¿Quieres que cantemos algo para recordarlos?

Wendy escuchó un sollozo ahogado en la garganta de Michael.

—Sí. Cantemos, por favor —imploró el niño.

—De acuerdo.

Wendy se sentó sobre la cama y se aclaró la garganta, permitiendo que su voz, que sonaba menos añorada de lo que recordaba, se expandiera por la habitación.

El prado está en silencio.

Mi pequeño, mi pequeño.

Las campanillas y las rosas duermen.

*Cuando das las buenas noches la noche
queda en silencio.*

Mi pequeño, mi pequeño,

*los zorros se despiertan bajo el sol que cae
cuando te vas a acostar.*

El día se acabó, mi pequeño, mi pequeño.

*La luna reluce de amor y Dios estará contigo
mientras duermes.*

Michael se rindió al sueño y Wendy permaneció despierta. Los pensamientos se arremolinaban en su cabeza. *¿Cuál será nuestro destino? ¿Estamos seguros? ¿Qué estará haciendo John en ese momento? ¿Y Booth? ¿Y mis padres? ¿Se imaginarán siquiera que estoy sobre la litera de un*

espantoso barco pirata, mecido por las olas que ya prácticamente no noto?
No pudo dormirse; más bien permitió que las olas marcaran el ritmo de las horas. Cuando llegó el momento, se puso el camisón blanco de manga larga que le habían dejado en el camarote, se amarró el pelo con un listón ajustado y se puso una manta de tartán sobre los hombros antes de deslizarse fuera de la puerta, asegurándose de dejarla bien cerrada para poder dirigirse hacia la noche y hacia Garfio.

C

uando salió a la cubierta, Wendy se maravilló por los enjambres de estrellas que brillaban con tanta potencia, como si se hubieran derramado encima del barco; sus reflejos blanqueaban las aguas. Le recordaron a Wendy aquella noche con Peter en la linterna, cuando casi se había perdido a sí misma, de modo que miró a lo lejos, concentrándose en la fealdad de los arpones e instrumentos de tortura que se alineaban a lo largo de la cubierta. Recorrió con los dedos un arco de hierro lleno de pequeños dientes que oscilaba con las olas. La voz de Garfio le llegó desde arriba, cerca del palo mayor:

—Se llama el cortador. Si alguien trata de abordar nuestra nave, lo mandamos hacia el puente y de repente ya no tiene tobillos, lo que facilita la pelea. Es sangriento, pero hace su trabajo. Sólo hay que limpiar un poco después.

Wendy se estremeció ante la descripción. La manta se resbaló de sus hombros.

—Buenas noches, capitán —dijo.

—Buenas noches, señorita Darling. ¿Qué le ha parecido su primer día a bordo del *Noche Repentina*?

Asqueroso. Agotador. Terrorífico.

—No estuvo mal.

—No tengo paciencia para los mentirosos, señorita.

Wendy tomó aire.

—Fue terrible —dijo por fin.

Sus palabras hicieron que Garfio sonriera. La cicatriz se desplegaba en su rostro.

—Para una muchacha de sociedad, me imagino que lo fue —dijo el capitán.

—No sabe nada de mi vida —le respondió Wendy.

—Sé lo suficiente —contestó Garfio con calma—. Camina conmigo. Y trae la manta, la cubierta puede ser helada por las noches.

Wendy levantó la cobija del suelo y siguió las pesadas botas de Garfio conforme avanzaban hacia el timón.

—Voy a darte algo de información esta noche. Por lo general no soy una persona que confíe en los demás, y suele tomar años, años enteros ganar mi confianza. Hay dos personas en este barco en quienes confío, y tú no eres ninguna de ellas. Sin embargo, dadas las circunstancias, el cambio de aires me ha llevado a una conclusión inevitable: debo confiar en ti, pues el tiempo no permite que las cosas se den de otra manera. Si pones en juego mi confianza, con una vez bastará. ¿Lo entiendes? Cuando ocurra, mi respeto será lo último que te preocupe. Quizá pierdas un hermano.

—Sí, señor —dijo Wendy mientras resguardaba su temblorosa mano debajo de la manta.

—Sí, *ca-pi-tán* —la corrigió Garfio con firmeza.

—Sí, capitán.

—De modo que lo que te digo deberá mantenerse en el más absoluto secreto. No puedes decírselo a tu hermano ni a ningún otro ser a bordo de este barco. Jurarás ante tu dios que no hablarás de nada de lo que tú y yo conversemos.

Wendy lo pensó por un momento.

—No juraré ante mi dios —declaró—, pero tiene mi palabra. Amenos que lo que me diga comprometa el bienestar de mis hermanos o el mío propio. No puede esperar que no actúe según nuestros intereses.

El capitán levantó el garfio y se rascó una de las cejas con él.

—Supongo que es justo, pequeña e inteligente niña. Siéntate —le ordenó mientras señalaba un usado banco de madera a un lado del timón—. Quedas relevado —anunció al pirata que hasta entonces había llevado el timón del barco. El hombre le cedió el mando a Garfio al instante.

—Te contaré, durante las próximas noches, todo lo que sé acerca de Peter Pan. Túharás lo mismo. Compartiremos la información con la esperanza de que algún día podamos hacerle pagar el daño que nos ha hecho —comentó Garfio—. A cambio, te ofrezco mi protección para ti y Michael. ¿Teparece un trato justo?

Wendy sintió una esperanza diminuta que se curvaba dentro de su pecho. Tenía la forma de Booth.

—Sí —respondió.

Garfio suspiró.

—Te diré lo que me parezca importante.

Una ola se elevó desde el océano, salpicando juguetona a la muchacha. Ella se envolvió aún más con la manta, mirando la silueta de Garfio al tiempo que el capitán se inclinaba sobre el timón del barco. La luz de la luna se filtraba a través de las ranuras del mando circular de madera.

—Mi padre, Arthur Tiberius Garfio, fue el capitán del *Alegre Rodger* durante treinta y seis años. Navegó alrededor de las Américas, India y Asia. Era un buen hombre, y un pirata experto que trataba a sus hombres con respeto. Mi madre murió de fiebre cuando yo era pequeño, y él me trajo al barco, entrenándome desde que tenía cinco años. Amó mucho a mi madre.

Wendy recordaba el libro de cartas que había encontrado en su camarote. *Mi queridísima Easter...* ella ya estaba muerta cuando se habían escrito las cartas. El corazón de la muchacha se contrajo de pena.

—Aprendí a leer, a escribir y a navegar a bordo del *Alegre Rodger* —siguió contando Garfio—. El barco era mi hogar, y mi padre... —hizo una pausa antes de continuar— mi padre era mi héroe.

El capitán giró el timón y Wendy pudo escuchar el crujir de las piezas que se ajustaban y viraban, susurrándole órdenes imperceptibles al agua para que el barco se dirigiera a puerto.

—En mayo de 1892, mi padre se dirigió hacia el territorio de Alaska. Había sido contratado por un misterioso escocés para explorar los confines más lejanos de los mares. Al principio se negó, pero el hombre le ofreció una

suma de dinero que rebasaba por mucho lo que mi padre y su tripulación solían ganar en cinco años de trabajo. La oferta era demasiado buena para rechazarla, y después de pertrechar el *Alegre Rodger*, mi padre nos comandó hacia el Norte, mucho más al Norte de lo que nadie había navegado nunca —el capitán suspiró—. Las palabras no alcanzan a describir las maravillas que atestiguamos ahí: torres de hielo que rozaban el cielo con el interior azul, un mundo de ángulos dentados. Era como si la vida en sí misma se hubiera congelado en ese punto, como si el tiempo hubiera dejado de existir en aquellos confines del Norte. El *Alegre Rodger* era un fantasma pasando a través de un paisaje arcaico, nunca visto por ojos humanos. Estaba helando. Partes del barco comenzaron a cubrirse de hielo, y mi padre comenzó a darse cuenta de la insensatez de su misión. El escocés le había proporcionado coordenadas, coordenadas que había obtenido bajo tortura de una mujer de aquellos lares que tenía fama de bruja. Sin embargo, seguimos navegando, con el *Alegre Rodger* partiendo en dos las placas de hielo, contra el mal tiempo y contra los monstruos que dormían bajo las olas y cantaban por la noche. Varios hombres se durmieron en la cubierta y no despertaron jamás. Mi padre acababa de tomar la decisión de regresar cuando vimos la luz.

Garfio levantó la mano derecha, y la luz de las estrellas se coló por entre sus dedos.

—Una luz violácea, brillando entre los pilares de hielo que la rodeaban; el hielo a su alrededor se convertía en sombras. Montañas heladas flotaban sobre las profundidades, como si formaran parte del agua y al mismo tiempo no pertenecieran a ella en absoluto. Mi padre gritaba para que el barco se diera la vuelta, pero era demasiado tarde; la estrella había comenzado a atraernos, y nuestros instrumentos de navegación enloquecieron. La embarcación se dirigía hacia la luz de forma irrevocable —el capitán negó con la cabeza—. Nuestra nave estaba siendo tragada por la estrella como un huevo dentro de la boca de una serpiente. Mi padre... —la voz se le quebró antes de continuar— en el último momento él abandonó el timón y me cubrió con su cuerpo. Eso fue lo último que la mayor parte de los hombres recordaban. Pero yo no. Yo vi...

—¿Usted vio los portales? ¿El umbral? —preguntó Wendy.

Garfio se volvió hacia ella y dijo:

—Sí. Vi el umbral, las estrellas que giraban, la luz que daba vueltas sobre mi cabeza, como fragmentos de vidrio. Fui testigo de cómo nuestro mundo de hielo y oscuras aguas se dispersaba en un remolino de estrellas y luz.

El capitán le dio vuelta al timón hacia el lado de estribor, descansando el garfio en un hueco de la madera.

—Cuando despertamos estábamos aquí, en Nunca Jamás —continuó—. Sobre estas aguas turquesa, a tres millas de tierra firme. Habíamos pasado de un infierno helado a un paraíso cálido donde todo se hallaba dispuesto para nosotros. La tripulación estaba fascinada; mi padre no. Se daba cuenta de que durante todo este tiempo no había estado buscando un tesoro, sino que había sido el experimento de un hombre rico y que nos quedaríamos atrapados en Nunca Jamás para siempre, incapaces de navegar de vuelta, ¡prisioneros de esta tierra para toda la eternidad!

Garfio golpeó el timón con el garfio, y varias astillas cayeron sobre cubierta. Sus ojos encontraron a Wendy, quien lo escuchaba con toda su atención.

—¡En ese momento apareció Peter Pan! —dijo el pirata—, ¡un niño volador! ¡Imagina nuestra sorpresa! Aterrizó en nuestro barco más o menos un año después de nuestra llegada, trayendo fruta y tesoros de tierra firme. La tripulación quedó encantada con él, maravillada con el poder de su vuelo, con sus regalos y su conocimiento de Nunca Jamás. Por desgracia mi padre también cayó bajo su hechizo. Estaba deslumbrado con aquel niño, como lo estaba yo, y muy pronto nos hicimos mejores amigos.

Wendy no podía creerlo. ¿Garfio y Peter? ¿Amigos?

—No se sorprenda tanto, señorita Darling. Recuerde: yo tenía quince años y estaba desesperado por compañía de mi edad, y de pronto llegó un chico que podía volar. Pasamos meses enteros en compañía del otro, y él me enseñó a utilizar distintos tipos de arma: la espada, la lanza y el arco. En secreto, Peter me contó cómo había obtenido sus poderes, cómo había salvado al hada Campanita y a cambio ella le había regalado sus dones, el vuelo, la velocidad y la fuerza, y cómo ese vínculo jamás podría romperse a menos de que Campanita muriera. Peter y yo nos volvimos más y más cercanos, y para mi padre era un gusto que yo tuviera un amigo de mi edad, pues siempre había estado rodeado de hombres adultos. Peter me llevaba a volar cada tarde, mostrándome diferentes partes de la isla, aunque nunca aterrizábamos. El mar de Nunca Jamás es una rara delicia cuando se mira desde arriba, ¿no es cierto? Todavía soy capaz de recordarlo.

Wendy pasó saliva, recordando la primera vez que sus ojos miraron el vasto océano turquesa y las criaturas que aleteaban bajo su transparente

superficie, como vidrio reluciente.

—Sí. Lo es —convino la muchacha.

La sonrisa de Garfio desapareció.

—Nunca me he reído tanto como en esos primeros meses de amistad con Peter, y no creo que vuelva a estar tan alegre nunca más. Fue una época dorada, aunque ahora me doy cuenta de que las semillas de la maldad ya habían sido plantadas dentro de Peter. Como una enredadera venenosa, Peter y mi padre comenzaron a ser cada día más cercanos. A Peter le interesaba mucho aprender sobre las cartas de navegación y el conocimiento de las estrellas, algo que a mi padre le apasionaba. Pasaban horas enteras juntos mientras yo recorría el barco de un lado a otro, resentido por tener que trabajar mientras Peter se divertía. Él nunca fue cercano a su padre, aquel noble escocés que nos había contratado...

—¡Pero Peter era pobre! —Wendy se sintió culpable por interrumpir, pero sintió cómo la objeción brotó de sus labios casi por voluntad propia—. Él me dijo que era pobre, que su familia vivía bajo el dominio de un noble escocés, y que sus hermanos lo habían arrojado al río cerca de su casa.

Garfio frunció el ceño.

—Qué chico tan listo —dijo—. Peter Pan es un mentiroso, pero también es muy inteligente, de modo que siempre mezcla mentiras con verdades para que los detalles tengan claridad y contundencia. Peter fue el único hijo de Davis Wickerly. Era un mocoso malcriado que disfrutaba atormentando a los siervos de su padre, quien era un hombre cruel, así que Peter creció para convertirse en un niño cruel incluso entonces. Él se aferró a mi padre, y lentamente me fui dando cuenta de que lo que Peter quería no era un amigo. No, Peter Pan tenía ya suficientes amigos, de hecho la Isla de Pan estaba llena de amigos que Peter había traído para él. *Lo que Peter quería era un padre: el mío* —la voz de Garfio cambió—. Todavía no estoy seguro de los detalles de aquel día, pero me desperté con el sonido de los gritos de mi padre en su camarote y escuché vidrios romperse. Escuché que mi padre le decía a Peter que se fuera del barco y no volviera nunca, y a Peter contestándole que viviría para arrepentirse de sus palabras. Apenas había salido de mi litera cuando mi padre irrumpió en mi camarote, con las facciones desencajadas y la espada en ristre. Me acunó entre sus brazos y me dijo que fuera a su habitación y me quedara ahí el resto del día. No quiso decirme lo que había pasado con Peter, pero me pidió que me ocultara. Y eso hice, pues respetaba profundamente el

miedo de mi padre. Después de dos días me permitió volver a salir a cubierta. El *Alegre Rodger* nunca estaba en silencio, y sin embargo, cuando salí no se movía ni una mosca. Al mirar el horizonte me sorprendió ver la tierra firme, pero aún más me sorprendió lo que vi después: otro barco pirata. El *Costa Soleada* era tripulado por un amigable grupo de hombres de las islas, buenas personas con familia pero pésimos piratas. Aun así mi padre disfrutaba su compañía.

Garfio parecía tan perturbado por el recuerdo que la voz vacilaba dentro de su garganta.

—Lo que había silenciado a la tripulación del *Alegre Rodger* era que el *Costa Soleada*, un navio bastante grande, fue volteado de cabeza y ahora descansaba sobre las copas de los árboles en la primera línea de playa, con las ramas aplastadas por el peso del barco. El agua todavía escurría de la nave y de las bocas de treinta y tantos hombres muertos, algunos colgados de cabeza, algunos noventa metros arriba del suelo, sus cuerpos atrapados entre las ramas rotas y los restos de la embarcación. Pintadas a un costado de esta última, de un amarillo reluciente, se leían las palabras: “Del que no tiene padre”.

Garfio volteó el timón con furia, y una ola salpicó un lado del barco.

—Mi padre estaba boquiabierto cuando buscó mi mano. “Peter Pan no puede haber hecho esto” me dijo. “No es posible. ¿Cómo... ?”

En ese momento, Peter aterrizó con fuerza sobre el barco atacado. Parecía como si se alzara sobre la garganta de un enemigo caído. Volutas de vapor negro surgían de su piel. Los párpados de sus ojos azul marino yacían entrecerrados y su rostro parecía más anguloso, como una avispa enfurecida. Desenvainó su espada de oro y cargó contra mi padre. Mi padre era muchas cosas, navegante, capitán, pirata y buscador de tesoros, pero la esgrima no era una de sus fortalezas. Grité para que me dejara pelear por él, pero mi padre jamás lo hubiera permitido. La tripulación se reunió con las armas preparadas, pero no fueron lo suficientemente rápidos. Peter lo atacó una y otra vez antes de volver a elevarse por los aires. Era muy rápido. Pateó a mi padre en la barbilla para sacarlo de balance. Mi padre trastabilló, y Peter aprovechó la oportunidad para encajarle su espada en el corazón. Todo transcurrió en segundos. Mi padre nunca tuvo oportunidad.

Wendy cerró los ojos y se limpió una lágrima que le corría por la mejilla, imaginando a su propio padre en desventaja contra los poderes antinaturales

de Peter Pan.

—Lo siento mucho —susurró la muchacha.

—No lo sientas. De nada me sirve la lástima. Mi padre murió en mis brazos. Se dijeron las palabras justas, se dieron las bendiciones apropiadas, tuvo tiempo de besarme en la frente. Peter Pan lo observó todo desde el cielo, vio partir a mi padre de este mundo, un hombre que no le había mostrado más que bondad. Luego se alejó volando y no volví a verlo durante años. Me juré que continuaría con el legado de mi padre, que algún día gobernaría Nunca Jamás y forzaría a Peter Pan a esconderse en su vergüenza. Cuando hubiera terminado con eso, lo mataría. Luego Smith me dijo que Peter le había pedido a mi padre que me matara, para que él pudiera ser su único hijo. Mi padre se rio en su cara antes de darse cuenta de que hablaba en serio. Después lo expulsó del barco y le dijo que no volviera jamás. Mi padre me escogió a mí, y por ello pagó con su vida.

Wendy siguió enjugándose las lágrimas. Entendía el encanto de Peter Pan, cómo su presencia era parecida al sol, y cuando se alejaba la fría oscuridad se apoderaba de todo. También entendía lo que implicaba ser el blanco de su ira o su deseo.

Garfio se agachó para sacar una botella de vino de un pequeño compartimento por debajo del timón. Con los dientes sacó el corcho, lo escupió y le dio un refrescante trago. Luego sacó dos copas y sirvió un pesado tónico que oscilaba con los vaivenes del barco. Después de pasarle una copa a Wendy, hizo una pausa y levantó la suya:

—Por Arthur Tiberius Garfio —brindó.

Wendy pensó por un momento antes de levantar su copa:

—Por lo padres —dijo. Tomó un gran trago antes de sentir la punta del garfio del capitán que bajaba su copa.

—Tranquila, niña. No necesito que alimentes a los peces con tu vómito esta noche.

Wendy asintió, sintiendo cómo la tibieza del vino le recorría la garganta y llenaba su estómago.

—Debe haber sido difícil perder a su padre de esa manera —comentó la muchacha.

—Sí, bueno, así es como finalmente conocí a Peter Pan. Es importante para nuestro futuro que tú entiendas esta historia.

Wendy levantó la cabeza. Los pensamientos llegaban uno tras otro, pero

había uno en particular que necesitaba salir por encima de los demás.

—¿Cómo es que el *Costa Soleada* llegó a estar bocabajo? No pudieron haber sido los niños perdidos...

Ella había preguntado con la esperanza de sonar ingenua. Por supuesto que no habían sido los niños perdidos... difícilmente podían servirse la cena por sí mismos. Garfio negó con la cabeza.

—No, no fueron los niños perdidos. Entre todos ellos ni siquiera habrían podido levantar el barco, mucho menos voltearlo. ¿Y cómo iban a sacarlo del agua?

—¿Campanita? —en el momento en que dijo su nombre, Wendy supo que no había sido el hada. Por mucho que fuera rápida y poderosa, no lo era tanto como para cargar un barco entero con todo y tripulación—. Pero entonces, ¿cómo... ?

Garfio puso sus ojos a la altura de los de la muchacha, y ella se sintió atrapada por su intensidad.

—Desde que llegaste a Nunca Jamás hay una pregunta en tu corazón —dijo el capitán—. Una pregunta que oprime el alma de cada persona en esta tierra. Puede ser que aún no la reconozcas, pero está tallada en cada piedra, inscrita en cada ola. Algo está aquí. Lo sabes. Lo sentiste con Peter.

Wendy sacudió la cabeza con frustración. Todo lo que Garfio decía era cierto. Había algo en el agua, algo en el aire. Un secreto apenas susurrado. Cuando estaba bajo el hechizo de Peter no había sido obvio, pero ahora que se hallaba lejos de él se sorprendía pensando en la frase: ¿Qué es...? ¿Qué es...?

Abrió la boca para decirlo en ese momento, pero la interrumpió un estridente sonido que llegaba desde las alturas. Búho emitió tres notas antes de gritar:

—¡Pan!

—¡Agáchate! —ordenó Garfio, empujando a Wendy al suelo y desenvainando su espada—. ¡Bayonetas a cubierta! ¡TODOS A CUBIERTA !

Wendy escuchó ruidos que se elevaban desde abajo de sus mejillas y los arpones a bordo giraron hasta apuntar hacia el cielo, con sus filosas puntas relucientes a la luz de la luna, enfiladas justo por encima de la chica y Garfio. Todas las armas estaban listas.

—¡Disparen un tiro de advertencia! —gritó el capitán.

Voodoo se apresuró hacia un enorme cañón negro y levantó una palanca que yacía a su lado. El arma disparó hacia arriba y una explosión de fuego azul

salió despedida de su boca directo al cielo. El fuego encendió una larga cuerda que colgaba del extremo del palo mayor. Voodoo le dio vueltas a la palanca y la cuerda comenzó a describir un amplio círculo, un halo de fuego que protegía al *Noche Repentina* en todo su enorme tamaño.

—¡Disparen sólo si es necesario! —advirtió Garfio—. No pienso desperdiciar armas en sus tácticas infantiles. ¡Si se acerca, disparen a matar!

El corazón de Wendy dio un vuelco. El *Noche Repentina* estaba en calma. Sólo se escuchaba el vaivén de las olas que se mecían de manera rítmica. Luego la chica vio algo que caía desde arriba, un diamante blanco en la noche, reluciente entre las estrellas del cielo. Caía desde allá, desde los astros, iluminando su rostro mientras lo veía descender.

—¡Prepárenlas armas! —ordenó Garfio—. ¡Manténgansefistos!

Wendy observó al objeto rebotar sobre la cubierta, envuelto en chispas. La muchacha quiso inclinarse hacia el balde que yacía a su lado antes de que Garfio la detuviera:

—No tenemos nada que temerle al fuego —le susurró.

El objeto cayó con fuerza sobre la cubierta. Aterrizó en medio del barco y varias de sus piezas explotaron en todas direcciones. Wendy se levantó y dio un paso para alcanzarlo.

—Espera —dijo Garfio al tiempo que los piratas también se aproximaban al objeto—. Esperen. Quiero que él vea que se consumió.

Wendy observó cómo el objeto ardía hasta extinguirse. El barniz de la cubierta había evitado que el fuego lo incendiara todo, y ahora sólo quedaba la oscuridad. Garfio levantó el objeto y se lo tendió a Wendy.

—Me parece que esto es para ti —le dijo.

Todavía humeaba en las manos del capitán, y estaba cubierto con pequeños restos de ceniza. Un collar. Perlas de color blanco cremoso, unidas por alambre de plata. Después de mirarlo, Wendy y el capitán voltearon hacia el cielo. La muchacha se estremeció al ver una sombra que pasaba en frente de la luna. Peter era el chico cuyos labios había besado, cuyas manos la habían abrazado, un chico que le había provocado adoración; ahora, sin embargo, la llenaba de un horror indescriptible. Después de algunos minutos en silencio, Búho gritó desde la cofa:

—Se ha ido.

Wendy dio un paso al frente.

—Déjeme ver el collar —exigió.

Atada con fuerza a las perlas, una pequeña nota ondeaba al viento. Wendy la desdobló con cuidado.

Al borde del mensaje yacía una huella digital puesta con sangre, y con un gemido Wendy se dio cuenta de que la misiva había sido atada al collar no con un listón café como había pensado en un inicio, sino con varias hebras de cabello castaño, de un tono muy similar al suyo. Ella y John habían heredado el cabello de su madre.

D

os días más pasaron en altamar para Wendy, dos días más cocinando pescado, abriendo ostras, mezclando especias y sacando las manzanas podridas de un barril, lo que le daba un nuevo sentido a algo que siempre decía su padre: “Una manzana podrida arruinará el resto”. Cocinar para la tripulación era extenuante y Wendy lo hacía gustosa, pues disfrutaba no tener que hablar y también de Keme, quien era un consuelo aun en su impasibilidad. La rutina de su trabajo, que transcurría entre las hojas de los cuchillos y el sonido que hacía el pescado cuando lo salaban, le daba a Wendy tiempo para pensar, para reflexionar sobre lo que les había ocurrido desde que llegaron a Nunca Jamás. Sobre todo sus pensamientos giraban alrededor de tres hombres: Booth, Peter y John, pero la preocupación por John rebasaba de lejos su angustia por los otros dos. La culpa dentro de su corazón era un ruido sordo que no la dejaba en paz de día ni de noche. Desesperada por información, tuvo que enfrentarse a sus miedos y la tercera noche se acercó a los aposentos de Garfio. Sus

manos trazaron dos veces la figura del rey de las hadas tallada en la puerta antes de que pudiera decidirse a tocar. La puerta se abrió y Smith la miró, irritado.

—Es la chica —dijo, molesto—. ¿Quiere que la mate?

—Hoy no, Smith. Quizá más tarde —respondió el capitán con tono fastidiado desde dentro del camarote. Smith se volvió hacia Wendy.

—¿Qué es lo que quieres, por todos los infiernos? —le gritó.

—Necesito hablar con el capitán —dijo la muchacha—, por favor. No tomará mucho tiempo.

—El capitán está ocupado, como puedes ver —le respondió Smith, haciéndose a un lado para que Wendy pudiera distinguir a cinco piratas dentro de la cámara de Garfio, todos alrededor de la mesa de dibujo que estaba cubierta con raídos rollos de pergamino desplegados. Garfio ni siquiera levantó los ojos de la mesa, aunque su ceja se movió en dirección a la chica.

—¿Qué quieres, niña? —preguntó.

Wendy levantó la voz, negándose a sentirse intimidada por esos hombres que muy probablemente habrían matado a más de uno apenas el mes anterior.

—¿Puedo hablar con usted en privado, capitán? —solicitó.

—Ahora no. Quizá mañana que llegemos a Puerto Duette —dijo Garfio.

—Sí, eso estaría bien, pero...

—¡Estoy muy ocupado, como puedes ver! —explotó Garfio—. Así que te pido que...

Wendy estaba harta de ser educada, así que gritó su petición lo más alto que pudo para atraer la atención de todos en el camarote.

—¡Necesito que le pidas a tu espía en la Isla de Pan que mande un reporte sobre mi hermano! No puedo seguir viviendo sin saber su suerte —se calló por un momento y agregó—, por favor.

—Has interrumpido una reunión de gran importancia por un muchacho que no tiene ninguna —la regañó Garfio—. La lealtad de tu hermano ahora pertenece a Peter. Sabemos que está vivo, pero que últimamente desapareció, quizá porque estaba siendo retenido y torturado por Pan. Si yo fuera tú, elevaría mis inútiles plegarias con más fuerza, señorita Darling, porque las cosas no pintan bien... para ninguno de nosotros.

El capitán se puso de pie de manera abrupta y la alcanzó en el umbral, donde la empujó hacia afuera, lanzándola de bruces hacia el corredor y rasguñándole la mano con el garfio. Una vez fuera, Garfio suspiró con

exasperación y le susurró al oído:

—Investigaré un poco más, pero no vuelvas a interrumpirme jamás, o te prometo que pasaré a tu otro hermano por la plancha.

Los ojos del capitán miraban a Wendy con inusitada intensidad. No mentía.

La chica asintió con la cabeza.

—De acuerdo, capitán —dijo.

Luego Garfio exclamó en voz muy alta:

—¡Fuera de aquí! Éste no es lugar para una mujer.

Smith se asomó detrás de la puerta; se entretenía lanzando una daga al aire. Cinco barcos en miniatura yacían sobre un polvoso mapa frente a él.

—¡Y tráenos un poco de té, ya que estás tan desocupada! —remató Garfio.

La puerta se cerró con estrépito en el rostro de Wendy. La chica se dirigió a regañadientes hacia la cocina, donde tomó el té de menta para los hombres y azotó las tazas sobre la mesa. Consideró escupir en el fondo de cada una antes de recordar sus buenos modales y el barniz de educación que era lo que finalmente la distinguía de aquellos bárbaros. Colocó la bandeja de té frente a la puerta del capitán, tocó y salió corriendo, pues tenía muy pocas ganas de volver a encontrarse con Smith.

Al día siguiente, cuando estaba sirviendo mariscos y manzanas hervidas en agua de canela a los miembros de la tripulación, Garfio deslizó con sigilo una nota en su mano. Wendy esperó a estar bajo cubierta para poder desdoblarla. Sus manos temblaban con anticipación al leer tres pequeñas frases: 'John vivo. Peter vuela con él a menudo. General otra vez'.

Wendy apretó el papel contra su pecho, llena de un alivio que parecía salirse de los poros. Estaba vivo. Si podía volar, no se hallaba herido de gravedad. Peter no le habría dado el don del vuelo si estuviera enojado con él. John se encontraba bien. Dejó salir el suspiro que había estado conteniendo durante semanas, y el miedo que llenaba su corazón se desvaneció dentro de su pecho como un nudo que por fin se desataba. Con esta información ya era capaz de concentrarse en la pregunta que le hizo Garfio, la pregunta que en efecto la había acompañado todo ese tiempo.

¿Qué es... ? ¿Qué es... ?

Todavía era incapaz de pensar en algo más que aquellas palabras, que ahora eran una voz dentro de su cabeza, acompañándola mientras tallaba las ollas o caminaba por la cubierta, respirando la brisa. Barnaby pasó junto a ella en su camino hacia el timón, y Wendy decidió que valía la pena intentarlo.

—Barnaby —lo llamó.

—Sí, querida.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que desee, señorita.

La muchacha hizo un esfuerzo para no poner los ojos en blanco. Barnaby, tanto en sus cumplidos como en su mirada, era siempre muy directo.

—Cuando llegaste aquí por primera vez, ¿había una pregunta en tu corazón?, ¿en el océano y en el cielo? —aventuró Wendy.

La cara de sorpresa de Barnaby le confirmó lo loca que sonaba.

—Bueno, querida, no estoy muy seguro de a qué te refieres. Mejor será que no bebas demasiado en estos días —le dijo el pirata riendo.

Sin embargo Wendy permaneció impassible; un mechón de cabello se había escapado de su peinado y ondeaba alrededor de sus ojos gracias al viento.

Barnaby se acomodó los lentes mientras permanecían de pie, mirándose. Michael corría en círculos alrededor de ellos, jugando con un barco de papel que había doblado aquel mismo día. El aire salino se lo quitaba una y otra vez de las manos, y el niño corría tras él para diversión de la tripulación que trabajaba cerca; los hombres sonreían muy a su pesar. Wendy sonreía también. La hacía muy feliz ver a Michael jugando de nuevo, portándose como niño una vez más, y aunque los gritos que daba su hermanito por las noches debido a las pesadillas la seguían despertando, lo veía mejor con cada día que pasaba. Él extrañaba a su madre y Wendy también. Había dado por hecho su mundo, uno en que los adultos arreglaban todos los problemas, en que sus padres la mantenían a salvo. Las preocupaciones de los niños eran absorbidas por los adultos, y los niños eran afortunados de poder vivir sin angustias mayores.

—¿Quiere acompañarme al timón? —le preguntó Barnaby ofreciéndole el brazo e interrumpiendo sus pensamientos.

Wendy miró hacia atrás sólo para ver la mueca amenazante en el rostro de Smith, de modo que se negó.

—Lo siento —dijo—. Creo que me necesitan bajo la cubierta para preparar la cena.

Barnaby negó con la cabeza.

—¡Es una lástima, una vergüenza que una mujer de sociedad como usted sea obligada a salar pescado y picar zanahorias! —profirió, indignado.

Wendy se rio.

—No me importa demasiado —le respondió—. Me agrada la compañía de

Keme, y además ya se nos acabaron las zanahorias. Esta noche serviremos calamar con pan duro.

La devastación en el rostro de Barnaby era tal que Wendy no pudo más que echarse a reír.

—Michael, ¿estás bien? —le preguntó a su hermano, quien en ese preciso instante intentaba treparse a la base de uno de los cañones con su barco de papel. Las velas del navio se hincharon con una ráfaga de viento, y el juguete en la mano de Michael se agitó de nuevo.

Esa noche Garfío solicitó la presencia de Wendy en cubierta una vez más. La chica se dirigió hacia allá cuando vio aparecer el atardecer por el ojo de buey de su camarote, y se envolvió en la gruesa manta de cuadros antes de pasar a la cocina por un humeante té, que le recordaba a su hogar con cada sorbo. Subió las escaleras rumbo a la cubierta, sin fijarse casi en los huesos. Saboreó el aire acre de la noche, limpio y penetrante a la vez. El cielo era del color de las toronjas maduras y se sumergía en el mar, que había tomado un tono escarlata con aquella extraña luz. Garfío se apoyaba contra la borda; con su mano libre sostenía uno de los aparejos del barco.

—Los indios pilvinuvo llaman a esta luz *bomvi-nato'si* —le dijo a Wendy —, fuego solar. Es magnífica.

La chica miró el agua. El color la perturbaba; prefería por mucho el límpido azul del océano que aquel caldero de sangre, pero asintió de todas formas, pues se consideraba capaz de apreciarla belleza aun cuando le recordara a la sangre que se había derramado por la garganta cercenada de Kitoko. El capitán no movió los ojos del “fuego solar” ni siquiera cuando comenzó a narrar su historia en voz baja, con un cansancio que parecía provenir desde dentro de sus propios huesos:

—La última vez que hablamos te conté mi historia con Peter Pan, cómo llegué a odiarlo y por qué he jurado derrotarlo así me cueste la vida.

—Sí.

—Bueno, pues eso nos lleva al momento presente, y los vientos, querida, como se dice, son un poco tumultuosos —el capitán cerró los ojos durante un momento—. Se nos acaba el tiempo, a todos. Peter es una bomba a punto de explotar, *tick-tock, tick-tock*.

El capitán hizo oscilar su dedo imitando las manecillas.

—Un tick de más, y todo esto... —dijo abriendo los brazos para abarcar la isla, el mar y el cielo ensangrentado— todo esto desaparecerá.

Los tacones de sus botas resonaron en el suelo mientras caminaba por un lado del barco, buscando alcanzar una copa de vino que yacía sobre la cubierta. Una vez que la hubo tomado, dio un sorbo y miró a Wendy a través del cristal.

—¿Alguna vez se ha preguntado, señorita Darling, por qué un pirata y, lo que es más, un hombre adulto, se preocuparía por responder a las ideas pueriles y los desafíos inútiles de un niño maniático?

Wendy negó con la cabeza, pero en realidad se había preguntado eso mismo muchas veces. Era una extraña obsesión sin razón aparente, o eso pensaba. Garfio le había sido presentado como el archienemigo de Peter, su némesis, y ella lo había aceptado de inmediato, como todas las otras cosas que salían de los adorables labios de Peter. Ante ese pensamiento la muchacha no pudo más que ruborizarse de vergüenza, y alzó las manos para cubrirse las mejillas.

—Bueno, después de todo él mató a su padre, capitán, quien parece haber sido un hombre excelente —dijo la chica.

Garfio parpadeó dos veces y abrió la boca de par en par, sorprendido. Trató de ocultar el gesto con una mueca, pero para entonces Wendy ya lo había notado.

—Sí, Peter mató a mi padre —dijo el pirata—, y eso es suficiente para darle caza a un hombre durante toda la vida. Sin embargo, lo que Peter y yo hacemos no es un ritual de caza, por mucho que a mí me gustaría que lo fuera.

El capitán desenvainó su espada y deslizó su garfio sobre la hoja hasta hacerlo rechinar de manera muy poco agradable. Levantó una ceja en dirección a Wendy, con los ojos colmados de malicia.

—Cada mañana al despertarlo primero que me imagino es cómo le clavaré la espada en el estómago y la elevaré hacia las costillas, mirándolo boquear cual pez empalado, incapaz de liberarse o salir volando —Garfio hizo una pausa para dejar que una espantosa y macabra sonrisa se extendiera sobre su rostro—. Yo no le dirigiría la palabra, pero me encantaría observarlo mientras muere con lentitud. Sería, a falta de un mejor término, *glorioso*. No sólo para mi padre sino también para muchos otros.

El hombre volvió a envainar su espada a un lado de su cuerpo y miró el rostro horrorizado de Wendy.

—Lamento ser tan franco, señorita Darling, pero necesito que entiendas que nada me importa más que la muerte de Peter Pan. Es esencial que lo comprendas.

Ella asintió.

—Así es, capitán. *Dios santo*.

Garfio se dio la vuelta y se apoyó en el pasamanos; su garfio se deslizaba en un patrón errático sobre la madera.

—Me parece que has estado en mi bóveda, ¿no es cierto?

Wendy no supo qué responder. En realidad había *entrado por la fuerza* a la bóveda de Garfio.

—Yo, eh, Peter dijo que...

—Sé que has estado ahí, chiquilla. Te vi a través de mi catalejo. Vi cómo Peter te alejaba de ahí, tu rostro cubierto por la sangre de aquel general, tu cuerpo inmóvil en sus brazos —los ojos de Garfio se concentraron en el horizonte—. ¿No te parece que Peter cambia muy rápido de generales?

—Creo que sí —respondió Wendy, pensando en Oxley, Abbott y John. *Siempre John*.

—Sé que has estado dentro de la bóveda, de los pasillos inundados, el cuarto con la jaula colgante, la habitación de la música y muchas otras.

Wendy giró hacia Garfio.

—Sí, lo he visto y espero jamás volver a verlo —declaró—. Era un lugar espeluznante.

La muchacha sacudió la cabeza ante el terrible recuerdo, de los gritos de Darby al ahogarse tras una puerta sellada, del rostro de Ki-toko cuando Smith le rebanó la garganta con una espantosa sonrisa.

—Un lugar espantoso, en verdad... casi *demasiado* espantoso, ¿no crees?

Wendy guardó silencio un momento, recordando las imágenes de la bóveda llenándose de agua.

—¿Qué quiere decir? —preguntó a Garfio, quien no pudo evitar sonreír.

—¿No piensas que la bóveda tiene un elemento teatral, como de carnavales?

La muchacha se recargó sobre un arco que flanqueaba el timón. Pensó en los pequeños esqueletos que yacían en la bóveda, los pájaros rojos que anidaban entre sus costillas, la enorme calavera con los ojos verdes, los retorcidos dientes de madera y el río que se abría paso entre ellos.

—Podrías llamarle dramático, supongo —decidió la muchacha—, pero ustedes son piratas. He estado en este barco durante algún tiempo, y he escuchado historias que tristemente jamás podré olvidar, sobre asesinatos y fantasmas —dijo antes de hacer una pausa—. Los piratas son personas

bastante dramáticas.

Garfio se rio durante un buen rato. Era un sonido extraño y Wendy lo disfrutó enormidades.

—Tiene razón, señorita Darling; somos piratas y nos encanta asesinar a las personas de manera horrible, pero no necesitamos una caverna en forma de cráneo para hacerlo. Créeme, lo puedes hacer con cualquier cosa que tengas a la mano... —Garfio la miró a los ojos— por ejemplo, con una taza. Con una cuchara a través del ojo. Con un picaporte... con un garfio.

La sonrisa desapareció del rostro de Wendy, y despacio colocó su taza vacía sobre la cubierta.

—La verdad es, señorita Darling, que la bóveda fue concebida como entretenimiento para Peter Pan. Estimula su imaginación y su codicia. Su propósito es dotarlo de una meta, darle a los niños perdidos un lugar para asaltar; cada pocos años se deciden a hacerlo, cuando se sienten inquietos. La bóveda, junto con sus tesoros y sus peligros, es parte del elaborado juego que Peter y yo hemos establecido.

Wendy, olvidando por completo con quién se hallaba, se alzó todo lo alta que era y gritó, con el rostro convulso de rabia y los brazos en alto:

—¡Pero las personas mueren ahí! ¡Muchos *niños* han muerto!

—Por supuesto que con *niños* te refieres a los niños perdidos. Y por supuesto que han muerto. El juego es muy real, por mucho que sea sólo un juego. Las personas deben morir, o dejaría de ser entretenido. Los riesgos deben ser reales. Peter puede ser manipulado por un oponente hábil, pero el chico no es estúpido.

Wendy dejó caer los brazos y preguntó:

—¿Así que la bóveda es sólo un patio de recreo para Peter?

Garfio bajó la voz y contestó con otra pregunta:

—¿Alguna vez has visto a un gato jugar con una bola de estambre?

Wendy negó con la cabeza.

Garfio sonrió; sus colmillos afilados relucían a la luz de la luna.

—La bóveda es una gigantesca bola de estambre diseñada para un gatito especialmente fuerte y malvado.

Wendy abrió los ojos, incrédula.

—Pero el licor... estaba ahí. Nos lo quedamos todo.

Garfio negó con la cabeza; una vena temblaba en sus sienes.

—¿De verdad piensas, Wendy Darling, que yo guardaría mi tesoro en un

lugar tan fácil de atacar por el aire? Soy el hombre más rico de Nunca Jamás. Soy dueño de cada edificio de Puerto Duette, y de algunos otros en las islas. Dirijo un burdel, una taberna, una carnicería, una panadería, un banco y una docena de otros, digamos, más sombríos negocios. ¿Sería prudente entonces guardar todas mis riquezas en un lugar al que Peter Pan pudiera acceder junto con unos pocos niños perdidos para tomarlo?

Wendy había visto las riquezas del barco acumuladas en los rincones: cofres rebosantes de oro, y otros pequeños signos de abundancia aquí y allá: las antigüedades en el camarote de Garfío, las armas más novedosas, las botas del capitán, tan brillantes que reflejaban el sol. Ahora sabía que el *Noche* y sus riquezas representaban sólo una fracción de lo que el capitán poseía en realidad, lo que el *Noche Repentina* representaba. La rabia la recorrió en una corriente escarlata que hervía como el mismo mar color carmín. Se dirigió hacia Garfío, harta de comportarse como una chica educada:

—¿Entonces has estado arriesgando la vida de tus hombres, y de los niños, por un juego? ¡Eran tan sólo niños, y tú los mataste a todos! ¡No tenías ningún derecho, hombre horrible! ¿Por qué no permitiste que Peter hiciera lo que quisiera, por qué tentarlo?

Wendy recorrió su cabello con las manos, furiosa; las lágrimas le estrangulaban la garganta, y por fin pudo liberar el horror que sentía.

—¡Smith le cortó el cuello a Kitoko frente a mis ojos! —gritó—. ¡Puedes decir lo que quieras de los muchachos perdidos, pero tú enfrentas a hombres adultos con niños, niños que siguen a un líder que los controla por completo, y tomas su vida! ¿Y todo para qué, como parte de un estúpido juego? —ahora que se había cansado de sus buenos modales no podía dejar de gritar—. Peter es un monstruo, pero tú también lo eres porque te pones a su nivel. La sangre de las víctimas manchará tus manos para siempre.

Garfío se acercó hacia Wendy, acortando la distancia entre ellos.

—Peter mató a siete de mis hombres ese día, señorita Darling. Siete. A uno usando sólo sus pies. Siete hombres adultos, como me has hecho el favor de recordarme, así que no actúes como si yo estuviera matando corderitos inocentes —el capitán bajó la voz, desesperado—. En cualquier caso, podríamos decir que cualquier hombre que intente luchar contra Peter Pan es una res que se dirige al matadero.

Wendy levantó la cabeza para mirar al capitán a los ojos.

—¿Por qué, entonces? ¿Por qué? —exigió.

Sin previo aviso, Garfio se aferró al cuello de su vestido, arrugándolo entre sus dedos mientras lo acercaba hacia él. Su voz se convirtió en un susurro estrangulado.

—Esa es precisamente la pregunta, ¿no es cierto, niña? ¿Por qué accedo a jugar con un chiquillo, con Peter Pan? ¿Por qué molestarse con la sangre, la estrategia, la bóveda, la necesidad de que nuestra rivalidad se mantenga fuerte?

El barco se sacudió bajo ellos. La figura de la reina Eryne apuntó hacia el cielo durante un momento antes de estrellarse contra el fuerte oleaje. Garfio soltó a Wendy y ella se aferró a uno de los aparejos para recuperar el equilibrio. Habiendo retomado el control de sí mismo, Garfio se alisó la chaqueta.

—¿No crees que podría haber matado a Peter Pan si quisiera? —le preguntó a la muchacha—, ¿por qué no enviar a un par de mis mejores hombres a la Isla de Pan para degollarlo mientras duerme? ¿Por qué Smith no le disparó a Peter cuando estaban en la bóveda? ¿Por qué no he dirigido mis cañones hacia la Isla de Pan y no la he reducido a cenizas? Podría hacer eso por la mañana y estar comiendo queso y bebiendo vino esa misma tarde —explicó mientras alzaba la voz de manera progresiva—. ¿Por qué, si Peter estuviera aquí con nosotros, no podría matarlo? ¿Por qué un pueblo completo se ocultó de su mirada esmeralda? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? Mírame a los ojos, niña, y dime por qué. ¿Por qué, por todos los demonios!?

Wendy negó con la cabeza.

—¡Responde a la pregunta! —demandó el capitán.

Estaba ahí, escondida en su garganta, en la punta de su lengua y, sin embargo, no podía decirlo. Era desconcertante, enloquecedor casi, estar cazando aquella pregunta como si fuera un conejo hecho de palabras. La voz de Wendy explotó desde el lugar donde ella sabía que debía ocultarse la respuesta:

—¡Argh! ¡No lo sé, lo siento! ¡Simplemente dígalo! ¡Estoy harta de estas preguntas!

Garfio sacudió la cabeza, decepcionado.

—Yo también estoy harta —explicó—. No puedo darte la respuesta, pues si tú no sabes la pregunta me es imposible contestarla. Me tomó años preguntar de manera correcta y eso que yo vi al *Costa Soleada* bocabajo, con sus marinos ensangrentados sobre los árboles. Me entristece decir que no

contamos con años. Quizá ni siquiera con meses —dijo, suspirando—. Estoy cansándome de jugar con Peter Pan. Incluso mi esperanza está fatigada. Lo he perdido casi todo, y estoy a punto de perder aún más.

El capitán miró a la muchacha, levantó el garfio y con cuidado le recorrió la línea del nacimiento del cabello; al sentir la punta metálica sobre su frente Wendy se estremeció, pues estaba afilada pero no cortaba.

—Te saqué del mar aquel día porque considero que eres nuestra última esperanza. *Debes serlo* —confesó Garfio cerrando los ojos. Luego dio un paso atrás y se despidió—. Buenas noches, señorita Darling. Puedes regresar a tu camarote.

—¡No, por favor! Deje quedarme. Dígame más cosas y quizá la pregunta llegue a mis labios —pidió Wendy.

Garfio colocó la mano sobre la borda; movía el pulgar en pequeños círculos.

—La pregunta debes formularla tú, y nadie más que tú —le dijo a la muchacha.

—Este juego me parece tan tonto como el otro —le contestó ella, enojada.

El pirata se movió tan rápido que Wendy ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar; él estaba mirando el océano, absorto, y al momento siguiente la sostenía de cara al mar, al borde del barco, con la punta del garfio en la garganta.

—¡No tienes derecho a exigir cosas en mi nave! ¿Has entendido? —la amenazó.

El miedo se expandió dentro del pecho de Wendy cuando se dio cuenta de lo cerca que estaba del agua; podía imaginarse a la perfección a su cuerpo hundiéndose en las profundidades.

—Sí, capitán —respondió en el tono más sumiso que pudo encontrar.

Ella pasó saliva con el corazón retumbándole de manera salvaje dentro del pecho. Él dio un paso hacia atrás, la soltó y se concentró en acariciar su chaqueta con la mano, ordenando sus medallas.

—Mis disculpas —le dijo a la muchacha—. Por favor, asegúrate de que Keme no necesite ayuda en la cocina antes de que te vayas a la cama. Dale mis saludos.

Wendy balbuceaba, tratando de imitar el tono de una conversación normal.

—Parece apreciarlo mucho, capitán, y sin embargo usted jamás visita las cocinas.

Los ojos de Garfio se encontraron con los de Wendy y permanecieron ahí, inquietos.

—Porque Keme me recuerda a lo que he perdido —le respondió a la chica. Luego, con un suspiro, se alejó de ella y su voz comenzó a retomar su cadencia habitual—. Llegaremos mañana temprano a Puerto Duette. Me aseguraré de que te lleven ropas adecuadas por la mañana, pues me acompañarás a la ciudad. Puerto Duette es un lugar implacable, y me atrevo a decir que el que Michael abandonara el barco sería una imprudencia. Los niños son carne de cañón en Puerto Duette, y no puedo garantizar su seguridad; de hecho, casi puedo prometerte lo contrario. Hay muchos destinos peores para Michael que permanecer como huésped en el *Noche Repentina*. Con unos pocos hombres de la tripulación, prácticamente tendrá el barco para él solo... siempre y cuando no *rompa* nada.

—Sí, señor.

El corazón de Wendy se hundió dentro de su pecho. No habría manera de escapar de Garfio si Michael no estaba con ella, y Wendy lo sabía. Era un hecho rotundo. Ella cerró los ojos. Además, ¿a dónde podría ir?, ¿dónde estaría a salvo de Peter? Por desgracia no había lugar más seguro que aquel barco de huesos, ni un mejor protector que Garfio pese a su terrible crueldad.

—Buenas noches, entonces —se despidió la muchacha.

—Señorita Darling, me disculpo por mi exabrupto —respondió el capitán—. Últimamente mis preocupaciones son de índole muy grave.

—Lo entiendo.

—No, todavía no, pero lo entenderás.

Ella dejó al capitán solo y de pie bajo las estrellas; el peso de su angustia se reflejaba sobre sus hombros, tan pesado que lo hacía inclinar la cabeza hacia el mar.

mientras Michael brincaba sobre el estómago de su hermana, le decía:

—¡Wendy, Wendy, Wendy!

—¡Michael, bájate! —le ordenó al tiempo que empujaba sus piernas (que parecían más largas cada día) fuera de la cama; el chiquillo cayó en el suelo del camarote con un ruidoso *bang*.

—¡Yallegamos! ¡Yallegamos! ¡Yallegamos! ¡Creo que estamos en Puerto Duette! —gritó su hermanito, emocionado, asomándose por el único ojo de buey del camarote—. Alcanzo a ver la arena blanca. ¡Me acuerdo que Peter dijo que estaba hecha de cuerdas!

—Perlas. No cuerdas —lo corrigió Wendy.

Michael lo pensó durante un momento.

—Eso tiene más sentido —concluyó por fin.

Sus risas devinieron en puchero seguido de quejas y gemidos.

—¡Wendy, de verdad quiero ir contigo!

Wendy le había dicho la noche anterior que Garfio quería que se quedara en el barco. Lo que siguió, que ella había imaginado como una gran batalla, terminó bastante rápido con Michael acurrucado entre sus brazos y diciendo:

—No quiero más peligro. Me quedaré.

Primero ella se sorprendió, pero conforme él la miraba con sus brillantes ojos azules y ella acariciaba las mejillas de su hermano con sus manos, se dio cuenta de que Michael se sentía seguro a bordo del *Noche Repentina*, y que su sentido de la seguridad en aquel momento estaba a punto de derrumbarse. Además, el niño parecía encantado con la gloriosa oportunidad de tener el barco para él durante un día completo.

—¿Tú crees... —le preguntó, titubeante— tú crees que yo podría tocar el timón?

Wendy no pudo evitar sonreír.

—No lo sé. Quizá sea mejor que permanezcas bajo cubierta con Keme —le aconsejó—. Habrá algunos miembros de la tripulación a bordo, me parece.

Michael negó con la cabeza, totalmente seguro de su propio encanto.

—Me dejarán tocarlo. Lo sé. Halcón dijo que me dejaría.

—¿Ah, sí? ¿Eso dijo?

—Ajá. Me lo prometió.

—Bueno, Halcón y Búho se quedarán a bordo, así que a lo mejor es cierto.

Michael se quedó callado durante un momento y luego susurró:

—¿Wendy?

Ella sabía cuál sería la pregunta aún antes de que la dijera.

—¿Sí, Michael? —respondió.

—Tú estarás segura, ¿verdad? En Puerto Duette.

¿Cómo responder ante eso? No había ninguna garantía de seguridad en Nunca Jamás, ninguna que pudiera darle sin mentirle con descaro. La ilusión de seguridad que había permanecido con ella durante toda su vida estaba a punto de quebrarse en mil pedazos, piezas de un espejo roto que ahora revelaba su propia fragilidad.

—Espero que sí —contestó la muchacha después de un rato—. Estaré con Garfio todo el tiempo.

Michael estaba jugando con un yoyo de madera que un pirata le había regalado, un objeto del que nunca se separaba.

—¿Por qué debes ir? —volvió a preguntar a Wendy.

La chica se había preguntado la misma cosa, pero ella sabía que mientras más supiera de aquel mundo y sus maneras de funcionar, mejor sería para su sobrevivencia. No podía hablar del miedo que le daba tener que quedarse ahí para siempre, pero si así ocurría, ella jamás volvería a ser la chica de ojos sorprendidos que Peter había llevado a aquellas tierras. Necesitaba conocer la

verdad sobre Nunca Jamás, sus secretos y entresijos, de modo que si necesitaba ganarse la vida para ella y sus hermanos pudiera hacerlo. Y lo haría, no tenía ninguna duda.

Pero por supuesto que no le iba a decir a Michael nada de eso.

—Hay cosas que Garfio piensa que debo entender —le explicó—. Cosas sobre Peter y Nunca Jamás. Todo es bastante confuso por aquí, ¿no te parece?

Michael asintió.

—De verdad que sí —dijo.

—Bueno, pues yo no quiero seguir estando confundida, Michael. Quiero entender. Y para entender, debo ir a Puerto Duette.

Michael se quedó mirando sus manos.

—¿Esto es acerca de Peter Pan? —preguntó.

—Sí.

—Él no es bueno, Wendy.

—Lo sé, Michael. Pero de verdad no creo que pueda alcanzarnos aquí. Sé que es extraño, pero pienso que el *Noche Repentina* es el lugar más seguro para nosotros en estos momentos.

Michael sonrió.

—Tenemos a todos estos piratas malvados para protegernos —exclamó.

Wendy se arrodilló frente a él, con el corazón adolorido por tener que compartirle aquellas verdades, verdades que un niño de cinco años no tenía por qué conocer.

—Hay muchos piratas, y es posible que nos protejan por ahora, pero no son familia —le advirtió—. No lo olvides: tú y yo sólo confiamos en nosotros mismos. ¿Lo entiendes?

Michael evitó sus ojos.

—¿Y qué hay de John? —preguntó—. ¿Confiamos en él?

Wendy consideró las implicaciones de su respuesta antes de contestar con ternura:

—No mientras esté con Peter. No nos lastimará, no lo creo, pero cuando está con Peter Pan toma malas decisiones —eso era una forma muy vaga de decirlo, pensó. De todas formas continuó con su advertencia—. Aun así es nuestro hermano y lo amamos y rezamos por él todas las noches, ¿no es así?

Michael asintió, y de repente su interés cambió. Wendy agradeció que su hermanito no fuera capaz de ponerle atención durante mucho tiempo.

—¿Crees que cuando esté solo en el barco podré subir a la cofa y tirar algo

al suelo? —le preguntó el niño.

Ahora, parpadeando con la luz de la mañana que se filtraba a través del ojo de buey en su pequeño camarote, Wendy sintió una punzada de dolor en el pecho al pensar en dejar a su hermano.

—No olvides que estaré de vuelta esta misma noche —le dijo.

El rostro de Michael relucía de excitación al observar Puerto Duette.

—Sí. ¡Hay edificios, Wendy! ¡Edificios! Se ven... tristes. ¡Pero la arena es muy brillante!

Al tiempo que Michael seguía parloteando acerca de Puerto Duette, la muchacha se lavó la cara en la palangana y abrió el pequeño paquete de ropa que había sido colocado afuera de su puerta aquella mañana por un gruñón Smith.

Después de declarar:

—¡Garfio debe estar bromeando!

Ella comenzó a ponerse las extrañas ropas: pantalones negros, holgados en la parte de arriba pero apretados en las rodillas con una especie de medias que se le resbalaban por las pantorrillas. Botas marrones de piel le subían por las piernas hasta justo debajo de la rodilla, amarradas con complicadas agujetas de encaje que se trenzaban a través de varios ganchos de metal que las recorrían de arriba abajo. A continuación se puso una túnica de manga larga color mostaza recorrida por un hermoso listón negro que se entrelazaba a través de los ojales de la prenda. Alrededor de las caderas se colocó un holgado cinturón negro que tenía un espacio para envainar una daga. Después de amarrarse el cabello en una coleta, se puso un sombrero marrón de pirata encima de la cabeza, adornado con un listón rojo sangre que bajaba hasta su hombro derecho. Se miró en el espejo que colgaba por encima de la palangana. Michael gritó:

—¡Wendy! ¡Pareces un pirata de verdad!

Ella hizo una mueca frente a su reflejo.

—Me veo ridícula —decidió.

Sin embargo el sombrero me gusta mucho. Caminó sintiendo cada centímetro de su ropa colgar pesadamente de su cuerpo, incómoda, y admiró con nostalgia su sencillo vestido, colgado sobre la cabecera de su cama.

Suspiró.

—Tendrá que servir —decidió por fin.

Tomó el rostro de Michael entre sus manos y le dijo:

—Quiero que te portes bien cuando no esté. No hagas tonterías. No vayas a ningún lado solo; asegúrate de estar con Keme si andas bajo cubierta, y con Halcón o Búho si estás en la superficie. ¿De acuerdo?

Michael asintió.

—De acuerdo, Wendy —externó.

—Te amo más que a todas las estrellas del mundo —declaró la muchacha antes de besar la frente de su hermano con rapidez y dirigirse hacia la puerta con un nudo de ansiedad en el estómago.

W

Wendy Darling volvió a la cubierta cuando todos los piratas se apresuraban como locos alistando el barco para atracar. Garfio estaba al timón y Smith gritaba direcciones frenéticas mientras el *Noche Repentina* avanzaba con celeridad hacia el puerto.

—¡Sí! ¡Tenemos el viento a favor, muchachos! Aseguren los aparejos; vamos a lo largo de la costa y con las velas al máximo.

Wendy sintió las miradas perplejas de los piratas al caminar disfrazada entre ellos. En sus caras veía que se daban cuenta de lo absurda que se sentía en su traje, como si Michael usara el saco del esmoquin de su papá. Se reunió con Barnaby en babor y luego de revisar que sus cintos de piel estuvieran en el lugar correcto, se quedó con la boca abierta ante la vista de la costa.

—Es...

Se quedó muda.

Barnaby giró hacia ella riendo.

—Ah, Wendy. Eres tú —se ajustó los lentes—. Ni siquiera te reconocí. Te ves como uno de nosotros vestida con tus ropas largas. Qué decepción. Me habían empezado a gustar mucho tus vestidos entre estos tristes sacos —sonrió con timidez antes de volver a mirar el agua y bajando la voz—. Es algo impresionante, ¿no? La Bahía de los Tesoros. Nunca me canso de mirarla.

Estuvo callado un momento antes de estrujar la mano de Wendy para brindarle seguridad. A ella no le gustó la sensación de esa mano húmeda sobre la suya y la retiró, aunque sus ojos no abandonaron ni un momento la isla que aparecía enfrente. Recordó haber visto la bahía cuando volaron a Nunca Jamás, una costa diamantina. Mas cuando se alzó ante ella, escueta y tangible contra el agua turquesa, le costó trabajo respirar ante su belleza. La arena blanca recibió el barco como acoge una madre al hijo en sus brazos. La bahía curva, como una luna creciente, fue sujeta por un largo tramo de la playa que brillaba con la luz matinal. Ciegos ante la reverberación, varios de los piratas se colocaron la mano en la frente como visera, pero aun con los ojos ardientes a Wendy le costó trabajo dejar de mirar. La arena perlada hipnotizaba con el constante cambio de color de la refracción solar sobre la superficie de conchas. El mar lamía con suavidad las orillas, lo cual contrastaba con la arena blanca y cristalina. Eran colores que no debían existir y que oponían resistencia a los gruesos latigazos del agua. Era el más puro de los blancos, como leche fresca. La luz se solazaba al jugar a lo largo de la superficie, como si se sintiera privilegiada y llena de asombro. La belleza intocada de la arena desapareció con la horrible visión de una carcasa de barco que ensuciaba el lado oeste de la bahía. Las corpulentas piezas de madera se imponían con sus entrañas en putrefacción llenas en ese momento de pájaros y gaviotas que alzaban sus voces semejantes a ladridos para saludar al *Noche Repentina*. Barnaby se acercó a ella de modo que percibió su desagradable aliento a vino.

—La Bahía de los Tesoros tiene la peor reputación de hundir barcos con marineros menos hábiles que los nuestros. Sólo los más experimentados capitanes pueden navegar esta costa que sube de golpe en cuestión de veinte yardas. La orilla perlada que ves viene de los jardines de coral de las sirenas que crecen bajo todos los mares de Nunca Jamás. La forma del coral empuja las perlas para arriba y hacia la orilla luego de que el agua las reduce a laminillas. Logra una linda bienvenida, pero si llevas el barco muy rápido sobre ese coral, rasgas el casco con una fisura como una banana rota. Esos barcos quedaron encallados.

Wendy oyó un terrible rechinado bajo el barco y tembló.

—¿No deberías estarles ayudando, entonces?

Barnaby meneó la cabeza.

—Yo no estoy aquí para ayudar. Sólo el capitán sabe cómo hacer que su barco monstruoso entre y salga de Puerto Duette.

Wendy alzó las cejas.

—¿Por qué no ofrecen el barco en venta?

Barnaby se rio.

—Porque Garfio no lo vendería ni en su propio pueblo. Es un signo de debilidad. Por eso ves esos barcos ofertados allá —apuntó al lado oeste de la bahía donde Wendy pudo ver tres navios grandes anclados justo a la orilla, aunque ninguno era tan grande como el *Noche*.

Miró de reojo.

—¿Cuáles son los que están ahí?

Barnaby se recargó de lado antes de sacar un catalejo de su bolsa.

—Ah, sí, el de la izquierda es el *Mares Perversos*, luego está el *Saqueador de Corales* y el *Ataque Viperino*. No está el *Contramamar* todavía. Qué interesante.

Voodoo meneó la cabeza.

—Sí, no puede ser nada bueno. Le corresponde a Garfio derribar a ese hombre.

—¡Silencio en la cubierta! —gritó el capitán Garfio.

Y todo *el Noche Repentina* se calló mientras el capitán giró el barco con destreza, arrugaba la cara al concentrarse y una gota de sudor le bajaba por el cuello conforme se inclinaba a derecha e izquierda, meneando el timón con movimientos breves y calculados. El babor se movió hacia el norte antes de enderezarse en un giro rígido que apenas besó la madera bajo sus pies.

Wendy miró cómo Garfio apuntaba con los ojos a izquierda y derecha, observando y escuchando las olas, con los pies separados como si sintiera el impulso de las olas en las piernas y lo llevara hasta el timón. Volvió a girar el barco con un ligero movimiento hacia la izquierda y, antes de alzar el timón con su garfio, esperó un momento para desatarlo dejando que virara rápido en dirección contraria. El *Noche Repentina* giró por completo y Wendy trató de aferrarse a los costados mientras el barco cabeceó sobre las olas y la proa se precipitó hacia las arenas perladas. Trastabilló y Barnaby cayó sobre ella bruscamente, tomándola de la cintura para mantener a los dos de pie. Wendy se

zafó y él la miró avergonzado con un ligero rubor que le subía por las mejillas.

—Disculpe, señorita, disculpe.

Le costaba trabajo mantenerse de pie aunque algunos de los otros piratas parecían apenas darse cuenta de que el barco iba remontando una ola de camino a chocar con ese litoral poco profundo.

—Preparen para atracar, el viento va pegado a la costa. ¡Rápido, gente! —gritó el capitán y los hombres salieron en desbandada hacia sus puestos.

Algunos corrían a las orillas, otros se apresuraban como arañas a subir escaleras. El barco salió disparado sin titubeos hacia la costa, las olas se agitaban ante el embarcadero y la nave giraba lentamente de lado hasta golpear el muelle de madera.

—¡Ajusten los aparejos! —gritó Garfio.

Los hombres contestaron rápido con un contundente:

—Sí, sí.

Wendy se deslizó hacia adelante y los perlados litorales le dieron la bienvenida al *Noche* con un crujiente suspiro. Conforme los hombres arrojaban varias cuerdas por la borda, algunos saltando sobre la cubierta con piernas sorprendentemente sólidas, el barco se acomodó entre las pequeñas rocas de los costados, llevado por el agua hacia las partes más suaves de la orilla que le brindaba el merecido descanso.

—Hemos llegado. ¡Suelten el ancla! —exclamó Garfio alzando la voz por encima del clamor emocionado sobre cubierta.

Ahora los hombres se movían por todas partes alrededor de ella como un enjambre de abejas ocupado en atender a su reina. Las rutinas familiares del ataque se ejecutaban con la precisión de un reloj. Los restantes hombres alzaban fardos pesados sobre sus lomos sudorosos: bolsas de fruta podrida, municiones y tesoros para comerciar, cajas llenas de queso, sal, pescado, jabón, libros y, por supuesto, licor. Por el rabillo del ojo, Wendy miró a Black Caesar cargar en los hombros una enorme bolsa blanca que se movía. Comenzó a caminar muy rápido y en eso vio a Michael apresurarse más allá del mástil con un trozo de pan y luego desaparecer bajo cubierta con Keme. Se alejó de la bolsa que se retorció, incómoda, pero ya no preocupada porque en ella estuviera su hermano menor. Conforme los hombres se escabullían felices de arribar a puerto moviendo sus pesadas piernas, Wendy miraba desde la cubierta con los ojos ardientes por el reflejo del sol en la arena. Barnaby la tomó del brazo.

—¿Me acompañas, querida? Puerto Duette tiene sitios fascinantes, pero debo confesar que ninguno es tan bello como tú.

Para su tranquilidad, el capitán Garfio se interpuso entre ellos y Smith empujó con fuerza a Barnaby hacia atrás. Smith se veía temible, enfundado en un saco negro adornado con calaveras sonrientes sobre una camisa muy jovial a rayas blancas y azules. El capitán lucía majestuoso con su saco azul marino que ella le había visto cuando se conocieron, pantalones negros, todo almidonado, y altas botas cafés. A su imponente presencia se sumaba el sombrero que la chica había visto una vez en la escalera de huesos. Posado en su cabeza era como un destello que le bordeaba el ceño. Era de un rojo intenso como sangre coagulada que se curveaba frente a sus ojos. Las alas del sombrero se arqueaban como dos olas, cada una contorneada con hebras de filigrana con lujosos relieves de evidente calidad. La copa apuntaba hacia afuera con una enorme pluma blanca de avestruz que se agitaba en el viento como la delicada corona de un ave. Garfio la descubrió admirando su sombrero.

—Sólo hasta que veamos a los Despreciables.

Smith se alejó para que el capitán no lo viera reírse, pero ya era tarde y el capitán giró hacia él.

—Cállate, Smith, o colgaré a tu madre de los miserables dedos de sus pies.

—Sí, capitán.

Garfio no devolvió la sonrisa, miró fijamente el puerto.

—El *Contramar* no ha llegado. No me sorprende.

—¿Quiere que simplemente mate a Maison por usted? —Smith hizo una mueca y acarició el puñal con lentitud. El mismo que había cortado el cuello de Kitoko, notó Wendy—. No me importaría. Ese hombre necesita que lo despellejen y ya va siendo hora de que le demos una lección por su insolencia.

—Hoy no, Smith. Pero me acordaré de eso —Garfio suspiró con intensidad—. Ha venido aquí a tratar de negociar que él sea el almirante de los Despreciables.

—Es poco probable —bufó Smith—. El *Noche* haría picadillo ese barco si lo intentara, y yo le quitaría las manos antes de que pudiera alcanzar el timón.

Garfio hizo una pausa y miró hacia el Oeste al apenas visible contorno de la Isla de Pan.

—Yo diría que por desgracia es más probable de lo que te dignas reconocer —Garfio rodeó con su mano el brazo de Wendy—. Señorita

Darling, usted me acompañará a Puerto Duette —dijo antes de cambiar el tono—. No puedes apartarte de mi vista, ¿queda claro? Aquí no estamos en Londres, con sus jardineras decorativas y estaciones de policía por donde puedes andar con libertad. Tu propósito aquí en Puerto Duette es escuchar y aprender, observar. Los Despreciables y yo tenemos asuntos que tratar y tú serás mi acompañante y testigo.

Wendy asintió, sacudiendo el brazo para apartarse, molesta por la presunción de que se desaparecería por ahí como una tonta mariposa.

—Iré libremente con usted, pero no soy su prisionera.

Los ojos de Garfio se oscurecieron.

—Tienes razón, no lo eres, pero tendrás que disculparme por tomar precauciones. Todos en Nunca Jamás saben que hemos atracado por el día. Todos.

Wendy sintió el miedo agitarse en su estómago. *Peter*. ¿Cómo era posible que a pesar de que lo odiaba, cuando era la persona a la que más temía, había una exasperante parte de ella que se sentiría aliviada de ver su linda cara? Se odiaba por ello y odiaba cómo el carisma bestial de Peter podía manipular su poderosa razón. Le parecía desagradable, de tan sólo pensar en él le daban ganas de restregarse el cuerpo en carne viva, con tal de quitarse de encima lo que quedaba de él en ella. Su cuerpo la traicionaba al pensar en su sonrisa y luego compensaba quedándose ruborizada con el odio que le tenía. Dio un paso más hacia Garfio.

—Buena chica. Me aseguraré de que no te mueras —dijo Garfio bajando el tono de la voz.

Sin más que decir, comenzó a avanzar por la cubierta para salir del barco, caminando entre las filas de hombres con la cabeza gacha que esperaban en el muelle a que su capitán tocara la tierra seca. Smith iba detrás de él, seguido a su vez por Wendy, quien trataba de caminar del modo más masculino que podía con pasos largos y pesados, meciendo los brazos con amplitud.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —le susurró Smith—. Pareces un maldito mono.

—Cállate —le contestó, sorprendida de su propia falta de tacto. Se disculpó enseguida—. Lo siento. No debí decir eso.

—Es la primera vez que dices algo como los piratas desde que estás aquí, hasta que te disculpaste —dijo Smith en un tono que vagamente parecía orgulloso.

Wendy sonrió bajo su sombrero ancho.

El muelle de madera zigzagueante llevaba a través de la arena que de cerca adquirió un brillo de arcoíris con los granos perlados que reflejaban las partículas de luz. Bajaron del muelle y avanzaron hacia la playa, lo cual provocaba un delicioso crujido bajo sus pies como si quebraran nueces entre los dientes. Llegaron a un amplio arco hecho de madera de playa amontonada al azar que les daba la bienvenida a una fronda de árboles color esmeralda. De un lado del arco colgaba un letrero que rechinaba con la brisa, en él estaba garabateada de forma caótica una advertencia:



D

Debajo del arco y su rechinante letrero yacía un camino que serpenteaba hacia el bosque: un barril de madera oscura, del tamaño de dos hombres no muy altos, estaba atravesado sobre el sendero. Los piratas lo rodeaban, asegurándose de no tocar su mugrienta superficie. Un olor rancio saturó la nariz de Wendy, y la muchacha sintió arcadas. Smith le sonrió con malicia antes de pasarle un pañuelo para que se cubriera la cara, lleno de sudor, pero aun así mucho mejor que el olor pútrido y dulzón que emanaba de aquel tonel.

Black Caesar se dirigió hacia ella:

—No te avergüences, niña. Ahora nos hemos acostumbrado a él, pero las primeras veces estos mismos piratas se retorcían asqueados por todo el lugar.

Wendy sonrió debajo del pañuelo.

Garfio balanceó una llave frente a él y ordenó:

—Black Caesar, por favor toma nuestros impuestos para que podamos

seguir nuestro camino.

El pirata sonrió, mostrando una hilera de encías podridas coronadas por dientes amarillos.

—Será un placer, capitán —respondió.

Con la ayuda de otros dos hombres, voltearon el barril para revelar un cerrojo dorado al fondo del tonel; estaba adherido a una ranura circular hecha de madera más oscura. Black Caesar tomó la llave de la mano de Garfio y con ella abrió el cerrojo. Luego, moviéndose con cautela, logró encontrar un mecanismo oculto que abría un pequeño agujero en la madera. Sangriento Blair y Voodoo comenzaron a agitar el barril hacia adelante y hacia atrás, y muy pronto las monedas comenzaron a caer, cientos de ellas apilándose en el suelo con ruidosos tintineos. Garfio se reclinó hacia atrás, satisfecho.

—Este es uno de mis momentos favoritos —dijo—. Adoro el sonido de los bolsillos vacíos.

Smith se dirigió hacia Wendy.

—Si quieres visitar Puerto Duette, debes pagarle al capitán —le advirtió.

—¿Qué es lo que evita que la gente se lo robe? —preguntó la muchacha.

—Míralo tú misma.

Wendy caminó con cuidado hacia el barril, deteniéndose de manera abrupta cuando escuchó los horribles siseos, seguidos del restregar de cientos de cuerpos sin piernas que se retorcían uno junto al otro.

—Asómate —la invitó Voodoo—. Conoce a nuestras amigas.

Wendy sabía que preferiría no hacerlo, pero aun así se paró sobre las puntas de sus pies y se asomó dentro del barril al tiempo que Voodoo lanzaba un fósforo encendido hacia la oscuridad. Con la luz, la muchacha pudo verlas: cientos de gruesas serpientes negras en una sola masa informe, cabezas y colas y cuerpos, enredadas, dirigiéndose hacia el fósforo con los ojos amarillos vigilantes. Wendy saltó hacia atrás, con el corazón explotando de horror, conforme miraba, asqueada, cómo Black Caesar, moviéndose muy rápido, abría la tapa del barril, lanzaba dentro la bolsa que cargaba sobre su hombro y cerraba la tapa de inmediato otra vez. El siseo se hizo más fuerte, y el barril comenzó a tambalearse con fuerza mientras Wendy escuchaba aterrorizados chillidos que provenían de su interior.

—Son las ratas del barco. ¿Qué más podríamos hacer con ellas? —preguntó Black Caesar encogiéndose de hombros—. Si alguien trata de robárselo, o no le paga sus impuestos al capitán... entonces no necesitaremos

ratas para alimentarlas, ¿no es cierto?

Wendy sintió que el estómago se le encogía con repulsión y se volvió hacia Garfio, esperando que el capitán le guiñara un ojo o le demostrara con algún otro gesto que Black Caesar estaba fanfarroneando. Mas el capitán no lo hizo, y ella sintió que un hilillo de sudor le recorría la frente mientras intentaba avanzar con las piernas temblorosas alrededor del barril y sobre la arena. Desde ahí las perlas bajo sus pies se convertían en áspera arena marrón que serpenteaba dentro de un laberinto de árboles bajos, con las ramas repletas de humedad cual nudosos brazos que intentaban alcanzar a la tripulación. Anduvieron durante algunos minutos abriéndose camino silenciosamente a través de los árboles, y Wendy comenzó a sentir que el aire cambiaba. La humedad de la isla se estaba retirando de su piel conforme se acercaban a una abertura en los árboles y sus fosas nasales se saturaban menos con el olor dulzón de la playa y más con los olores de la vida: pescado ahumado y cebollas, madera quemándose, polvo bajo las plantas de los pies. Humanos.

El camino se dirigió hacia el oeste, y los árboles se abrieron para revelar una calzada hecha con las mismas perlas que relucían en la Bahía de los Tesoros, sólo que éstas eran negras, brillantes como gotas de tinta bajo el sol. Justo cuando se le estaba acabando el aliento, la calzada desembocó en las calles de Puerto Duette, separadas tan sólo por algunos metros de la jungla.

Wendy miró hacia arriba, a los edificios que se alzaban hasta el cielo, todos ellos inclinados un poco hacia delante, a diferencia de lo que conocía en Londres, cuadrados y robustos. En su ciudad el orden se había respetado y los edificios se parecían unos a otros. Aquí, en cambio, parecía que un niño había puesto los edificios juntos, apoyándolos unos contra otros para que pudieran permanecer en pie. Parecían viajeros exhaustos que se sostenían entre sí por el peso de su cansancio. El cuerpo de un edificio se reclinaba sobre el siguiente, las ventanas se extendían entre ellos con marcos de hierro toscamente tallados y las planchas de madera servían como pasillos colocados sobre los umbrales para crear segundos pisos y nuevos niveles que no se habían planeado en un inicio. Partes de barcos que habían pasado a mejor vida se habían utilizado en la mayor parte de los edificios. Las carcasas de las naves eran ahora dormitorios que colgaban de manera precaria sobre la calle o los techos curvos que una vez cargaron con el peso del timón. Los mástiles, ahora simples postes de madera, se utilizaban para colgar diversas telas raídas y en algún lugar de la ciudad se escuchaban las notas de un carillón de viento.

Con toda seguridad esta era una ciudad construida para los piratas, pensó Wendy.

Las personas de toda clase se revolvían en la calle, vendiendo baratijas o nueces, pero cuando veían a Garfio y su tripulación se alejaban, escondiéndose en las esquinas o entrando a los edificios, como cucarachas sorprendidas ante la luz. Garfio lideraba a su tripulación, con la pluma de su sombrero que se balanceaba al caminar, Smith detrás de él y Wendy detrás de los dos, con la cabeza gacha, esperando que el sombrero protegiera su rostro de los curiosos ojos que se asomaban desde cada ventana rota y balcón maltrecho.

Garfio se detuvo, miró a su alrededor, se aclaró la garganta y gritó:
—¡En descanso!

La calle volvió a bullir de vida con esas simples palabras; los mercaderes salieron con cuidado de sus rincones, con sus carromatos repletos de joyas, velas o armas. Una multitud se apiñaba junto a ellos, esperando echarle un ojo al capitán. Wendy miraba a los vendedores con fascinación. Algunos carros llevaban tesoros: piezas de oro, cálices engarzados con rubíes, pesados anillos de oro con cabezas de dragones talladas en su centro. Otros rebosaban comida: pescado envuelto en hojas de banano, piezas de fruta, melones con crema dulce, maíz con salsa picante. La imagen de cada uno hacía que a Wendy se le hiciera agua la boca, pero se obligó a mantener los ojos en el camino y lejos de los callejones que se alejaban de la calzada principal como dedos retorcidos, sus oscuros rincones recordándole a cada momento que Peter no podía estar lejos. Un carromato que llevaba la piel de una docena de serpientes colgada de diferentes garfios de hierro la adelantó por el lado derecho, y la muchacha creyó que iba a vomitar ahí mismo. Se tropezó, pero Smith la sostuvo por el brazo.

—Ni se te ocurra, niña —la amenazó—. Necesitamos que vayas en línea recta.

—Lo siento —susurró Wendy—. No tengo idea de qué me pasa.

Smith sonrió y la empujó hacia delante, obligándola a caminar a paso rápido con la mano aferrada al antebrazo de la chica.

—Todavía no terminas de acostumbrarte al barco, y ahora has vuelto a la tierra. Es extraño al principio, demasiado estable —le explicó el pirata—, así que te tambaleas.

Ahora que lo mencionaba, Wendy podía sentir el suelo bajo sus pies,

inmóvil y permanente, y deseó que se moviera o la meciera aunque fuese un poco. Había pasado de un árbol gigante que se mecía con el viento a un barco que flotaba sobre el mar, y ahora, por primera vez en mucho tiempo, estaba de pie sobre el suelo que no se deslizaba bajo sus plantas. Sintió la bilis subir por su garganta.

—¡Trágate! —ordenó Smith.

Así lo hizo Wendy, asqueada pero agradecida de no causar una escena. Él le pasó una cantimplora y con un sorbo de agua comenzó a sentirse mejor, forzándose a no pensar acerca del suelo en que caminaba ni en los retorcidos edificios que pasaban a su lado.

Con Garfio guiando a la compañía calle arriba, Wendy se concentró en la serpenteante calzada que se convertía en un sendero estrecho, con el espacio justo para albergar a una sola persona a la vez. Conforme escalaban, la chica pudo observar Puerto Duette desde el otro lado de la costa; desde ahí podía darse cuenta de que los edificios no sólo se apoyaban los unos en los otros, sino que se apilaban en niveles que se alejaban de la costa, cada uno menos rico que aquel que lo precedía, menos estable y con los espacios entre ellos más oscuros y miserables. La gruesa arboleda los empujaba en lo que parecía ser una lucha del hombre contra la naturaleza, con la naturaleza tragándose a los más pobres, de regreso a la sombra de la montaña donde terminaría por desaparecerlos.

A Wendy le empezaron a doler las pantorrillas cuando el desnivel se hizo más pronunciado. Al mirar atrás podía apreciar el enorme tamaño del *Noche Repentina*, que se alzaba sobre la ciudad como un dios furioso. Se mecía con suavidad sobre las olas, y el mástil crujía tan fuerte que incluso podía escucharlo ella a media milla del barco. En el punto más alto del camino, los edificios de la izquierda cedían el paso a una barda baja de piedras apiladas que permitían ver el mar cómodamente, y Wendy se sintió consolada por el hecho de observar las olas que se perdían en el horizonte. Lejos de las costas, el camino seguía angostándose y subiendo; los habitantes de Puerto Duette se alejaban de la compañía. Su grupo rodeó una curva, y desde ahí Wendy pudo ver que la ruta terminaba en un elegante pórtico de piedra. Pasando los edificios se caía en un impresionante precipicio; un abismo que descendía sobre algunas palmeras a muchos metros de distancia. Arriba del edificio una estrecha cascada caía de la montaña; su refrescante corriente pasaba directamente detrás de la casa de piedra. Arcos abiertos rodeaban el edificio,

y lujosos capullos de flores rosas y amarillas se arremolinaban alrededor de las columnas de piedra, combinándose con la hiedra que abrazaba los arcos. Varios limoneros se alzaban frente al pórtico; su fruta madura producía un aroma excepcional. Sentadas bajo los arcos de piedra, algunas en sillas y otras sobre el suelo, se encontraban varias mujeres que miraban entretenidas a los hombres. Docenas de ellas estaban esperando, señalando con el dedo a los piratas, quienes soltaban sus fardos y se apresuraban hacia las mujeres con oro en las manos. Wendy abrió la boca de par en par y Smith resopló ante su desconcierto.

—El Huerto de las Rameras —le explicó—. Probablemente mi lugar favorito en Nunca Jamás, a excepción del *Noche*.

Conforme se acercaban, Wendy pudo ver que algunas de las mujeres iban prácticamente desnudas; la que estaba más cerca de ella no llevaba más que unos diminutos triángulos de escamas rojizas que apenas le cubrían los pechos, entretejidos con una línea de cuentas y una mascada dorada a modo de cinturón, sin cubrir apenas nada. Otra mujer se asomaba desde una ventana mirando a Garfio conforme el capitán pasaba; los pechos de la chica parecían querer salirse de su escote, y su diminuta cintura yacía contraída por encima de la falda suelta. La dama extendió los dedos hacia Garfio, rozando el cuello de la camisa del capitán.

—¿Qué te parece hoy, mi amor? —le preguntó—. Te mostraré algo que no has visto nunca antes...

El capitán apartó la mano de la fémina sin mirarla siquiera.

—Hoy no, Caprice —le respondió—. Hoy estoy de humor para...

Sus ojos recorrieron hambrientos el grupo, deteniéndose en una mujer morena con el cabello cobrizo, quien se aposentaba a la sombra del pórtico como un gato siamés; su vientre descansaba sobre la piedra fría. Wendy sintió que se ruborizaba ante la indecencia de aquellas mujeres, su explícita sexualidad proyectándose sobre los piratas como los rayos de un sol atrevido. La tripulación se arracimaba alrededor de las mujeres como abejas a la miel, sus corazones latiendo cual alas furiosas, hambrientos y llenos de lujuria. Garfio aferró a su belleza morena con una mano y sujetó a una rubia voluptuosa con su garfio. Acto seguido hizo un guiño a Smith, quien le puso las pupilas en blanco al capitán, pues una chica de ojos verdes y cabello corto y negro ya estaba colgada de sus gigantescos hombros; las ajustadas costuras de su vestido color lavanda parecían querer reventar de un momento a otro. Smith

se aclaró la garganta y ordenó:

—Muchachos, tienen una hora y después nos veremos otra vez aquí para la asamblea de los Despreciables. No se retrasen o los dejaremos atrás para siempre —aclaró mirando a su alrededor—. Aunque puedo decir que existen peores lugares para quedarse a la deriva.

Voodoo ya estaba desabrochando el corsé de una mujer que se había enroscado alrededor de su cintura con una sonrisa en el rostro pero sin emoción en la mirada. Una sombra pasó por encima de Wendy. Garfio se alzaba sobre ella, con las dos mujeres a su lado.

—Me adelanté y escogí a alguien para ti, querida —declaró el capitán, señalando con la cabeza a una mujer elegante, mayor que las otras, que miraba el huerto desde una plataforma de piedra.

—Fermina, la dejo a tu cargo —ordenó Garfio.

Los hombres estallaron en carcajadas mientras Wendy se retorció de vergüenza. Se volteó furiosa hacia Garfio, muy enojada con sus artimañas, indignada de que él pensara que ella era capaz de algo así.

—No tengo ningún interés en esto —dijo la muchacha—. No. Absolutamente no.

Garfio se inclinó hacia delante; la pluma de su ridículo sombrero acariciaba la mejilla de Wendy.

—Fermina ha estado en Nunca Jamás durante mucho tiempo —explicó—. *Mucho* tiempo. Puede ser que tenga cosas interesantes que contarte.

Después el capitán levantó las cejas y miró fijamente a Wendy; las instrucciones estaban escritas con claridad en su rostro. *Debes hablar con esta mujer.*

—Oh —atinó a decir Wendy, perpleja. Luego dio un paso atrás para alejarse del capitán, del perfume tóxico que desprendían sus prostitutas. La mujer mayor comenzó a bajar las escaleras para acercarse a Wendy.

—Fermina, esta es... —el capitán hizo una larga pausa— Esquila.

—¡Conque Esquila, eh! —respondió Fermina al tiempo que examinaba el rostro de Wendy con una sonrisa retorcida.

Wendy estudió sus rasgos también. Fermina era una mujer hermosa, con abundantes curvas y hombros anchos, y una mata de rizos negros que caían en cascada hasta su cintura. Su rostro se hallaba marcado por varias cicatrices, y su piel había sufrido los estragos del sol de Nunca Jamás. Llevaba un vestido de encaje color crema con un escandaloso escote y un chal rojo; a pesar del

escote, su atuendo era en definitiva modesto si se le comparaba con lo que vestían las otras chicas, quienes ya estaban ocupadas en desaparecer por todos los rincones del huerto.

—Fermina dirige el Huerto de las Rameras, de modo que le mostrarás el debido respeto —aclaró Garfio.

Wendy escuchó un chillido y se volvió para mirar a Black Caesar, quien llevaba sobre los hombros a una mujer menuda, carcajeándose con dirección a las sombras del pórtico.

Fermina frunció el ceño.

—Esa es una idiota —declaró—. Tiene los dedos pegajosos. Dile a tus hombres que cuenten su oro.

Garfio levantó las cejas antes de pasarle a Fermina una bolsa de terciopelo negro.

—Hablando de... —le dijo— esto es a cambio de tu discreción.

Fermina asintió.

—Siempre, capitán —le respondió.

Garfio se internó en unas puertas dobles flanqueadas de flores y enredaderas, con una mujer en cada brazo y otra siguiéndolos. Wendy, quien había visto más indecencias en los últimos diez minutos que en toda su vida, no pudo evitar carcajearse al pensarlo, con risas que casi eran gritos histéricos que se alzaban desde su pecho, que de inmediato se sintió más ligero y menos angustiado. Fermina giró hacia ella con una sonrisa divertida.

—¿De qué te ríes, muchacha? —le preguntó—. ¿Acaso te estás riendo de nosotras?

Wendy se limpió una lágrima del ojo.

—No, no —aclaró—. Lo siento, no quise ser grosera. Debo parecer una loca. Sólo que... ¿qué va a hacer Garfio con esas mujeres? ¿Tres mujeres? Debe ser un hombre con muchos talentos.

Fermina le sonrió con amabilidad, y Wendy sintió una súbita corriente de deseo porque fuera su propia madre, por sus manos suaves, té tibio y que la arropara por las noches.

—No te preocupes por Garfio —la tranquilizó Fermina—. Él sabrá lo que hace.

Wendy se dio cuenta entonces de que quizá Fermina tenía experiencia de primera mano sobre el asunto.

—Ah, bien... —murmuró, ruborizada—. Supongo que sí.

Luego volvió a reírse, sin poder evitarlo, y esta vez Fermina la acompañó; sus arrugas y cicatrices se iluminaban con su risa.

—Ven conmigo, querida —le dijo la mujer—. Nos tomaremos una copa, y nada más. Estoy segura de que lo agradecerás después de todo el tiempo que has pasado en ese horrible barco negro.

No se equivocaba, pues Wendy había echado de menos con desesperación la compañía de otras mujeres, algo de lo que no se había percatado hasta aquel momento. Hablar con otra mujer de pronto le parecía un lujo desmesurado.

—Me gustaría mucho, gracias —respondió la muchacha.

—Eres muy educada —declaró Fermina—. No había escuchado a nadie hablar así... —en aquel momento se detuvo con los rasgos oscurecidos por una mueca de dolor— durante mucho tiempo. En fin, querida, tomémonos esa copa y comamos algo de pan. Hace mucho que no me pagaban por sentarme y hablar, y pretendo disfrutarlo. ¿Cómo debo llamarte? Sé que tu nombre no es Esquila. Garfio es un hombre muy brillante, pero no cuando se trata de inventar nombres; Dios santo, ese fue además uno de sus peores inventos.

Wendy sonrió antes de elegir un nombre que le fuera familiar sin revelar su identidad: su segundo nombre.

—Puedes llamarme Moira —ofreció a Fermina.

La mujer se le quedó viendo durante un momento.

—Bueno, eso es ciertamente mucho mejor que Esquila —declaró por fin, sonriente, y Wendy se descubrió siguiéndola a través de uno de los pórticos; el abrumador aroma de la fruta la rodeaba.

—Ven conmigo, niña, y hablemos de Peter Pan.

—¿Peter? —Wendy se quedó paralizada al escuchar el nombre—. ¿Qué sabes tú de Peter Pan?

Fermina se detuvo en la oscuridad; sus ojos estaban cubiertos por las sombras del edificio.

—Oh, sé mucho más de lo que puedes imaginarte sobre Peter Pan.

La prostituta se alejó de Wendy, y sus anchos hombros se estremecieron bajo la suave luz que venía del huerto. Una mariposa se acercó volando, y sus alas color cobalto jugaron con los rizos oscuros de la cabeza de la mujer.

—Conozco a Peter Pan porque una vez fui una de sus niñas perdidas.

W

Wendy hacía lo que podía para no tropezarse por la impresión que le habían producido las palabras de Fermina, mientras las dos mujeres se acercaban a través de los pórticos hacia una gran plataforma de piedra rojiza que se alzaba al borde del huerto, donde una mesa puesta las esperaba. Desde ahí se podía ver la orilla de la Bahía de los Tesoros y el extremo sur de la isla. Fermina se acomodó en una silla roja y comenzó a verter vino en una copa dorada, adornada con figuras de amantes entrelazados. Wendy se sonrojó cuando se la extendió, y Fermina estalló en carcajadas.

—¡Vaya, vaya! —dijo la mujer—, eres la criatura más inocente que he visto en mucho tiempo. Es una rareza por estas partes, ¿sabes?

Wendy meneó la cabeza, recordando el cuerpo de Peter en la linterna, cómo la había hecho sentir que la desnudaba sólo por el hecho de mirarla.

—No soy tan inocente como podría pensarse —declaró la chica por fin, tomando un sorbo del vino, sintiendo las notas de cereza y canela jugar en

su lengua. Fermina levantó las cejas.

—Eso es bueno.

Wendy tomó otro sorbo.

—Aún no hemos brindado, querida.

Wendy colocó la copa en la mesa, avergonzada.

—Tienes razón, lo siento mucho —se disculpó—. No hice más que comenzar a beber —dijo, negando con la cabeza—. No soy yo misma en este lugar.

Fermina la miró fijamente, a aquellos ojos marrones que parecían un par de avellanas tostadas flotando en una alberca de leche.

—Nadie lo es, niña, nadie. Debo admitir que me sorprende que hayas sobrevivido a los encantos de Peter con tu honor intacto.

Fermina agitó su vino dentro de la copa.

—Ahí tienes una idea —comentó—. Quizá deberíamos brindar por Peter Pan.

Wendy hizo una mueca.

—Pero él es terrible. Absolutamente terrible.

—Lo es. Aunque también es hermoso.

Wendy no pudo evitar sonreír.

—Eso... —concedió con gracia— es una gran verdad.

Fermina levantó su copa.

—Por la incomparable y peligrosa belleza de Peter Pan —dijo.

Wendy levantó la suya a su vez y tomó un largo trago. El vino recorrió su garganta como miel tibia, y ella sintió que sus hombros se relajaban, que su cuerpo se acomodaba mejor en la amplia silla. Fermina la miró con una media sonrisa.

—Veo que te estás mordiendo la lengua —le advirtió—. Pregunta.

Wendy sonrió tras su copa antes de dejarla en la mesa y cruzar las piernas.

—¿Dices que fuiste una niña perdida?

—Lo fui, sí.

Fermina le dio otro trago a su copa y comenzó a partir una rebanada de pan rústico, para después embarrarla con mermelada. Wendy se sentaba muy derecha en su silla, y el polen de las plantas circundantes hacía que le picara la nariz.

—Me encantaría escuchar tu historia si te sientes lo suficientemente cómoda como para relatarla —le dijo a Fermina.

La mujer volvió a reírse.

—¡Oh, nunca voy a cansarme de ti, chiquilla! Soy una prostituta, y me preguntas si me siento cómoda contando una historia. ¡Me encanta!

Se adelantó y le pellizcó la mejilla a Wendy, quien volvió a extrañar a su madre al contacto con los dedos de la mujer. De repente la muchacha sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y apartó la vista, tratando de pasar saliva para deshacer el nudo en su garganta. Fermina negó con la cabeza.

—Cariño, no tienes que esconder tus lágrimas aquí. No aquí, no delante de mí —le dijo a la muchacha, quitándose la mascada y extendiéndosela—. Toma.

—Lo siento —se disculpó Wendy mientras se secaba los ojos—. Extraño a mi madre, nada más. Es tonto.

La sonrisa desapareció lentamente del rostro de Fermina.

—Conozco ese tipo de dolor, por los dioses que lo conozco —dijo la mujer.

Con su fuerte perfil mirando hacia la bahía, hacia el cielo que se volvía más verde que azul conforme las nubes se agrupaban en el horizonte, con el aire repleto de insectos que zumbaban de vida, insectos y flores llamándose unos a otros en placentero abandono, Fermina comenzó a relatar su historia.

—Yo fui una vez como tú; una chiquilla despreocupada, con el espíritu valiente y los huesos sólidos. Fermina significa fuerza, y yo obtuve la mía de mi mamá, y del sol caliente que nos arrasaba. Crecí en Vilanova i la Geltrú, en España. Mis padres no eran ricos, pero tampoco pobres. Vivíamos en una hacienda pequeña pero cómoda; mi padre era un mercader y mi madre ayudaba con la cocina en un hotel local. Aunque Nunca Jamás me ha arrebatado muchos de mis recuerdos, todavía puedo oler el asado de cordero de mamárostizándose en la estufa, el sonido de sus tarareos haciendo eco por la casa, el chisporroteo de sus ollas cuando las apartaba del fuego, el sabor del maíz en mi boca. Era una buena vida, una MUY BUENA vida, querida mía.

Wendy sonrió, imaginándose a Fermina como una pequeña niña, envuelta en el abrazo de sus padres.

—Y por eso jamás, jamás perdonaré al bastardo de Peter Pan, por haberme arrancado de ella —continuó la mujer—. ¡NO LE CORRESPONDÍA HACERLO ! Peter dirá que él sólo trae a huérfanos y niños en circunstancias desesperadas, pero eso es una mentira. En realidad trae a quien quiere, y no le importan las familias ni las vidas ni nada —Fermina estrelló la mano contra una bandeja de

plata—. ¡Esa era mi vida! ¿Quién era él para alejarme de ahí y traerme a este lugar? —se preguntó abarcando el paisaje con las manos, aquella isla hermosa que siempre ocultaba verdades terribles—. Debí haber crecido en Vilanova, junto a mi madre. Yo era su única hija, su milagro.

Fermina negó furiosa con la cabeza conforme Wendy la miraba con los ojos como platos.

—Peter me trajo aquí, a Nunca Jamás, a la Isla de Pan. Primero me sedujo la libertad, y caí rendida en sus brazos, aunque yo era demasiado joven y él nunca tuvo interés en mí de esa forma. Además, en aquella época, él llevaba consigo a su hada a todas partes. Nunca se alejaban, aunque he escuchado que últimamente se ha cansado de ella. Peter trajo a un grupo grande de niñas a la isla: doce, para ser exactos. Jugábamos todo el tiempo con los niños perdidos, peleábamos y trepábamos a los árboles. Durante un tiempo fue una existencia hermosa. Estoy segura de que sabes de qué hablo.

Wendy asintió, evocando la salvaje belleza de la Isla de Pan, que se elevaba del océano como una semilla húmeda.

—Fue muy bueno hasta que dejó de serlo —continuó Fermina—. Campanita nos odiaba y trató de hacer de nuestras vidas un infierno permanente. Peter nos pedía que hiciéramos cosas que no queríamos hacer.

Wendy sabía exactamente de qué estaba hablando.

—Primero nos preguntó si podíamos cocinarle alguna cosa, y todas moríamos por hacerlo pues todas estábamos enamoradas de él —explicó Fermina—. Luego pidió que cocináramos para los generales, y antes de que nos diéramos cuenta ya estábamos cocinando para todos los niños perdidos cada noche sin falta. Éramos sus esclavas; cocinando, lavando, limpiando... ¿lo puedes imaginar? ¿Limpiar la Isla de Pan?

Las dos mujeres rieron a gusto durante un rato.

—Queríamos correr y jugar, pelear contra los piratas, pues esta guerra contra Garfío era una novedad por entonces —declaró Fermina—. Y en lugar de eso nos tenían tallando los pantalones de cada chico y cocinando piernas de pavo sobre el fuego desde el amanecer hasta la caída del sol. En silencio nos unimos como grupo y Peter accedió de mala gana a hablar con nosotras. Después de que le dijimos con timidez que queríamos ser consideradas iguales a los niños perdidos, y que no cocinaríamos ni limpiaríamos más para ellos, Peter nos abandonó.

Fermina meneó la cabeza; un mechón de rizos negros con hebras plateadas

le cayó justo encima del rostro.

—Peter se alejó de nosotras como la luna de las mareas —continuó—. Él era el sol y sin él nos hundimos en la oscuridad. Algunas chicas decidieron que valía la pena cocinar y limpiar a cambio de su atención y volvieron a sus antiguos trabajos, a su existencia agotadora. Las demás hicimos una especie de huelga; dejamos de trabajar y nos quedábamos en las hamacas todo el día. Yo tenía sólo once años en aquella época, y estaba locamente enamorada de Peter. Todas las chicas tenían más o menos mi edad; la mayor debe haber tenido alrededor de catorce años. No sabíamos lo que hacíamos, no lo sabíamos... — la mujer le dio un sorbo a su copa con el arrepentimiento dibujado en el rostro —. Ignorábamos que jugar con Peter Pan era jugar con fuego.

Sus arrugadas manos se retorcieron, ansiosas. El trueno retumbó a la distancia, y Wendy miró a Fermina enfrentarse a sus recuerdos tras sus espesas pestañas.

—Lo siento, no he hablado de esto en mucho tiempo —se disculpó por fin la mujer.

Wendy se inclinó hacia adelante y tomó su mano, dándole un gentil apretón.

—Aquí estoy —le dijo.

Fermina le sonrió antes de continuar con valentía:

—Una hermosa mañana, Peter le preguntó a las niñas de la Isla de Pan si querían ir a volar con él. Dijimos que sí, por supuesto, pensando que todo había sido perdonado —la mujer cerró los ojos—. Todavía recuerdo la emoción que me dio cuando me tomó de la mano, el calor que desprendía su cuerpo y pasaba al mío. Campanita estaba ahí, mirándonos dejar el nido, y su rostro reflejaba una mezcla de satisfacción y dolor. Debí haberlo sabido, debí haberlo sabido por sus ojos.

Fermina se limpió una lágrima con el dorso de la mano. El corazón de Wendy le latía enloquecido dentro del pecho, de modo que tomó otro trago de vino.

—Voló con nosotras hacia la isla principal, por encima de los Dientes y hacia la Bahía de los Tesoros. Pensamos que estábamos tomando un paseo — Fermina envolvió su copa de cristal con la mano y tomó un largo trago. Luego se limpió la boca y continuó, emitiendo una risa seca—. Voló hacia abajo y nos lanzó en la Bahía de los Tesoros, como a cuatro metros de la costa. Estábamos en *shock* cuando tocamos el agua. Nadamos como pudimos y luego escuchamos la canción, sentimos las escamas alrededor de nuestros cuerpos.

Cinco niñas... —la mujer hizo una pausa— cinco de las doce niñas fueron raptadas por las sirenas antes de que pudiéramos llegar a la playa. Las escuché gritar mientras eran arrastradas al fondo, y luego ya no oí nada más. Todavía escucho esa canción en mis sueños —el rostro de Fermina se endureció—. Peter sabía que las sirenas iban a llevárselas. Éramos su regalo para las sirenas, su presente a cambio de silencio.

—¿Silencio sobre qué? —preguntó Wendy.

Fermina no respondió la pregunta, sino que continuó con su historia:

—Nos dejó en la costa sin nada a nuestro nombre. Dos de las chicas acababan de ver morir a sus hermanas.

La lluvia comenzó a caer afuera del pórtico, un sonido suave que hacía que Wendy se sintiera cómoda en medio de aquella terrible historia, una que le parecía conocer demasiado bien.

—Le ordené a mis siete hermanas perdidas que se recompusieran, y logramos llegar a los edificios desvencijados que se levantaban sobre la playa. Uno de ellos pertenecía a Garfio, aunque en realidad hoy día todos le pertenecen, y el capitán nos dejó permanecer ahí, mucho más joven como era entonces, a cambio de que hiciéramos justo las cosas de las que creíamos haber escapado: limpiar, cocinar y ganarnos el pan. Me convertí en la líder de las niñas perdidas, y sería muchos años después que en la ciudad se nos conocería como mujeres fáciles —Fermina suspiró—. En verdad me arrepiento de algunas decisiones que tomamos para llegar hasta aquí. Deseo que hubiera sido diferente, deseo que mi madre hubiera estado cerca de mí para mostrarme otros caminos. *Pero no ocurrió así.* Peter nos había abandonado sin ingresos ni manera de alimentarnos. ¿De veras es tan sorprendente que encontráramos el camino hasta *aquí*? Esta no es una ciudad para niños.

Garfio había dicho algo acerca de eso, recordó Wendy, de que Puerto Duette no era un lugar seguro para los niños. La chica se alegró de que Michael estuviera a bordo del *Noche Repentina*.

Fermina mordió un trozo de pan con furia.

—A los pequeños se los roban de sus cunas; algunos cada año. Una de mis chicas, Thea, perdió a su pequeño hijo, Magnus, el año pasado. Me rompió el corazón. Cuando Garfio me traiga al hombre que lo hizo —dijo Fermina clavando el cuchillo con fuerza en la mesa—, empezaré con sus ojos y terminaré en los dedos de sus pies.

Wendy cerró los ojos mientras la mujer terminaba con su historia. No quería seguir escuchando más.

—Una vez que tuvimos edad suficiente, Garfio nos dio una oportunidad: regentar un lugar fuera de la ciudad que los atendiera a él y a sus piratas, llamado el Huerto de las Rameras. Me ofreció términos adecuados para la renta, y ahora yo dirijo el único burdel de la ciudad. Le pago lo justo a mis trabajadoras y tengo reglas estrictas sobre quién puede venir aquí y quién debe permanecer fuera. Le servimos a Puerto Duette y ellos nos sirven. Mis chicas pueden mantenerse a sí mismas de forma independiente, y somos familia unas de otras —la mujer sonrió con tristeza—. Fuimos las últimas niñas perdidas, y desde ese momento en adelante Peter sólo ha llevado chicos a la Isla de Pan. Hasta ahora. Hasta... ti.

—¿Alguna vez viene Peter... aquí? —preguntó Wendy.

La muchacha no sabía por qué la idea la angustiaba tanto. Fermina negó con la cabeza.

—Oh, no —respondió—. Mi odio por él es bien conocido.

Peter tendría que haber sido un tonto para aparecerse por ahí; por el rostro y las maneras de Fermina, Wendy podía darse cuenta de que era un adversario temible.

—El capitán Garfio nos salvó la vida, y aunque sé que a veces puede ser un hombre problemático, también sé en mi corazón que es bueno —declaró Fermina—. Me casaría con él en un segundo, si él me aceptara, aunque sé que su corazón pertenece a otra.

En ese instante la mujer se llevó una mano a los labios, como si quisiera taparse la boca.

—Ay, querida, no debes decirle a Garfio que te conté ninguna de estas cosas.

Wendy inclinó la cabeza hacia la habitación donde Garfio se había llevado a las mujeres para desaparecer con ellas. Fermina bajó la voz hasta convertirla en un susurro; su aliento a vino rodeaba el rostro de Wendy.

—Ah, ellas. Ellas no son más que distracciones. Abalorios sin importancia, como todos sus tesoros —explicó Fermina.

Luego extendió la mano y acercó el rostro de Wendy al suyo.

—Ahora, bella Moira, yo quiero escuchar tu historia. Y no dejes fuera ninguna parte. Hace mucho que no escucho una buena historia.

De modo que Wendy le contó la verdad: comenzando con cómo Peter los

había llevado a Nunca Jamás y terminando con Michael, quien la esperaba en el barco. Ella no le habló a Fermina sobre Booth porque en aquel momento Booth vivía sólo en su corazón, un secreto suave y cálido que le tranquilizaba el alma y la mente. Fermina la escuchó con atención mientras Wendy expresaba todos sus sentimientos. La prostituta no dijo nada cuando la muchacha hubo terminado, pero la tomó entre sus brazos de forma inesperada, y acunó la cabeza de Wendy contra su pecho. Olía a verano.

—Pobrecita mía. Peter es un bastardo, ¿no es cierto? Espero que lo mates.

—Creo que no podría matar a nadie —confesó Wendy.

—¿Para qué crees que estás aquí si no? —preguntó la mujer.

Wendy parpadeó.

—Perdón... ¿qué dijiste?

—Podrías, si tuvieras que hacerlo, ¿no es así? Pensé... sHHHHHH

El rostro de Fermina cambió por completo de expresión al tiempo que sacaba una pequeña pistola de su blusa.

—Hay alguien aquí —advirtió.

Wendy se puso de pie de repente, empujando la silla hacia atrás. Fermina dio un paso adelante, observando el huerto con sus ojos marrones. Una maceta de flores, que quizá colgaba a tres metros de ellas, se balanceaba enloquecida. Una enredadera vibró sobre sus cabezas, y una sombra pasó por encima del rostro de Wendy, filtrando la luz dorada que brillaba a través de las persianas del pórtico.

—Ve adentro, ahora —le ordenó la mujer a Wendy mientras empuñaba la pistola y cerraba un ojo—. Muévete.

En lugar de eso, Wendy dio un paso adelante, pues no quería dejar a Fermina sola para pelear contra lo que fuera que estuviera agazapado en aquellos rincones. La enredadera osciló sobre sus cabezas, y se detuvo en un punto justo por encima de la oreja de Wendy. Las flores rosas y naranjas se balancearon con la suave brisa, y todo lo que la chica podía escuchar era el sonido de una abeja, zumbando feliz junto a su otro oído.

Un gato negro, tan negro que era casi púrpura, bajó de un salto desde el pórtico, aterrizando con un sonoro chasquido sobre la mesa, y enviando trozos de pan y copas de vino al suelo con mucho ruido. Fermina se rio.

—Por Dios, Chess, bájate —le ordenó al bicho.

El gato emitió un infeliz *miau* al tiempo que Fermina lo bajaba de la mesa y lo empujaba con el pie.

—Se la pasa detrás de las puertas, acechando... te juro que...

Ella esperó para sentirse a salvo, pero en lugar de eso percibió una corriente de aire sobre sus hombros. Cuando Wendy levantó la cabeza para saber qué había sido, era demasiado tarde. Un fuerte brazo bajó y la tomó por la muñeca, y antes de que pudiera percatarse de qué estaba pasando, la izaron y el suelo desapareció de inmediato bajo ella, conforme miraba el hermoso y asustado rostro de Fermina. La pistola temblaba en las manos de la mujer cuando desapareció entre los arbustos floreados que rodeaban el huerto.

W

Wendy luchó al tiempo que ascendía, tratando en vano de zafar su muñeca fuera del agarre de hierro de una misteriosa figura envuelta en una capa verde y larga, con una máscara de tela negra que le ocultaba el rostro. El miedo se dejaba sentir a través de las venas de Wendy; su pecho estaba hecho una maraña, y le costaba trabajo respirar. Volar en sí mismo ya era aterrador, ahora que Peter la había dejado caer. El cielo era tan vasto, tan alto, que la engullía entera. La figura la hizo girar y una mano enguantada le cubrió los labios. Wendy y su captor siguieron volando hacia arriba, por encima del huerto, de los techos de Puerto Duette y de los edificios que bordeaban la jungla. Una vez en las afueras de la ciudad, se detuvieron a descansar en un pilar de madera que soportaba uno de los edificios más grandes. La silueta del edificio los protegía del cielo. La figura enmascarada habló:

—No grites, ¿de acuerdo? Te escuchará.

La mano se alejó de su boca, y Wendy guardó silencio durante un momento

antes de caer al suelo. En un solo movimiento, se alejó rodando de la figura y, después de mirar en derredor suyo, se aferró a una botella rota que empuñó frente a ella con mano temblorosa.

—¡No te me acerques! —le advirtió la chica a la figura—. Retrocede o...

En aquel momento el hombre disfrazado se quitó la máscara. Levantando la mirada para verle los rasgos, las rodillas de Wendy casi cedieron ante la tóxica sensación de alivio que sintió cuando vio que los ojos que la miraban no eran verdes ni la observaban con odio. Esos ojos eran color chocolate, enmarcados por largas pestañas y una expresión divertida. De todas formas mantuvo la botella en alto y una expresión de advertencia.

—¡Ay, Wendy, mírate! —le dijo Oxley, riendo—. Estar con los piratas te ha cambiado en definitiva. Y eso que sólo llevas con ellos unas cuantas semanas... ¡Bravo!

—¡No te me acerques! —le advirtió Wendy—. ¡Retrocede!

Oxley levantó ambas manos; su semblante por lo general alegre se hallaba fruncido por la preocupación.

—No me acercaré, Wendy. ¿Crees que podría herirte? ¿Por qué haría eso?

—Peter lo hizo —dijo la chica mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. Peter me lastimó. Lastima a todo el mundo.

—Wendy... —le imploró Oxley mientras se adelantaba con un paso rápido. En un solo movimiento Wendy le cortó la palma de la mano con la botella, y el muchacho retrocedió con un gemido—. ¡AUCH! ¡WENDY DARLING ! ¡Me apuñalaste, niña salvaje! ¡Estaba tratando de darte un abrazo! —se quejó Oxley—. ¡Eso me dolió!

La mano de Oxley sangraba de manera profusa, y Wendy dejó escapar un gemido.

—Lo siento mucho, Oxley, pero por favor no te me acerques. Si me dejas aquí, seré capaz de encontrar el camino de regreso al puerto. Por favor no me lleves con Peter. Todavía podemos... irnos.

Oxley negó con la cabeza; el sol arrancaba destellos de las cicatrices tribales que yacían talladas en su rostro.

—Mira —le dijo a Wendy con tristeza—, eso es justamente lo que no puedo hacer.

—Sí puedes —lo animó Wendy—. Claro que sí.

Oxley se metió la mano en uno de los desvencijados bolsillos de su túnica y sacó una pieza de papel enrollado.

—No puedo. Porque entonces no podría darle esto a Garfio —le dijo a Wendy extendiéndole el pergamino.

—“Para el capitán solamente, suponiendo que puedas llegar hasta él” —leyó Wendy casi sin aliento, con la botella rota olvidada a su lado.

—Bien, he visto que no quieres apuñalarme más. Wendy, Wendy, Wendy... —dijo Oxley—. Extraño tenerte en la Isla de Pan, ¿sabes? Era fantástico tener una dama cerca. Balanceaba un poco las cosas, ¿no es cierto?

Wendy miró el papel y luego volvió a mirar a Oxley; ya casi no le temblaban las manos.

—¿Eres tú? ¿Tú eres el espía? —le preguntó.

Oxley se rio y se frotó la barbilla.

—Verás, será mejor que te guardes eso para ti misma de momento. Muy pocos lo saben. Garfio, Smith y Pa.

¿Pa?, pensó Wendy durante unos instantes.

—¿Voodoo? —preguntó la chica, azorada. Claro. Por supuesto. ¿Cómo era posible que no lo hubiera visto antes?

—Así es —respondió Oxley—, aunque debes saber que odia que lo llamen así. Su verdadero nombre es Nassor. Significa “el victorioso”. Lo que llegará a ser, algún día.

La cabeza de Wendy le daba vueltas conforme intentaba entender lo que estaba escuchando.

—Pensé... pensé que Abbott era el espía. Nos ayudó a escapar —dijo por fin.

—Lo único que necesitas saber de Abbott es que él se da perfecta cuenta de que Peter es un completo idiota. La mayor parte de los generales terminan por darse cuenta, pero entonces... —la voz de Oxley se quedó atrapada en su garganta mientras luchaba por continuar— mueren. Como Kitoko, quien seguía siendo fiel a Peter aun cuando lo mandó derechito al cuchillo de Smith.

—¿Pero por qué? ¿Por qué tú? —lo cuestionó Wendy.

Oxley pasó saliva, incómodo.

—Digamos que mi padre no siempre ha sido el más bueno de los hombres. Lo atraparon robando a un mercader aquí en la ciudad —explicó—. La pena por robar en Puerto Duette es una lenta marcha desde los Dientes hasta el vacío, después de que casi le habían quemado el brazo por completo —Oxley hizo una mueca de dolor—, pero Garfio pagó su deuda con el mercader y algo más, a cambio de una vida de servicio a bordo del *Noche Repentina*. La mitad

de la deuda debía pagarla su hijo.

—Pero Oxley, eso no es justo —se quejó Wendy.

El niño perdido se encogió de hombros con despreocupación. Era muy raro verlo abrumarse.

—No es tan malo —la tranquilizó—. Mi papá adora el *Noche Repentina* y de seguro continuaría en él aunque terminara de pagar la deuda con Garfio, y yo espero poder unírmeles un día en esa hermosa y gigantesca bestia marina.

—Pero hasta entonces...

—Hasta entonces soy el general de Peter y el espía de Garfio, posiblemente el trabajo más peligroso de todo Nunca Jamás. Menos mal que soy listo, ¿no?

La empatía inundó por completo a Wendy tras aquella confesión.

—Dios mío, tu mano. Déjame verla.

—No es nada —respondió el chico extendiéndole la palma—. Estará curada en una semana. No te atormentes por eso. Además —le dijo bajando la mirada al piso—. No sabía *en realidad* sobre Peter, todo lo que te hizo. Sé que Peter es malvado, pero también puede ser...

Efervescente. Como el sol mismo. Como el calor que pulsa en mis venas.

Wendy se aclaró la garganta y completó:

—Encantador.

—Sí, exacto, encantador. Incluso disfruto su compañía cuando no está en plan de psicópata asesino —explicó Oxley—. Además, ¿quién va a proteger a esos muchachos? Seguro que Peter no.

Con un rasgueo, Wendy se arrancó una tira de su vestimenta y la amarró a la mano de Oxley. Cuando estuvo bien anudada, se inclinó y besó la herida.

—Discúlpame por lastimarte, Oxley, hombre valiente —le dijo la muchacha.

Oxley se sonrojó y apartó la vista antes de volver a mirarla divertido.

—Debo decir que te ves... —le dijo haciendo un gesto con la mano— absolutamente terrible con ese disfraz. Te reconocí incluso desde las alturas —Oxley se rascó la cabeza—. Garfio es bueno para muchas cosas, pero vestir a una chica como chico aparentemente no es una de ellas. Tienes suerte de que yo no sea Peter. Él te habría raptado el doble de rápido.

—Peter le tiene miedo a Garfio.

—Un poco, pero tristemente Peter ya no le teme demasiado a nada, y no estoy seguro de que su miedo por el *Noche Repentina* vaya a durar mucho

tiempo más —le advirtió Oxley.

Hubo un momento de silencio mientras ambos consideraban las macabras implicaciones de sus palabras. De pronto y sin que lo esperara, Oxley le sonrió a Wendy.

—Oh, atrévete y pregunta de una vez —la desafió—. Ya sé que no estás tan emocionada de verme...

—John! ¿Cómo está John?

La sonrisa de Oxley disminuyó un poco.

—John está bien. Todavía es muy leal a Peter. Han estado pasando mucho tiempo juntos, preparándose para algo.

—¿Para qué? —preguntó la muchacha.

—No lo sé. Peter nos ha apartado de su círculo, a Abbott y a mí. Últimamente sólo se ve con John, y pasan mucho tiempo sobrevolando la isla en círculos, lejos de oídos indiscretos. Peter se vuelve cada día más peligroso, Wendy. Está muy inquieto. Más violento de lo común; tan sólo esta semana mandó azotar a cuatro chicos por insubordinación —le contó Oxley.

Wendy tragó saliva con dificultad. Le dolía la idea de esos chicos, prácticamente niños, tan solos, cuyo único padre sería para siempre Peter Pan. Su corazón sollozó en silencio por todos ellos, y por John.

—Si puedes hablar con él, por favor dile, recuérdale que...

—No puedo, Wendy —le respondió Oxley—. No puedo descubrirme ante John, ni siquiera ante Abbott. Ante nadie. Nadie puede saber. Es la única manera de mantenerme seguro —Oxley miró en derredor suyo—. Hablando de eso, debería irme. Fermina debe estarse volviendo loca con lo que pasó —dijo sonriendo—. Lo que no daría yo por una hora con esa mujer...

Wendy se rio.

—¡Oxley! —lo regañó.

Él le guiñó un ojo.

—Será mejor que nos vayamos —le dijo—. Peter vendrá para acá tarde o temprano. Está obsesionado contigo, lo sabes, y eso lo está enloqueciendo.

Las zarpas heladas del miedo treparon por la espina dorsal de Wendy, estremeciéndola de pies a cabeza. Se imaginó que podía sentirlo, observándolos, mirándolos, espiándolos. Wendy se volvió hacia Oxley, quien ya se estaba preparando para volar de nuevo, puesto que debía ser precavido.

—Esa nota sólo se la puedes dar a Garfio, ¿de acuerdo? No a Smith ni a Redd ni a mi papá, sólo a Garfio.

Wendy asintió con la cabeza.

—De acuerdo —dijo.

Después tomó la mano del muchacho y se elevaron en el aire. Wendy permaneció en silencio mientras volaban de regreso a la cueva, volando lo más bajo que podían a través de la jungla, fuera del alcance de los ojos ajenos. El chico hizo más lento su vuelo conforme se acercaban a las afueras de la casa de las prostitutas, y luego depositó a Wendy con gentileza sobre un alféizar.

—Si pasas a través de aquella ventana te encontrarás de nuevo con Fermina, que seguramente está muy enojada. La tripulación está justo al lado, en sus cuartos. No pasees.

Wendy sonrió, pues sin que fuera consciente de ello hasta aquel momento, había extrañado mucho a Oxley.

—No voy a pasear ni a entretenerme por ahí. Tienes mi palabra —le respondió ella mientras guardábala nota dentro de su blusa.

—Bueno, ese es un buen lugar para guardarla —comentó Oxley, sonriente—. Me voy. El trabajo de los traidores como yo no se acaba nunca.

Wendy le dio un apretón en la mano.

—Oxley, muchas gracias. Espero que algún día podamos pasar un día en el barco juntos, hablando como amigos sin preocuparnos por nada.

—Me gustaría mucho eso, Wendy, en especial si hay vino. Pero primero tenemos que salvar a Nunca Jamás.

Él se agachó en el alféizar y después saltó en el aire, dejando un remolino de polvo a su paso al tiempo que desaparecía entre los recovecos de los tambaleantes edificios del pórtico. Más allá de éstos, a través de la densa jungla que serpenteaba entre callejones y por encima de dichas construcciones, la Montaña Sombría se alzaba sobre de la ciudad. Parecía un dios benevolente, con las colinas como pequeños pies que se mezclaban con su congregación. La bruma cubría su pico; un reguero de nubes blancas se filtraba debajo de la montaña y arriba de la jungla. Ahí, en la quietud, ella podía escuchar el rugir de las cascadas justo debajo, así como los sonidos de los animales de la selva. Si se esforzaba lo suficiente, Wendy podía incluso observar una pequeña porción de tierra, lejos, sobre el océano del lado este: la Isla de Pan. El pensamiento la sacó de sus observaciones sobre la niebla, y se agachó para pasar por la ventana, cubierta de diminutas salamandras verdosas. Andando a través de un edificio que crujía con cada uno de sus

pasos, Wendy se las arregló para volver al pórtico, a Fermina y al capitán Garfio. Tan pronto lo vio, la chica lo miró a los ojos y, sin emitir un solo sonido, pronunció la palabra *Oxley* sólo con el movimiento de sus labios. El alivio iluminó las facciones del capitán.

Garfio se aclaró la garganta.

—Está bien, Fermina —declaró—. Ella está a salvo.

Parecía que Fermina quería decir algunas cosas más, pero en lugar de eso permaneció en silencio y asintió con la cabeza, decidida a confiar en Garfio. Él se adelantó para intercambiar algunas palabras con ella, pero fue interrumpido por la ronca llamada de un cuerno que provocó que Wendy se llenara de aprehensión.

Fermina se levantó de la silla en la que había estado sentada y corrió hacia donde se veía el mar.

—El *Contrammar* ha llegado —afirmó la mujer mientras olfateaba el aire—. Debí haberlo sabido. Se puede oler desde aquí, como el aroma pútrido de los cadáveres.

Wendy se colocó al lado de Fermina y miró hacia la bahía, donde sus ojos se encontraron con la figura del barco, una mancha de tinta negra en el cielo gris. A pesar de que era mucho más pequeño que el *Noche Repentina*, el *Contrammar* llevaba consigo una cierta oscuridad que lo hacía distinto. Desde el pórtico, a muchos metros de distancia, Wendy podía escuchar el crujir del barco, de la madera inclinándose bajo la presión del mar conforme la nave se esforzaba por anclar en la costa. El mascarón de proa del *Contrammar* estaba, compuesto por una colección de esqueletos descabezados, formando con sus cuerpos una estrella que se extendía a ambos lados de la nave. Con sus piernas se levantaba el agua ahí donde la madera castaña se encontraba con el azul oscuro del océano. El barco tocó puerto, y Wendy pudo atisbar algunos de los remos que ayudaban a la nave a llegar a su destino. Fermina sacudió la cabeza con un sonido de asco.

—Animales —comentó, disgustada—. Maison se pelea con el demonio dentro de su alma. No se merece nada más que morir en el fondo del océano al que llama su casa.

Lo ojos de Garfio se detuvieron en el navio.

—No podría estar más de acuerdo —le dijo el capitán a Fermina, prácticamente escupiendo esa última frase mientras miraba cómo los piratas del *Contrammar* bajaban por el muelle y se internaban en Puerto Duette.

Wendy se secó el sudor de la frente por debajo del sombrero de piel que llevaba. El Huerto de las Rameras era fértil e impresionante en su abundancia descarada, pero tan caliente como los mismos infiernos.

Garfio se volvió hacia Fermina y dijo:

—Los vientos están cambiando.

Ella asintió con la cabeza, y los ojos de ambos se comunicaron sin necesidad de palabras.

El capitán apretó los puños.

—Supongo que lo veremos en el *quorum*. Será mejor que vayamos acercándonos hacia allá. Ve a desenredarlos de las sábanas.

Wendy sintió una punzada de decepción cuando se percató de que su tiempo con Fermina había sido rudamente interrumpido.

—Estoy muy feliz —dijo—. En verdad muy feliz de haberte conocido.

Fermina le sonrió con gentileza antes de abrazar a Wendy con uno de sus musculosos brazos.

—Estoy segura de que nos encontraremos en muchas más ocasiones, joven Moira, aunque espero con todo mi corazón que sea en circunstancias más felices. Mantón la cabeza bien despierta a bordo del *Noche*, querida.

Fermina se encaminó por el pasillo, golpeando con fuerza cada una de las puertas doradas que lo flanqueaban. Uno o dos minutos después los piratas comenzaron a salir de nuevo al huerto, algunos a medio vestir, subiéndose apenas los pantalones, otros completamente relajados y compuestos.

—Maison ha llegado —anunció Garfio—. ¡Atentos, muchachos! Preparen las pistolas y la astucia. Es el momento de abrirnos camino hacia el pasaje del corsario.

Los ojos de la tripulación relucían con un fingido entusiasmo.

—¡Ala orden! —respondieron uno tras otro a su capitán.

Fermina apretó el hombro de Wendy con firmeza antes de inclinarse hacia delante.

—Te veré pronto, Moira —le dijo.

Luego sacó una gigantesca llave de latón de su escote y con la tripulación del *Noche* a la espera detrás de ella, abrió el cerrojo de una de las puertas, semioculta tras el muro. Garfio entró primero, seguido por Smith, quien invitó a Wendy a seguirlo. La muchacha se agachó hacia dentro del cuarto, que estaba compuesto por una cama con colchas de lino rojo, un vestidor, un ropero con manijas de latón y un pequeño espejo.

—Abran la puerta —ordenó Garfio, y Voodoo, Black Caesar y Smith tomaron la cama, la sacudieron con violencia y la lanzaron de lado hacia una de las paredes.

—¡Con cuidado! ¡Esto es propiedad de Fermina! —gritó Garfio—. Les destrozaré las manos si rompen algo.

Los piratas gruñeron un par de disculpas al tiempo que movían con lentitud un colchón a un lado del cuarto, lo que dejaba ver una trampilla en el suelo. Garfio levantó la manija en forma de aro que la adornaba y todo el suelo pareció levantarse, revelando una vetusta escalera que se adentraba en la oscuridad de la tierra. Voodoo se llevó la mano a la bolsa y sacó una pequeña antorcha, misma que encendió con un fósforo. La antorcha chisporroteó y brilló, lanzando luz sobre los tambaleantes peldaños. En silencio, Garfio y sus hombres comenzaron a bajar por la escalera. Wendy trataba de pisar con el mayor cuidado posible, agradecida por la mano que le ofrecía Barnaby para sujetarse.

—La escalera del pasaje del corsario. Sólo el capitán y la tripulación del *Noche Repentina* tienen derecho a utilizarla —explicó el pirata.

—¿Por qué no pueden usarla las otras tripulaciones? —preguntó Wendy.

—Porque es un privilegio del comandante de los Despreciables.

La escalera desembocaba en otra puerta cerrada. En esta ocasión Garfio sacó una llave de alrededor de su cuello, cuya parte superior era un cráneo con dos tibias cruzadas y rodeadas de espirales de metal.

—Sólo existe una llave como esa en todo Nunca Jamás —susurró Barnaby.

Garfio metió la llave en la cerradura y, después de un buen empujón, la puerta del pasaje del corsario se abrió por completo.

W

Wendy no sabía qué había estado esperando; montones de tesoros, quizá, o algo parecido al cuarto de batalla de Peter, pero estaba sorprendida de ver una enorme habitación, perfectamente cuadrada, con paredes de fría piedra gris. Colgando del techo bajo yacía un gigantesco candelabro de huesos, con facilidad más grande que un carruaje, hecho de brazos que se alargaban en todas direcciones, como si quisieran aferrarse a todo aquel que osara entrar en la habitación. Las velas de cera de abeja goteaban sobre una gran mesa de madera, tallada en la forma de un polígono de cinco caras, con las dimensiones de una brújula quemadas sobre el tablero horizontal. En su superficie se hallaba una garrafa de vino rojo y cinco vasos transparentes. El cuarto estaba repleto de piratas.

—Ven conmigo —le susurró Smith a Wendy, rozándole la mejilla con su barba hirsuta—, y no hables.

El pirata apartó a Barnaby del lado de la muchacha con un empujón

violento.

Garfio caminó despacio a la mesa, quitándose el abrigo antes de tomar su lugar en la cabecera, sentado en la silla más grande. Wendy pensó que se veía imponente, con el sombrero inclinado sobre uno de los ojos y las medallas reluciendo a la luz de las velas. Miraba directamente al frente, sin parpadear, mientras los otros capitanes se acercaban a la mesa. Las respectivas tripulaciones se hallaban arracimadas en los rincones del cuarto, tan silenciosas que no se escuchaba ni siquiera su respiración. Se percibía una atmósfera espesa, de peligro extremo. Las manos de Smith se aferraban a los hombros de Wendy, demasiado cerca de su cuello como para que la muchacha se sintiera cómoda. El hombretón se inclinó sobre la chica y le susurró al oído, mientras señalaba a los otros personajes con los dedos de las manos.

—Aquel es el capitán Reed Bonney, del *Saqueador de Corales*. Es leal a Maison, el muy glotón despreciable.

Wendy observó a Reed Bonney, quien hacía crujir la silla sobre la que se sentaba. Era un hombre de pecho ancho, con los ojos azules y separados, y un mechón de cabellos rubios aplastados sobre la cabeza, prácticamente calva. Su gastado abrigo naranja y los deshilacliados pantalones marrones estaban por reventar de las costuras; cuando se sentó, sus ojos se posaron codiciosos sobre el vino. Sus rechonchas y cortas manos no se movieron ni un milímetro, sin embargo, y alejó su silla de Garfio para evitar el contacto visual.

Smith siguió contando:

—Ese hombre de dorado sentado junto a él es Jaali Oba, capitán del *Mares Perversos*.

Wendy miró a Jaali, quien separó su asiento de la mesa con un único movimiento ágil y se sentó en un solo gesto. Una vez sentado no dejó de tamborilear los dedos con violencia contra la madera de la mesa. Él era alto y delgado, y tenía la piel de un tono marrón dorado; sus largos rizos negros se hallaban adornados con cuentas verdes y áureas. Colocó una gigantesca espada envainada, hecha de oro macizo, frente a él.

—Jaali es un hombre cien por ciento leal a Garfio, y un buen capitán —siguió explicando Smith—. Garfio le salvó la vida una vez, de un niño perdido que empuñaba una lanza —*Abbott*, pensó Wendy. Smith continuó—. Es un buen hombre, aunque le gustan demasiado el oro y las mujeres. Los rumores dicen que viaja con un harén de siete mujeres. Por qué aceptarías llevar a siete mujeres a bordo... es un misterio para mí. Si me lo preguntas, una ya es

demasiado.

Smith le apretó los hombros con demasiada fuerza, y Wendy tuvo que morderse los labios para no hacer ningún ruido.

Otro capitán se sentó a la mesa, y Smith explicó que se trataba de Xian Li, comandante del *Ataque Viperino*; un hombre terrible quien se alzaba por encima de los otros tres, y uno de cuyos ojos había sido reemplazado por una joya blanca y cristalina. Estaba completamente calvo, y una cicatriz roja recorría su frente y se extendía por toda la parte trasera de su cuello. Una vez que Xian Li se hubo sentado, los cuatro capitanes esperaron en silencio. Garfio estaba en quietud absoluta y su mirada no dejaba adivinar lo que podía estar pensando. Jaali acariciaba la vaina de la espada con rabia mientras miraba hacia la puerta. Las tripulaciones de los respectivos barcos permanecían en silencio, pero Wendy se dio cuenta de que aquellos que trabajaban en el *Noche Repentina* descansaban las manos sobre las empuñaduras de sus armas, como por casualidad. El peligro podía olfatearse en el aire, y justo cuando parecía haberse instalado una especie de calma chicha, la puerta se abrió de golpe y el capitán Maison entró por ella. Su rostro era afilado, con las facciones semejantes a las de las serpientes, lo que lo hacía parecer un depredador. Su grasoso cabello negro estaba amarrado en una cola de caballo, y sus huesudas mejillas lucían adornadas con cicatrices y marcas de batalla. Antes de entrar, sus labios se curvaron en una horrorosa mueca y Wendy sintió cómo la repulsión se apoderaba de ella. Al hombre le faltaba la oreja del lado izquierdo, y sus manos estaban cubiertas con sendos guantes negros.

—¿Me extrañaron, caballeros? —preguntó mientras hacía el ademán de tocarse el ala de un sombrero invisible, como si lo llevara puesto sobre la cabeza.

Jaali ni siquiera levantó la vista de su arma para responder con duras palabras al saludo del recién llegado.

—Llegas tarde, Maison. Garfio debía ser el último en llegar en su calidad de comandante de los Despreciables. ¿Se te han olvidado los modales? —le preguntó con aspereza.

Maison pasó el dedo por el filo de su espada, lo que provocó que saliera un hilillo de sangre que él lamió con avidez.

—No aprecio la impuntualidad, y lo sabes, Maison —dijo Jaali.

Maison sonrió, burlón.

—Como si alguna vez me hubiera importado la opinión que tienes de mí, Jaali —le respondió con sorna.

La tripulación de Maison ocupó sus lugares en la esquina de la habitación. Los hombres del *Noche Repentina* los miraron con odio hasta que Maison, con gran despliegue de gestos, ocupó su lugar en otro extremo de la mesa. Garfio se puso de pie y colocó su pistola apuntando hacia la mesa. Los demás capitanes lo siguieron, y Wendy percibió cómo las distintas tripulaciones se relajaban. Garfio le hizo una seña a Smith, y su lugarteniente se acercó a la mesa para servir el vino. Desde su esquina, Wendy pudo apreciar cómo la mandíbula de Smith se contraía conforme avanzaba hacia delante, las venas de su cuello rígidas y tirantes.

Garfio se alzó cuan alto era y se aclaró la garganta.

—El primer punto a discutir...

Maison emitió un gruñido, y de esta manera interrumpió a Garfio. Las tripulaciones se pusieron más y más tensas.

—No lo hagamos, James, no esta vez. No hablemos de impuestos, prebendas, botines u oro. Estoy harto de estas reuniones tediosas, de estos discursos mediocres acerca de Puerto Duette y sus muchos problemas: quién le debe a quién, quién es dueño de qué, a quién hemos matado, a quién debemos matar, qué tipo de ron escasea, dónde acomodar a las viudas... No. No hablaremos más de esto —dijo Maison, convencido.

El capitán Reed Bonney gritó su aprobación con un:

—¡Sí, bien dicho!

Y Garfio bajó su vaso para mirar con frialdad a Maison.

—¿Sobre qué le gustaría que habláramos entonces, valiente capitán Maison? —le preguntó—. ¿Preferiría que habláramos de guerra, quizá, o de motín? —Garfio se enderezó y tomó un largo sorbo de vino—. Dejémonos de jueguitos. Me gusta mirar a los ojos a un hombre antes de acabar con él, y tú deberías hacer lo mismo, aunque todos los que estamos alrededor de esta mesa sabemos que careces de honor.

La lengua de Maison se asomó por entre sus labios, que se encontraban apretados de forma rabiosa.

—Nos hemos reunido aquí para hablar de una sola cosa, del veneno que corrompe a los Despreciables, la cadena... —explicó Maison llevándose las manos al cuello, que tenía lleno de quemaduras y cicatrices—. La cadena que nos obliga a navegar por todo Nunca Jamás como perros siguiendo a un único

amo.

Smith miró con odio a Maison.

—¿Acaso acabas de llamar perro a mi capitán? —le preguntó, desafiante.

Maison mantuvo la mirada de Smith por un momento antes de apartar la vista.

—No —respondió, por fin—. Pero si dejamos que Peter Pan controle nuestros destinos aunque sea por un minuto más, seremos sus perros o peor que eso.

Jaali encajó la hoja de su cuchillo con fuerza sobre la mesa.

—Ya escuché demasiado sobre tus insignificantes quejas —declaró.

—Sí, y yo ya he perdido demasiado tiempo cazando a este niño alrededor de la isla, ¡jugando con sus niños perdidos como si fueran adversarios dignos de mí! Podríamos estar construyendo ciudades en las islas exteriores, saqueando puertos hasta que nuestras manos se tiñeran de sangre y nuestros cofres explotaran por los tesoros que contienen, y en lugar de eso estamos jugando con Peter Pan y los de su calaña —dijo mientras señalaba a Garfio con uno de sus dedos, furioso—. Hemos sido esclavos de tu obsesión por el niño, ¡y eso es lo que ha evitado que nos convirtamos en los verdaderos amos de Nunca Jamás!

Ante sus acusaciones la tripulación de Maison lanzó alaridos de apoyo y triunfo, que de inmediato fueron ahogados por los abucheos que proferían los marineros del *Noche Repentina*. Las otras tres tripulaciones permanecieron en silencio. Wendy sintió cómo se le erizaban los vellos de la nuca, de repente consciente del peligro que corría. Trató de cubrirse el rostro, esperando que su sombrero fuera lo suficientemente grande como para ocultarlo.

—He escuchado rumores, capitán Garfio.

Garfio levantó la voz, y Wendy pudo darse cuenta de que la rabia empezaba a teñir las palabras del capitán.

—Yo también. Sin embargo, me gustaría que nos iluminaras con los que tú has escuchado.

Maison sacó una daga de su cinturón y comenzó a jugar con ella, lanzándola de una a otra mano.

—Estoy seguro de que no son más que rumores. Ya sabes cómo son los piratas, no mucho más que un montón de rameras chismosas.

Ninguna risa hizo eco al intento de broma de Maison.

—De todas formas, creo que debe discutirse —continuó el pirata—. He

escuchado que llevas a una chica a bordo de tu nave, una chica que es la adoración de Peter Pan. Una chica a la que podrías usar si quisieras hacer un trato. Quizá Peter la quiere con la suficiente desesperación, y entonces está dispuesto a darnos algo valioso a cambio.

En ese momento Wendy sintió cómo el corazón se le desplomaba hasta el suelo. Las rodillas comenzaron a temblarle.

—¿Y qué precio le pondrías al intercambio? —preguntó Garfio, aunque Wendy conocía la respuesta de antemano aun antes de que Maison abriera la boca.

—El vuelo —susurró el pirata con regocijo—. Quiero volar, y sólo Peter Pan puede darme eso. A cambio de la chica, es posible que incluso lo conceda de buena gana.

Wendy sintió un escalofrío recorriéndole la espina dorsal, y se tuvo que morder el labio inferior para poder mantener su respiración bajo control.

—Además he escuchado que tienes al último de los indios pilvinuvos viviendo escondido dentro de tu nave —declaró Maison.

Ante sus palabras la habitación completa se cimbró, y Wendy pudo percibir cómo los cuerpos de la tripulación del *Noche* se preparaban para la lucha, aun en aquel espacio diminuto, sin salida posible, repleto de odio y resentimiento. *En apariencia, nadie puede amenazar al cocinero del capitán.*

—Conozco a un buen número de personas en Nunca Jamás que estarían muy interesadas en hablar con este hombre. No sólo para satisfacer nuestra curiosidad, sino también porque si logramos localizar a la tribu pilvi nos daría un pueblo más al cual gobernar. Debo preguntar... porque, ¿para qué más estamos haciendo esto? Estoy cansado de barcos, de tormentas y de cachivaches. Quiero gobernar como un rey. Y a diferencia de los idiotas empobrecidos que viven en Puerto Duette, no creo que la tribu simplemente haya *desaparecido*. Están aquí, y tu hombre sabe con exactitud dónde.

Maison se había movido hasta colocarse por detrás de Garfio, cuyo rostro no delataba nada, con la mirada fija al frente.

—Estos rumores me han hecho pensar —continuó Maison—, que el buen líder de los Despreciables tiene algo que esconder. Oculta muchas cosas de nosotros, sus hermanos despreciables. Se guarda el botín para sí mismo y deja que sus camaradas mueran de hambre como cuervos. La peor parte es que se empeña en mantener esta absurda guerra con Peter Pan, ¿y por qué?, ¿para qué?, ¿por qué el capitán Garfio está tan obsesionado con derrotar a este

niño?, ¿es por su padre, acaso?, ¿por codicia?, ¿por el hecho de que Peter le cortó la mano?

Maison se rio y se inclinó hacia Garfio mostrándole las palmas.

—Ser medio hombre puede hacer que cualquiera pierda la cabeza, ¿no les parece?

Garfio tomó otro sorbo de vino, lentamente, y el rostro de Maison se contrajo de rabia al observar la poca atención que el capitán le dirigía.

—¿Quién teme al malvado Peter Pan? Garfio le teme. Y merecemos saber por qué. Este *quorum* merece respuestas, o merece un nuevo comandante.

Las tripulaciones aguantaron la respiración todas al mismo tiempo, o al menos eso le pareció a Wendy, y después los susurros se esparcieron por la habitación; se hablaba de motín, traición, guerra. Garfio tomó otro sorbo de vino, y permaneció en silencio. El corazón de Wendy le latía enfurecido en el pecho mientras esperaba que el capitán hablase, deseando que sus respuestas satisficieran las preguntas que ella misma se hacía.

—Muchos de ustedes tienen preguntas al respecto de mi relación con Peter Pan —comenzó diciendo Garfio—. Todo lo que puedo decir es que él es mucho más peligroso de lo que ninguno de nosotros podría llegar a entender. Ustedes me han elegido como comandante de esta flota y capitán del *Noche Repentina*, nave reina entre las naves.

Después de externar aquella última frase, los párpados de Garfio se entrecerraron, y el hombre se enderezó cuan largo era. Su mirada partió a Maison en dos como si estuviera hecha del más fino acero británico.

—Te he escuchado hablar de rumores el día de hoy —declaró Garfio—. Es curioso que lo menciones, porque yo también he escuchado algunos.

—¿Ah sí? —preguntó Maison, jugando todavía con el cuchillo entre sus manos y mirando de manera directa a Garfio—. Cuéntalos.

—Escuché el rumor de un capitán amotinado, cuyo barco explotó en mil pedazos y a quien arrastraron por el fondo del océano hasta que se ahogó, hasta que los peces devoraron el blanco de sus ojos.

Maison palideció.

—Escuché de un traidor a bordo del *Noche Repentina*, quien muy pronto se unirá a su capitán en la tumba de las profundidades —al decir esto, los ojos de Garfio se posaron en su tripulación, acusadores y rapaces—. Escuché de un hombre que rebasó todos los límites, en extremo ignorante de la historia de Nunca Jamás y de su gente. Un hombre que adoraba el poder por encima de la

piratería. Un hombre pequeño que construyó su barco sobre las espaldas de otros.

Maison se volvió hacia Garfio, furioso.

—¡No tengo idea de lo que hablas! —contraatacó.

—Pienso que sí, que la tienes —respondió Garfio, sereno—. Y un día, muy pronto, serás relevado de tu cargo.

Fuera de sí, Maison empujó la punta de su daga contra la mejilla de Garfio. El capitán ni siquiera parpadeó; sus fuertes mandíbulas estaban firmemente trabadas mientras miraba con desprecio a aquel hombre cobarde. Un hilo de sangre descendió por el pómulo de Garfio. En ese momento las tripulaciones comenzaron a gritar, todas al mismo tiempo. Wendy, furiosa por la manera en que Maison había tratado a Garfio, se descubrió gritando también insultos terribles a los otros tripulantes, gesticulando y vociferando con el resto de sus compañeros del *Noche Repentina*, sorprendida de cuánto le apasionaba la defensa del capitán. Se dio cuenta ahora de por qué Maison había elegido denunciar a Garfio ahí, frente al *quorum*. Si la violencia estallaba en aquel cuarto repleto de piratas, no quedaría nadie vivo para narrar la matanza. Había sopesado el cuidado que Garfio tenía por su tripulación contra su propia ambición, una movida brillante.

Los labios de Garfio se movieron en silencio, y Wendy lo observó al tiempo que le decía, sin emitir ningún sonido, a Maison: “Te mataré”. El hombre levantó las cejas y arrojó la daga al suelo.

—¿Votamos, entonces? —preguntó Jaali al tiempo que daba un brinco para ponerse de pie y desenvainaba su dorada daga—. O aún mejor... ¿qué tal si te cortamos la lengua por faltarle el respeto a la Flota Despreciable con tus miserables acusaciones?

Garfio silenció a Jaali con un movimiento de la mano.

—No, deja que la serpiente tenga lo que quiere. Votaremos. Todos aquellos que quieran perseguir a una tribu inexistente, ignorando la creciente amenaza que representa Peter Pan, y que quieran convertirse en los grandiosos monarcas de Nunca Jamás levanten la mano, cobardes asquerosos.

Maison levantó la mano con orgullo. Después de algunos segundos de tenso silencio, Reed Bonney, el capitán del *Saqueador de Corales*, levantó la mano también.

Garfio sonrió, burlón.

—Por supuesto —dijo, como si no le sorprendiera el voto de Reed.

El cuarto se llenó de gritos de “traidor” conforme las tripulaciones entendían que este era un complot planeado con anticipación. Wendy sintió la mano de Black Caesar en su espalda.

—Si las cosas van hacia el sur —susurró el pirata a su oído, envolviéndole el rostro con su aliento fétido—, tírate al suelo, embárrate la cara de sangre, finge que estás muerta y reza por que todo salga bien.

Wendy ni siquiera se molestó en preguntar de quién sería la sangre que supuestamente debería embarrarse. En lugar de eso cerró los ojos durante un momento, tratando de recordar los rostros de sus padres, de John y Michael, y de Booth. No iba a morir ahí, en aquel pozo negro con hombres inmundos, llenos de egos inflados y pistolas cargadas. *No puedo. No lo haré.* Se soltó del brazo de Black Caesar y dio un paso adelante.

—¡Yo soy la chica que viaja en el barco de Garfío! —gritó de pronto.

La habitación se quedó en absoluto silencio, y lo único que se escuchaba era la cadencia de la voz femenina de Wendy. La furia que se reflejaba en las facciones de Garfío bastaba para convertir el agua en hielo, pero la muchacha hizo de tripas corazón y se abrió el paso entre el gentío. Luego se quitó el sombrero y declaró:

—Mi nombre es Wendy.

El corazón le latía en los oídos, y luchó para encontrar su voz. Abrió y cerró la boca una vez, pero cuando volvió a abrirla ya sabía lo que quería decir, y lo dijo con un tono claro y fuerte.

—El traidor Maison quiere convencerlos de que Peter Pan los puede hacer volar, pero yo estoy aquí para decirles que no puede. Peter puede dar el don del vuelo de forma temporal, pero se acaba, ya sea después de algunas horas o cuando decide que no lo mereces más.

Su mirada recorrió la habitación repleta de piratas.

—¡Piensen en eso! Obtendrían el vuelo sólo para precipitarse al vacío en cuanto Peter lo decidiera, o por puro capricho.

Luego la muchacha se volvió hacia Maison, cuyos ojos refulgían de rabia hacia ella.

—Esa es tal vez la idea más tonta que he escuchado en mi vida. Bueno, además de la idea de que el capitán Garfío no es el mejor comandante para dirigirlos. Estoy frente a ustedes porque quiero que entiendan lo peligroso que Peter Pan puede llegar a ser. Peter manipula a los niños perdidos para que peleen esta guerra contra ustedes. Trató de forzarme para que lo amara, y

amenazó con matar a mis hermanos si yo no le obedecía —al decir esto, Wendy pudo sentir los ojos de cien piratas recorriéndola entera, algunos deseosos de su sangre y otros de cosas mucho más oscuras y retorcidas—. Me lanzó desde el cielo porque me negué a amarlo.

Alguien del Saqueador de Corales gritó:

—¡Eso no suena tan mal, señorita! ¡Somos piratas!

Wendy sonrió, aunque el corazón se le retorció de manera incómoda dentro del pecho. Se aclaró la garganta.

—Es verdad que quizá los límites morales son mucho, mucho más difusos aquí.

Los piratas se carcajearon. Ella se volteó para mirar a Garfio, cuyo rostro seguía evidenciando su furia por el hecho de que la chica se había delatado, mucho más enojado con ella que con el propio Maison.

—Considero que el capitán Garfio es lo único que se interpone entre ustedes y una guerra abierta contra Peter Pan —Wendy pensó en el miedo que había visto reflejado en los ojos de Garfio conforme le contaba la terrible historia del *Costa Soleada*. Bajó la voz—. Y por razones que ustedes y yo no entendemos todavía, pero quizá el capitán sí, creo que esa es una guerra que perderían —Wendy hizo una pausa—. Todos ustedes.

Después de eso volvió a guardarse el cabello dentro del sombrero y se retiró al rincón, para ella más seguro, donde aguardaba el resto de los marineros del *Noche Repentina*. Garfio se aclaró la garganta para hablar con el rostro granate por la furia que lo invadía.

—Después del discursito impertinente, continuemos con el voto —declaró.

Maison salió detrás de Garfio y regresó a su asiento como niño castigado. Levantó el rostro hacia el capitán y sonrió con falsedad.

—No hace falta votar. Será un empate —anunció.

Su mano se movió con una rapidez increíble mientras sacaba una daga aserrada debajo de su manga y sin advertencia previa ni sonido alguno la lanzaba justo en medio de la frente de Xian Li. El hombre- tón miró la empuñadura de la daga con la confusión reflejada en su único ojo antes de caer de boca sobre la mesa, lo que sólo encajó el arma con mayor fuerza en su cabeza. La sangre salpicó el candelabro de huesos y Garfio saltó de su asiento, apuntando la pistola a la cabeza de Maison. El cuarto se llenó de gritos y gruñidos conforme las tripulaciones del *Noche Repentina* y el *Mares Perversos* sacaban las armas y apuntaban a las tripulaciones del *Saqueador de*

Corales y el *Contramamar*. Wendy miró a su alrededor, aterrada, notando que la tripulación del *Ataque Viperino* parecía bastante conforme con la suerte sufrida por su capitán. Moviéndose como una cobra, Jaali sacó su daga y se aferró al capitán Bonney, a quien le puso la hoja en la garganta. Garfio no se movió, pues el cañón de su pistola seguía pegado a la frente de Maison. La furia del capitán contrastaba con la mueca entretenida del traidor.

—Lo siento —dijo Maison, divertido—. Algo tenía que hacerse.

—Te mataré aquí mismo —declaró Garfio.

Maison chasqueó la lengua.

—Verás, no creo que lo hagas —dijo—. Si me matas, no sólo dejarás a tu tripulación en situación de inferioridad numérica y de armas, sino que además dejarás Nunca Jamás a merced de la maldad de mis hombres.

Garfio rechinó los dientes.

—Eres un cobarde, taimado, malvado...

—... hijo de perra —completó Maison—. Lo sé. Pero un pirata debe hacer lo que un pirata debe hacer. Así que te diré lo que va a pasar ahora. No quiero que mi tripulación perezca toda completa esta noche, y creo que tú tampoco. De hecho ahora mismo ya me faltan tres hombres. Así que tú y tus hombres, y Jaali y sus hombres, abandonarán esta habitación. Regresen a sus naves, y váyanse a pelear su guerra contra Peter Pan. Mientras tanto, como comandante de los Despreciables, mi primera orden es que nosotros nos quedamos con la chica.

El capitán levantó el garfio y lo puso frente al rostro de Maison.

—¿Y si desafío tu orden? Porque tendrás que arrancármela del garfio una vez que haya muerto.

—Entonces te habrás negado a una orden del comandante de los Despreciables, y eso significa la guerra.

Garfio sonrió, muy feliz durante un breve instante.

—Entonces te veré en mar abierto, comandante Maison.

El rostro de Maison se relajó por un momento, justo lo que necesitaba Garfio para, en un solo movimiento tan veloz que Wendy luego se preguntaría si de verdad lo había visto ejecutarlo, arrancarle gran parte de la piel de la mejilla con su garfio. Maison gritó con la mano en la cara, la mejilla ensangrentada y una porción de su rostro en sus dedos, jirones de piel inservibles.

Reed Bonney se zafó con velocidad de Jaali.

—Garfio —advirtió—, llévense a sus hombres de aquí. Esto es un barril de pólvora encendido, y no se me da la gana ver morir a mis hombres en este agujero.

Smith levantó la voz y gritó:

—¡Tú lo encendiste, Bonney, y morirás junto con los demás!

—Me dio gusto verte, Smith, siempre un placer —respondió Bonney, con sorna. Luego le sonrió a Wendy y declaró—. Espero llegar a conocerte mejor, muchacha. Muy pronto.

La tripulación del *Noche Repentina* se lanzó hacia delante, y Wendy sintió cómo la empujaban a través de una puerta, con los pies difícilmente rozando el suelo y la voz de Barnaby a su lado.

—Corre lo más rápido que puedas, querida —le recomendó el pirata.

Las tripulaciones escapaban del pasaje del corsario lo mejor que podían, cada una por un callejón distinto, todas dirigiéndose con rapidez hacia sus barcos. Wendy lo entendió de inmediato. Las naves estaban ancladas en la Bahía de los Tesoros, esperando como patos a tiro. La primera tripulación que lograra llegar a su barco... a Wendy se le escapó un grito desesperado. ¡*Michael!* Tenían que lograrlo. Los tripulantes del *Noche Repentina* rodearon esquina tras esquina de callejones oscuros, siguiendo a Garfio mientras éste zigzagueaba por las calles que le pertenecían. Algo pútrido flotó a los pies de Wendy, algo que surgió de un charco que parecía de sangre seca y despedía un olor paralizante, repugnante. Wendy tuvo arcadas.

—¡No te detengas, muchacha! —le advirtió Voodoo, con el aliento entrecortado debido al esfuerzo de la carrera—. ¡Respira por la boca!

Ella lo intentó, pero el olor parecía arreglárselas para llegar hasta su boca y corromper sus pulmones con su aroma a desperdicios. Volvieron a entrarle arcadas mientras los hombres corrían, sus cuerpos empujándola, sus maldiciones y groserías rodeándola como una nube de odio. Sin pretenderlo recordó su biblia para niños, que con seguridad la esperaba en su casa de Londres, repleta de imágenes del infierno: fosas humeantes, demonios y oscuridad. Estaba ahí mismo en aquel momento, rodeada de hombres depravados que corrían como el diablo. Sus codiciosas y asesinas urgencias la asediaban conforme sus cuerpos la empujaban, y ella luchaba por respirar.

Estoy en el infierno, estoy en el infierno, estoy en el infierno... las calles pasaron volando a su lado, pues las personas de Puerto Duette se apartaban de inmediato de su camino. La tripulación se amontonó en un estrecho callejón

que estaba flanqueado por ambos lados por edificios que prácticamente lo aprisionaban, observando a los hombres desde sus ventanas y contrafuertes. De pronto se escuchó un sonoro “BANG ” y el pirata que iba junto a Wendy se desplomó en un charco de sangre.

La tripulación del *Noche Repentina* comenzó a disparar a través del callejón conforme corrían, apuntando a lo que alcanzaban a divisar de los hombres del *Contramar*, que de seguro avanzaban paralelos a ellos, por otro callejón. Los tiros rebotaban por todas partes.

—¡No se preocupen por ellos! —gritó Garfio—. ¡Sigan corriendo! ¡El *Noche* es lo único que importa!

Wendy vio otro reguero de sangre frente a ella.

—¡CORRAN ! —gritó el capitán.

Ella también gritó, pues ya nada le importaba en aquel momento:

—¡ Corran, caraj o!

Habían logrado llegar a las afueras de la ciudad y salieron disparados a través de los edificios retorcidos que tan bien los habían protegido; ahora se adentraban en la densa jungla que desembocaba en la playa. La muchacha absorbió la hermosa luz natural y el dulce aire de Nunca Jamás al tiempo que corría por su vida, a través de ramas que se partían y astillas que le caían encima como una lluvia feroz. Frente a ella un pirata joven tropezó, con la mala suerte de que su tobillo dio vuelta sobre sí mismo y la pierna comenzó a hinchársele. Wendy corrió hacia él y lo levantó de un brazo.

—¡Necesito que corras! —le dijo la chica, ayudándole a andar algunos pasos antes de que Smith tomara al muchacho y se lo pusiera al hombro.

—¡Corre! —gritó el lugarteniente.

La jungla se volvía cada vez menos densa y el cielo azul comenzaba a asomarse por entre las ramas de los árboles. Dos tripulaciones corrían enloquecidas hacia la playa; sólo Dios sabía qué había ocurrido con las otras tres.

—¡Acérquense al barco! —gritó Smith en algún lugar detrás de Wendy—. ¡Apresúrense y prepárense para levar anclas! ¡Rápido!

—¡Sí, señor! —respondieron al unísono los miembros de la tripulación, con el aliento entrecortado debido al esfuerzo de la carrera.

Los pies de Wendy tocaron el barro conforme seguía corriendo hacia adelante, empujando enredaderas, ramas y hojas, tratando de agacharse cada vez que escuchaba un tiro. Las maldiciones de Garfio se oían con toda

claridad a sus espaldas, mezclándose con el sonido de las armas de los hombres cuando les rebotaban en las caderas, pues estaban corriendo tan rápido como podían. Algo más allá del miedo empujaba a los hombres hacia el *Noche*; eran hombres que protegían su casa, el único amor de sus vidas solitarias. El barco era en verdad su rey, y la tripulación estaba feroz en su deseo de pisar la cubierta ahora que la marea había cambiado tan rápido. Smith levantó la mano para que la tripulación lo adelantara.

—¡Muévanse, muévanse! ¡Venga! ¡Más les vale que el trasero les duela hoy por lo rápido que han corrido! ¡Veloces como ladrones! —les gritaba para animarlos.

El camino de regreso al barco para Wendy era una mezcla emborronada de jungla, hojas y ramas que le azotaban el rostro, el sonido sordo de las botas de los piratas salpicando en los charcos repletos de agua y porquería, la luz que se filtraba a través del follaje y el dulce rumor de las olas conforme se aproximaban al mar y pisaban la arena. Garfio le gritó algo a Smith, quien se quedó a la entrada de la jungla para contar a los hombres que pasaban corriendo a su lado. Wendy siguió avanzando; Garfio la esperó y luego se puso a correr cerca de ella. La chica podía escuchar los ruidos que hacía la tripulación del *Contramara* justo detrás de ellos, disparando a ciegas en la jungla mientras la tripulación del *Noche* se subía al muelle.

—¡Smith! ¡Smith! —gritó Wendy casi sin aliento.

Garfio le sonrió al tiempo que subía a la cubierta; los hombres estaban ocupando sus posiciones, levando el ancla y asegurando las velas. Corrían frenéticos a lo largo y ancho de la cubierta, como un torrente de hormigas alrededor de Garfio, quien con mucha calma se colocó detrás del timón. Wendy miró hacia atrás. Smith todavía estaba en la playa, encendiendo un cartucho de dinamita. Ella abrió la boca cuando lo vio encenderlo y enterrarlo en la arena, justo frente al enorme barril de las serpientes. Cuando el hombre comenzó a correr a toda velocidad hacia el barco, algunos marinos del *Contramara* salieron de la jungla y le dispararon con saña. Luego sólo se pudo ver una enorme explosión, el estruendo que hizo que los dientes de Wendy castañetearan y el fuego que lo devoraba todo. Brazos y piernas cercenados se elevaban por los aires, aterrizando segundos después con sangrientos aspavientos sobre la arena, y las serpientes volaban por todas partes, moviendo la cola y mostrando los venenosos colmillos.

Más tarde Wendy podría jurar que incluso las había escuchado gritar. Los

cuerpos negros de las serpientes ensangrentadas llovieron encima de los hombres del *Contramamar*, quienes se hallaban desorientados y titubeantes. Sus gritos —conforme los ofidios les caían encima, los mordían o los asfixiaban— eran tremendos. La jugada de Smith había funcionado. El *Contramamar* no podía vencer al *Noche Repentina* fuera del puerto. Smith subió corriendo al muelle, y tuvo que saltar para abordar el barco, aferrándose con ambas manos al barandal de la cubierta. Dio un gruñido y se izó él mismo a bordo. La sangre le manchaba el hombro, pero prácticamente no veía los charcos que dejaba conforme se acercaba a la cubierta de mando, donde el capitán Garfio observaba a las otras naves con la ayuda de un catalejo. El sol había comenzado a esconderse en el océano, y la tripulación seguía trabajando tan rápido como podía. La cubierta era un sitio de caos organizado, intrínsecamente compleja, como una sinfonía que emanara de las velas que se estiraban con el viento. El *Noche Repentina* se alejó con facilidad de la costa, acurrucándose a salvo entre las olas, ganando velocidad para alejarse de las arenas perladas de la Bahía de los Tesoros, ahora repletas de sangre y cientos de serpientes negras que se retorcían.

El *Noche* se alejó con rapidez de la costa. Smith se subió al barandal para ver mejor.

—Jaali y el *Mares Perversos* lograron escapar, alabados sean los dioses —aclaró—, y no veo al *Ataque Viperino*, lo cual nos deja con el *Saqueador de Corales* y el *Contramamar*.

Wendy podía ver los otros barcos ahora, con las tripulaciones corriendo frenéticas hacia atrás y hacia delante de cubierta.

Smith bajó la voz.

—Capitán, el *Contramamar*. Debe hacerlo —le dijo a Garfio, quien permanecía absorto mirando el agua pero aferraba el barandal con fuerza. Smith echó el cuerpo hacia adelante—. Vamos, enviemos a esos traidores al fondo de los malditos océanos.

Garfio miraba ahora a los otros dos barcos, concentrado. Por fin se aclaró la garganta y ordenó:

—¡Muchachos, monten los cañones! ¡Apunten con todo al *Saqueador de Corales*!

Hubo un momento de silencio antes de que la cubierta estuviera otra vez repleta de actividad, pues cada uno de los miembros de la tripulación ocupó en instantes su posición de combate, con la boca abierta y jadeantes como

caballos de carreras.

Smith no dejaba de vociferar órdenes.

—¡Listos, muchachos! —dijo por fin.

Wendy sintió que le jalaban los pantalones. Cuando buscó al culpable se encontró con Michael, quien tenía los ojos como platos por la emoción. Ella se agachó y lo rodeó con los brazos, apretando su pequeño cuerpo contra el suyo, oliendo el dulce aroma de su pelo. Quiso dar instrucciones para que ambos se escondieran bajo cubierta en lo que todo pasaba, pero en lugar de eso tomó la mano de su hermano y lo llevó a un lado de la acción.

—¿Quieres ver cómo explota un barco pirata? —le preguntó, divertida.

Michael aguantó la respiración por la sorpresa.

—¡Más que nada en el mundo! —le respondió a su hermana.

—Eso fue lo que pensé —dijo ella.

El *Noche Repentina* dio un amplio viraje.

—¡A babor, muchachos! —gritó Garfio—. ¡Preparen los cañones!

Smith se hizo cargo del timón.

—¿Y el *Contramar*, capitán? —se atrevió a preguntar.

Garfio bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Sabes muy bien por qué no le disparamos al *Contramar* —respondió airado mientras le quitaba el timón a Smith—. ¿Acaso me estás cuestionando como primer oficial?

Smith negó con la cabeza.

—Eso nunca, capitán —le aseguró—. ¡Listos para disparar contra el *Saqueador*!

Barnaby corría adelante y atrás a lo largo de toda la cubierta; Wendy nunca lo había visto trabajar tanto como en aquellos momentos en que gritaba términos náuticos que a la muchacha se le escapaban.

—¡Dirijan los pechos de sus madres contra el palo de mesana! ¡Once grados al norte!

El *Saqueador de Corales* se alejaba poco a poco de la costa, y estaba tratando de alcanzar el mar abierto cuando el enorme *Noche Repentina* le salió al paso. Durante un momento no se escuchó más que silencio a bordo de la nave, hasta que Garfio gritó con todas sus fuerzas:

—¡FUEGO !

Y entonces los cañones dispararon con un sonido tan fuerte que no se parecía a nada que Wendy hubiera escuchado antes en su vida. Ella colocó las

palmas de las manos sobre los oídos de Michael para intentar protegerlo al mismo tiempo que el humo comenzaba a invadir la cubierta; el barco mismo se había tambaleado debido a la fuerza de las armas. La cubierta del *Saqueador de Corales* comenzó a hacerse astillas, algunas de las cuales saltaban a la cubierta del *Noche*. Wendy y Michael se agacharon para protegerse, y finalmente pudieron ver la acción a través de un agujero en las jarcias. La tripulación del *Saqueador de Corales* gritaba y saltaba por la borda, y Wendy vio más de un cuerpo flotando inerte sobre las aguas. Gigantescos agujeros explotaban por todo el navio a medida que el *Noche* deshacía a su adversario por la potencia de sus armas y su mayor tamaño. El ruido era ensordecedor. Un humo negro comenzó a esparcirse desde abajo de la cubierta.

—¡Suelten los chilladores! —gritó Garfio, y de pronto el aire estaba lleno de pequeños círculos negros, cada uno del tamaño de una manzana. Aterrizaron con fuerza en la cubierta del *Saqueador*, y en ese momento Wendy se percató de que iban encendidos, como petardos o pequeños fénix de fuego. Por fin estallaron, y la fuerza de la explosión hizo que Wendy y Michael cayeran hacia atrás. La muchacha se golpeó la espalda con el mástil. El resto de la tripulación, anticipando el impacto, se había tirado al suelo.

—¡Recarguen los pechos de madre! —gritó Smith, y el gigantesco cañón fue empujado hacia adelante. Tenía la boquilla dividida en dos partes independientes. Voodoo cargó una cadena al frente del cañón; cada uno de los extremos llevaba una bola metálica con púas.

—¡AHORA ! —gritó el capitán, y Voodoo encendió la mecha del cañón antes de alejarse con rapidez. Una sonrisa malvada le iluminaba los labios. El cañón disparó y las bolas de acero, unidas por la cadena, se dirigieron en línea recta al mástil mayor del *Saqueador de Corales*. El corazón de Wendy latía loco de emoción, y la piel se le enchinó cuando miró cómo la cadena partía limpiamente en dos el mástil de la otra nave, y cómo la cofa caía con estrépito sobre cubierta. El hombre dentro de la cofa se precipitó hacia el infierno incendiado que en otro tiempo había sido la cubierta de un orgulloso barco. La nave estaba partida y se hundía a gran velocidad, emitiendo crujidos agónicos al tiempo que se sumergía en el mar.

—¡La carnada, muchachos! —ordenó Smith, y dos de los miembros de la tripulación comenzaron a lanzar cubetas de pescado ensangrentado al agua. Smith se percató de que Wendy lo miraba con horror.

—Así los tiburones pueden terminar el trabajo —le aclaró.

Cuando la muchacha negó con la cabeza, el primer oficial soltó una carcajada.

—¿Qué esperabas, querida? —le preguntó—. ¡Somos piratas!

Garfio levantó la voz otra vez:

—¡Quiero a todos los hombres de regreso en sus estaciones! —ordenó—. ¡Tenemos que llegar a mar abierto!

Wendy y Michael observaron cómo el mástil mayor del *Saqueador de Corales* desaparecía en el mar alrededor de la Bahía de los Tesoros. Una multitud de personas salidas de Puerto Duette se asomaba desde la jungla, de seguro atraída por el ruido y esperando captar aunque fuera el final del espectáculo. El *Contramar* se alejaba a toda prisa del muelle.

—¡Deprisa, muchachos! ¡Queremos poner tanta distancia entre nosotros y el *Contramar* como sea posible! —ordenó Garfio al tiempo que su tripulación se reorganizaba. Segundos después dio otra orden—. ¡Ybajen esa bandera!

Smith se volvió hacia Garfio sin poder ocultar el regocijo que le iluminaba el rostro.

—¿Señor? —le preguntó.

—Ya no somos miembros de la Flota Despreciable, y por tanto no tenemos necesidad de esa bandera —aclaró el capitán—. Quiero izar la bandera de mi padre.

Smith volvió a aparecer un momento después, cargando la bandera blanquinegra que Wendy había visto aquella vez en el camarote de Garfio. La amarraron y la izaron a prisa, y la bandera negra se extendió por los aires, con el cráneo sonriendo al tiempo que ondeaba al viento. Garfio la miró durante unos instantes, en los que el orgullo tiñó su rostro, tan breves que Wendy pensó que quizá los había imaginado. Luego el capitán se giró hacia Smith, quien enarcaba las cejas, y respondió a sus preguntas sin necesidad de que el primer oficial las profiriera.

—Lidiaremos con Maison cuando sea el momento. No tenemos prisa, estamos planeando, y lo destrozaremos tan pronto como sea posible. Cuando lo hagamos rogaré por su muerte, tienes mi palabra.

Smith sonrió feliz y acarició la punta de su daga.

—Estoy seguro de que así será, capitán.

Luego el primer oficial se alejó vociferando órdenes diversas. Wendy y Michael comenzaron a intentar bajar hacia sus habitaciones cuando ella sintió que la tomaban del brazo.

—Tú —siseó el capitán, abriendo la escotilla. Volteó hacia Michael y le gritó—, ¡quédate ahí!

El niño se escondió justo debajo de la escotilla, aterrorizado. Sin una palabra más, el capitán Garfio arrastró a Wendy bajo las escaleras. Las piernas de la muchacha le fallaron y cayó de rodillas, pero el capitán la levantó.

—Niña, no me gusta nada tener que hacer esto —le advirtió.

Luego, usando la única mano que tenía, el capitán abofeteó a Wendy con el dorso. El golpe resonó, lanzando oleadas de dolor bajo su mandíbula y en la sien. Su cabeza explotó de dolor, pero no se cayó. Permaneció de pie, doblada por la fuerza del impacto, jadeando y cubriéndose la mejilla. La respiración del pirata se hizo más pesada conforme se alzaba sobre ella en el oscuro pasillo. El miedo, como el extremo más fino de una aguja, puso los vellos de la muchacha en punta. Garfio se veía furioso, con los ojos grises entornados y la boca contraída en una mueca de rabia.

—¿En qué estabas pensando al exponerte así a Maison? ¿Qué noble causa esperabas defender con tu discursito? ¿Y para qué? Para nada. ¡Te pusiste en gran peligro para nada!

Wendy trató de estabilizarse, pues el cuerpo le temblaba por el golpe y por el brusco balanceo del barco.

—¡Estaba tratando de ayudarte! —se defendió, desesperada—. ¡Yono sabía que Maison...!

—No, por supuesto que no lo sabías —respondió molesto el capitán—. No sabes nada.

El dolor del golpe reverberaba dentro de la cabeza de la chica, y azuzaba la furia que había sentido crecer en ella desde el día en que conoció a Garfio por primera vez.

—¡Eso es porque tú nunca me has dicho nada! —le reclamó—. ¡Sigues dándome pequeñas migajas de información, y no es suficiente! No puedo ayudarte a derrotar a Peter si ni siquiera sé cómo o por qué. Por ejemplo, podrías haberme dicho que Oxley...

—Shhhhh. Cállate —le ordenó Garfio al tiempo que colocaba su mano enguantada sobre la boca de la muchacha con rudeza—. Nunca sabes quién pueda estar escuchando —la voz del capitán se convirtió en un susurro y Wendy pudo sentir cómo el aliento alcohólico del hombre le acariciaba la mejilla—. No sabía si podía confiar en ti, todavía.

Wendy negó con la cabeza.

—Tengo todo que perder si Peter se sale con la suya —declaró Wendy—. Lo que sea que haga falta... lo haré. Pero no por ti. Por mis hermanos.

Garfio se puso frente a ella y se agachó para mirarla directo a los ojos. Las pupilas grises del capitán absorbían cada ángulo de los ojos avellana de la muchacha.

—Te creo. Pero si me desobedeces... —quiso advertirle.

Wendy puso los ojos en blanco.

—Me lanzarás al mar, me ahogarás, me desmembrarás y me arrastrarás al fin. ¿Podemos continuar, por favor? —preguntó.

Los delgados labios de Garfio se curvaron en una sarcástica sonrisa.

—Me doy cuenta de que por fin comienzas a comprender nuestros modales —le dijo a la muchacha.

—¿Maisonva... ?

La sonrisa desapareció del rostro de Garfio.

—Maison tiene el beneficio de ser absolutamente inconsciente, lo que hace mucho más difícil para mí prever sus acciones. Lo que hizo en el pasaje del corsario fue una jugada muy arriesgada. Fácilmente podría haber muerto en aquel agujero —dijo Garfio, y luego agregó, mientras se sacaba del bolsillo la nota de Oxley—: Hablando de Maison... parece que varias fuerzas se están aliando contra nosotros, señorita Darling.

Acto seguido le tendió la nota a Wendy, después de haberla desdoblado y leído al menos dos veces. El corazón de la chica martilleaba furioso conforme tomaba la misiva; la tinta se había corrido pero aún eran legibles los trazos toscos de Oxley.

—Peter Pan ha formado una alianza con el capitán Maison.

Wendy cerró los ojos. Garfio arrugó el papel y lo quemó en la flama de una vela cercana, observando cómo las letras se convertían en oscura ceniza que flotaba sobre el suelo del pasillo, manchando de motas negras la brillante madera.

—Justo como sospechaba —dijo Garfio, suspirando. Luego se pasó el gancho por el cabello, que parecía tener más canas que la semana anterior. Se alejó de Wendy y le ordenó—: Ponte algo frío en la mejilla. Keme te ayudará, y tú le ayudarás a preparar nuestra cena. Dile que quiero el *guppy* anaranjado.

El capitán ya había llegado a la trampilla que se abría de manera directa al cielo gris que se encontraba sobre su cabeza, repleto de nubes esponjosas y

pesadas.

—Tienes razón —concedió antes de subir—. Ha llegado el momento de confiar uno en el otro, de la transparencia y el riesgo. Esperaba darte más tiempo para que te acostumbraras a esta vida, para que entendieras lo que tendrás que hacer. Es tiempo de que comprendas. Es tiempo de que preguntes. Y cuando lo hagas, juro por mi padre muerto que te lo contaré todo.

Wendy levantó la mirada para encontrarse con los ojos del capitán, pero la mirada de Garfio ya estaba perdida, concentrada en algún lugar antiguo y terrorífico. *La pregunta...* Garfio se había alejado para entonces, directo hacia su lugar en la cubierta de mando. Todo lo que la chica podía ver era su silueta, su erguida silueta conteniendo la tormenta.

Michael y Wendy estaban de nuevo en el camarote. Él se había abrazado a sus piernas apretando la cara contra el vientre de su hermana.

—Wendy, Wendy, te extrañé.

—Y yo a ti, Michael.

Michael se hizo para atrás un poco impresionado por las emociones de su hermana.

—¿Me trajiste algo de Puerto Duette?

—Mmm... —Wendy hizo una pausa mintiendo con facilidad—. Sí, está sobre cubierta. Es una sorpresa. Tela daré mañana —le encontraría algo.

—Ay —el hermano pequeño pateó el piso con enojo—, pero no lo quiero mañana.

—Y yo no aprecio tus berrinches.

—Lo siento —sonrió Michael—. Ok, me lo puedes dar mañana, pero cuéntame todo sobre Puerto Duette.

—Lo haré, te contaré todo, pero primero dime tú qué hiciste en el barco.

Michael daba saltos por todo el cuarto.

—Me la pasé tan bien... Keme nos hizo una comida realmente buena. ¡Me hizo hotcakes! Hotcakes, como mamá, sólo que éstos tenían una fruta amarilla

dentro y les pusimos miel encima —a Wendy se le hizo agua la boca—. Subí al nido del cuervo con Halcón. Me mostró todos los sitios de Puerto Duette que pueden verse desde ahí: la calle principal, donde estaba el Corsario, la playa y todos los barcos. El *Contramar*, el *Saqueador de Corales*... Ah, y también me mostró dónde estaba el Huerto de las Rameras.

—¿Ah, sí? ¿Qué dijo del Huerto de las Rameras? —Wendy estaba poco menos que impresionada de saber que la palabra *ramera* formaba parte del vocabulario de su hermano ahora.

—Que vivían ahí señoras guapas y que ayudaban a los piratas. Pero no dijo en qué les ayudaban. Le pregunté. Creo que con la ropa.

Wendy se sonrojó, giró el rostro para ocultar su risa ahogada.

—Conocí a alguien que vive ahí, Michael. Se llama Fermina y fue muy amable.

—Es un nombre lindo.

—Era una persona muy amorosa. Espero volver a verla.

Michael asintió.

—Después de ir al nido del cuervo jugué con las espadas por un rato y luego tomé una siesta.

—Jugaste con espadas?

Michael frunció el ceño.

—Todo mundo lo hace aquí, Wendy.

Ella sintió que una triste sonrisa le cruzaba la cara. Tenía razón Michael, y estaría mal no dejarlo aprender cómo usarlas ahí en ese mundo en el que la muerte llegaba rápido y la infancia duraba para siempre, aunque en realidad no.

La campana del camarote sonó una vez, un solo repique chillón para hacerles saber que se necesitaba de Wendy en la cocina para la cena. Le dio a Michael una palmada en la cabeza al tiempo que él se precipitaba sobre cubierta y miró las piernas que fueran algún día redondas y regordetas, ahora ligeras y largas, golpetear escaleras arriba. El cabello se le comenzaba a rizar en las puntas dado que había crecido más de lo que su madre jamás lo habría permitido y el color iba cambiando de miel a blanco con el sol abrasador de Nunca Jamás. La piel bronceada brillaba en la luz que se filtraba conforme el cielo pasaba del gris al azul en el lento descenso de la noche. En un parpadeo, Michael desapareció hacia un mundo de piratas y mares, de rameras y armas. Wendy se pasó un inesperado nudo en la garganta y se estremeció al avanzar

dentro de las profundidades de la cocina con el fin de preparar la comida para el hombre que la tenía prisionera y la mantenía a salvo.

Keme la recibió con un largo abrazo cariñoso y una sonrisa genuina. De pronto se sintió cómoda al caer en la rutina de salar y sazonar el pescado asado que la miraba desde sus ojos huecos.

La noche cayó pesada y oscura sobre la nave. El azur de los mares se volvió una tinta negra tan calma que era como si la luz de las estrellas se reflejara sobre una sábana de aguas quietas. Después de la cena, un Smith de mal humor le pidió a Wendy que lavara la cubierta, pues al miembro de la tripulación encargado de esa tarea le habían disparado y no podría hacerlo ni éste ni ningún otro día. Así que ahora ella estaba sobre sus rodillas usando toda su fuerza en frotar los tablones de madera con un cepillo que podría arrancar la piel del músculo. *Esto es del todo asqueroso*, pensó, y continuaba esparciendo jabón espumoso sobre los tablones negro brillante y luego trapeando la inmundicia de cientos de botas que se alzaban por encima de sus manos en un lodo marrón. El vestido estaba negro de las rodillas hacia abajo, una mezcla de agua, desperdicio y leche cuajada de los peces muertos. Llegó hasta su nariz un aroma particularmente pútrido y se desplazó a gatas para poder mirar bajo uno de los cañones.

Dejó salir un aullido y dio un salto atrás ante la sonrisa de una serpiente de mar negra con blanco que la saludaba desde ahí. Haciendo una mueca, Wendy sacó de ahí el esqueleto que la miraba con su cara sonriente, de las cuencas de los ojos colgaban escamas que se convertían en polvo en cuanto las tocaba.

—No toques los dientes —gritó Búho desde arriba—. ¡Es venenosa! Aunque... puede darte también visiones del futuro. Al menos eso es lo que he oído.

Wendy se mordió el labio con rabia. Los piratas y sus ridículas supersticiones: la campana sostenía el alma del barco. No des un paso hacia adelante con tu pie izquierdo al subir a la nave. Las monedas de oro deben permanecer bajo la quilla y las de plata bajo el mástil. Si un vaso de vino hace un sonido por su cuenta, el barco está a punto de hundirse. Había tantas, que apenas y podía tenerlas todas en mente, ya ni decir atenerse a ellas. Conteniendo la respiración, sacó el esqueleto fuera del cañón y lo arrojó sobre la borda, oyéndolo salpicar e ignorando la risa divertida de Búho, quien la espiaba desde su percha de centinela en el nido de los cuervos; el ralo cabello se le agitaba con la brisa. Wendy se humedeció las manos en la cubeta

por si acaso era cierto lo del veneno. *Mejor sucia que muerta*. Se frotó las manos en la camisa dejando las huellas en la cadera antes de frotarse la cara con el antebrazo.

Si mamá me viera ahora... Wendy tuvo miedo de pensar en su madre extrañando a sus bebés. Juntó sus manos aún sucias para enviar una plegaria a las estrellas cintilantes pidiendo que, de alguna manera, su madre supiera que estaban vivos y a salvo. Wendy frunció el ceño al ver su vestido. *Vivos, sí. Bueno...* Su pensamiento se precipitó hacia John, tan claramente bajo el control de Peter. ¿Qué se necesitaría para liberarlo? Su mente divagó hacia un lugar oscuro: si Peter no hubiera mostrado su verdadera personalidad esa noche en la linterna, y luego dejándola, ¿estaría todavía bajo su hechizo? El recuerdo de los ojos verde esmeralda se encendió en su cabeza, seguido del aroma de aire salado de mar y miel. La piel se ruborizaba bajo el vestido y se hizo a un lado de sus pensamientos tormentosos.

—¿Ya terminaste, niña? —preguntó Búho.

—Por hoy, sí —afirmó Wendy.

—Entonces tira esa mierda por la borda y vete.

Búho volvió a su vigilancia.

Wendy bajó despacio de la cubierta con sus trapos empapados y la cubeta de madera chocando contra sus piernas conforme daba la vuelta a la escalera. Abrió una trampa debajo de los peldaños bajo el bauprés, y colocó la cubeta y los trapos para la próxima alma pobre y desafortunada. El barco se balanceó a estribor y la tomó desprevenida, llevándola a golpearse duro contra la pared antes de caer al piso. Un cúmulo de maldiciones educadas salieron de su boca. Se sacudió antes de asegurar el cerrojo en el pequeño armario y dirigirse hacia la escalera. La nave se balanceó de nuevo, pero esta vez pudo prevenirlo aferrándose a la pared conforme pasaba el oleaje. Se oyó un golpe detrás de ella, pero cuando miró era sólo una copa que se había salido de lugar y ahora rodaba en el vestíbulo. Frunció el ceño y avanzó con celeridad hacia la escalera. Sus pasos apenas hacían que los huesos hicieran oír su clic-clac conforme ella descendía. El largo pasillo que la llevaba hasta su cuarto estaba oscuro y Wendy creyó haber escuchado un mínimo aullido de viento, pero cuando volteó no había nada ni nadie. El corazón le latía con rapidez y meneó la cabeza. Búho sabría si Peter estaba ahí, su imaginación se empezaba a alejar de ella.

A paso veloz atravesó el pasaje angosto apenas iluminado por la luz de la

luna hacia la pared en la que se hallaba oculta la puerta secreta. Miró en derredor para asegurarse de que no hubiera nadie cerca, la vista se le nublaba con el cabeceo del barco que provocaba que todo se estirara antes de volver a su estado normal. Había un movimiento en la oscuridad, pero en un segundo Wendy supo que no era más que un saco polvoso desechado cuyas mangas se agitaban con la marea. Tras un suspiro de alivio, alzó las manos para hallar entre campanas e instrumentos de madera y metal la pequeña pieza fundida. Apenas la había levantado cuando fue violentamente retirada de la puerta sintiendo una mano en su boca y un cuerpo la jaló hacia sí mismo con rudeza.

La adrenalina bombeaba por sus venas y Wendy pateaba para alejarse de la pared escurriendo el cuerpo hacia atrás y hacia adelante antes de llevar los dientes hacia la mano. En lugar del aullido que esperaba, escuchó una risa familiar mientras la hoja fría de una navaja apretaba contra su cuello. Sintió un flujo de sangre caliente bajar por el cuello del vestido y se quedó quieta.

—Mira, qué bueno que no sentí esa mordida. Es algo muy burdo que una dama muerda. La brea aseguró eso. Como podrás imaginar, no era para robar.

El susurro silencioso de Barnaby le dio ganas de vomitar.

—Te prometo que seré amable. Si peleas, sólo lo harás peor. Esto es inevitable, tú y yo. Supe que iba a pasar desde el momento en que llegaste a este barco. Somos tan parecidos. Ambos de familias nobles, ambos atrapados en este pequeño infierno, atascados en este barco con estos... animales, cuando bien podrían servirnos los desdichados.

—Barnaby, por favor déjame ir —gimoteó Wendy bajo su mano.

Él la ignoró y siguió.

—Es un insulto, una desgracia trabajar al servicio de Garfio, bajo estos hombres que me miran como si fuera una rata entre leones. ¡Yo debería ser capitán de este barco! ¿Cómo se atreve a darme órdenes?

Los ojos de Wendy se ensanchaban al esforzarse por respirar, él la sujetaba como hierro.

—¿No sabe él quién soy? ¿Quién era yo? Soy Barnaby Devonshire el Tercero, heredero de una fortuna del ferrocarril. ¿Y él quién es? El hijo de un pirata muerto.

Jaló la cabeza de Wendy hacia atrás con fuerza.

—Te he dado todo el tiempo para venir conmigo, tratándote como la dama que veo que eres, y sin embargo tú me miras con desagrado, te encoges ante el contacto con mis manos...

Wendy intentó liberarse, su cuerpo se retorció contra la sorprendente fuerza de Barnaby, sentía las extremidades exhaustas y débiles tras las horas de estar fregando pisos.

—No grites —murmuró—. Vas a despertar a tu hermano, y no queremos que eso pase. No quiero hacerle daño.

Empezó a jalarla de la pared poco a poco, los pies de ella arrastraban mientras usaba cada ápice de fuerza para apartarse de él, incluso cuando sentía con dolor que el pinchazo de la navaja se encajaba un poco más dentro del cuello.

—¿Podrías dejar... dejar de resistirte? ¿No te das cuenta? Estamos hechos uno para el otro. Lo supe desde el momento en que subiste a bordo: tan pura, eras todo lo que había dejado en el momento en que fui traído a este lugar en contra de mi voluntad. Ahora no puedo cambiar mi destino y, la mera verdad, amo el *Noche* mismo, así que cuando terminemos quizá te tenga que tirar por la borda pero me aseguraré de que no sufras ni un poquito. ¡Telo prometo! Y cuando el capitán pregunte qué te pasó, diré que no tengo ni idea. Una traición más a Garfio, una sola en su larga lista de traiciones y pronto estará acabado. Dios sabe que su mente ya se está en declive.

Wendy apretó los ojos y se rehusó a gritar conforme la navaja avanzaba dentro de su cuello. Tomó aliento y esperó un momento, suficiente para hacerle creer que se estaba rindiendo.

—Buena chica —murmuró Barnaby justo cuando ella usó todas las fuerzas que le quedaban para empujarlo, con las manos se quitó de encima el arma y cayó hacia adelante. Él la tomó con violencia del brazo y la jaló de nuevo hacia sí llevándola al piso, de modo que Wendy no podía sostenerse y cayó de rodillas. La navaja estaba de nuevo en su cuello, esta vez a lo largo. La podía sentir contra la yugular.

—¡Eres tan guerrera! Es decepcionante. Pensé que te comportarías como una dama en estas condiciones. Deberías sentirte afortunada de estar con un hombre de mi estatura, cuya fortuna data de generaciones atrás.

Hubo un giro veloz en la oscuridad, un ruido sordo, y Barnaby cayó hacia adelante sobre sus rodillas. Wendy avanzó a gatas y giró en torno suyo. Un llanto se le escapaba de la garganta al ponerse de pie y trataba de contenerla sangre del cuello con las manos. Barnaby logró incorporarse tambaleante, con una mano ennegrecida detrás de la cabeza y la mirada confundida. Ella pateó el brazo que sostenía el arma, la cual fue dando giros hasta caer al piso.

Apretó los dientes y con el puño bien cerrado golpeó la nariz de Barbany. La mano le dolió con el impacto. Él se echó para atrás, sosteniéndose la nariz sangrante.

—¡PERRA de poca monta!

Dos caras emergieron de las oscuridad tras él, una pálida y temblante, de una estatura al menos una cabeza más alta que la suya. La otra miraba con sus ojos brillantes, las manos palpaban la pared.

—¡Keme! ¡Búho! —dijo Wendy jadeando, después de hallar finalmente su voz, con el corazón latiendo tan fuerte que juraba que el barco entero se alertaría.

—Ten cuidado. Está enojado.

La cara de Keme se convulsionó de rabia al tomar a Barnaby en sus manos y arrojarlo hacia atrás. El cobarde se desplomó contra la pared como muñeco de trapo. El amable cocinero se agachó entonces hacia el desdichado hombre, rodeando con sus manos la garganta. Un sonido chillón escapó de los labios de Keme mientras miraba cómo se contorsionaba Barnaby cuando apretaba más fuerte. Los ojos se le agrandaban, los labios se iban volviendo azules, y el cuerpo se retorció tratando de captar un poco de aire.

—Para, Keme, para —con una mano temblante Wendy se aproximaba al hombro del cocinero, mientras mantenía la otra en el cuello. Quería que continuara, y fue el darse cuenta de eso lo que la hizo alzar la voz—. Para. No vale la pena. ¡Detente, Keme! Somos mejores que él.

Seguía repitiendo la frase de manera frenética hasta que la expresión de Keme se suavizó y por fin soltó a Barnaby, quien boqueó.

—Monstruo asqueroso, casi me mataste.

En un raptó de ira, Wendy levantó la navaja y la sostuvo ante Barnaby. Las manos le habían dejado de temblar y el miedo que había sentido se volvió un enojo calmado.

—Búho, ve por Garfio. Ahora mismo.

—Sí, mi señora.

Búho se fue corriendo por el pasillo rozando la pared con las manos. Keme se quedó al lado de Wendy, apretando y soltando los puños y respirando con intensidad.

—Está bien. Todo está bien ya —le susurró Wendy—, estoy bien.

Mantuvo la navaja firme. Barnaby comenzó a gimotear, era un ruido más desagradable que sus amenazas siseantes.

—Por favor, no me lleven con Garfio, por favor, ustedes no entienden, me matará...

—Y no voy a llorar. ¡Ni una lágrima! —le gritó Wendy—. No por ti. No somos lo mismo tú y yo. Aunque me hubieras tomado como deseabas, nunca habría sido tuya. No te pertenezco, ni a ti ni a Peter, ni a nadie más —se inclinó hacia adelante—. Aunque todavía tuvieras tu dinero y tu nobleza, aun así no valdrías el escupitajo de uno de estos piratas. Eres nada y te disolverás en nada.

La sangre que se había ido acumulando en la parte frontal del vestido ya se empezaba a enfriar, húmeda y pegajosa contra su piel. Keme le hizo señas al cuello con una mirada de consternación al tiempo que se empezaron a oír los pasos intensos que bajaban la escalera.

Garfio irrumpió en el vestíbulo, claramente un tanto dormido. Smith lo seguía de cerca.

—¿Qué demonios pasa aquí? —los ojos se detenían en Barnaby—. Tú —se volvió hacia Wendy—, ¿estás bien?

—Estoy bien —asintió Wendy—. Pero sólo porque Keme me salvó.

—Así que eso es todo, ¿cierto? —Barnaby dejó escapar una risa seca con la garganta lastimada mirando a Garfio—. Sabes que te he traicionado, ¿no? Sólo estabas esperando —tosió—. Estabas arruinado, lo sabes. Todos están alineados contra ti, y tú no puedes quitar los ojos de encima del maldito Peter Pan... —Barnaby cerró los ojos por un momento.

—Y yo estaré condenado si no te quito algo que amas también.

Entonces, sin dar ningún aviso, Barnaby sacó una pistola de su camisa abierta. El disparo dejó a Wendy tirada de lado y cubriéndose el rostro con las manos ensangrentadas. La ráfaga de la bala hizo eco en el barco, y rebotó en las paredes con un clamor que se perdía por el vestíbulo. Sus oídos resonaban y alzó la cabeza, desconcertada, insegura de que le hubieran disparado. Giró para ver a Garfio de pie, sosteniendo una pistola humeante en la mano.

La mitad de la cabeza de Barnaby no estaba, pero su horror fue salvado por Keme, quien se desplomó de manera contundente en el piso con una mano sobre el pecho floreado. Wendy dio un grito y se arrodilló sobre el cuerpo de Keme tomando una de las largas manos en la suya, besándola repetidas veces antes de dejarla descansando sobre su mejilla.

—¡Lo siento!, ¡lo siento! Es mi culpa —susurraba mientras le salían cálidas lágrimas.

Keme le obsequió una sonrisa amable y meneó la cabeza antes de buscar a Garfio, cuyo rostro estaba transido de tristeza. El capitán pasó a un costado de Wendy y sostuvo la enorme cabeza de Keme en sus manos para colocar la frente junto a la suya.

—Oh, Keme, Keme, mi hermano... perdóname. No puedes dejarme aquí. Tú no.

Keme alzó los brazos alrededor de Garfio y lo apretó contra su pecho.

—No pude protegerte. Lo intenté, lo siento, hermano...

Keme asintió y apretó la mano de Garfio con la suya, dejándola descansar en el pecho, sobre la herida. Luego sus labios se movieron lentamente, de una manera poco usual. Las palabras que salían de su boca eran más aire que sonido.

—Lomasi. Lomasi.

De la garganta de Garfio escapó un gemido.

—Oh, hermano, sí, te llevaré allí. Por supuesto.

Keme sonrió ante Garfio con ironía y apretó su mano. Garfio entrelazó las manos de Keme sobre el pecho, una sobre otra, y comenzó a tararear una tonada extraña, un canturreo de palabras extranjeras en el vestíbulo. La cara de Keme, el color pálido de masilla vieja, se transformó en una sonrisa extática. Garfio sonrió de vuelta. Las palabras se difuminaban en su garganta.

—Por favor, no te vayas. Por favor.

Hubo un momento de silencio. A Wendy le costó trabajo atenuar sus gemidos, esa violencia que se iba construyendo en su garganta. Garfio enderezó la espalda y apretó la mano del gigante cuyos labios emitían un crujido. Los abrió una vez más.

—Amor —le susurró a Garfio, palmeándole el pecho con gentileza—, amor.

Luego, el cocinero inhaló hondo antes de que su cuerpo se quedara quieto con los ojos abiertos mirando el techo, con el alma en algún lugar muy por encima del barco, flotando con tranquilidad entre las estrellas.

Wendy dejó escapar un sollozo al enrollarse sobre el cuerpo de Keme.

—Es mi culpa, es mi culpa. Barnaby me estaba esperando en el vestíbulo, no lo vi, ni por un momento...

Garfio estaba tranquilo mientras miraba el cuerpo en silencio, retomando poco a poco su compostura inmutable, su rostro adolorido que volvía a convertirse en piedra.

Asintió ante el cuerpo derrumbado de Barnaby. La pared y el piso en derredor eran un desastre de sangre y materia gris. Wendy miró hacia otra parte, le subía bilis a la garganta. Y miraba de nuevo con cuidado la forma rígida de Keme.

¿Cómo pude no saberlo? ¿He sido descuidada? Barnaby, que al principio era un caballero.

Reclinó su cabeza sobre el pecho de Keme deseando escuchar el ritmo de su corazón, deseando sentir sus inhalaciones retumbar en los pulmones, pero no había nada, sólo la rigidez del vestíbulo. Parecía como si el silencio pudiera ser eterno, llevándolos a la nada para siempre, pero Smith habló.

—Tuvo una muerte noble, protegiéndote. Eso es más de lo que la mayor parte de los piratas puede desear.

Búho emergió de la oscuridad.

—Sí, sí. Una muerte más fina nunca se había visto en el *Noche Repentina*.

Garfio seguía tieso, con la cabeza colgante, los ojos cerrados. Cuando se abrieron hallaron a Wendy y en ese momento ella lo conoció. Lo vio no como el capitán aterrador que era en verdad, sino también como el hombre que tenía la tarea de hacerse cargo de su tripulación, por este camarada que yacía muerto a sus pies. Garfio resolló y giró hacia Smith, quien había extendido la mano para darle una palmada en el hombro.

—No.

La mano de Smith se detuvo en el aire.

—Smith, ve y corta las manos de Barnaby.

—Con gusto —gruñó el primer oficial, sacando un cuchillo largo de su bota.

—Luego desnúdalo y lleva el cuerpo sobre cubierta. Despierta a la tripulación y después arroja su cuerpo sobre la borda. Quiero que todo hombre en este barco entienda lo que les pasa a los amotinados. No hagas mención de los eventos que ocurrieron con la chica.

Descansó su mano sobre el pecho de Keme.

—Búho, regresa a tu puesto. No queremos tomar ningún riesgo. Y confío en que te mantendrás callado con respecto a esto, por el honor de ella y el tuyo.

Búho asintió con obediencia.

—Sí, capitán, sí, será un placer.

Garfio se volvió hacia Smith.

—Primero ayúdame a mover el cuerpo de Keme a la bodega.

—¿No sobre la borda?

—No, no sobre la borda.

Su tono implicaba que era el fin de la conversación.

—Sí, señor.

Garfio giró hacia Wendy.

—Vuelve a tu cuarto. Estoy seguro de que tu hermano se estará preguntando dónde andas.

Wendy asintió.

—Espera... sólo... —se inclinó hacia Keme y besó con suavidad sus labios oscuros. El cuerpo todavía estaba tibio—. Gracias por salvarme la vida —susurró—. Lo recordaré cada día.

Su mano se deslizó a través de la frente de Keme.

—Era tan lindo, tan lindo, y yo no supe nada sobre él.

Movió su cabeza hacia atrás y hacia adelante.

—Lo siento, lo siento.

Las manos fuertes de Smith la levantaron para apartarla de Keme y con gentileza la animaron a avanzar por el pasillo hasta que llegó a su puerta. *La puerta*. Tanto había pasado y no obstante ella acababa de estar ahí. Sintió que la cara se le desmoronaba al girar el picaporte y la puerta se desprendía de la pared.

—Vas a estar bien —dijo Smith con torpeza—. Todo mundo se muere en algún momento.

Era lo menos reconfortante que había escuchado y dejó que la puerta se cerrara de golpe tras ella. Quería a su mamá, sentir sus brazos alrededor de los hombros, recargarse en su pecho y saber que todo estaría bien. En cambio, estaba quitándose un vestido ensangrentado, sangre seca que se le pegaba a la piel, la sangre de Keme, y la suya en las manos, el cuello. Sacó una blusa de dormir limpia antes de enrollarse en la litera de Michael, dándole la espalda a su cuerpo que respiraba con suavidad, de modo que sus sollozos no lo despertaran. Lloró cerca de una hora antes de que las lágrimas la llevaran hacia un sueño incomprensible.

Wendy abrió los ojos esperando ver la parte baja de la litera, pero en cambio vio la luz filtrándose entre tiras de madera. Giró la cabeza. Más tiras de

madera, todo alrededor de ella. Se curvaban en forma de huevo de un lado y de otro. La respiración comenzó a complicarse al darse cuenta de que el aire era sofocante y pútrido. Sus ojos hallaron un anillo de metal que se ajustaba en torno a la parte superior de las tiras. El súbito horror de saberse dentro de un barril. Con las manos empezó a golpear contra los lados, gritando a todo pulmón. La dura madera le lastimó los dedos con astillas mientras gritaba pidiendo ayuda. Las bocanadas de aire hacían eco dentro del barril.

—Por favor, por favor.

Algo se movió cerca de sus pies. Wendy miró hacia abajo con terror donde se movía una negrura alrededor de sus tobillos. *Las serpientes. Dios mío, las serpientes.* Algo iba subiendo por su pierna. Se movía como una serpiente, zigzagueante, pegajoso, pero no era sólido. Era como la voluta de algo terrible, gas lleno de malicia. Reptaba por su pierna y su cintura cambiando conforme avanzaba, apretándola como una pitón, estrujando la vida que quedaba en ella. Unos rizos se desenredaban desde el fondo del barril, asfixiando su cara, el humo negro le cubría la cabeza como una bolsa. Sus gritos eran silenciados conforme golpeaba con los puños los lados del barril. De pronto, el humo alrededor de su rostro se elevó, convirtiéndose en dos manos que se giraban lejos de ella. A través de las tiras de madera del barril vio dos ojos verdes brillantes que la observaban.

—¿Peter? Peter, ¡ayúdame!

Él meneó la cabeza.

—No puedo. No puedo detenerlo. No quiero.

—Peter, ¡POR FAVOR! —gritaba Wendy con todas sus fuerzas al tiempo que el humo oscuro comenzaba a sofocarla.

Sintió que las costillas comenzaba a reventar una por una, percibió la oscuridad que fluía en su boca rompiéndole las piernas y los brazos. Lo último que vio antes de que el humo le nublara la visión por completo fueron los ojos verdes mirándola con deleite mientras la negrura despedazaba en músculos y huesos.

Despertó con un grito.

Michael giró sobre la cama.

—Wendy, ¿qué pasa?

Wendy se palpó la cara con las manos sintiendo la frente empapada en sudor.

—Era un sueño... era un sueño —se decía a sí misma para asegurarse,

aunque Michael creyó que se lo decía a él.

—Está bien. Buenas noches —y giró hacia el otro lado para quedarse dormido en segundos.

Wendy se sentó sobre la cama batallando para recuperar la respiración. El sueño había sido tan vivido como la memoria, apenas como si estuviera destinada a tenerlo. Con un suspiro se levantó de la cama pisando el suelo con los pies descalzos. Tratando de ser lo más silenciosa que pudo, se deslizó hasta la puerta secreta y la aseguró tras ella. Tomó una linterna que colgaba en el vestíbulo y corrió por los pasillos oscuros del barco, deseando deshacerse del miedo que le había dejado el sueño. Permanecía dentro de ella como un tenebroso corazón latiente. Subió la escalera feliz, pasando los escalones de dos en dos. Toda la nave estaba lóbrega y quieta, balanceando a los hombres en sus sueños con los dobleces de las olas. Los pies desnudos de Wendy golpeaban la carpeta suntuosa al acercarse a los aposentos de Garfio. No tocó la puerta. En cambio, la abrió de un tirón. El rey de las hadas grabado en la madera le dio paso a su velocidad y fuerza. De pronto, Wendy se halló dentro sosteniendo la linterna.

—¿Qué demonios pasa? —Garfio se tambaleó al salir de la cama con la espada en una mano.— ¿Quién anda ahí?

Wendy se acercó a la cama, con la linterna iluminando su cara empapada en sudor y el cabello fibroso y temblando. La cara de Garfio cambió al acercarse. La tomó de un brazo.

—Estás lista. Pregúntame. Hazme la pregunta.

Wendy apretó los dientes. La memoria de la oscuridad efervescente, el miedo tan vivido que sólo podía venir de algo real, una conciencia escondida dentro de ella, sepultada de su vista por el glamur de Peter y su propia necesidad de subsistencia.

—¿Qué es la Sombra?

W

endy no dudó ni un segundo:

—La pregunta es esa, ¿no es cierto?

El capitán asintió una sola vez antes de volver a la cama.

Levantó su garfio, que yacía sobre una mullida almohada a su lado, y se enrolló la manga alrededor del irritado y enrojecido muñón. Wendy trató de no mirarlo directamente, pues la lámpara, que oscilaba con los balanceos del barco, arrojaba una luz tétrica sobre la herida. El pirata hizo una mueca de dolor cuando por fin logró encajar el gancho sobre la extremidad cercenada. Wendy levantó la mano.

—No tienes que ponerte eso... —comenzó a decirle.

—Sí tengo —respondió Garfio con urgencia—. Espero que ahora entiendas que la pregunta sólo podía venir de ti. Si te la hubiera formulado yo mismo, no me habrías creído.

El hombre se acarició la barbilla con la afilada punta de su garfio, y luego agregó:

—Tenemos mucho trabajo que hacer y muy poco tiempo.

El capitán caminó hacia el gabinete donde guardaba los licores y sirvió dos tragos, uno para él y otro para la muchacha.

Wendy tosió.

—Muchas gracias, pero ahora no...

—Bébelo —le ordenó acercándole un vaso de ron—. Lo necesitas, después de una noche como la de hoy.

Wendy tomó un pequeño sorbo; el ron sabía terrible, pero le llenaba la garganta con su tibieza y le sentaba bien al estómago. Garfio inspiró con fuerza antes de sentarse en su sillón.

—Sólo sé lo que sé —comenzó diciendo—, y lo que sé probablemente es demasiado poco, pues no son más que trozos de información reunidos a lo largo de décadas. La mayor parte viene de una fuente muy confiable, una a la que le cedería mi vida sin parpadear, pero también he escuchado otras cosas de gente muy distinta, gente como Fermina —el capitán suspiró—. ¿Qué sabes de las hadas de Nuncajamás?

Wendy negó con la cabeza.

—No mucho —respondió—. Sé que Campanita es la última, que ella escuchó que su familia había sido asesinada por la oscuridad, así la llamó —Wendy se detuvo a media oración. De pronto le costaba respirar—. ¿La Sombra? ¿La Sombra mató a su gente?

Garfio asintió y siguió contando:

—Hace cien años las hadas reinaban en Nuncajamás. Gobernaban este mundo, uno que habían creado para ellas, e incluso le habían puesto el nombre

que más les gustaba.

—¿Ellas crearon Nuncajamás?

—Sí. Hace muchos cientos de años, pero sí. Crearon este lugar mágico, con delicias extravagantes que no pertenecen a la Tierra, como ya has visto. Vivían en comunión con la naturaleza y ésta les retribuía, en una relación simbiótica siempre floreciente. Tenían otros dones también: velocidad, fuerza y vuelo. Vivían en armonía con Nuncajamás, con sus habitantes y con... la Sombra.

Wendy no podía evitar sentirse intrigada.

—¿Qué?

—Silencio. Déjame llegar ahí. Pero primero... —Garfio se sirvió otra ración y la bebió entera con abruptos sorbos—. La historia dice que Peter se escabulló dentro del jardín, ahora llamado el jardín prohibido, y que escuchó a las hadas cantar su canción del duelo.

—¿Su canción del vuelo? —el corazón de Wendy latía tan fuerte que parecía que iba a salirse por las orejas.

—Hmmm, no del vuelo, del duelo, como en la muerte.

Wendy escuchaba con toda su atención.

—Las hadas eran inmortales. No envejecían de forma natural, sino que podían elegir qué edad aparentar. Podían fallecer por muerte violenta, pero eso jamás había ocurrido porque, ¿a quién le iba a interesar matarlas? Cuando un hada estaba lista para pasar al otro lado, la llamaban, a la Sombra. En Londres tú la llamarías la Muerte.

Una imagen de la parca se apareció en la mente de Wendy, y ella se aferró a su copa vacía con terror.

—Sí —continuó Garfio, que entendía el miedo de Wendy a la perfección—, pero no es la versión de tu muerte, con la guadaña y la capucha negra. La Sombra, para las hadas, era un ser benevolente y amoroso que las ayudaba a cruzar al más allá. Ellas la querían, y yo he escuchado que, cuando la llamaban, todos los corazones de Nunca Jamás sollozaban al verla pasar. Cuando un hada decidía que era su momento para seguir adelante, las demás se reunían y cantaban juntas, como una familia. Ellas invocaban a la Sombra, y a cambio ésta tomaba al hada en sus brazos y la acunaba antes de elevarla y llevársela... muy lejos.

Garfio señaló el techo como si aquello significara “muy lejos”. Los ojos de Wendy estaban totalmente abiertos por la incredulidad y la sorpresa.

—Suen... hermoso —convino la muchacha—. Como un cuento de hadas.

Garfio hizo una mueca.

—Eso se dice, sí —concedió—. Pero los humanos como nosotros jamás escuchamos la canción, y nunca supimos cuándo las hadas llamaban a la Sombra, y por lo mismo jamás nos preocupamos por ella.

Wendy tomó otro sorbo de su bebida. Hablar tanto de la Sombra la hacía sentir como si unos dedos helados le estuvieran recorriendo la columna vertebral.

—Aquí es donde aparece Peter Pan —aclaró Garfio—. Las historias dicen que Peter se escondió dentro del jardín y escuchó a las hadas cantar la canción. La memorizó y luego la cambió, y cuando estuvo listo...

Garfio sacudió la cabeza con desesperación antes de continuar.

—... Cuando estuvo listo llamó a la Sombra para sí mismo, pero no para que se lo llevara —el capitán cerró los ojos y subió la voz—. Ató a la Sombra a su persona, y cantó hasta que la hizo su sirviente.

La voz de Wendy temblaba por la impresión y el miedo.

—¿Pero cómo es posible que Peter supiera cómo hacer eso? ¿Esclavizar a la Sombra?

—Algunos dicen que es el destino. Otros, que hizo un pacto con el demonio. En cualquier caso... quizá haya una tercera opción —dijo Garfio con una sonrisa triste—. Yo pienso que fueron todas juntas.

—Así que él ató la Sombra a su persona... ¿y luego?

Garfio se terminó la segunda copa de ron.

Wendy esperaba, impaciente.

—¡La Sombra! —lo apremió.

—Estoy llegando a eso —se defendió el capitán—. Una vez que Peter se hizo uno con la Sombra, ésta comenzó... a cambiar.

Garfio se levantó de pronto, caminando hacia la gigantesca chimenea que dominaba el camarote; el reloj del cocodrilo no dejaba de hacer tic-toc.

—Lo que sabemos a partir de aquí no son más que conjeturas, en el mejor de los casos —aclaró el pirata—, pero es lo que a mí se me hace más lógico, en especial si tomamos en cuenta los acontecimientos recientes. No sabemos cuánto tiempo pasó, pero eventualmente Peter le ordenó a la Sombra que matara a las hadas —el capitán suspiró, desolado—. Y las masacró a todas. Un pueblo entero destrozado por aquel ser al que en algún momento amaron tanto. Incluso el rey Qaralius, de quien se afirmaba que poseía una extraordinaria fuerza, fracasó en su intento de defender a los suyos.

—Campanita me dijo que él había muerto para protegerla, pues ella era la última de su raza.

—¡Ay, Campanita! —aulló Garfio, con rabia—. Como si lo que Peter hizo no fuera lo suficientemente terrible, dejó viva a Campanita y la convenció de que él era quien la había salvado de la Sombra. Ella estaba tan agradecida que le concedió todos sus dones, la fuerza, la velocidad y el vuelo, durante todo el tiempo que el hada viva. Están atados sin remedio, en sus huesos. Pero lo peor es que ella le cedió también su propio don de la inmortalidad.

—¡Por eso Peter jamás envejece!

Garfio posó las manos sobre el mantel que adornaba la chimenea.

—Mira, la muerte es natural. Todos los hombres deben morir, pero cuando perviertes a la muerte y te haces inmortal...

Wendy terminó la frase en lugar del capitán:

—... la muerte deviene en fuerza retorcida. La Sombra ahora...

—... es destructiva. Está fuera de control.

—¿Sabe Campanita sobre la relación de Peter con la Sombra?

—No. Y creo que eso es lo único que detiene a Peter para volver a convocarla. Si Campanita se entera de que él controla a la Sombra...

—Jamás lo perdonará por haber matado a su gente.

—Y aún más: ella es capaz de hacer cualquier cosa, por dramática que suene, con tal de quitarle los poderes al muchacho.

Wendy sacudió la cabeza con un suspiro. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Qué cosa tan terrible. Pobre Campanita... enamorada del chico que asesinó a su familia.

Garfio levantó la barbilla, lo que hacía que su perfil se dibujara definido a través de la luz que emitían las llamas de la chimenea.

—Es cierto que pienso lo peor de Peter Pan, e incluso me pregunto si entendía del todo lo que estaba haciendo cuando lanzó a la Sombra sobre las hadas. Después de todo era más joven entonces, *de verdad* sólo tenía dieciséis años, casi un niño. Pero ahora...

—... ahora lo entiende a la perfección —completó Wendy—. Entendía lo que hacía cuando ordenó la destrucción del *Costa Soleada*.

—Creo que mientras más tiempo pasa, mientras más tiempo permanecen unidos Peter y la Sombra, más retorcido y perverso se vuelve Peter Pan. Su oscuridad se alimenta mutuamente, como dos ratas en el mismo agujero.

La mente de Wendy saltaba de pensamiento en pensamiento, conectando con

rapidez ideas que hasta ese momento parecían no tener nada que ver entre sí. Ahora todo cobraba sentido.

—¡Por eso desaparecieron los pilvinuvo! —dijo por fin—, ¡le tenían mucho miedo a la Sombra!

—Así es.

—¿Están a salvo en su refugio?

Garfio se encogió de hombros.

—De Peter, sí. De la Sombra, tal vez no —respondió.

Wendy saltó y se puso de pie.

—¡Por eso juegas a esto con Peter Pan! —exclamó, regocijada—. Lo tienes entretenido con esta guerra para que no pueda convocar a la Sombra. Por eso te peleas con porquerías como Maison sobre la importancia de mantener a Peter entretenido porque... Porque... —Wendy giró hacia el capitán y lo miró directo a los ojos—. Dios mío, estás protegiendo a todos los habitantes de Nunca Jamás.

La enormidad de aquella carga la hizo trastabillar. Quiso poner una mano sobre el hombro del capitán, pero no alcanzó a tocarlo. Este hombre, Garfio, estaba preocupado por mucho más que la simple piratería. La curva en sus hombros, sus ojeras, los gestos de preocupación en su semblante cuando miraba la tierra firme, todo tenía sentido ahora, y como cuando había recuperado sus recuerdos, Wendy pudo *ver* en realidad al capitán aquella noche. La muchacha tenía muchas preguntas, pero ahora entendía por qué la mayoría de ellas tendría que esperar.

—Se te está acabando el tiempo —le dijo al pirata.

—Peter se está aburriendo. Puedo sentirlo —afirmó Garfio—. Estaba tan agradecido de que hubieras llegado, pues eras una distracción, una magnífica distracción para él que ahora podía enamorarse de ti. Pero en cuanto te vi en la Bóveda supe que no tardarías en percartarte del monstruo que es en realidad. Peter no puede amar, no puede preocuparse por los demás ni cuidar de ellos mientras la Sombra resida en su interior. Ella lo consume por completo. Lo único que el muchacho sabe hacer es destruir, y su amor por ti lo ha vuelto todavía más temerario.

—Estás preocupado de que vuelva a convocar a la Sombra.

—Llegará el día en que decidirá de manera impulsiva que los dones de Campanita no valen su contención, y entonces tomará el riesgo. De hecho, por lo que he escuchado sobre su relación con Campanita, él se ha esforzado

mucho por mantenerla al mismo tiempo enamorada y temerosa de su ira.

Wendy recordaba los moretones en las piernas de Campanita, y cómo contrastaban con el brillo enamorado que despedían los ojos del hada.

—No creo que ella se aleje nunca de Peter —aseveró la muchacha—. Lo ama con desesperación. Él la lastima y ella le sigue rogando cariño.

Garfio sacudió la cabeza.

—Ésa es la pregunta. ¿Qué haría Campanita si alguien le dijera la verdad? ¿Le importaría siquiera? ¿O las mentiras de Peter serían capaces de volver a convencerla? El chico es muy bueno contando cuentos.

Wendy recordó la luz de la luna filtrándose sobre ellos cuando Peter narraba sus historias en el Tipi, historias de aventuras y coraje adornadas por los cabellos rojizos del muchacho, que relucían como las llamas.

—Sí, es bastante bueno para eso —concedió la chica.

Garfio apuró lo que quedaba de su copa.

—Es momento de otra —dijo.

Wendy se aclaró la garganta.

—Quizá deberías ir más despacio —se atrevió a sugerir.

—¿Te atreves a dar órdenes a un capitán a bordo de su propio barco, Wendy Darling?

Ella lo miró directo a los ojos.

—¿No habíamos terminado con esos juegos? —le preguntó—. Estoy tratando de entender todo esto y tú quieres darme una lección sobre buenos modales.

Garfio sonrió con tristeza.

—Sí, bueno, todo es terrible y da mucho miedo; Nuncajamás está en riesgo de desaparecer, así que no te importaría si me sirvo otro trago.

Wendy miró la chimenea, con las llamas que lamían un atizador de hierro que se hallaba sobre los carbones encendidos y que estaba adornado con la cabeza de un león.

—¿Cómo... cómo se ve la Sombra? —preguntó.

—Sólo dos personas conocen la respuesta a esa pregunta, y ambas viven en la Isla de Pan.

—Ah.

Wendy permaneció en silencio durante un momento, pues el impacto de aquellas terribles noticias reverberaba dentro de su cabeza, minimizando todo lo demás mientras la muchacha consideraba las implicaciones de la verdad.

Un recuerdo le llegó desde el inconsciente: el tono color azul marino que en ocasiones se apoderaba de los ojos de Peter (por lo general verdes), algo que ella sólo había visto ocurrir unas pocas veces. La Sombra, moviéndose dentro de él, era también parte del muchacho. La chica intentó respirar pero se descubrió paralizada, pues acababa de recordar algo que había visto en la Bóveda.

—¡El cuarto lleno de instrumentos musicales en la Bóveda! —exclamó—. ¡Los coleccionas!

Garfio inclinó la cabeza hacia un lado y sonrió.

—Tengo que asegurarme de que nadie más convoque a la Sombra —explicó—. Debe ser destruida.

—¿Y eso qué implica? Quiere decir que...

—Que para derrotar a Peter Pan —aclaró el capitán— primero debemos vencer a la Sombra.

—¿Pero entonces... ? —preguntó Wendy, confundida e incrédula siquiera de pronunciar aquellas palabras—, ¿qué pasaría si matáramos a Peter?

—Créeme, lo he pensado cada vez que miro su arrogante rostro. Pero mi miedo es que matarlo podría desatar a la Sombra, que destrozaría Nunca Jamás, o que Peter, a punto de morir, no dudaría en ejercer su última venganza y ordenaría a la Sombra que nos mate a todos.

Wendy negó con la cabeza.

—¡Pero eso es imposible! —se desesperó—. Tiene que existir alguna forma, debe haber alguna manera...

—Y ésa... es precisamente la pregunta —afirmó Garfio. Luego tosió y dijo—: ¿Recuerdas la historia de Fermina? ¿Te acuerdas lo que dijo sobre Peter lanzando a las niñas al agua?

Wendy lo pensó durante un momento.

—Dijo que Peter las sacrificó para las sirenas —recordó.

Garfio permaneció de pie, tembloroso en su camisón blanco.

—Peter no llamó a la Sombra sin ayuda —contó—. Sólo una raza de personas ha estado aquí durante tanto tiempo como las hadas. Un pueblo que sabía cosas profundas y antiguas acerca de ellas. Creo que las sirenas saben algo. Algo que Peter no quiere que compartan, por cierto.

—Cómo vencer a la Sombra —aventuró Wendy.

Garfio colocó su copa lentamente sobre el brazo de su sillón antes de inclinarse hacia Wendy, mirándola directo a los ojos.

—¿Recuerdas cómo, la primera vez que hablamos, te dije que pensaba que tú tenías un propósito aquí? ¿Aquella noche a bordo, conmigo?

—Sí —susurró Wendy. Un escalofrío de terror empezaba a descenderle sobre el pecho.

—Necesito que hagas algo por mí, algo que sólo tú puedes hacer —el tono de Garfio era estable, pero la chica se dio cuenta de que aferraba su copa con tanta fuerza que sus dedos estaban blancos—. Lo que voy a relatarte puede llegar a ser perturbador.

Wendy enderezó la espalda y levantó la barbilla, forzando a su enloquecido corazón a moderarse. Sentarse como una dama le daba algo de tranquilidad.

—Con todo respeto, señor, desde que llegué a Nunca Jamás he sido lanzada, asfixiada, arrastrada y apuñalada —afirmó con la voz temblorosa—. Sostuve a mi hermano, que casi se ahoga, entre mis brazos, rogando por que Dios me llevara a mí también. ¿Qué puede ser peor que eso? Nada.

Garfio le dirigió una media sonrisa.

—Quizá quieras escucharlo que tengo que decirte antes de que te proclames la chica más valiente de Nunca Jamás —le advirtió.

Wendy ni siquiera parpadeó.

—No se admiten varones en Miath, la ciudad de las sirenas, ni en la tierra que la rodea, la Costa Gris. Incluso el suelo es venenoso para nosotros, comenzando por las colinas alrededor de la costa y siguiendo con la línea fronteriza hasta Nunca Jamás —Garfio explicaba a Wendy con amplitud—. Ahí es donde mantienen a Sybella, su roca. Rodeando su laguna hay un enorme jardín de corales, donde brillantes flores marinas crecen alrededor de los huesos de mil hombres muertos. El jardín se extiende por kilómetros lejos de la costa. Los barcos que han intentado aproximarse se han hecho astillas; aunque un bote de remos quizá podría pasar por encima, de todos modos no llegaría demasiado lejos. Si entras a Miath, las sirenas atacan tu nave. Son criaturas muy fuertes, con la piel como piedra, mucho más fuertes que el hombre ordinario.

—Lo sé —dijo Wendy, recordando cómo la había sujetado la sirena y cómo intentó llevársela con ella a las profundidades, cómo el sol había casi desaparecido tragado por el azul profundo del océano. Un escalofrío la recorrió entera al recordar, al recordar los ojos negros, el grito y a Peter abriéndose camino a través del agua—. ¿Pero yo puedo ir a la laguna? —preguntó la muchacha.

Garfio se recargó en su asiento, pero empujó su sillón para que quedara más cerca de la chica.

—Los jardines de corales se alimentan de una sola cosa y sólo de ella... la sangre de una virgen. Una mujer virgen.

Wendy se tomó un momento para sentirse estupefacta antes de que la rabia le incendiara el pecho.

—¿Perdona?! —interpeló a Garfio.

El capitán se levantó con tal fuerza que la silla salió despedida hacia atrás.

—No tenemos tiempo para los buenos modales, señorita Darling. Se nos agotan los minutos. Por primera vez en mi vida tengo algo que la reina Eryne necesita, algo que quiere y que por tanto podría intercambiar por respuestas. Debemos saber cómo derrotar a la Sombra, pues de otro modo, ¿qué esperanza nos queda? ¿Qué esperanza habría para Nunca Jamás? La Sombra nos convertiría en sus rehenes y lo perderíamos todo. Lo único que hace falta es que, por fin, un día Peter pierda el control.

Wendy brincó de su silla también. Su rabia era tan fuerte como la del capitán, y el miedo que podía haber sentido con respecto a aquel hombre se había esfumado.

—¿Así que quieres que vaya y me muera, simplemente? —le gritó.

Garfio enarcó las cejas, sorprendido.

—Nadie ha dicho nada sobre morir, señorita Darling —le aclaró—. Por favor vuelve a sentarte.

Con una mueca, Wendy regresó a su asiento, cruzando los brazos.

—No pienso quedarme sentada en lo que tú decides mi destino —le advirtió al pirata.

Garfio se frotó la frente con la mano.

—No creas que disfruto esta conversación más que tú, porque no es así —le dijo a la muchacha, mirando hacia el frente—. Pero es apremiante hablar de esto. Debemos obtener respuestas. Requiero que vayas a la Costa Gris y que negocies con la reina Eryne. No necesitas darle toda tu sangre, con unas gotas bastará.

—¿Y cómo me aseguraré de que no me ahogarán para quedarse con toda mi sangre? —preguntó la chica, angustiada.

La voz del capitán se convirtió en un susurro.

—Tengo razones para creer que la reina Eryne lamenta mucho lo que le ocurrió a las hadas —explicó—, y también creo que le tiene miedo a la

Sombra. Lo que más le conviene es decirte la verdad.

El capitán agitó la cabeza y se lanzó a una diatriba sobre Peter Pan, pero Wendy no pudo escucharlo porque su mente flotaba muy lejos, lejos incluso del barco donde se encontraban. Recordó a sus hermanos jugando en el cuarto de los niños, saltando de cama en cama, con las espadas de madera en la mano mientras jugaban a ser piratas, capitanes del ejército o pilotos de guerra. John, levantando a Michael y dando volteretas con él entre sus brazos, y Michael chillando de gozo y terror a la vez. La puerta de la memoria de Wendy se abrió y ella pudo ver la silueta de su padre, mirando a sus hijos con el orgulloso semblante de un protector satisfecho reflejado en las arrugas que se le formaban alrededor de los ojos. Ella volteó hacia el capitán.

—Lo haré.

Garfio asintió con solemnidad y le respondió:

—Te has decidido muy rápido. Creí que necesitarías algo más de tiempo para pensarlo —el pirata hizo una pausa—. Aunque no me sorprende. Eres una buena niña, Wendy.

Wendy lo miró a los ojos con la luz de las llamas iluminando su pálido rostro.

—Si hago esto —le advirtió al capitán—, no tienes derecho a llamarme niña. No después de todo lo que ha ocurrido, y ciertamente no después de lo que me has pedido que haga.

Garfio se quedó helado, sorprendido por el atrevimiento de la muchacha. Levantó su copa.

—Salud, entonces —brindó—. Por Wendy, una mujer.

Wendy se levantó para marcharse a su camarote, de pronto exhausta debido a la conversación y al licor que le recorría el cuerpo completo, anestesiando sus sentidos y convirtiéndolos en un placentero zumbido.

—Buenas noches, capitán.

La chica alcanzó a escuchar los débiles acordes de una lira que el hombre estaba tocando tras ella.

—Buenas noches, Wendy Darling. Ordenaré que nos dirijamos lo más al norte posible. Desde ahí podrás ir andando por las colinas hacia Miath. Sin embargo, haremos una parada primero.

Wendy giró hacia el capitán.

—¿En dónde?

Garfio tocó una cuerda que emitía un sonido particularmente desolado.

—Keme regresará a casa —declaró.

Al escuchar aquel nombre, la tristeza se apoderó del corazón de Wendy y la transportó fuera del camarote del capitán, bajo las escaleras de huesos y dentro de su cama, acurrucada junto a Michael. La almohada todavía estaba húmeda y fría por el sudor con que se había despertado con anterioridad, cuando soñó con la Sombra. Supo que dormir le iba a resultar imposible, de modo que se quedó quieta, escuchando los latidos de su corazón, los sonidos de su cuerpo conforme oscilaba junto con el barco que ahora cambiaba de curso, dirigiéndose con rapidez hacia una sofocante niebla que lo escondía todo con su espeso aliento. Ella se pegó todavía más a Michael, respirando su aroma para recordar que aún quedaba algo de bondad en aquel mundo oscuro.

E

El siguiente día transcurrió atribulada y dolorosamente despacio. Wendy improvisó con rapidez el desayuno para los hombres. Tenían los ojos como nublados todo el tiempo; sin Keme en la cocina los alimentos habían perdido literalmente su sabor. La tripulación miraba con tristeza su respectiva pila de tosca masa llena de grumos y moras sangrantes. Unos cuantos se limpiaban unas lágrimas, otros dirigían miradas ceñudas a Wendy, a quien el viento meneaba el cabello con suavidad frente a sus ojos. Una voz furiosa llegó con ímpetu desde el timón.

—¡Coman, escoria de los mares, o les cortaré las manos también! Wendy alzó los ojos. El capitán Garfio estaba al timón, apenas reconocible como el hombre al que había visto la noche anterior. Sus ojos estaban renovados con un brillo de pasión y ya no tenía los hombros desanimados. Al contrario, se le veía como una roca en el mar: sólida, fuerte y majestuosa. Al contemplarlo ajustar el timón, con el saco agitándose en el viento con violencia, se dio

cuenta de lo que veía: la esperanza. Por primera vez, desde que lo había conocido, los ojos de Garfio lucían un renovado optimismo con el júbilo del impulso hacia adelante. Había también un destello de algo que no podía reconocer, ¿alegría? *No > no podía estar alegre*. Sonrió para sí misma. La alegría en Garfio habría sido como una piyama en un gato: antinatural, inquietante. No, esto era otra cosa. El rebuzno ruidoso de Smith interrumpió sus pensamientos.

—Muchachos, Keme se ha ido y será mejor seguir adelante y maldecir a los dioses conforme avanzamos. Ahora coman su mísera avena antes de que se las empuje por la garganta con mis propios dedos.

Black Caesar balbuceó masticando:

—Maldito seas, Bamaby. Ruego por que tu alma esté descansando en las fieras aguas del Hades.

—Siempre odié a ese hombre —dijo Redd cuchareando el plato—. Vil bastardo amotinado.

—No era tan buen navegante tampoco; Flank es mejor —agregó Voodoo.

—Sí, sí —confirma Redd.

Conforme la conversación surgía de la mesa, Wendy sentía las manos relajadas. Sólo podía intentar hacer su mejor esfuerzo hasta que hallaran otro cocinero. Y nunca darían con otro Keme. Dejó salir algunas lágrimas. *Keme, su sangre todavía está, incrustada bajo mis uñas, mezclada con la mía*. Una oleada de náuseas la invadió pero fue distraída de manera oportuna por Michael, quien subía las escaleras hacia la cubierta, tan dichosamente desprevenido de los horrores que habían ocurrido afuera de su puerta la noche anterior.

—¡Buenos días, piratas! ¡Buenos días, Voodoo! ¡Buenos días, Redd!

Como respuesta, unos piratas gruñeron y otros fruncieron el ceño al oír sus nombres. Wendy estaba segura de haber percibido unas cuantas sonrisas bajo esas barbas caóticas. Tal era el resplandor que su hermano traía a la oscura embarcación.

—Buenos días, Smí —Michael se detuvo delante de Smith.

—Siéntate antes de que me acabe tu plato —le gruñó con la boca llena.

—Lo haré —Michael se cuadró con dramatismo ante Smith.

Wendy vio en la mirada del hombre algo que pareció, por un momento, afecto. Se cubrió la boca para evitar que se notara su sonrisa, feliz de saber que, aunque hubiera sangre en sus dedos, esas breves entradas de luz goteaban

en la oscuridad. Se volvería a reír. Volvería a sonreír. Quizá incluso ese mismo día. *Tal vez esta misma mañana*. El barco giró con fuerza hacia estribor y Wendy sintió una ola pasar debajo de ellos. Black Caesar se inclinó hacia Voodoo, ambos se secreteaban, lo cual le recordó a las niñas de su clase en St. Mary's.

—¿Adonde crees que nos esté llevando? No dejará que nadie permanezca allá arriba con él. No reconozco esta parte del mar, y no veo tierra firme, ni siquiera con catalejo.

Voodoo miró hacia el capitán entrecerrando los ojos. A Wendy todavía le costaba trabajo creer que era el padre de Oxley.

—Estamos en el Oeste, creo. Pero bien al Oeste. Ni siquiera está usando la brújula, por puro capricho —dijo Black Caesar frunciendo el ceño en el que se veía la cicatriz. Tenía los labios partidos y sangrantes—. No me gusta esto.

—El capitán sabe lo que hace. No hagas preguntas. Ése es mi lema —replicó Voodoo encogiéndose de hombros.

—Eso es porque eres idiota, como una oveja que llevan al matadero. Mira lo que le pasó a Barnaby.

—Sátiro traidor.

—Sí, pero qué forma de proceder. Me pregunto por qué no lo oímos gritar cuando Garfio le cortó las manos.

—¿Quién dijo que todavía tenía lengua?

Navegaron por unas cuantas horas. Wendy limpió después del desayuno y luego dedicó un rato a estar bajo cubierta metida en sus pensamientos que la llevaban de Londres a Nunca Jamás y de regreso. Estaba considerando pedirle prestada a Garfio una novela para silenciar su mente, cuando el *Noche* se agitó con violencia hacia un lado y oyó al capitán gritar órdenes. Le costó trabajo mantenerse sobre los pies al correr por el pasillo y por la escalera, feliz, conforme el barco hacía un gruñido y una ola corría del lado del casco. Wendy surgió en la cubierta justo cuando Garfio estaba gritando.

—Pongan un muelle sobre la cadena del ancla, estamos encallando.

Sin un momento de titubeo, la tripulación brincó a sus tareas, como un enjambre de abejas trabajadoras.

—¡Ocho brazas! —gritó Smith.

Wendy volteó hacia Redd, quien estaba escalando el mástil de la mesana.

—¿Cómo podemos estar a ocho brazas si no hay tierra?

—Sé lo mismo que tú, muchachita —meneó la cabeza frente a Wendy.

Wendy corrió hacia un costado de la cubierta con Michael para ver dónde iba a detenerse, pero no había nada, nada más allá de la extraña y húmeda bruma que se acercaba al barco. No se avistaba la tierra por ningún lado en el horizonte y la isla principal estaba probablemente a cuatrocientas millas náuticas desde ese punto. *El Noche Repentina se está deteniendo en mitad del océano.* Su corazón comenzó a latir ante lo desconocido, el cabello sobre los hombros se comenzó a alzar al oír las suaves respiraciones llevadas en el viento.

—Wendy... —dudó Michael—, ¿qué es?

La tripulación se quedó quieta en la cubierta. Callaron las voces y todas las miradas se concentraban en el capitán, que estaba bajando del puente de mando.

—Smith, trae una lancha de remos. Y el cuerpo de Keme, por favor.

Smith chasqueó los dedos y tres hombres de la tripulación lo siguieron bajo cubierta.

—Wendy, tú vienes conmigo. Michael también, por favor.

Wendy abrazó a su hermano.

—¿Para qué nos necesita a Michael y a mí?

Garfio la tomó del brazo con fuerza dejando caer su voz:

—No te lo puedo explicar aquí. Sólo necesito que se suban a la lancha — luego bajó la voz —. Todo estará bien. ¿Confías en mí?

Wendy olió algo extraño en el aire flotando en la solapa de Garfio. Puntigudo y crujiente, como jabón o ropas recién lavadas. Entrecerró los ojos.

—¿Ya estamos en Miath?

—Como dije antes, estamos aquí para traer a casa a nuestro amado cocinero. Quise que estuvieran tú y Michael. Los quería bien a los dos.

Una escotilla se abrió en la cubierta y los miembros de la tripulación que habían seguido a Smith emergieron llevando con dificultades el enorme cuerpo de Keme envuelto en una blanca mortaja manchada de sangre. Wendy se mordió el labio cuando lo pusieron en el suelo, se quitaron los sombreros y se quedaron haciendo guardia ante el cadáver. Garfio levantó el mentón.

—Digan sus adioses y súbanlo a la lancha. Rápido, hombres.

La tripulación del *Noche Repentina* dio vueltas en torno a la figura quieta con los sombreros en las manos. No se dijo ni una palabra aunque el callado chasquido de las velas le daba un trasfondo melódico a su lamento. Después

de unos momentos, Smith se alzó el sombrero y tosió.

—Bien, muchachos. Es hora de que llevemos a nuestro cocinero a casa. A la lancha.

Al levantar el cuerpo envuelto, un brazo musculoso de Keme salió por un costado arrastrando su larga palma por la cubierta. Sin pensarlo, Wendy se acercó para tomar la mano y llevarla sobre el pecho del muerto mientras los hombres se quedaban quietos con los brazos tensos bajo el peso del gigante.

—Lo siento —le susurró—, lo siento.

—Todos lo sentimos, muchachita —murmuró Redd—. Ahora, hazte a un lado.

Wendy se hizo para atrás y miró a los hombres bajar con gentileza a Keme a una lancha crujiente que colgaba con precariedad del lado de estribor. Halcón estiró una mano para ayudar a Wendy a subirse a la lancha. A su vez ella extendió su mano para asistir a Michael, cuya emoción de subirse a la lancha desapareció con brevedad al ver el cuerpo de Keme bajar a su lado.

—Wendy, ¿qué es? ¿Qué es eso? —el terror en su voz le partió el corazón.

—Sssh, ven a sentarte —dijo palmeando sobre el asiento y Michael se inclinó hacia ella—. Michael, es Keme —la cara del niño se arrugó de pronto.

—¿Está dormido? —su voz subió varias octavas—. Wendy, ¿ESTÁ DORMIDO ?

Wendy sintió que el pozo de fuerza dentro de ella se debilitaba, grieta a grieta, al tiempo que se le llenaban los ojos de lágrimas. Le costó trabajo levantar la barbilla, su mirada se quedaba atrapada en la figura estática de Keme, las manchas de sangre se reflejaban en sus iris azules.

—Escucha: Keme murió haciendo algo muy valiente. Muuuuuy valiente, como tú. Nos importaba Keme, y está bien sentirnos tristes de que no volveremos a verlo.

Con dificultad mantuvo la voz firme. Los labios de Michael temblaron y Wendy sintió que iba a colapsar.

—¿Peterhizo esto?

—No. No fue él. Fue Barnaby —aclaró Wendy.

Michael se acercó a sus piernas y se acurrucó en torno a ella.

—No me digas más —susurró entre sollozos.

Algunas astillas de tristeza serpentearon alrededor de su corazón al darse cuenta de que su hermano había visto y sabido más de lo suficiente sobre la muerte en Nunca Jamás. Garfio subió a la lancha haciendo sonar con fuerza las botas en la madera lustrosa antes de mirar hacia su primer oficial parado

sobre la cubierta del *Noche*.

—Smith.

—¿Sí, señor?

—Si este barco se mueve, así sea una pulgada, te arrancaré la piel del cuerpo hasta que me niegues morir.

Smith no pudo ocultar su asombro ante la amenaza horripilante del capitán.

—Sí, sí, capitán. No nos iremos a ningún lado sin usted.

—Mejor que no, pues ustedes tampoco tienen idea de dónde estamos y morirían en el mar.

—Es verdad, capitán —Smith volteó hacia la tripulación—. ¡BAJEN LA LANCHA!

Con un pesado crujido, el bote de remos se alejó del *Noche*, tocando el agua que chapaleaba de manera silenciosa. Wendy mantuvo a Michael aferrado a su pecho, las lágrimas por Keme humedecían su grueso chal. Garfio se sentó apesadumbrado y tomó un remo en una mano para trasladar la lancha lejos del *Noche*. Wendy miró los movimientos rítmicos del capitán que llevaba su cuerpo hacia adelante y hacia atrás impulsando las palas en círculos hacia enfrente. Wendy sonrió.

—¿A qué se debe tu burla, niña? ¿Ya te olvidaste de que llevamos un cuerpo en la lancha?

Wendy meneó la cabeza y sus ojos volvieron al cuerpo de Keme.

—No, claro que no. Sólo pensaba en que la última vez que remé un barco se parecía muy poco a como usted lo hace ahora, que es probablemente la razón por la cual no llegué muy lejos.

Garfio estuvo callado un momento antes de permitir que la alegría cruzara su cara triste.

—No, estabas como a una milla de la costa. No llegaste nada lejos.

Luego hubo sólo silencio, apenas interrumpido por el chasquido de las olas contra el bote y la salpicadura de los remos al alejarse del *Noche*, que iba desapareciendo lentamente en la neblina. Remaron hasta donde sólo el nido del cuervo era visible. La figura de Halcón parecía como un espectro que miraba por encima del oleaje creciente. Wendy se removió en su asiento sintiéndose más incómoda conforme se alejaban del *Noche*. Los ojos de Garfio eran claros y mostraban ilusión, aunque la boca estaba torcida en clara señal de desesperanza; un conflicto de emociones puesto en escena en su rostro. Wendy desvió la mirada y frotó la espalda de Michael, sus rizos

sudorosos se pegaban con su propio cabello tieso de sal, salvaje como el mar.

La neblina en torno a ellos se volvía sofocante conforme atravesaban lo más denso; se tragó a Garfio y el frente de la lancha, dejando fuera a Wendy por unos segundos aterradores antes de sumergirse ella también en el gris flotante tan denso que no podía ver la cabeza de Michael. Dejó salir una larga exhalación ante la niebla que se movía en una nube entintada frente a sus labios. La traspasaron y entonces la lancha atravesó una pared invisible en la que dejaban atrás la fase gris. Un súbito golpe llevó a Wendy con velocidad hacia un costado del bote y de pronto saltaron sobre un banco de arena que daba la impresión de haber aparecido de la nada.

—Llegamos —afirmó Garfio y desapareció en seguida dejando los remos sobre la lancha, al tiempo que Wendy desataba a Michael de sus piernas y salió del bote arrastrando el vestido en la arena.

El banco arenoso no medía más de un kilómetro, nada más que un terreno estéril con esporádicos tramos de hierba crecida que el viento mecía. Era circular y la neblina que tanto la había desconcertado ahora daba vueltas con tranquilidad alrededor de ese trecho de tierra, protegiéndola de ojos externos. Wendy tomó a Michael de la mano al avanzar sobre la pendiente de arena, Garfio llevaba varios pasos de ventaja. Por primera vez Michael estaba callado, impresionado ante ese pequeño lugar mágico de Nunca Jamás. Wendy vio de nuevo el bote en el que el cuerpo inerte de Keme se mantenía cubierto con la tela blanca, sólo oscurecida en la cavidad de la boca. Se estremeció y desvió la mirada justo cuando Garfio dejó caer su espada y comenzó a correr hacia el centro del montículo, haciendo salpicar la arena con las botas. Era tan poco usual en un hombre que solía moverse con propósitos definidos que se frenó en seco, desconcertada por esa explosión de movimiento.

—¿Por qué corre? —preguntó Michael con sorpresa. Wendy le apretó la mano, pero fue innecesario porque sus preguntas comenzaron a apagarse en la agitación del mar cuando una figura emergió de la bruma.

Hubo un silencio de pasmo antes de que Michael pudiera decir una palabra más.

—Oh...

Las piernas eran de una longitud y musculatura imposibles, sus pantorrillas y muslos estaban como grabadas en piedra. Un manto azul marino con filigrana de oro flotaba a su alrededor, apenas cubriendo el cuerpo. Su busto y su torso estaban apretados con paños de hojas marrón que subían por los hombros en

círculos que llegaban a la cabeza. El cabello denso y negro, tan largo que acariciaba la parte trasera de las rodillas, se mecía en el viento girando en torno a Garfio, que se echó a sus pies. El capitán apretó la cara contra la arena, estrujando con las manos los tobillos de ella antes de escalar a sus pantorrillas, presionando la cabeza contra las espinillas. Una luz poco natural irradiaba de su piel cobriza, un brillo que rondaba todo su ser. Se alzaba y caía con cada inhalación y cuando se extendieron para tocar el cabello de Garfio, la cara del capitán se iluminó en un fulgor glorioso.

Wendy podía ver, incluso a través del banco de arena, que Garfio estaba desesperadamente enamorado de esa mujer que sólo podía ser Lomasi, la princesa de los indios pilvinuvo. Ella se hundió en sus rodillas al lado de Garfio y atrajo la cabeza hacia sí en un beso desesperado. La luz se fue opacando en un suave brillo, titilando entre ellos como el chispazo de una flama conforme sus bocas se unieron en un beso apasionado y hambriento. El cabello de la princesa caía sobre sus hombros y con una ráfaga de viento los cubrió a ambos, apretando sus caras, y sus manos estrechaban signos amorosos en las mejillas del otro.

Wendy amaba a Booth y había amado a Peter por un tiempo breve, pero en ese momento supo que ese amor que había entre Garfio y Lumasi, *ese amor nos absorbería a todos*, junto con Nunca Jamás, las estrellas y el mar bajo ellos. Su pasión era palpable y se expandía a través de la arena hacia Wendy, haciéndola sentirse asombrada y solitaria al mismo tiempo. Lomasi besó repetidas veces la frente de Garfio y luego llevó la cabeza a su hombro, en el que él exhaló con vigor dejando que sus hombros se desdoblaran sobre el pecho de ella. Se abrazaron con lágrimas de felicidad y lamento en las mejillas. El brillo se diluyó y luego fueron simplemente dos personas, por completo perdidas la una por la otra, y el resto del mundo se alejaba como arena.

Wendy atrajo a Michael hacia ella y dejó de mirar esa intensa demostración de amor que la hacía sentirse como un *voyeur* ante algo tan potente. La voz de Lomasi cruzó la arena en un tono profundo que hablaba de resiliencia.

—Vengan, niños, he estado esperando conocerlos con impaciencia.

Wendy y Michael se arrastraron sobre la arena hacia la pareja. Garfio se levantó de un tirón, jalando a Lomasi con él. Sus brazos se entrelazaron al quedar frente a los Darling. Wendy se sintió en ese momento como una niña que no había entendido nada con claridad hasta ver la mirada de Garfio

cuando se colapso frente a esa mujer, su pasión y su necesidad tan obvias. Observar al capitán Garfio siempre la había inquietado, como si estuviera viendo a un hombre a través de la representación abrupta de su alma, pero ahora el espejo se había aclarado y su reflejo era verdadero. *Ama a Lomasi. Y vencer a Peter significa protegerla.*

Wendy nunca se había sentido tan cohibida como cuando avanzó a tropezones sobre el banco de arena hacia la princesa que la miraba acercarse con una sonrisa dulce apretando con una mano la cintura de su amado. Al aproximarse, Lomasi se adelantó con su cabello siempre ondeando detrás. De cerca era aún más imponente. Su piel era del color de la arena mojada grabada sobre pómulos que sobresalían de una cara delgada. Las densas cejas se arqueaban con gracia sobre los pequeños ojos café oscuro de iris brillante dentro de las extrañas pupilas negras. Cuando sus ojos avellanados encontraron los de Lomasi, Wendy sintió como si pudiera caerse dentro de ellos, dentro de su sabiduría y bondad. Mirar a la princesa pilvinuvo se sintió como volver a Londres y subir de nuevo por la ventana de su habitación: segura, como si todo lo que le había ocurrido a la familia Darling pudiera deshacerse con una mirada. Sus labios rosa pálido se extendieron en una sonrisa auténtica.

—Ah, los Darling. Wendy... —se inclinó hacia adelante y la besó suavemente en la mejilla y luego hizo lo mismo con Michael, quien se sonrojó desde la cabeza hasta los pies. Le sonrió al niño.

—¿Estás bien, Michael Darling? —Michael se balanceó sobre los pies. Wendy lo escuchó murmurar algo y se dirigió a él.

—¿Qué pasa?

— ¡Para, Wendy! —frunció el ceño.

Luego miró de nuevo a la princesa:

—Dije que usted es hermosa.

Luego se escondió detrás de la falda de su hermana.

—Me temo que ya tiene a alguien —Garfio se rio.

—Eso es muy lindo, Michael, gracias.

Su voz llegaba hasta el mar y Wendy la sintió profundamente en el pecho como un trueno. Estar ante ella era avasallador. Los ojos de Wendy hallaron los de Garfio y ella frunció el ceño.

—Me debiste haber contado.

Garfio negó con la cabeza.

—No podía. Nadie debe saber. Pone todo en juego. Si alguien supiera que yo sé cómo llegar a ella... —meneó la cabeza—. Pero si he de pedirte que vayas a Miath, tienes que saber todo, incluso... esto.

Lomasi estaba callada mirando a Wendy con tranquilidad antes de hablar.

—De seguro le caías bien a mi hermano. Se ve que eres una chica linda que se ha visto involucrada en las circunstancias más estresantes.

Su hermano era Keme. Una ola de culpa la sacudió y se halló de pronto en un sollozo y las lágrimas inundaban las orillas de sus ojos.

—Es mi culpa lo que le pasó a Keme. Debí haberle pedido a Búho que me acompañara de regreso, o debía haberme dejado tomar... —la desesperación perneaba todos los impulsos naturales de Wendy y sus manos empezaron a temblar—. No puedo traerlo de regreso, pero si pudiera...

La princesa nativa dio un paso hacia Wendy y se agachó para estar a su altura. A la chica le subía el pulso conforme se acercaba Lumasi que le puso una mano en la mejilla, y sintió el corazón galopar en silencio. Los labios de la princesa se abrieron y un poco del brillo dorado regresó a su piel.

—Keme se murió protegiendo a los inocentes. Estoy muy triste por esta pérdida, pero no desearía que fuera de otro modo. La justicia fue honrada y Keme murió a bordo de un barco que amaba de manera entrañable. No sufrí, y yo tampoco.

La tristeza de sus ojos traicionaba sus palabras. Se le quedó mirando a Wendy durante un largo rato antes de acomodarle una hebra de rizos llena de sal que le cruzaba la frente.

—No me tomes por una adivina ni por una bruja o una profeta, menos por alguna boba niña mítica del bosque. Sólo veo lo que veo y cuando miré tus ojos vi... sonido. Control. Piedad —miró hacia ambos lados y sus ojos oscuros se ensancharon—. Creo que la naturaleza sincera de tu corazón determinará el futuro de Nunca Jamás.

Lomasi se hizo hacia atrás y Wendy sintió un frío repentino con la distancia. Luego la princesa giró hacia Garfio, puso una mano con cuidado en su mejilla.

—Amor, es tiempo de ver a mi hermano.

Garfio afirmó con solemnidad y llevó a Lomasi hacia la lancha. Wendy y Michael se quedaron ahí mirando cuando Lomasi se arrodilló a un lado del bote con un sonoro lamento abrazando el cuerpo inerte, apretando la cara contra el pecho de su hermano sin levantarse en ningún momento.

Wendy se aferró a Michael y deseó que el mar se alzara para llevarla lejos de esa pena tan sofocante, la culpa latía en su corazón. Por desgracia, el mar se quedó en su lugar y tuvo que ver a Lomasi apartarse del cuerpo y quedarse temblando por un momento, luego inclinar la cabeza hacia Garfio uniendo sus lágrimas y respirando como uno solo. Garfio llevó la cara sollozante de ella hacia la suya y le dijo palabras secretas en voz muy baja. Finalmente, Lomasi asintió, levantando luego la mano hacia el aire y llamó en el viento.

—¡Vengan!

Aparecieron en la oscuridad dos figuras más que portaban telas tocadas con hojas marrón; eran varones esbeltos no mucho mayores que Wendy que pasaron veloces al lado de ella y Michael sin vacilar.

—Pónganlo en el bote —ordenó Lomasi.

Los dos hombres hicieron una leve reverencia antes de alzar el enorme cuerpo de Keme sobre sus espaldas esculturales. Wendy y Michael vieron a los hombres atravesar el banco de arena en dirección contraria a donde ellos habían llegado. Garfio limpió con el pulgar los ojos de Lomasi.

—Algún día vendrá y se irá de ti otra vez, pues todos lo hacen. Ese día, su ausencia no te causará aflicción. No es para siempre, es sólo por ahora.

Ella asintió y se abrazó a él. Los dedos de Garfio bajaban por sus mejillas y el cuello. Wendy vio a los dos hombres pilvi y al tieso Keme desaparecerse en la bruma rodeando el banco de arena.

—Buenas noches —murmuró hacia Keme y cerró los ojos—. Buenas noches, buenas noches.

Garfio alargó una mano hacia ella y la dejó descansar tranquilamente sobre su brazo. Los ojos de Wendy se encontraron con los de él, eran acerados y firmes, grises como la neblina que iba creciendo a su alrededor.

—Entierra tu remordimiento, niña. No fue tu culpa.

Ella se le quedó viendo un momento antes de rendirse con un cabeceo. *Tiene razón. No fue mi culpa.* Y aunque el dolor era real, ella sabía que era cierto. *No pueden reprochármelo.* Ese pecado recaía en Barnaby al fondo del mar. Se repitió estas palabras a sí misma conforme Garfio sacaba su reloj de bolsillo y se dirigía a Lomasi.

—Se nos acaba el tiempo, mi amor. Pronto, el banco de arena estará bajo el mar —suspiró—. Y mi corazón junto con él.

Lomasi alzó los ojos para encontrar los suyos y luego se besaron. Garfio la envolvió en sus brazos y la atrajo hacia su pecho con una sonrisa.

—Perdería mil horas de mi vida para estar una más contigo. Tomaría mil vidas para tener una que fuera nuestra.

—No lo harías —sonrió Lomasi.

Garfio sonrió, por primera vez feliz desde que Wendy lo había conocido.

—Ponme a prueba.

—No desesperes, amor. Tengo fe en que un día vencerás a Peter Pan y la Sombra, y entonces podremos vivir y amar en libertad, y nuestros hijos chapotearán en los mares de Nunca Jamás. No puede ser de otro modo —el cabello de Lomasi se enredó en torno a ellos y su figura se enderezó un poco al reafirmar sus convicciones.

Los ojos de Garfio mostraron ira.

—No puedo vivir más tiempo sin ti. Esto que me has pedido es peor que cualquier muerte en el mar.

—Lo sé, y para mí es igual —afirmó la princesa. Se separó de los brazos de Garfio y se acercó a Wendy.

—Camina conmigo un momento.

Wendy la tomó del brazo sintiendo la piel suave y fría de la princesa bajo sus dedos callosos.

—Quisiera que tuviéramos más tiempo juntas, para ser sincera. Quiero conocerte y ansio el día en que pueda. Creo que será pronto.

Wendy se sintió llevada por la voz hacia un lugar silencioso y seguro. Lomasi giró hacia ella con su salvaje cabello cayendo sobre los hombros.

—Cuando vayas a Miath lleva esto.

Deslizó un diminuto brazalete sobre la muñeca de Wendy. Era muy pequeño y no parecía más que un aro marchito de corteza oscura con hojas muertas. Wendy lo tocó suavemente con los dedos.

—¿Qué hace?

—Te dará fuerza cuando más la necesites.

Wendy alzó la cabeza.

—Me temo que todavía no lo entiendo.

—No te lo puedo decir porque funciona distinto para cada persona. Cuando vayas a Miath pasa tu dedo con delicadeza sobre las hojas. Eso avivará la magia.

—Hay mucha magia extraña aquí en Nunca Jamás —dijo Wendy meneando la cabeza.

Un dolor abrumador pasó por su pecho. Quería compartir toda esa magia

con Booth. Esa princesa real, el brazalete, la cualidad etérea del banco de arena, el hecho de que no era del todo real en ese sitio. Lomasi tomó el mentón de Wendy en sus manos.

—Tan joven, apenas una mujer. Si pudiera, tomaría tu lugar en Miath, pero las sirenas nunca me dirían lo que saben, ni querrían mi sangre.

Wendy alzó las cejas. La princesa la aferró contra su pecho.

—Eres una extraña a nuestras costas y sin embargo arriesgarías todo para salvar las vidas de aquellos que no conoces. Eres valiente, Wendy.

De pronto la chica Darling halló su voz y la sacó del estado de susto en el que había permanecido.

—No siempre me siento valiente. Me siento asustada.

—Todos tenemos miedo. Pero aquellos que deciden actuar a pesar de su miedo cambian el mundo para todos nosotros —Lomasi extendió su palma y la colocó en el corazón de Wendy.

—Mantén tu corazón latiendo, querida.

Wendy sintió que el agua fría le lamía los dedos de los pies y notó que el mar había ido absorbiendo el banco de arena hasta dejar apenas unos dos metros y medio. Se salió del agua arrastrando el dobladillo de su vestido en la arena húmeda. Garfio caminó hacia ellas con Michael siguiéndolo.

—Es hora, mi amor. Debemos irnos.

Wendy pudo percibir la desesperación en su voz, la agonía de dejarla que lo destrozaba. Garfio caminó más allá de la princesa y puso una mano sobre el hombro de Wendy, luego aclaró la garganta.

—Wendy, mandaré a Michael con la princesa.

—¿Qué? —Wendy se zafó de la mano del capitán y abrazó a su hermano—. ¡No! Por supuesto que no. Se queda conmigo.

Michael empezó a llorar apretando sus brazos con desesperación en torno a las piernas de su hermana.

—No te acerques.

Lomasi avanzó.

—Wendy, nunca nos lo llevaríamos a la fuerza. No es lo que queremos, pero te ruego que escuches ajames.

James. Wendy apretó sus brazos en torno a Michael, las olas ahora crecían hasta sus tobillos. Los ojos de Garfio encontraron los suyos.

—Irse con Lomasi es lo más seguro para Michael. Te llevaremos a Miath, a donde no puede ir contigo, ni tú querrías que fuera. No sólo eso, tampoco es

seguro estar en el *Noche Repentina* sabiendo que el *Contramar* y Peter Pan acechan estas aguas con miras a destruirnos. No lo conseguirán, te lo juro por los dioses, pero intentarán, de eso no tengo duda. Sólo es cuestión de tiempo —afirmó con un semblante triste—. El lugar menos seguro en Nunca Jamás en este momento es el *Noche Repentina*.

Wendy pasó las manos por el cabello rubio de Michael.

—Pero él está conmigo. Yo puedo... yo voy a protegerlo.

Pero incluso al decir las palabras sabía que no era cierto. Lomasi se inclinó hacia Wendy, que estaba ahora de rodillas sobre la arena, aferrada a su hermano.

—Wendy... no puedes protegerlo de los cañones o siquiera de Peter Pan. Llegará un día en que vendrá por ti, con o sin barco. La guerra viene a Nunca Jamás y donde quiera que estés, Peter estará ahí. Un barco pirata no es un lugar seguro para un niño, incluso sin esos peligros.

Garfio se veía acongojado.

—Tiene razón, Wendy. Mira lo que le pasó a Keme... y a ti.

Wendy dejó salir un gemido y negó con la cabeza.

—Es lo único que me queda de mi familia. No lo puedo dejar solo.

Lomasi extendió la mano para acariciar el cabello de Wendy, su ligero resplandor las alcanzaba a ambas.

—Me llevaré a Michael conmigo adonde esperan los pilvinuvo. El capitán Maison y Peter Pan no saben dónde es. Nadie lo sabe, ni siquiera Garfio. Estará a salvo ahí, te lo prometo. Será cuidado y amado bajo mi protección personal. No lo perderé de vista. Tenemos refugio y comida en abundancia. Hay otros niños de su edad con los que podrá jugar. Wendy, es el lugar más seguro en Nunca Jamás, un lugar feliz. ¿Confías en nosotros? —cuestionó Lomasi.

Wendy miró a Garfio y a la princesa durante un largo rato antes de que la traicionara su corazón. *Confío en ellos*. Abrazó desesperadamente a Michael para una última, débil protesta.

—Pero es mi hermano.

Garfio se arrodilló ante ella posando un brazo sobre sus hombros.

—El amor protege, aun cuando parte tu alma —dijo mirando a Lomasi. Ambos se veían borrosos a través de las lágrimas de Wendy.

Wendy levantó a Michael y caminó unos cuantos metros en dirección contraria a ellos, colocándolo en el último trecho de arena. Sus ojos azules se

posaron sobre ella.

—No me vas a dejar aquí, ¿verdad, Wendy? —la barbilla le temblaba—. No puedes dejarme aquí. Somos familia.

Wendy se tragó el llanto.

—Michael, Garfio tiene razón. Tienes que ir con Lomasi. Ella te mantendrá a salvo de un modo... —las palabras se iban disolviendo conforme miraba la cara de consternación de su hermano.

—¡Me vas a abandonar!

Con los puños empezó a golpearle los hombros.

—Me vas a abandonar, igual que John —ahora gritaba—. ¡ME ENGAÑASTE ! Dijiste que nunca me ibas a dejar.

Wendy se secó las lágrimas.

—Lo sé, sé que eso dije, pero...

Su corazón se retorció de dolor al romper la promesa pero al mismo tiempo también se quebraba su último pedazo de felicidad en el mundo. Sabía que dejarlo sería doloroso, pero nunca se compararía con verlo morir, algo que ya le había pasado. Por primera vez, el lugar más seguro para él era lejos de ella. *Mi amor tendría que bastar.*

—Michael, te amo más que a nada en el mundo, pero Garfio tiene razón. No estás a salvo conmigo; el *Noche Repentina* ya tampoco es un lugar seguro.

Michael resolló.

—Cuando sea seguro, ¿volveré a verte?

Wendy cerró los ojos y, aunque sabía que era una mentira cuando salió de su boca, lo dijo de todas formas, mil mentiras envueltas en un radiante bulto de esperanza:

—Te prometo que te veré de nuevo. Y cuando eso pase, nos iremos a casa.

Los ojos de Michael brillaron a través de las pesadas lágrimas.

—¿A casa? ¿Con mamá y papá?

Wendy asintió y un gemido escapó de su garganta al estrechar a su hermano en un abrazo apretado, intentando que su amor cayera como un velo protector alrededor de Michael; trataba de que quedaran grabadas en sus manos la sensación de su cabello, la suavidad de sus mejillas. El agua corrió por sus pies y Wendy alzó al bebé Michael por última vez.

—Volveré por ti, pero hasta entonces necesito que seas el niño más valiente en todo Nuncajamás. Necesito que te quedes con Loma- si y que no te metas en problemas. ¿Puedes hacer eso por mí?

Michael asintió.

Wendy sostuvo la cabeza del niño cerca de la suya al andar por el agua hacia el bote de Lomasi. Garfío y la princesa los seguían de cerca. Uno de los pilvi fue por Michael, quien seguía aferrado a Wendy, cuyo corazón se desangraba con los apretones de los pequeños brazos.

—Te amo, Wendy —murmuró antes de soltarse de su cuello—. Seré un niño grande ahora.

Lomasi extendió la mano y Michael la tomó con un hipido triste. La princesa volteó hacia Wendy. En ese momento doloroso, su deslumbrante belleza era reconfortante.

—Lo tendré a salvo hasta que tú puedas. Y tú, Wendy, hallarás la manera de tenernos a todos a salvo.

Ayudó a Michael a subirse al bote. Wendy extendió su mano y la tomó, pero no se dijeron más palabras. La apretó una última vez esperando darle a su hermanito todo el amor y la esperanza que le quedaba. Garfío buscó bajo la espiral de cabello de Lomasi y le dio un beso lento y gentil. Luego se miraron durante un largo instante, sin palabras, haciéndose confesiones con los ojos que Wendy no podía ver. El barco estaba meciéndose en el agua ahora, las olas iban absorbiendo pulgada a pulgada el último remanente de arena hasta que sólo quedaba un círculo diminuto. Garfío miró hacia ese último trozo de arena y Wendy vio con fascinación cómo la arena empezó a vibrar entregando al mar sus últimos guijarros. Un pedacito de arena restante se filtró en un patrón de estrella, el suelo bajo ellos se disolvió en el agua y en su lugar quedó una planta. El capitán se inclinó y con un rápido movimiento de su garfío quebró la planta antes de soplar sobre su corona. Al tacto con su soplido, la arena se deshizo alrededor para revelar una flor naranja salpicada de pequeños puntos negros como el trabajo de un pintor delirante. Extendió la mano hacia su amada y ella se inclinó conforme él le colocaba la flor detrás de su oreja.

—¿Hasta la próxima vez, mi lirio atigrado?

Ella asintió y lo besó en la frente con lágrimas en los ojos.

—Hasta siempre.

Wendy volvió la mirada atrás y vio a Michael sentado en silencio dentro del bote contemplándola con ojos enormes.

—Te amo —dijo ella.

Él no contestó nada, dejando la parte restante de su corazón en el mar.

Lomasi subió al bote junto al niño y levantó la mano. Garfio y Wendy vieron partir la lancha hacia la bruma. Sólo una espiral gris probaba que las dos personas que amaban habían estado alguna vez ahí. No hablaron al vadear entre el agua fría de vuelta a su lancha, ni cuando Garfio tomó los remos y los llevó de regreso al *Noche Repentina*. Wendy se quedó callada cuando el bote fue jalado hacia la gran embarcación e ignoró los cuchicheos de alarma de la tripulación que preguntaban dónde se había quedado Michael. El mástil señaló el camino delante de ellos conforme el barco se sacudió hacia adelante. El estómago y el corazón de Wendy siguieron ese ímpetu.

La voz estruendosa de Garfio dio la vuelta a la cubierta.

—¡Smith!

—¿Sí, capitán?

—Ponnos en rumbo a la Costa Gris.

Un silencio grave cayó sobre el *Noche Repentina* cuando sus velas negras se inflaron al encuentro con el viento y giró hacia el Norte para llevar a Wendy Darling a encontrar cualquiera que fuera la fortuna que le esperaba a alguien tan valiente.

T

omaba tres días de navegación llegar a Miath, y el *Noche* estaba luchando con todo lo que tenía para hacerle frente al mar embravecido. El océano estaba hambriento; y sus poderosas olas atacaban la nave una y otra vez, como si se levantaran en desafío por el viaje que la embarcación acababa de iniciar. Llegar a tierra firme había sido duro, y Wendy vio a más hombres vomitar de los que volvería a ver en toda su vida. Ella también había hecho buen uso del barril que le habían proporcionado para eso, e incluso se sentía agradecida porque dicho barril había sido colocado dentro de su camarote, con lo cual podía retorcerse y hacer ruidos muy poco femeninos totalmente a solas, rodeada por el lujo de su privacidad. Hizo su mejor esfuerzo en la cocina, ayudando al nuevo cocinero, un pirata grosero llamado Cutter Blue, a entregarle los alimentos a la tripulación, aunque la mayor parte de ellos palidecían ante la mera idea de llevarse algo a la boca en un mar tan revuelto como aquel.

En el tercer día del viaje las aguas se aquietaron y una calma extraña se apoderó del barco. Dentro de su camarote, Wendy se peinó con el chongo que ahora era su nuevo estado normal, y se enrolló en los codos las mangas de su vestido marrón. Era momento de subir a cubierta. Extrañar a Michael dejaba una sensación terrible en su corazón, pero quedarse con esas emociones y además aislada, sola en su habitación, hacía que las cosas fueran mucho peores. El aire salado la llamaba, y a su humor taciturno le urgía un cambio de escenario.

La cubierta estaba rebosante de actividad, pues la mayor parte de la tripulación trabajaba, aunque la chica pudo ver que algunos hombres disfrutaban el arrullo del mar verde que golpeaba con suavidad el casco del barco, como las caricias de un amante. El cielo y el mar eran de un verde pálido, el agua tan brillante y transparente que Wendy logró entrever una gigantesca tortuga, fácilmente del tamaño de su mesa de comedor en Londres, nadando hasta colocarse por debajo del barco. Ella corrió al otro lado, encantada de ver cómo el quelonio salía masticando feliz un puñado de algas marinas a manera de desayuno.

—¡Mira! —le gritó la muchacha al pirata que tenía más cerca, y que a la sazón resultó ser Redd.

El viejo movió su único ojo y se levantó el parche.

—Me ayuda a ver con el bueno —explicó. La grieta negra donde había estado su ojo se movió de arriba abajo, con lo que se veía el profundo agujero dentro. En algún otro momento de su vida, a Wendy le hubiera parecido repugnante, pero ahora ya casi ni lo notaba. Redd miró a la tortuga.

—¡A esas las llamamos Lulú Espalda de Piel! —declaró—. Sus conchas son aceitosas y esas marcas moradas les ayudan a mezclarse con los corales. Les gustan las algas, pero también pueden llegar a comer cangrejos. Son criaturas magníficas, ¿no es cierto? Seguramente ella se dirige a desovar a la Costa Gris —señaló—. Al mismo lugar que nosotros.

Wendy asintió, sin aliento, frente a tanta belleza salvaje. Redd se puso el parche de nuevo sobre el ojo tuerto.

—Está ganándole a la tormenta —agregó el pirata—. Las Lulú Espalda de Piel también quedan muy bien en sopa —dijo, relamiéndose—. Mmmm... deja que Cutter Blue sepa que estamos en aguas de sopa de tortuga, y es posible que eso haga que se ponga a pescar en sus tiempos libres.

—Por supuesto que no lo haré —respondió Wendy, indignada—.

Dejémosla que nade y ponga sus huevos.

Redd la palmeó con fuerza en la espalda a modo de contestación.

—Ah, sí. El sexo débil puede ser demasiado blando. Es bueno recordarlo, algunas veces.

—Prefiero las palabras “muy inteligente” a “demasiado blando”, si no te importa —le dijo Wendy, sonriendo.

—Bueno, por supuesto que las prefieres.

Redd se tropezó y sacó su ánfora del cinturón que lo acompañaba a todas partes; le dio un largo trago a la bebida que llevaba, lo que provocó que a Wendy se le hiciera agua la boca.

—¡Disfruten el buen tiempo mientras dura... se acerca una fea tormenta! —advirtió Smith interrumpiendo la conversación, como hacía siempre—. Redd, no es hora de hacerse el hablantín, ¡tienes montones de trabajo que terminar, bastardo de los mares!

Redd le guiñó su único ojo a Wendy.

—Avísame si ves otra —le pidió—. Muchas criaturas del mar se refugian cerca de la Costa Gris. Es su pequeño espacio de juegos. Están a salvo con las sirenas, bestias suertudas. Lo que yo no daría por pasar un solo día en su compañía.

Voodoo se rio al pasar; llevaba la bronceada espalda desnuda y descubierta, así como un amasijo de cuerda enrollado sobre los hombros.

—Si pasaras, aunque fuera un día, en su compañía, ya serías parte de su jardín de huesos, no tendrías ni tiempo de verlas a los ojos —advirtió el pirata moreno.

—¡Redd! —la punta de un látigo lamió uno de los brazos de Redd, dejando una marca inflamada—, si tienes mejores cosas que hacer en el fondo del mar, no te detengas por nosotros —lo regañó Smith, quien después se dirigió a Wendy, que estaba justo detrás de Redd—. Vuelve al trabajo. No lo repetiré.

Redd se alejó cojeando, y Wendy volteó a mirar el océano. Sin embargo ella podía sentir cerca la presencia de Smith, su sombra absorbiendo la sombra de la muchacha.

—No sé qué te habrá dicho Garfio sobre Miath.

—Nada, en realidad.

—Eso es porque no sabemos nada. No puedes visitar la laguna sólo porque se te antoje. Pero puedo decirte algo, he visto a las tortugas asfixiar a hombres adultos con la fuerza de sus brazos. Son tan fuertes como bueyes y tan

agradables como el veneno que se mezcla con el vino. Vas a necesitar de toda tu astucia, niña. Toma lo que necesites y vuelve al barco.

Wendy se sintió conmovida por la preocupación de Smith, y giró hacia él con una entretenida media sonrisa.

—¿De verdad estás preocupado por mí? —le preguntó—. ¿Es posible que te hayan llegado a gustar los Darling a bordo de esta nave? —luego batió sus pestañas, coqueta, antes de agregar—: ¿Me vas a extrañar, Smee?

Smith le gruñó y se golpeó la palma de la mano con el látigo.

—No fuerces tu suerte, chiquilla. Aún ahora te cambiaría por un mango fresco.

—Smith, puede que ésa sea la cosa más agradable que me has dicho nunca.

—¡Te prohíbo que vayas por ahí repitiéndola!

La tarde llegó con sus pasos de papel, y el mar comenzó a teñirse de oscuridad. La orilla del horizonte donde el sol se encontraba con el océano era de un amarillo pálido; amenazantes nubes azules sobre su cabeza comenzaban a cargarse de lluvia. Las órdenes de Garfío le llegaron desde el bauprés:

—¡Cierren todas las escotillas! ¡Blinden el barco!

La tripulación comenzó a cerrar todo lo que pudiera cerrarse. Aquellos hombres que no eran indispensables fueron enviados bajo cubierta, cada uno con su propio balde para vomitar, y una severa advertencia de que si el capitán llegaba a oír cualquier tipo de queja, los amarrarían en la parte trasera del barco durante todo el tiempo que durara la tormenta.

Wendy se encerró en su pequeño camarote, extrañando muchísimo a Michael, mientras se subía a la fría cama. Nerviosa por las crecientes sacudidas del barco, dejó que su mente deambulara hacia un sitio donde normalmente no la dejaba ir: los recuerdos de Peter, que la inundaron. El deseo que había sentido por él, y su repulsión y terror ahora que entendía quién era en realidad el muchacho. Parte sombra, parte niño. Las mentiras de Peter se desplegaron ante Wendy como las páginas de un libro, y el corazón de la chica se encogió de remordimiento al pensar en lo cerca que había estado de darle lo más preciado que tenía. La sonrisa de Peter le había atravesado el cuerpo como un fantasma. Los ojos de Wendy se inundaron de lágrimas conforme podía sentir el cuerpo cada vez más pesado, hundiéndose en las olas y el colchón de paja bajo ella. Recordó la noche en la linterna de Campanita, el calor de las manos de Peter acariciando su piel, sus labios encendiendo el fuego de su cuerpo.

Pero ahí donde su pulso se aceleraba con el recuerdo, su cerebro contraatacaba. Él *me lanzó al vacío. Es el responsable de la extinción de una raza, de la desaparición de innumerables niños, y me quitó a John.* Finalmente, su verdadero corazón intervino, y se quedó dormida pensando en el recuerdo más reconfortante que poseía: estaba envuelta en los brazos de Booth, oliendo el aroma del café y los libros en la piel del muchacho.

De repente sintió que alguien la movía para que se despertara. Se sentó con un jadeo, sacudiendo los brazos e intentando arañar a quien fuera que la estuviera zarandeando. Estaba ahí; él había vuelto. Barnaby había regresado por ella. Wendy se alejó del brazo que la aferraba, intentando pegarse a la pared.

—¡ALÉJATE DE MÍ! —le gritó al intruso, aterrorizada.

—Por todos los dioses, señorita Darling —dijo la voz de Garfio en su oído —, deberíamos darte ron antes de que te vayas a la cama.

Wendy estaba en extremo ruborizada.

—¿Qué... Por qué estás...?

—No hay tiempo de explicar. Vístete y sube a la cubierta. No tengo más que unos minutos antes de que me vuelvan a necesitar allá arriba. Esto es literalmente una tregua en la tormenta.

—De hecho estaba dormida, ¿sabes?

Garfio se iluminó el rostro con la lámpara que llevaba, y Wendy pudo observar la excitación infantil que despedía su mirada. Se veía entusiasmado y contento; una extraña sonrisa le iluminaba la cara. El *Noche Repentina* viró con brusquedad hacia la derecha, y Wendy tuvo que aferrarse al colchón para evitar salir despedida hacia el otro lado de la habitación. Garfio ni siquiera perdió el pie.

—¡Rápido, marinera de agua dulce! ¡Ponte una capa encima del camisón y sígueme!

Wendy se detuvo y Garfio le dio la espalda con un suspiro.

—Claro. Se me olvida que eres una muchacha modesta —afirmó con ironía —. De acuerdo. Te veré afuera, ¡pero apresúrate!

El capitán terminó de perder la paciencia cuando Wendy se tropezó al intentar bajar de la cama, pues los bamboleos del barco la hacían perder el equilibrio.

—¡Por los dioses! Toma, quédate con mi chaqueta. Ya no te cambies; no puedo creer que sigas sin tener nada de marinero después de todo este tiempo.

Luego le puso la chaqueta militar por encima de los hombros, y agregó:

—¡Rápido, señorita Darling! Te estás perdiendo toda la diversión.

Garfio comenzó a adentrarse por el oscuro pasillo.

—¡Vamos a cubierta!

El *Noche* saltaba y daba vueltas; el bauprés se sumergía en el agua y volvía a emerger, como un caballito saltarín. Wendy observó el agua espumosa que cubría los ojos de buey que se alineaban a lo largo del corredor. Al subir por la escalera de huesos, trataba de tener mucho cuidado en dónde pisaba, pues su cabeza todavía se hallaba nublada por la niebla del sueño reciente. El capitán Garfio la izó para ayudarla a subir a cubierta más rápido, y de repente Wendy se encontró dentro de la lluvia más violenta que había sentido en su vida. Se alejó de la escotilla para que Garfio también pudiera salir, y la muchacha ocupó su lugar bajo un cielo furioso que se fragmentaba cada tanto por los relámpagos. El *Noche Repentina* iba de un lado a otro conforme las nubes oscuras ocultaban la luna que yacía sobre sus cabezas, escondida. El aire se revolvía alrededor de ella, fétido e intranquilo; la temperatura variaba de cálida a helada en cuestión de segundos. El *Noche Repentina* se inclinó hacia adelante, y la chica se sorprendió siendo lanzada hacia el bauprés. Desesperada por no caer al océano asesino, se aferró a las jarcias con todas sus fuerzas. Las gotas de lluvia le caían con tanta fuerza sobre el rostro que le ardían, y así fue como atestiguó el movimiento del *Noche*, que montaba una ola tras otra. Cada vez que el barco bajaba, Wendy sentía el impacto hasta los huesos.

—¡Por todos los infiernos! ¿Por qué me trajiste aquí arriba? —le preguntó a gritos, muy indignada, al capitán.

Se sentía furiosa por todo: por Londres y Booth, por Peter y John, por la Sombra y Michael, tan lejos de su alcance.

—¿ESTÁS TRATANDO DE MATARME ?

El capitán James Garfio no podía escucharla, pues ocupaba su puesto tras el timón, y su rostro se encontraba cubierto de éxtasis.

—¡Esto es! —le gritó a Wendy.

La muchacha se aferró todavía con más fuerza a la cuerda que la sostenía, casi rebanándose la mano con una daga que se hallaba oculta entre los correajes.

—¿Qué? —preguntó.

Garfio giró el timón en la dirección de las agujas del reloj y luego hacia

atrás unas pocas pulgadas, antes de dejar que se liberara de sus manos. Ella sintió la respuesta del *Noche Repentina*, moviéndose bajo su mando. El barco partió una ola en dos y aterrizó, sano y salvo, del otro lado, con un fuerte chapoteo.

—¡Wendy! ¡Sube a la cofa y dile a Búho que quieres *ver* la tormenta! —le ordenó el capitán.

—¡Puedo verla perfectamente desde donde estoy, muchas gracias!

Wendy volteó a mirar a Garfio, con su camisa blanca desabotonada y el cabello negro y plata revoloteando salvaje al viento.

—¡Estás loco! —le gritó. Dificilmente podía mantenerse en pie desde donde se hallaba.

—¡Ve o te tiraré por la borda! —le gritó el capitán, mirándola por un momento antes de volver su atención al timón—. ¡Quiero que entiendas!

Su voz le llegaba a Wendy transformada por la lluvia torrencial y el sonido de los truenos.

—¡Amo dos cosas en este mundo, señorita Darling, y tú ya conociste una de ellas! —le explicó el capitán mientras volteaba a mirar al mar embravecido—. Es tiempo de que conozcas a la otra.

Wendy lo miró con el agua entrando en sus ojos avellana. Garfio se alejó de ella.

—¿No confías en mí, muchacha? ¡Trepay sé valiente!

Sé valiente. Las palabras de Booth.

Wendy levantó la mirada. El agua que le caía en los ojos era caliente como la fiebre.

—¡Trepay! —volvió a gritarle el capitán al tiempo que una gigantesca ola empapaba el lado del barco donde se encontraba la muchacha. El agua salada le mojó las piernas. Ella se retiró el cabello del rostro.

—¡Está bien! —gritó—. Preparé —otras palabras luchaban por salir de su garganta, y decidió que finalmente las sacaría—. ¡Maldita sea!

Logró llegar a la cofa, paso a paso, cuidando de no resbalarse. El *Noche Repentina* subía y bajaba como un negro corcho sobre el mar enloquecido. La lluvia la bañaba por completo mientras trepaba, aferrándose como podía a la cuerda que cortaba sus atrevidas y sucias manos. Búho estaba en la orilla de la cofa y llevaba los ojos cubiertos por una venda de lino blanco, empapada por la lluvia.

—¡Con cuidado, niña! —le advirtió el marino—. ¡Si te resbalas estás

muerta!

Luego Búho giró la cabeza hacia el horizonte, a una línea de agua negra con ribetes de espuma blanca.

—¡Ala tormenta no le queda más de una hora! ¡Apresúrate!

Wendy hizo un último esfuerzo para subir a lo más alto del mástil mayor, tratando de no mirar hacia abajo, lo que la aterrorizaba, ni hacia arriba, pues entonces el agua la ahogaba. Trató de ignorar la idea de que estaba subiendo hacia su propia muerte.

¿Por qué Garfío *quiere que vaya hasta allá arriba?* Un rayo partió el cielo como una serpiente que iluminó el camino delante de ella. Wendy llegó a la cofa y no estaba segura de cómo subir, pues la canastilla chirriaba con fuerza debido a la tormenta. Por fortuna, Búho le alargó un brazo y, dándole la mano, la ayudó a subir. Durante un minuto el cuerpo de Wendy estuvo suspendido por encima del

Noche Repentina, sólo sostenido por el brazo de Búho. Luego el barco se enderezó y Wendy cayó dentro de la canastilla. La chica se aferró de inmediato al mástil.

—Ah, no. No te puedes quedar aquí —le dijo Búho—. Todavía tienes que trepar un poco más si lo que quieres es ver la tormenta.

Wendy observó al único hombre a bordo que en realidad no podía ver. Tenía una gruesa cuerda en las manos, atada a un gancho de hierro que se hallaba sujetado al mástil. Búho señaló una plataforma de madera, no más ancha que un libro grande, que yacía suspendida por encima de sus cabezas.

—Sube a la plataforma, niña. Te ayudaré. No, espera —Búho escuchaba el sonido de los cielos, los latidos de la tormenta—. De acuerdo, sí. Está bien.

—No lo creo —respondió Wendy.

Había dicho que no, y sin embargo cuando el marinero le ofreció la mano, la muchacha no tuvo más remedio que tomarla. Él prácticamente la lanzó hacia la plataforma, y sus pies resbalaron sobre la madera empapada.

—¡Ahí estás! —gritó el pirata.

Luego enrolló la cuerda alrededor de la cintura de la muchacha, sujetándola con el gancho de hierro y amarrándola luego a sus piernas, de modo que Wendy quedó atada al mástil. Búho hizo el último nudo y apretó la cuerda. La espalda de Wendy estaba firmemente reclinada contra el mástil. Ella inspiró con fuerza, sin atreverse a abrir los ojos. Su voz vacilaba.

—Esta parece... una terrible manera de morir —dijo por fin.

Búho soltó una carcajada.

—Lo sería, aunque si el barco fuera a hundirse moriríamos todos, así que mejor aquí que atrapada bajo cubierta, ¿no lo crees? —Búho abrió los brazos de par en par—. Desde aquí puedes verlo y sentirlo todo.

Wendy dejó escapar un nervioso suspiro conforme el mar abría sus fauces alrededor del *Noche Repentina*.

La voz de Garfio le llegó desde abajo, donde se encontraba luchando con el timón. Una ola chocó contra él, pero cuando se tranquilizó, Wendy vio que el capitán seguía de pie, un puntito alto y orgulloso que podía divisarse desde las alturas.

—¿Qué le parece, señorita Darling? —preguntó el capitán.

Wendy sacudió la cabeza para apartarse el agua y el cabello de los ojos.

Búho le tocó un pie. Su voz era tranquilizante y estable.

—No veas —le aconsejó—. Cierra los ojos y siente. *Mira* la tormenta.

Un rayo pasó por encima de la cabeza de la muchacha, terroríficamente cerca, y ella sintió cómo los vellos de todo el cuerpo se le ponían de punta. Debía haberse asustado, pero en lugar de eso cerró lo ojos.

El primer sonido que escuchó fueron las olas, golpeando a muerte al *Noche Repentina*, la fuerte colisión entre madera y agua, olas que cortaban y pegaban como rocas, que eran una amenaza distinta para el *Noche*; cada una sometida al poder de la nave. Escuchó la lluvia salpicar sobre cubierta, de un lado a otro, en un patrón no tan errático como le había parecido en un principio. Podía sentirla mojándole el rostro, un bautizo de sal y mar, tranquilizándola, ahogando todo pensamiento que tuviera que ver con su hogar, con Michael, con Peter Booth.

Un trueno resonó a lo lejos, como si estuviera aclarándose la garganta antes de liberar aquella gigantesca cantidad de sonido y poder que vibró por todas las vértebras de su espina dorsal y dentro de su mandíbula. Volvió a tronar, ahogando los sonidos de la lluvia y los rechinos de la madera del barco. Ella escuchó los ruidos del timón conforme trataba de someter a las enormes aguas de las profundidades; una sinfonía tan antigua como la creación. El hombre luchando contra la naturaleza, un hombre como Garfio, quien intentaría y muchas veces fallaría en su misión de someterla. *Pero no esta noche*. El barco se inclinó con brusquedad hacia abajo, permitiendo a Wendy sentir cada vibración, pues desde donde se encontraba se inclinaba mucho más que cuando estaba en cubierta. Escuchó los gritos de la tripulación a sus pies, y la

voz de Garfio alzándose por encima de las olas. Las velas ondeaban con violencia a su lado, y el sonido de la tela tensándose hasta casi romperse se hacía nítido en sus oídos. Wendy sacudió la cabeza, tratando de asimilar sus revueltas emociones. Aquel sentimiento que se alzaba desde lo profundo de ella era extraño, algo que no había sentido durante un largo tiempo, una emoción que había enterrado bajo capas y capas de miedo y sobreprotección, bajo el anhelo y el desesperado instinto de sobrevivir. Latía en las yemas de sus dedos y llegaba hasta el fondo de su pecho, envolviendo su corazón conforme cobraba fuerza, un recordatorio de que alguna vez la había sentido, había vivido en su interior.

Wendy abrió los ojos justo a tiempo para mirar al barco todavía inclinado hacia abajo, deslizándose sobre una ola gigantesca que le rugía con su hocico blanco. La nave cayó por los abismos de muerte y agua... y luego remontó la ola, que chocó con violencia junto a ellos, empujando el barco hacia arriba antes de que el mar pudiera engullirlo.

—¡Sí! ¡Toma esto, bestia feroz!

Con aquel grito, Wendy permitió que el sentimiento, aquel placer olvidado, el gozo, se apoderara de ella. El peso del dolor que había cargado desde que se marchó de la Isla de Pan abandonó sus hombros conforme miraba el ojo verde y penetrante de la tormenta, que parecía que la veía directamente, en lo profundo de su tímido corazón. La tormenta, el peligro, las olas y el agua encendieron una chispa en su pecho que alcanzó su rostro, donde se transformó en una gigantesca sonrisa. Ella se sintió salvaje y libre por fin de las cadenas que la habían aprisionado.

Libre.

Wendy Darling levantó los brazos por encima de la cabeza y lanzó un alarido, con el cuerpo tan adelante como podía, atada a la plataforma por encima de la cofa, sintiendo que volaba sobre el caos de abajo, la línea entre la vida y la muerte peligrosamente cercana.

Libre.

Vio que Garfio la observaba con una sonrisilla diabólica. Luego el capitán levantó la cabeza y gritó también, enfrentando a las olas con mirada de determinación conforme el agua lo empapaba. El *Noche Repentina* volvió a levantarse sobre las olas, y Wendy y el capitán James Garfio continuaron gritando de puro gozo, sintiendo un placer salvaje que ni siquiera la Sombra podía arrebatárles.

A

la mañana siguiente, Wendy despertó con los ojos rojos, irritados, por el agua salada y observó cómo dos miembros de la tripulación luchaban por lanzar la gigantesca ancla, cubierta de percebes, por la borda. El agotado *Noche Repentina* por fin pudo descansar, balanceándose suavemente entre las olas con las que se había peleado durante toda la noche. La tormenta había revuelto el mar, pero ahora lucía un predominante tono turquesa y transparente. Relucía como una gema bajo el cielo nublado. Garfio había anclado el barco en la playa más al norte del lado oeste de tierra firme. Muy arriba, sobre sus cabezas, algunos picos coloreados de verde ondeaban al viento. Los ojos de Wendy descansaron en los valles que se extendían a sus pies, en el camino que serpenteaba entre la jungla. Con las manos temblándole un poco, se puso el saco de arpillera sobre los hombros.

—¿Estás segura de que no quieres cambiarte? —le preguntó Garfio, observando escéptico su camisón azul—. Eso que llevas no parece muy

práctico.

—Llevaré aquello con lo que me sienta cómoda —repuso Wendy—. Éste es mi vestido, el único que tengo de casa. Mi madre lo remendó —explicó apuntando a un diminuto arreglo justo sobre su corazón—. Aquí.

Garfio asintió antes de dirigirse al bote de remos que yacía junto a la nave. Smith lo abordó justo después del capitán, y ayudó a Wendy a saltar dentro. Cuando la muchacha miró de vuelta al *Noche*, toda la tripulación se encontraba reunida en la cubierta para verla partir. Era perturbador, y Wendy sintió una lágrima que le asomaba por el ojo cuando se quitaron los sombreros, sosteniéndolos con solemnidad contra su pecho, conforme el bote descendía sobre las aguas. Era el mismo gesto que habían dirigido a Keme.

Esto no era en absoluto tranquilizante, pensó con una mueca, preguntándose por enésima vez si no estaría siendo manipulada como oveja al matadero.

Una tristeza opresiva se apoderó de ella. El *Noche* era el único hogar que había conocido en Nunca Jamás, y estaba triste de verlo alejarse. Garfio permanecía hablando, pero ella no escuchó lo que le externaba diciendo, pues su voz se le escapaba como si estuviera hecha de niebla. El bote tocó el agua y comenzaron a deslizarse hacia la costa.

Wendy volteó hacia Garfio.

—Lo siento, ¿qué me decías?

El rostro del capitán se contrajo de rabia.

—¿La estoy importunando acaso, señorita Darling? —preguntó, sarcástico—. ¿Quizá la distraje de sus reflexiones sobre sábanas tibias y pasteles glaseados?

Wendy entrecerró los párpados y miró directamente al capitán.

—Lo que pienso se parece más a: ¿estaré dirigiéndome a mi muerte para que tú puedas por fin solucionar tu pleito con un muchacho que por siempre tendrá dieciséis años?

Dicha respuesta no hizo más que aumentar la furia de Garfio.

—No necesito repetirme lo que ya sabes —respondió a la chica—. La Sombra es real. Tú dijiste su nombre, no yo. Cualquier decisión que hayas tomado después de escuchar esa verdad es sólo tuya.

Wendy se alejó de él, prefiriendo observar cómo el *Noche Repentina* se iba haciendo más y más pequeño con la distancia. El capitán suspiró antes de sentarse a su lado y tomarle la mano con cuidado.

—Necesito saber que estás escuchando —le advirtió. Su voz era más suave

ahora, y sonaba preocupada. Ella recordó todo lo que estaba en juego, el peso que Garfio cargaba y lo que podía perder, y también suavizó su tono.

—Estoy escuchando —repuso.

Garfio levantó los ojos hacia la isla, tan cerca que Wendy podía ver un grupo de pequeños monos rayados escabulléndose de la playa conforme se acercaban.

—Smith te llevará tan lejos como pueda, sobre las colinas y hasta donde comienza la costa gris. Desde ahí, toma el camino bajo la ladera rocosa de la montaña hacia Miath. No está lejos, pero deberás moverte rápido porque no estarás bajo mi protección, y te encontrarás al descubierto, sin que los árboles te oculten... —Garfio levantó la mirada— estarás expuesta al cielo.

Wendy se tragó el terror que amenazaba con asfixiarla. Sabía con exactitud a qué se refería el pirata.

—¡Peter! —declaró.

—Exacto. Tienes que bajar por la ladera rocosa tan rápido como puedas. Una vez que llegues a Sybella, la enorme roca de cristal, estarás en Miath y bajo su protección. Las sirenas pensarán entonces que es apropiado hablarte. Escucha, sólo charlarás con la reina Eryne y con nadie más, ¿de acuerdo? Las sirenas son criaturas malvadas, poco confiables.

Wendy dejó que una pequeña sonrisa le iluminara los labios.

—Yo podría haber dicho lo mismo de los piratas, hace un tiempo —agregó.

Pensó que había escuchado a Smith resoplar conforme el hombre saltaba a la playa, encallando el barco en la arena. El rostro de Garfio no modificó su intensa expresión.

—Ve a Sybella. La reconocerás al verla. Nada podrá tocarte una vez que hayas pasado bajo su arco; pero, Wendy... llega ahí pronto.

—Lo entiendo.

—Y una vez en Miath...

—Capitán, sé lo que tengo que hacer —dijo Wendy. Luego se volvió hacia Garfio—. Lo siento, es sólo que...

Los grises ojos de Garfio se encontraron con los suyos.

—Lo sé. Obtén las respuestas y sal. Apuesta por el orgullo de Eryne. Smith te recogerá fuera de la costa en el bote de remos cuando hayas terminado. Espero... —de pronto dejó de hablar.

—¿Qué? —preguntó la muchacha.

—Espero que la culpa de la reina sea suficiente. De todas formas, toma.

Garfio sacó un pequeño paquete de su abrigo. Estaba envuelto en una hermosa mascada púrpura. Wendy lo desenvolvió, exclamando sorprendida cuando algo que había olvidado hacía mucho tiempo se desprendió de la tela. Era una pequeña daga blanca, intrincadamente tallada y adornada con una joya azul en forma de lágrima.

—¡Pensé que la había perdido en el mar, el día que nos rescataste a Michael y a mí!

Garfio se frotó la barba crecida.

—La sustraje de tu persona justo después de eso, cuando te llevaban bajo cubierta.

Wendy sintió la empuñadura en su mano, recordando su peso perfecto. Garfio se inclinó hacia ella y le dijo:

—Sé de buena fuente, de una princesa sin nombre, de hecho, que hay algo de magia de las hadas todavía en esa gema —explicó acariciando el zafiro—. Úsala si es necesario.

—Espero no tener que hacerlo.

Wendy la guardó en el listón azul que ceñía su cintura antes de ponerse de pie.

El capitán le extendió el garfio y Wendy lo tomó en su mano, percibiendo el frío acero entre los dedos al tiempo que él le ayudaba a desembarcar el bote de remos. Ella pisó la arena, sintiendo que su estómago se revolvía mientras luchaba por ajustarse de la tierra al mar, del mar a la tierra. Wendy levantó los ojos y miró a Garfio. Su abrigo militar ondeaba con la brisa. Él observaba la jungla montañosa que yacía detrás de la muchacha, con el rostro contraído por la preocupación por aquella chica que había sido su prisionera, y que ahora era, en el mejor de los casos, una amiga. Una aliada.

Las miradas de ambos se cruzaron.

—Wendy Darling.

—Capitán.

—Sobrevive y regresa a mi barco. Es una orden.

—Sinceramente planeo cumplirla, señor.

Garfio asintió con la cabeza una sola vez.

—Buena suerte, entonces.

No quedaba nada más por decir, así que Wendy se alejó del bote y siguió a Smith lejos de la playa y dentro de la espesa jungla. El pirata no le dirigió la palabra, de modo que ella se limitó a caminar deprisa tras él conforme Smith

cortaba las ramas bajas con un machete, derribando frutas y enredaderas verdes con una ferocidad tal que alarmó a la muchacha.

—Maldita jungla de mierda —murmuró el pirata, mutilando un árbol color esmeralda brillante (el color de los ojos de Peter), con severos golpes secos.

Una libélula del tamaño de la mano de Wendy se posó en el hombro de Smith. Sus azules alas traslúcidas propiciaron que Wendy recordara a Campanita durante un momento antes de que el pirata aplastara al animal entre sus dedos. La chica lo miró con alarma. Él sacudió la cabeza y arrojó el cadáver del insecto de vuelta a la jungla. Wendy escuchó el sonido de una docena de diminutos pies que habían encontrado su comida más reciente.

—Malditos parásitos. Primero te muerden y luego te da urticaria —explicó el hombre—. Más o menos como las chicas del Huerto de las Rameras.

Wendy puso los ojos en blanco mientras intentaba empujar una enorme hoja, cuyas nervaduras eran del color de los caramelos de menta. Anduvieron en silencio durante algunos minutos, con los gruñidos de Smith como único acompañamiento conforme el hombre se abría paso a través de la vegetación que los rodeaba. Wendy podía ver los restos de un sendero arenoso que alguna vez había serpenteado entre los árboles.

—Nadie ha pasado por aquí en mucho tiempo —observó.

—¿Por qué querrían hacerlo? ¿Quién demonios querría pasar por aquí? Los hombres no pueden entrar a Miath sin morir, sin mencionar que eso significaría declararle la guerra a la reina Eryne, y créeme, si eres un pirata, lo último que deseas es que las sirenas se enojen contigo. Pueden partir en dos el barco bajo tus pies.

Smith movió el machete hacia arriba, rebanando una enredadera desde la base. La planta cayó del árbol donde crecía encima del pirata. Él casi no tuvo tiempo de maldecir antes de que las hojas se le enredaran alrededor del brazo como una larga serpiente.

—¡Maldita enredadera cabeza de lanza! El azote de la estúpida jungla...

Smith siguió lanzando maldiciones mientras intentaba quitarse de encima la planta. Wendy se acercó para ayudarlo.

—¡No me toques! —la regañó el pirata—. ¡Se te va a subir a ti!

Los ángeles y demonios que adornaban sus brazos se contrajeron de forma grotesca conforme intentaba flexionar los músculos tan fuerte como podía, con una mano aferrándose a la enredadera y con la otra tratando de cortarla sin dañarse el brazo. Finalmente Smith logró darle un jalón definitivo, y la planta

se desenrolló con un siseo, dejando un reguero de sangre sobre el brazo del hombre. Wendy abrió su cantimplora y de manera gentil roció la herida con unas gotas de agua fresca. De los poros de la piel del pirata salió vapor, y Smith suspiró.

—Eso se siente bien. Gracias, niña.

Él levantó los ojos hacia ella, y Wendy se sintió sorprendida de descubrir que no eran de color negro, como había pensado previamente, sino de un marrón profundo con motas doradas alrededor del iris.

—Tus ojos... son muy bonitos —exclamó Wendy.

Smith se le quedó viendo antes de lanzarla hacia atrás. La muchacha cayó con fuerza sobre su trasero.

—¡Auch! ¿Por qué hiciste eso? Sólo trataba de hacerte un cumplido. Eres un grosero —regañó al pirata mientras intentaba ponerse de pie, sacudiéndose el vestido—. Y además tienes muy mal humor.

—Lo siento —balbuceó Smith—. Es la Costa Gris. Me da escalofríos — luego levantó su machete y agregó—. Estamos cerca. Basta de parloteo.

Wendy permaneció en silencio conforme ascendían por la colina. Para cuando llegaron a la cima, la muchacha estaba empapada en sudor, y la espalda de su camión yacía pegajosa y maloliente. Los mosquitos habían aterrizado y muerto sobre su piel, pues despedía el olor de la jungla: caliente, fétido y vivo. La vegetación a su alrededor y los árboles que los rodeaban comenzaron a escasear. El verde de todos los tonos dio paso a unas flores plateadas y grises, hasta que de verde no quedó nada y todo lo que podía verse a su alrededor era del color de la ceniza. Grises pastizales se inclinaban bajo sus pies, con pequeñas flores blancas que los adornaban, y retorcidos árboles blancos elevaban sus ramas hacia el cielo, con la textura de la leche cuajada. Cuando Wendy miró hacia atrás, pudo observar el verde de la jungla detrás de ella, tan contrastante con la falta de color que ahora la envolvía. No había trinos de pájaros ahí, ni zumbidos de insectos o criaturas que se arrastraran a sus pies. Todo estaba quieto y permanecía en un silencio fantasmagórico.

Cuando llegaron a la cima de la montaña, los árboles dieron paso a una serie de piedras blancas y filosas que eventualmente se elevaron sobre la cabeza de la muchacha, como blancos picos de crema batida. Montones de cráneos blanqueados por el sol se apilaban y miraban a los viajeros desde arriba de las rocas, o en las esquinas. Adornados con piezas rotas de cristal de roca donde habían tenido los ojos, ahora todas las calaveras poseían iris

brillantes y antinaturales. Smith parecía esforzarse por mantener la mirada en el suelo, mientras que Wendy miraba hacia arriba, absorbiendo el horror que los rodeaba, con el pulso acelerándosele a cada paso que daba.

El sendero se ensanchó cuando llegaron a la cima, y se convirtió en un camino arenoso. Una Enea de cráneos yacía alrededor de sus pies, marcando la entrada como en un altar. Smith se detuvo, horrorizado.

—¡Esas perras sangrientas! —exclamó—. La línea no llegaba tan lejos la última vez que revisé.

A través del camino se hallaba una hilera de huesos humanos y conchas rosadas. El sol arrancaba destellos de las conchas, y blanqueaba los restos de lo que debían haber sido más de cien hombres. Wendy dejó de caminar porque la respiración se le atoró en la garganta. Su corazón latía desbocado, y de repente sintió que se le aflojaban las rodillas.

—Ni se te ocurra, niña. No te desmayes. Respira —recomendó Smith.

Wendy se puso la mano en el pecho.

—No voy a desmayarme —prometió—. Nada más necesito un minuto.

Ella cerró los ojos y descansó las manos sobre las rodillas, intentando olvidar la muerte que la rodeaba. Los ojos desesperados de las calaveras habían despertado su miedo, alimentándolo, susurrando cosas oscuras e innombrables. Sin querer moverse, invocó la imagen del rostro de Michael, lo que podía perder si no lograba su cometido.

Funcionó.

Wendy abrió los ojos para ver a Smith alzándose por encima de ella, con su enorme sombra envolviendo su pequeña silueta.

—Esta línea de huesos es la frontera —explicó—. No puedo avanzar más. Desde aquí hay un sendero hacia el lado rocoso de la montaña. No está demasiado empinado, así que deberías ser capaz de moverte rápido.

Wendy giró hacia él.

—Así que esto es todo —comentó.

Smith asintió. La miró durante unos segundos antes de extender el brazo y darle unas palmaditas en el hombro, incómodo.

—Yo... eeh... —el primer oficial luchó, por una vez, con las palabras—... Buena suerte, muchacha.

Wendy asintió a su vez y se alejó de él, encaminándose al sendero que bajaba hacia la costa gris. Su corazón resonaba en sus oídos conforme caminaba despacio hacia la fila de conchas y huesos. Con un pequeño paso la

cruzó, levantando polvo a su alrededor. Smith levantó su pistola hacia el cielo, oteando las nubes con los ojos. Dio un giro de 360 grados, tratando de cubrir todo el horizonte antes de girar hacia ella y gritar una sola palabra:

—¡Corre!

Wendy sintió cómo sus pies se movían bajo ella, al principio despacio cuando empezó a trotar y luego cada vez más rápido conforme adquiría velocidad, lejos de la línea de la frontera.

El camino que bajaba hacia la costa gris era una rampa zigzagueante que se convertía en un sendero plano y largo. Ella bajó de la montaña tan rápido como pudo, sus pies resbalando en la grava conforme corría, las manos cortadas por agarrarse a las rocas para no caerse, rodeando esquinas afiladas tras esquinas afiladas, sus pies lanzando pedruzcos por la peligrosa ladera de la colina. Wendy mantuvo los ojos al frente mientras corría, repitiendo una serie de nombres con cada paso, su felicidad un acicate más poderoso que el miedo para seguir moviéndose tan rápido como podía.

Michael John. Booth. Mamá. Papá. Garfio.

Conforme se acercaba a la base de la colina, podía ver la cima de Sybella por arriba de los peñascos. Mientras más se acercaba, más crecía la gigantesca roca, hasta que pudo verla por completo, erguida sobre la costa, una majestuosa pieza de cristal de roca, un monolito perfecto, plano en la cima con lados redondeados y una pequeña abertura en el centro. Sus pasos sonaban erráticos y le empezaba a costar trabajo respirar.

¿Por qué no corrí más seguido en el Noche Repentina?

La idea la entretuvo, si bien sólo durante un instante. Movié los brazos y su pecho rugió con desaprobación; los pulmones le ardían por el esfuerzo. Alcanzó la parte baja de la ladera, y el camino plano se extendía hasta la roca, quizá sólo a media milla de distancia.

Ya casi llego.

Su alivio se vio oscurecido por el sonido de un disparo a lo lejos y Smith gritando algo, su voz resonando gracias al viento a lo largo de toda la costa. *No. No.*

Wendy no tuvo que escuchar su advertencia, porque su corazón le había advertido antes.

Él estaba ahí.

Ella podía sentir la presencia de Peter en las raíces del cabello; lujuria y odio elevándose desde su pecho con un murmullo de arrepentimiento y un

susurro de terror. Si estuviera ciega, de todos modos se daría cuenta de que había llegado. Aceleró el paso, corriendo tan rápido como se lo permitían las piernas, acercándose más y más a Sybella. Su único pensamiento era que lo lograría; lo lograría, *tengo que lograrlo*.

La piedritas se le encajaban en los pies mientras corría, sus ojos en el cristal de roca, que destellaba reflejos azules y verdes con la luz de la mañana. Otro tiro resonó en sus oídos, y luego otro. Corrió. Una sombra pasó por encima de su cabeza, una y otra vez, acechándola en círculos, como un buitre. La muchacha se distrajo y se le dobló el tobillo con una piedra más grande que las otras; Wendy cayó al suelo. Todo su cuerpo resonó con la fuerza del impacto y una voz se elevó por encima del estruendo, con el sabor de la miel envenenada.

—Ay, Wendy, eres todo lo contrario de grácil.

La familiar y cruel voz provenía del cielo.

—Hermosa, sí. Inteligente, sin duda. Grácil, no. Veloz...

Su voz estaba cada vez más cerca de ella; su adorable boca le rozaba la oreja.

—No lo suficientemente veloz.

Ella se detuvo, respirando con violencia por la boca. Un reguero de sangre escurría de su rodilla. Wendy cerró los ojos por un segundo, recuperándose, intentando calmarse. Su mano se cerró alrededor del borde afilado de una concha.

Levántate.

Apenas había tocado el suelo cuando ya estaba de pie otra vez, corriendo.

La suave voz del chico cortó el aire y la mente de Wendy.

—No puedo explicarte lo agradable que es volver a verte. Te he extrañado mucho, Wendy.

Sybella ya estaba cerca. La muchacha podía ver los cráneos distorsionados, animales y humanos, que se encontraban dentro del cristal verdeazulado, con la boca abierta para siempre en un mudo grito. En lugar del miedo que inspiraba a la distancia, ahora Sybella la atraía, cada vez más y más cerca. El cristal vibraba con una canción familiar, hipnótica y mortífera; la misma canción que había empujado a Wendy al océano. Era la misma seducción, sólo que ahora corría por su vida, incapaz de concentrarse y entonces la melodía la atravesaba y se quedaba enroscada sobre su piel como la brisa marina.

Qué irónico, pensó, adelantándose mientras sus pulmones luchaban por

aguantar, que ahora corro tan desesperadamente hacia el peligro. Todo depende, susurró su mente, de qué te esté persiguiendo.

Escuchó el viento vibrar por encima de ella, y captó la sombra de Peter mientras descendía a toda velocidad.

—No puedes ganarme, lo sabes —gritó él, juguetón—. No estoy seguro de por qué estamos haciendo como si pudieras.

El chico extendió el brazo y tocó uno de los rizos de la muchacha. La sangre de la rodilla de Wendy manchaba el suelo con cada paso que daba.

No voy a lograrlo.

La chica vio estrellas explotando en sus ojos al tiempo que su pecho se contraía de dolor y las piernas le temblaban por el cansancio. Ese mismo cuerpo la estaba traicionando, rogándole que se detuviera, que se rindiera ante Peter, ante sus brazos y su voluntad. Podía tomar lo que había deseado; sería muy fácil. Él estaba justo encima de ella. Wendy podía sentir su aliento sobre su rostro, su aroma a pinos del bosque y moras, un aroma que había llegado a amar. Sintió que sus dedos le acariciaban la mejilla.

—Te ves mucho más... curtida que la última vez que te vi.

Wendy boqueó en busca de aire; un calambre le atenazaba el abdomen. Estaba casi en Sybella, casi ahí... Extendió los brazos.

La voz de Peter se endureció.

—No estoy seguro de que me guste tu nuevo *aspecto* —dijo, y luego chasqueó la lengua—. Oh, y estabas tan cerca.

Luego la levantó por los pies. Ella se lanzó hacia adelante, hacia la roca, segura de que iba a escuchar todos sus huesos rompiéndose en cuestión de segundos, pero Peter la atrapó antes de que cayera. La chica sintió cómo los brazos del muchacho le rodeaban la cintura, sintió que el suelo se le escapaba, sintió la levedad del vuelo y el calor de la piel de Peter.

Entonces le encajó la concha con todas sus fuerzas en la mano.

Wendy sintió que la piel de Peter se abría y le dieron náuseas, pero en lugar de pensar en ello aferró la concha contra su pecho. Peter rugió y quitó las manos de su cintura por la sorpresa. Ella cayó con brusquedad sobre el suelo, pero logró pararse y lanzarse con desesperación hacia adelante. Peter trató de alcanzarla, mas Wendy logró pasar por el arco de entrada de Sybella, agachándose para que todo su cuerpo cupiera por la estrecha entrada. Conforme trataba de tomar aire, la melodiosa canción que provenía de la roca la absorbió con sus acordes protectores. Una magia antigua le atravesaba la

piel, examinando y aprobando.

La roca la quería, podía sentirlo. Se empujó hacia delante, con el arco de Sybella alzándose sobre su cabeza. Wendy se puso de pie, deteniéndose por un momento para admirar el mar de cristal que la rodeaba. Su rostro golpeado no se reflejaba en las paredes, sólo el cráneo de algún monstruo marino olvidado, con las mandíbulas abiertas y expectantes. Wendy dejó escapar un jadeo asombrado a centímetros de la superficie. Dentro del cristal había olas. Diminutas olas que se movían tan despacio que a menos de que estuvieras a centímetros de la roca, no serías capaz de verlas. Sybella no era de cristal sólido; no, ella contenía el mar. El agua estaba viva, y de alguna forma yacía atrapada dentro de la roca.

Wendy no se atrevió a tocarla, a pesar de que la parte más temeraria de sí misma lo deseaba. Caminando despacio logró atravesar el arco. Un camino corto hacia el agua continuaba bajo sus pies, guiándola entre los peñascos, con el cielo abierto sobre su cabeza. Todo era idéntico y a la vez distinto. El aire a su alrededor había cambiado; poseía una intensa pesadez. Había imperado un fuerte viento que provenía del mar, y ahora todo estaba en perfecta quietud. El aroma del agua salada lo saturaba todo, mezclado con la fragancia de los frangipanis. Wendy miró hacia abajo y se dio cuenta de que la rodilla no le sangraba ni estaba rasguñada siquiera. Sus heridas habían sido curadas.

—¡Increíble! —exclamó.

—En verdad lo es, ¿no te parece?

Wendy Darling se dio la vuelta despacio y luego saltó con un grito. Peter estaba exactamente tras ella, flotando ante la entrada de Sybella, tal vez a poco más de dos metros de donde se encontraba la muchacha. El aire que se alzaba entre ellos poseía una cualidad extraña. Wendy podía ver a través de él como si fuera un delgado velo de agua. Peter Pan se apretaba la mano ensangrentada contra el pecho.

—¡Me apuñalaste! —reclamó con una risa histérica—. Estoy molesto, y también excitado, no lo puedo negar.

Wendy no dijo nada, mientras lo observaba ir de arriba abajo enfrente del arco. De pronto frunció el entrecejo y un gesto de genuina preocupación ensombreció el rostro de Peter.

—No sé qué estás haciendo en Miath, o para qué vendrías a este lugar. ¡Esto es peligroso, Wendy! ¿Entiendes de verdad lo que estás haciendo?

El muchacho elevó la voz un par de octavas.

—Wendy, escúchame, no estás segura aquí. Regresa con ese bastardo de Garfío si no hay más remedio, pero no vayas a la laguna. Te dejaré si prometes que no irás. Ni siquiera alcanzas a entender la magia profunda que descansa en estas costas. La reina Eryne está loca. ¡Tematará!

Hizo una pausa; sus ojos verdes lucían alarmados.

—Wendy, ¡no puedo protegerte aquí!

Ella entrecerró los párpados.

—La única cosa de la que necesito protección es de ti.

Peter echó la cabeza hacia atrás con dramatismo.

—Oh, sí, protección de Peter Pan, el chico que sólo quiere amarte.

—Tú no quieres amarme. Quieres poseerme.

Los ojos de Peter se tiñeron de azul marino (¡la Sombra!) antes de encontrarse con los de Wendy. Su tono se volvió coqueto, juguetón.

—Conozco el fuego que late bajo tu piel. Sé que aunque te odias por ello, me deseas. Y si te entregaras a mí, te consumiría y tú me lo permitirías, feliz.

La piel de Wendy se ruborizó ante las palabras de Peter, sabiendo que decía la verdad. Sus ojos enfocaron la línea de la mandíbula del chico, la despreocupada sonrisa que adornaba sus labios, incluso con la sangre que le escurría del brazo.

—Pero eso no es lo que quiero, y a ti nunca te ha importado —contraatacó la muchacha.

Peter suspiró, exasperado.

—¿No estás cansada, Wendy? ¿Cansada de huir? ¿Cansada de sangrar? ¿Cansada de Garfío y sus enloquecidos cuentos de hadas?

El chico voló más cerca de la entrada de Sybella. Ella podía ver la forma en que su cabello pelirrojo se enroscaba sobre su frente, podía ver el rosa pálido de sus labios, el reluciente blanco de sus dientes.

—¿No estás cansada de rechazar tus propios deseos, Wendy? ¿No te das cuenta? Tú y yo podríamos vivir con tus hermanos en la Isla de Pan —sus ojos azules relucieron conforme continuaba—. Todo lo que poseo sería tuyo. Podríamos ser una familia.

Una imagen llegó entonces a la cabeza de Wendy, la escena de una historia que había escuchado tiempo atrás, en lo que parecía otra vida: Peter, de pie sobre el cuerpo del padre de Garfío, asesinado por no haberlo elegido a él por encima de su hijo.

—Tómame si puedes, entonces —lo desafió Wendy.

Peter hizo una mueca terrible, pero no se movió. Los hombres no podían atravesar Sybella, y ella podía sentir el zumbido de la magia que la protegía. Peter lo temía, temía a aquel arcaico poder femenino.

—Déjame ser, Peter.

Wendy giró para irse. El aire sobre su cabeza estaba limpio... y de alguna manera, seguro.

El chico levantó la voz, enfurecido.

—Muy pronto caerás en mis brazos y rogarás por mi amor. Lo sé. Seré el único al que querrás.

Wendy siguió caminando.

—Tengo que irme. Adiós, Peter.

Los hermosos rasgos de Peter se transformaron en una mueca de rabiosa locura mientras le gritaba a la muchacha, fuera de sí:

—¡Nadie le dala espalda a Peter Pan! ¡Nadie! ¿Me escuchas? ¡Mataré a cada ser vivo de Nunca Jamás si es necesario! Estos mares se teñirán de rojo cuando haya terminado. ¡Túy tu amiguito Garfio no han visto nada todavía! ¡Telo juro por las vidas de tus hermanos, ME AMARÁS !

Su diabólico soliloquio continuó, y cada una de las palabras se clavaron como astillas en el corazón de Wendy.

—**¿Me estás escuchando? ¡TE ARREBATARÉ TODO LO QUE AMAS !**

Siguió gritándole él, y su voz rugía en los oídos de Wendy, cada vez más intensa conforme la chica avanzaba por la Costa Gris hacia Miath.

U

na larga hilera de enjutos peñascos separaba a Sybella de la costa. Se apilaban sobre la cabeza de Wendy con las cimas teñidas de blanco, no debido a la nieve sino al polvo fino de los huesos triturados. Wendy anduvo entre las rocas, tratando en vano de limpiar la sangre de Peter de entre sus manos o su vestido. “Te arrebataré todo lo que amas.” Aunque su corazón todavía se agitaba al recordar la violencia súbita de la conversación, haber visto a Peter era de alguna forma justo lo que necesitaba. *Ésa era la razón por la que vine a la laguna de las sirenas.* Renovó su propósito y sus fuerzas. La mirada en los ojos de Peter, el poder de sus palabras y su contacto, por eso Wendy

necesitaba hablar con las sirenas, para que un día Nunca Jamás (y su familia) pudieran ser libres de la tiranía, de aquel juego construido sobre los cuerpos de demasiados hombres y niños.

Wendy pasó por una serie de rocas menguantes que se organizaban en forma de círculo. La vegetación había comenzado a crecer alrededor de las rocas; hojas blancas se instalaron en su superficie, en un conjunto de enredaderas no muy distintas de la hiedra verde que trepaba alrededor de la ventana del cuarto de los niños, allá en Londres.

—Wendy...

La canción que había escuchado cuando atravesó Sybella volvió a resonar en sus oídos; era una íntima melodía, una canción de cuna que se deslizaba por su piel, desnudándola.

—Hemos estado esperándote, Wendy. Ven con nosotras.

Las rocas se cerraron por encima de la cabeza de Wendy, y ella dejó de avanzar. El camino había terminado de manera súbita, y delante de la chica yacía una cortina de hiedra verde y azul, cuyas hojas eran más anchas que la palma de su mano. El olor del mar le llenaba la nariz mientras la chica se asomaba por entre las cortinas, y las voces de las sirenas se hicieron más y más fuertes hasta alcanzar un coro desafiante, pues cada una cantaba su propia canción y sin embargo estaba en armonía con todas las demás. Las voces la traspasaban como si ella misma fuera una roca en el mar. Wendy miró hacia atrás y vio a Sybella reluciente bajo la luz del sol, las olas dentro de ella danzando con su cadencia especial, aquella que les marcaba la canción de las sirenas. *Están cantando para ella, para la roca.* La chica volteó hacia la cortina de hiedra y ésta se abrió de forma milagrosa, pese a que no había ninguna brisa que ayudara a que se hubiera movido. Wendy pasó saliva dos veces, intentando acallar el miedo y las dudas que le atenazaban el pecho.

Finalmente se decidió y traspasó la cortina, dejando que las hojas mojadas le acariciaran el cabello. Del otro lado, una ancha laguna se abría frente a ella, quizá de ochocientos metros de largo. Colores vibrantes, casi violentos en su exuberancia, la asaltaron desde cada una de las superficies: corales rosados y amarillo limón explotaban desde el agua de perfecto azul; rocas con musgos color esmeralda se alzaban por encima de las aguas, cubiertas de flores moradas que poseían largos pistilos color crema. Todo tipo de flores cubría cada centímetro de la laguna, y la muchacha admiró en silencio los árboles que se alineaban a la orilla del estanque. No había playa ni arena, sino más bien un

suelo musgoso que llevaba directo al agua. Ella luchó por mantener la concentración, pues sus sentidos estaban colmados debido al exceso de belleza. Un extraño chillido surgió de las aguas azules, y la chica se agachó para asomarse al estanque.

El agua se mantuvo quieta por un momento antes de que algo saliera volando en dirección a Wendy. La muchacha saltó hacia atrás por instinto. Una gigantesca criatura la miraba; era del tamaño de un caballo, pero tenía la piel brillante y aceitosa, gris y muy suave, y nariz en forma de botella. Abrió la boca y lanzó un chillido feliz en dirección a la joven. Tenía un diminuto agujero negro en la cabeza, y cuando Wendy lo miró, un pequeño chorro de vapor y agua salió disparado por ahí. Sus ojos como canicas negras la observaban, y la novel mujer sintió una corriente de bondad y gentileza que emanaba de aquella serena criatura.

Con cuidado, la chica se tendió sobre su estómago y extendió la mano, tratando de tocar a aquel ser que no había dejado de examinarla. El animal levantó la nariz hacia los dedos de Wendy, quien se dio cuenta demasiado tarde de que no la estaba oliendo a ella sino la sangre de Peter. El espécimen se alejó rápidamente después de lanzar un chillido de disgusto. Desapareció bajo el agua y Wendy frunció el ceño, extrañando la paz que había sentido en su presencia. Un delfín, así era como se llamaba. Ella había visto uno en alguno de los libros ilustrados de su padre.

—¡Regresa! —le susurró a la criatura marina.

La laguna estuvo quieta durante un momento antes de que el cetáceo regresara, saltando de forma espectacular entre las aguas antes de aterrizar de lado, salpicando por completo a una muy complacida Wendy. Ella saltó hacia atrás, con el agua goteándole de la nariz y el cabello, y aplaudió entusiasmada.

—¡Bienhecho! —le dijo.

El delfín chapoteó feliz con la cola, volviendo a empaparla y desapareciendo después en la laguna.

—¡Bravo! —exclamó Wendy, fascinada.

—Veo que has conocido a Maji —dijo una voz femenina.

Sin verla, Wendy supo que se trataba de la reina.

La muchacha se puso de pie y se alejó despacio de la laguna. La voz hacía eco a través del agua, cayendo por las paredes de piedra, las flores, el musgo, en todas partes y en ninguna a la vez. Hermosa y cruel, comenzó a desbaratar la confianza de Wendy.

—Es agradable poder conocerte por fin en persona, Wendy Darling. Hemos escuchado mucho de ti.

El agua de la laguna, que se había mantenido quieta, ahora oscilaba hacia adelante y atrás en pequeñas olas. Estas últimas se volvieron más y más grandes, formando un patrón circular que se movía alrededor de las rocas, una ola cruzando otra, creando un pequeño remolino. Toda la laguna vibraba con un zumbido, conforme el coro reverberaba a través del agua.

La reina Eryne surgió del centro del remolino.

Los padres de Wendy le habían enseñado a no maldecir nunca, pues era impropio de una dama, así como vulgar.

Aun así, la boca se le abrió de par en par con las palabras familiares, y todos los buenos modales que pudiera haber aprendido se esfumaron en un instante.

Santa madre de Dios.

W

Wendy se alejó tan veloz como pudo del borde del estanque y parpadeó con rapidez, tratando de encontrarle sentido a lo que estaba viendo. Era demasiado, los colores de la laguna, el azul del agua, y aquí una sirena cuya belleza le quemaba los ojos. Sin su permiso, una lágrima salada se deslizó bajo su mejilla y le salpicó la orilla del camisón. Erguida sobre una cola que centelleaba con la luz titilante de la superficie lacustre, la reina Eryne se alzaba sobre un remolino acuoso, y miraba a Wendy con ojos hambrientos. Aprovechando la fuerza del agua, la reina se acomodó en una de las rocas al centro de la laguna con un chapoteo. Luego señaló en la dirección de Wendy y tres rocas musgosas se levantaron desde la profundidad, lanzando a un montón de cangrejos diminutos de regreso al fondo.

—Acérquese, señorita Darling —ordenó la reina—. Las sirenas somos capaces de ver muchas cosas, pero la distancia no es nuestro fuerte.

Wendy caminó hacia adelante. Su pantufla presionaba el musgo mojado. La criatura juguetona de hacía un momento ahora permanecía junto a la reina, removiendo el agua con su gigantesca cola y emitiendo chillidos felices cuando ella le acariciaba el lomo con la pálida mano. Moviéndose con

cuidado entre las rocas resbalosas, la muchacha logró llegar a una piedra más pequeña que se encontraba junto al trono de la reina. El agua, que hasta hace unos momentos era de un vivo color cian, ahora estaba llena de extrañas ondulaciones azules y violetas, e incluso de algunas ondas color mármol negro. Wendy parpadeó y volvió a mirar al tiempo que un escalofrío de horror la recorría por completo. Eran sirenas. Bajo el agua, nadando y removiéndose, amontonándose unas con otras, cientos de sirenas seguían sus pasos, atentas mientras ella brincaba de roca en roca. Wendy dejó de caminar.

—Creo que me quedaré aquí, si no le importa —declaró.

La reina Eryne le dirigió una sonrisa divertida.

—Ahora que estás aquí en Miath, ¿no se te ocurre que te encuentras completamente a nuestra merced? —le preguntó—. Incluso los piratas nos temen, pequeños hombres que miran hacia abajo desde sus frágiles embarcaciones, sin saber que navegan hacia su muerte, que el mar susurra sus nombres día y noche.

La reina movió los dedos como si estuviera jugando con alguna marioneta imaginaria. Wendy se arrodilló con cuidado y colocó su camisón en un círculo a su alrededor. Trató de mantener el semblante sereno, pero la belleza de la reina era abrumadora, distractora.

La reina suspiró.

—Mira cuanto quieras, niña —le dijo—. La mayor parte de los humanos jamás podrá ver lo que ahora tú estás atestiguando. Fuimos diseñadas por los dioses y no estamos destinadas a este mundo, sino al nuestro.

Las palabras de Garfio reverberaron en la mente de Wendy. *Apuesta por su orgullo.*

—Usted es en verdad muy hermosa, majestad —afirmó la muchacha—. Ni siquiera con mi imaginación podría crear tanta belleza.

Al menos no había necesidad de mentir. Cascadas de cabello ensortijado caían en lujosos rizos alrededor de la reina, color azul celeste y violeta pálido mezclados con hebras de oro reluciente. Sobre su cabeza yacía una corona que Wendy primero pensó de coral, pero luego se dio cuenta de que estaba hecha de huesos humanos. La joya de la corona era el esqueleto de un caballito de mar, preservado para siempre en una burbuja de cristal. Espesas pestañas del mismo tono azul y violeta de sus cabellos enmarcaban los ojos azul cenizo de la reina, que parpadearon hacia Wendy. Tenía una afilada nariz romana y pómulos altos que conducían a unos labios cubiertos con escamas aperladas y

diminutas, multifacéticas, que cambiaban y se transformaban según les diera la luz. Cuando hablaba, su boca relucía con estrellas de jade. Su piel era de color crema pálido, sin ningún tipo de imperfección, como si hubiera sido esculpida del más fino mármol.

A Wendy le recordaba una de las estatuas de Miguel Ángel (las líneas duras, la perfección curvada de la carne) que la había hecho ruborizarse al mirar una estampa en casa de sus padres. Las palmas de la reina estaban adornadas por seis dedos en cada mano, mismos que ahora se entretenían jugando con su cabello. No llevaba ningún tipo de atuendo, y Wendy se ruborizó cuando sus ojos recorrieron el torso de la reina, que terminaba con aquella cola gigantesca. Esta última en sí misma estaba cubierta de escamas que se organizaban en patrones circulares, y los colores que se superponían le recordaban a Wendy las colas de los pavorrales. El agua escurría de la cola y caía de nuevo en la laguna, donde docenas de otras sirenas nadaban en silencio bajo la superficie, agitadas. La mano de Wendy tembló. La voz de la reina la inundó.

—No te tocarán si no doy la orden primero. No debes tener miedo, no todavía.

Wendy inclinó la cabeza con respeto. Era el momento de obtener lo que había ido a buscar.

—Reina Eryne, he venido en busca de respuestas. Respuestas que considero...

La reina la interrumpió, inclinándose hacia adelante de forma que sus ojos se encontraran con los de la muchacha.

—Conozco las respuestas que buscas, niña tonta. ¿Cómo te atreves a venir a mi reino y asumir que puedes decirme lo que yo debo contestar? El mar conoce todos tus secretos, cada palabra que se ha dicho desde el inicio de Nunca Jamás. Es antiguo y sabio, y tú no eres más que una mota de polvo que se va a tragar, y entonces no serás ni eso —la reina movió su largo brazo con disgusto—. Como dicen en tu mundo, polvo eres y en polvo te convertirás.

Wendy no pudo evitar sorprenderse.

—¿Mi mundo? —preguntó.

—Ah, sí, sé algunas cosas del mundo del que provienes. Todos están conectados, aunque de maneras que no puedes empezar a imaginarte. Los mares están separados pero son uno mismo, y cada una de las olas de Nunca Jamás conoce a cada una de las olas de los océanos de tu mundo. Las olas

pasan de un mundo a otro todo el tiempo, a través de abismos que cruzan los océanos, desconocidos e imposibles de someter.

Wendy sintió una ligera sonrisa que se abría paso en su rostro, de alguna forma reconfortada sabiendo que el agua que la rodeaba en Nunca Jamás era la misma que golpeaba las costas de Gran Bretaña. Quizá su familia no estaba tan lejos como ella hubiera pensado.

Sin embargo, ahora mismo estaba viendo a una sirena.

La reina Eryne golpeó la roca con impaciencia con su gigantesca cola; delgados filamentos de color rojo, verde y azul se extendieron como un manto de plumas por encima de la piedra.

—¿Estás consciente del costo, niña?

Wendy pasó saliva.

—Sí —respondió—. Mi sangre, mi sangre a cambio de respuestas.

La reina sacudió la cabeza.

—No sólo tu sangre. Tu sangre de virgen —precisó, levantando una ceja que estaba adornada con perlas en cada uno de sus extremos.

Wendy sintió cómo se sonrojaba.

—Sí —contestó.

Luego la reina le hizo señas para que se acercara, y Wendy se adelantó con cuidado, sin querer aproximarse a más de un brazo de largo de la sirena, quien oscilaba hacia adelante y atrás mientras miraba a Wendy, como una cobra a punto de atacar.

—Podríamos haber obtenido tu sangre hace tiempo —dijo la reina—. Es una lástima.

Wendy hizo una mueca de dolor ante el espantoso recuerdo; cuando la jalaban en el mar, cuando luchó por su vida sin poder respirar, el sonido de aquella canción macabra...

—Peter me salvó ese día.

—¡Peter Pan! —la reina prácticamente escupió las palabras—. Ese chiquillo presuntuoso. ¿Qué derecho tiene de arrebatar nos lo que nos pertenece, lo que acudió a nuestra casa por culpa de su espíritu débil? ¡Bah!

Eryne hizo un gesto de desprecio con la mano hacia donde estaba la muchacha, y un chorro de agua de la laguna se regó sobre las rocas, como si la imitara.

—Si tan sólo pudieras entender el valor de tus inútiles venas... —los ojos de la soberana centellearon, hambrientos—. Tu sangre alimenta nuestro jardín

de corales, que comienza justo bajo tus pies y llega hasta los confines más remotos de los mares de Nunca Jamás. Le proporciona alimento a miles y miles de criaturas marinas, sirenas y anémonas —Eryne hizo un gesto que abarcaba la laguna—. Es lo que hace que los colores sean tan brillantes. La sangre realza todo lo que toca, desde el tiburón hasta la más diminuta ostra — luego negó con la cabeza y agregó—: Es muy desafortunado que sólo la sangre de una muchacha virgen pueda hacer que nuestros jardines florezcan. A diario deseo que la sangre inútil de hombres y niños... —dijo señalando hacia el mar—. Bueno, entre los piratas y los niños perdidos, no tendríamos que volver a preocuparnos.

De repente Wendy se sintió muy celosa de su corazón, vivo y latiendo. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—No he venido a *darte* mi sangre —le aclaró a la reina—. He venido a *intercambiar* un poco de ella por respuestas. Debo saber cómo vencer a la Sombra.

La reina Eryne echó la cabeza hacia atrás, con lo que su cuello dio la vuelta completa sobre sí mismo.

—Sabía que eso era lo que buscabas. Sabía que invocarías su malvado nombre frente a mis hermanas.

Hubo siseos estremecidos por debajo de las aguas, y una cacofonía de notas rotas llenó el aire.

—La Sombra perturba a mi gente.

Wendy dio un paso hacia atrás. El miedo, que con sus finas yemas le acariciaba la espina dorsal, paralizaba su mente.

—Sabemos que lo ayudaste —le dijo la chica a la emperatriz de las sirenas.

—¡No sabes nada!

El tono de la monarca era alto y estrangulado, y diversas piezas de cristal que flotaban en la laguna explotaron todas a la vez. Eryne levantó la cabeza, mirando a Wendy por debajo de su enorme corona de huesos; los ojos pálidos relucían de rabia.

—De acuerdo —concedió—. Cerramos el trato. Tu sangre por las respuestas que buscas y luego sabrás la verdad —la reina temblaba por la anticipación—. Tomaré lo que necesito y ni una gota más.

Wendy extendió la mano en un gesto de negocios que había visto hacer a su padre muchas veces. La reina se echó a reír.

—Niña tonta. El trato se cierra cuando tu sangre toca las aguas.

Se adelantó hacia Wendy y la tomó con brusquedad por el brazo. Su agarre era tan fuerte que la chica ni siquiera hubiera sido capaz de resistirse. Eryne la arrastró con violencia a la roca musgosa más baja de la laguna antes de colocarla de cara contra la piedra.

—Será rápido, sentirás que pasa como en un sueño.

Wendy cerró los ojos y murmuró una plegaria mientras sentía que el agua de la roca le empapaba los cabellos. La reina Eryne se alzaba por encima de ella, y Wendy estaba lo suficientemente cerca como para oler su aliento nauseabundo, una potente mezcla de pescado crudo y el aroma de las flores frescas. El brazo de la muchacha fue extendido de manera que su muñeca yacía sobre el agua, y no pudo evitar emitir una exclamación de horror cuando vio que seis sirenas salían de la laguna para rodearla. El agua goteaba de sus cabellos incandescentes, y la miraban conforme sus ojos se transformaban del negro marmóreo a las pupilas pálidas que ella ya había visto en Eryne. Extendieron los brazos fuera del agua, cada una sosteniendo una concha y cantando, lo cual tranquilizaba a Wendy, pese a que se encontraba bastante ansiosa. Las palabras la traspasaban, una serena canción de cuna sobre el mar y el cielo; aunque su mente protestaba, sintió que su corazón se tranquilizaba y que su respiración se volvía profunda y acompasada.

La reina se inclinó sobre su mejilla y le dio un beso.

—No tengas miedo, hermana —le dijo—. Eres una de nosotras, pues aunque seamos de distintas especies, todas somos mujeres. Respira y te diré lo que tu alma anhela saber: una historia de sombras y corazones rotos.

Wendy sintió que algo delgado y duro le cortaba la muñeca. Con una mueca de dolor, giró la cabeza justo a tiempo para ver un cuchillo de hueso, ahora manchado de rojo, que caía al agua. Un delgado hilito de sangre carmesí bajaba de su muñeca y caía en la laguna. Una de las sirenas, cuyos relucientes cabellos verdeazulados estaban recogidos por una peineta de coral, miró a la reina.

—Es buena, su majestad —le dijo.

Todas las sirenas voltearon entonces hacia Wendy; se mostraban hambrientas, y ella deseó nunca haberse metido en aquel cubil de lobos insaciables.

Seré valiente. Seré valiente. Seré...

La reina la tomó por la barbilla, apartando la mirada de Wendy de su

muñeca ensangrentada.

—No las veas. Mírame a mí. Escucha mis palabras —ordenó.

Y con eso Wendy se rindió, permitiendo que las palabras de la reina la acariciaran como un pañuelo de seda. Una adormecedora luz azul se paseaba por las escamas de sus labios.

—Me preguntas cómo vencer a la Sombra, y cómo vencer a Peter Pan. Puedo decirte una de esas cosas, pero no la otra. Peter Pan es simple; el chico todavía es mortal, después de todo, y se le puede matar con demasiada facilidad como a cualquier humano. Un cuchillo, veneno, ahogándolo. Pero la Sombra...

La reina se inclinó hacia atrás, y Wendy pudo ver dos delgadas branquias que adornaban ambos lados de su largo cuello. Se abrían y cerraban mientras hablaba; sus palabras mojaban a Wendy como el agua de la lluvia.

—Debes saber que no fue mi culpa, yo nunca quise... —Eryne suspiró—. Conocí a Peter cuando llegó a Nunca Jamás, y era un muchacho ordinario. Todavía ni siquiera podía volar. Lo conocí en un bote de remos en medio del océano, intentando pescar. Había estado cantando, y fue su voz la que me llamó. Le perdoné la vida a cambio de una canción, y me cantó la más hermosa de las historias, sobre un hombre llamado Wick y una costa color esmeralda.

Wendy sintió cómo las náuseas se apoderaban de ella. Se preguntó cuál de las versiones de la historia le había contado Peter a la reina Eryne. ¿Un pobre muchachito a merced de sus hermanos y hermanas? ¿O la verdadera... que era un niño rico, hijo de un noble, quien abusaba de sus sirvientes y esclavos?

—Seguí visitándolo después de eso, en las costas de su hogar en la Isla de Pan, y hablamos de muchas cosas, cosas íntimas y antiguas.

Wendy parpadeó. Comenzaba a sentir un poco de dolor trepando por su muñeca.

—Lo invité a visitar Miath bajo mi protección, y él accedió —continuó la sirena—. Podemos dar permiso a quien queramos para que nos visite, pero por lo general no aceptamos huéspedes. Había pasado mucho tiempo desde que un hombre puso un pie en nuestra casa. La decisión enfureció a algunos miembros de mi clan.

Bajo el agua, Wendy pudo percibir un coro de llantos, de lamentos y desacuerdos. Las sirenas escuchaban cada palabra de la reina.

—Nos volvimos... más cercanos. Él venía a visitarme con frecuencia, y se

ganó los favores de muchas de nosotras, aunque había algunas que dudaban de sus intenciones. Yo las ignoré, porque este chico mortal me confundía. Manipulaba mis emociones con algún tipo de magia humana...

Wendy susurró:

—Lo amabas. Te enamoraste de él.

La reina se aferró a los hombros de Wendy. Sus seis dedos se encajaron en la clavícula de la muchacha.

—Las sirenas no creemos en tu lastimero concepto humano de amor —respondió Eryne, indignada—. En tu mundo lo utilizan para justificar los más horribles comportamientos. Lleva a la caída de grandes civilizaciones, y hace que las mujeres se conviertan en esclavas. Nunca jamás vuelvas a acusarme de amor.

La laguna quedó en silencio, y Wendy supo que había tropezado con una verdad.

La reina Eryne se enamoró de PeterPan. Por supuesto.

Wendy se sentía más empática de lo que le hubiera gustado. Sé lo fácil que resulta, cómo una mirada de aquellos ojos esmeralda podía deshacer cualquier reserva, cómo una sonrisa traviesa, dirigida sólo hacia una, era el sol que brillaba sobre la parte secreta de mi alma, llevándome hacia la luz. Wendy se movió y sintió el cansancio en cada uno de sus huesos.

¿Cuánta sangre han tomado? ¿Cuánto tiempo ha pasado? La laguna parece más oscura que cuando llegamos. Su boca estaba seca y cuarteada.

—La Sombra... háblame de la Sombra —pidió en un susurro.

La reina Eryne miró hacia un lado con un gesto de vergüenza que le oscurecía los rasgos.

—Las hadas —dijo al fin—. Todo empezó con las hadas. Eran criaturas orgullosas y arrogantes. Gobernaban Nunca Jamás y habían decidido declarar que todo estaba bajo su control; incluso los árboles y las montañas, que les pertenecían a los indios pilvinuvo. Declararon su señorío sobre los ríos y los lagos, los mares y todas sus criaturas, pese a que nos pertenecen. Las hadas pretendían gobernarlo todo, clamando que su paz benevolente era la mejor ley de vida para todos los seres. No sabían nada de nuestra forma de vivir. ¡Bah!

La reina sacudió la cola con rabia.

—Las hadas y sus tontas canciones, ellas son las verdaderas culpables. Peter Pan estaba obsesionado con ellas, en especial con su don del vuelo —Eryne se atragantaba con sus propias palabras, celosa—. ¡Volar, como si fuera

una cosa tan admirable! Flotar por el aire como una tonta mariposa. ¡Las sirenas no sólo podemos nadar, sino que respiramos en la tierra y en el mar! Y a pesar de eso Peter no nos consideraba dignas de admiración, ¡oh no! Eran las hadas a quienes quería imitar. Había intentado ser su amigo, pero ellas no lo aceptaron como nosotras.

De repente la reina se detuvo, con un chorro de agua resbalándole por el rostro. Una lengua negra y bífida emergió de su boca y lo lamió. Wendy pensó que quizá vomitaría.

—Aunque, viéndolo a la distancia, creo que Qaralius, su rey, vio una oscuridad en Peter que yo no pude ver. Él no estaba cegado por los mismos... problemas —la reina se ruborizó—. Peter me rogó que interviniera a su favor con las hadas. Estaba obsesionado. Yo quería complacerlo, porque me amenazó con dejarme y no venir a verme nunca más.

Un gemido enojado surgió de las aguas, doloroso y funesto. Wendy se sentía muy, muy cansada. La reina miró durante un momento a sus súbditas, que giraban alrededor de la muñeca de la muchacha como tiburones famélicos.

—Él iba a dejarnos. ¿Qué más podía hacer?

Un conjunto de gritos furiosos emergió desde las profundidades, y la laguna se llenó de olas enojadas. La voz de la reina se elevó también, llena de rabia:

—¡Las escucho, hermanas mías! Sé que no debí habérselo dicho. Fue un grave error, pero he tratado de enmendarlo. ¡Silencio!

La laguna se quedó quieta de inmediato, y la monarca suspiró.

—No quería que se fuera, así que le dije acerca de la canción que llama a la Sombra. Cuando las hadas la invocaban, podía sentir su movimiento desde donde fuera que anduviera —la voz de Eryne se entristeció—. Luego su presencia era ligera y cálida. Amable.

La reina sacudió la cabeza y entrecerró los párpados.

—Creí que él se burlaría de las hadas por su tontería, pero en lugar de eso Peter escuchó la canción, llamó a la Sombra y la ató a sí mismo. Furioso de que las hadas lo hubieran despreciado, Peter le ordenó a la Sombra que las matara. Él sabía que Qaralius era la mayor amenaza para su poder, y quería quitárselo de encima.

—Pero salvó a Campanita —susurró Wendy.

—Sí. Durante la masacre que ordenó, le pidió a la Sombra que dejara vivir a Campanita, y le hizo creer que la había salvado. A cambio de eso ella le dio velocidad, vuelo y la capacidad de no envejecer jamás. Creo que cuando ella

hizo eso, la relación de Peter con la Sombra se volvió todavía más oscura.

Los párpados de Wendy luchaban por no cerrarse. *Mantente despierta*, se ordenó a sí misma, *¡permanece alerta!* Las sirenas bajo ella sisearon. Algo estaba apretando y jalando la muñeca de Wendy hacia abajo, exprimiendo las venas de su brazo. Ella hizo un gesto de gran dolor.

—¿Y ahora? —preguntó Wendy.

La reina se enderezó.

—Sólo he sentido a la Sombra una vez desde la masacre de las hadas —explicó.

Wendy tembló. El *Costa Soleada*. La reina bajó más y más la voz, hasta que se convirtió en un susurro.

—Es una materia muerta y fría, llena de malicia. Destrozó a las hadas como si fueran de papel. Eran criaturas fuertes, y a pesar de eso no pudieron ofrecer ningún tipo de resistencia. Escuché sus gritos desde el fondo del océano, en los abismos más profundos de los mares.

Eryne se veía angustiada ante la fuerza del recuerdo.

—Ahora todos somos rehenes del mismo niño cruel, el niño que un día jugó aquí mismo, en nuestra laguna. El mismo niño que alguna vez me hizo creer en historias fantásticas.

La voz de Wendy era apenas un susurro. Se forzó en mantener los ojos abiertos una vez más.

—Tú le temes a la Sombra.

—¡Yo no le temo a nada! —gritó la reina aferrándose todavía con más fuerza al brazo de Wendy. La sangre chorreó sobre la laguna y un coro de satisfechos suspiros de sirena siguió al reguero de gotas—. Pero Nunca Jamás no podrá ser libre mientras la Sombra siga esperando. Somos prisioneros de nuestro propio paraíso.

—¿Dónde está la Sombra?

La soberana tarareó durante un segundo, y el eco de su voz rebotó en las paredes de la laguna, como una cascada de cuerdas de arpa que hubieran sido tocadas todas a la vez.

—Descansa en el Jardín Prohibido, aquel que un día fue la magnífica ciudad de las hadas. Duerme hasta que Peter la vuelva a llamar. Sin embargo, al mismo tiempo que reside en el Jardín Prohibido también vive dentro de Peter.

Wendy trató de sentarse.

—¿Cuál es la prisa, querida?

Wendy levantó el brazo y se alarmó al darse cuenta de lo pálido que estaba. Las venas azules resaltaban por el contraste con lo blanco de su piel. Se puso a temblar, de pronto congelada, aunque se encontraba en medio de la cálida laguna.

Cuando miró a través del agua azul, pudo ver cientos de ojos negros observándola, con los cabellos ondulantes flotando a escasos centímetros de la superficie. Miró de regreso a Eryne y levantó la barbilla, indignada.

—A pesar de que te agradezco por tu historia —precisó—, aún no has respondido mi pregunta: ¿Cómo se hace para vencer a la Sombra?

La reina la miró, con sus brillantes ojos cristalinos recorriendo una y otra vez el rostro de la muchacha.

—Ay, niña. Debes saber que no puedo permitir que te vayas —le advirtió—. Tu sangre es demasiado preciada, y mis hermanas están hambrientas. Los mares necesitan su alimento. ¡Un noble sacrificio por Nunca Jamás! Deberías sentirte afortunada por poder cumplir con tan tremendo honor.

Wendy se arrodilló, tratando con desesperación de mantenerse consciente, pues la cabeza le daba vueltas.

—Dime —aseveró—: ¿cómo se le derrota?

La reina se echó a reír.

—Creí que era obvio por mi historia. Me disculpo por ello. Todo está dentro de la canción. Primero debes alejar a la Sombra de Peter. Debe ser separada de él exactamente de la misma manera en que fue atada a él.

—¿Y la canción?

—Sólo dos la conocen. El que la guarda y el que la teme.

—¡No me hables con acertijos! —gritó Wendy, que empezaba a perderla paciencia.

La emperatriz parpadeó.

—No conozco los acertijos —declaró—. Sólo te hablo de las respuestas del mar.

Se le estaba acabando el tiempo. Wendy podía sentir cómo la tensión ascendía en el aire.

—¿Y una vez que la llamemos? ¿Una vez que cantemos la canción exactamente como se cantó aquella otra vez?

La reina se elevó sobre la roca, inclinando el cuerpo para que su rostro estuviera al mismo nivel que el de la muchacha.

—Entonces estará libre de Peter, lo cual podría ser más peligroso pues nadie tendrá control sobre ella. La Sombra debe ser liberada y destruida de inmediato.

Wendy negó con la cabeza.

—¿Cómo puedes matar a la Sombra? ¿Cómo matas a la muerte? —se preguntó.

Eryne hizo una mueca.

—Con un acto de pura luz. Sólo la luz más pura puede vencer a la oscuridad.

—¿Y qué tipo de acto sería ese?

La reina negó con la cabeza.

—Por desgracia hemos llegado al final de mi conocimiento sobre la Sombra. Te he contado todo lo que sé, justo como prometí. No te estoy ocultando nada.

Luego extendió una mano y acunó con ella el rostro de Wendy.

—Ahora déjame cantarte una suave nana, y pasarás con tranquilidad de este mundo al otro, sabiendo que tu sangre alimentó nuestros mares para los próximos cien años.

A Wendy se le encogió el estómago y se inclinó hacia adelante, colocando las manos sobre las rodillas para no sucumbir a otro ataque de náuseas.

—¡No! ¡No! ¡Teníamos un trato! —gritó.

Las piernas se le doblaron como listones cuando intentó ponerse de pie. Gateando, la muchacha intentó llegar al borde de las rocas musgosas, con el pánico subiéndole por el pecho.

—Lo siento, querida, pero así es como tiene que ser. Un cangrejo que camina hacia la guarida de un pulpo no sobrevive al encuentro.

El corazón de Wendy latía despacio. La sangre seguía goteando de su muñeca, mezclándose con la propia sangre seca de Peter. *Tengo que pensar en algo. Algo, lo que sea. Piensa. Piensa.* Wendy dejó escapar un jadeo y levantó la cabeza, forzando su voz a permanecer fuerte, sin que se notara el miedo que amenazaba con engullirla.

—Me vas a dejar salir de aquí —declaró.

—¿Y por qué haría eso? —preguntó Eryne—. No es nada personal, querida. Eres un regalo que pretendo conservar.

¿Por qué? ¿Por qué? Wendy cerró los ojos durante un momento antes de abrirlos, decidida.

—Me vas a dejar ir porque el *Noche Repentina* está encallado justo frente a tus costas.

—El *Noche Repentina* no puede tocarnos. No le tememos a los piratas — agregó la reina—. Sólo son hombres.

—Sólo son hombres, es cierto. Asquerosos, desagradables y traicioneros hombres. Pero también son hombres con cañones.

—Sus cañones no pueden tocarnos aquí, en esta laguna, ni bajo los mares.

—No, no pueden —los ojos de Wendy se abrieron por completo y un intento de sonrisa se asomó a sus labios—, pero sus cañones pueden alcanzar a Sybella, que es hacia donde apuntan mientras me esperan.

Los ojos de la reina centellearon al tiempo que la laguna comenzaba a temblar por los desesperados gritos de las sirenas que se hallaban bajo el agua.

—No. Mientes —dijo Eryne.

Wendy levantó la barbilla.

—¿De verdad piensas que iba a venir hasta acá sin alguna clase de salvoconducto?

El rostro de la reina se contrajo de rabia al tiempo que enarcaba las cejas.

—¡Mientes!

Y era verdad: mentía.

—No, no miento. El *Noche Repentina* es mi hogar aquí en Nunca Jamás, y sus cañones pueden destrozarse Sybella en tres tiros o menos. Si no estoy a bordo de su barco para el atardecer, convertirán tu preciada roca en polvo.

La reina lanzó un gruñido y abofeteó a Wendy con fuerza de un lado de la cara, volteándole el rostro. Wendy volteó a mirarla, sin miedo.

—¡Ni siquiera es la primera vez que me han abofeteado esta semana!

Se encontraba en Nunca Jamás, después de todo.

—Tú, tú... —la reina ni siquiera podía terminar la oración, de lo furiosa que se encontraba.

Wendy la miró con ojos duros.

—Mi reina, ni siquiera tú puedes detener un cañón una vez que ha disparado —le dijo.

Las sirenas aullaron.

—¡Silencio, silencio! ¡Ella miente! —gritó Eryne.

Wendy temblaba con el rostro a escasos centímetros de aquella criatura cuyo aliento apestaba a sangre y peces.

—No miento. Y lo que es más, ¿no quieres que la Sombra sea derrotada?, ¿no quieren dejar de vivir con miedo de que un día pueda despertar?

Las sirenas se quedaron en silencio.

—Conozco a Peter mejor que ustedes. Sé que cada día se descontrola un poco más, y que guardar el secreto ante Campanita un día no le será obstáculo suficiente. Liberará a la Sombra otra vez. No es cuestión de si lo hará o no, sino cuándo lo hará. Perderá el control, y cuando eso ocurra no serán las hadas quienes pagarán el precio. Serán los niños perdidos, los piratas, los pilvinuvo... y ustedes. Ustedes tienen todo que perder.

La reina sacudió la cabeza.

—Lo que no parece entender es que no pienso creer que una niña educada de otro mundo, uno que lo ignora todo de Nunca Jamás, pueda en sus más salvajes sueños vencer a la Sombra. Nuestro destino es el mismo que antes de que te diera las respuestas —la reina echó el cuerpo hacia adelante—. Si el *Noche* lastima Sybella, mi clan destrozará ese barco, astilla por astilla, y yo personalmente acomodaré los huesos en el jardín de corales.

—Quizá —concedió Wendy—, pero no podrás hacerlo antes de que Sybella sea destruida, y toda la magia que contiene se derrame por entre las otras rocas. ¿Qué te dirán entonces los océanos?

Para entonces la laguna bullía de actividad. Para horror de Wendy, las sirenas habían comenzado a salir del agua, escalando las paredes verticales como lagartijas, sosteniéndose con la cola mientras las manos les servían para escalar. Docenas de ellas ascendían, con el cabello de colores y las colas goteando agua, y todas siseaban hacia la muchacha, con sus hermosos rostros contraídos de rabia. Gritaban todas a la vez.

—¡No puedes hacerlo! ¡No podemos arriesgar a Sybella! ¡Déjala ir!

Una sirena con el cabello verde pálido, del color del pasto, que llevaba una corona de algas, se izó sobre la misma roca donde estaba Wendy. Tenía un solo brazo; el otro era un muñón marmóreo cortado limpiamente a la altura del hombro.

Wendy tragó saliva con dificultad. Peter había hecho eso. Esta sirena es la que había tratado de ahogarla. Retrocedió cuanto pudo, y los ojos de la criatura se encontraron con los suyos.

—Yo digo que la mates de todas formas —dijo la sirena—. La destrozaré pieza por pieza. Piensa en la sangre.

La reina Eryne extendió una mano, protectora. El corazón de Wendy le latía

tan fuerte que parecía que iba a salirse del pecho. Trató de concentrarse, pero estaba tan mareada que no lo lograba. La laguna era una mancha azul frente a sus ojos.

—Casandra, no interfieras en esto —ordenó Eryne—. Tu rabia nubla tu entendimiento.

—Pero ella...

Un coro de voces estrepitosas ahogó las palabras de Casandra.

—¡No puedes matarla! ¡Nunca! Sin Sybella moriremos. ¡Déjala ir! ¡Si cae caeremos con ella!

La voz de la reina se alzó por encima de la cacofonía.

—Mi clan ha hablado. No arriesgaremos a Sybella —declaró.

Las voces dieron un suspiro al unísono, pues las sirenas de las paredes empezaban a tranquilizarse. La reina le gritó a Wendy:

—Me has hecho quedar como una tonta, niña. ¿De verdad piensas que puedes cambiar nuestro destino?

—Tal vez —respondió la muchacha levantando las manos y tratando de ignorar el hecho de que las piernas le temblaban terriblemente—. Tienes que dejarnos intentarlo.

La reina la miró durante un instante antes de levantarla mano.

—De acuerdo. Casandra, aléjate de ella.

—No.

Ante el desafío de la sirena, un silencio repentino se apoderó de la laguna. Todas las sirenas miraron a Casandra, quien permanecía cerca de Wendy. *Demasiado cerca.*

La reina gruñó, enseñando los dientes.

—No te lo volveré a pedir, Casandra. Deja ir a la niña o desafía las órdenes de tu reina.

Wendy dio un paso hacia atrás y Casandra, alerta, enroscó su único brazo alrededor de la cintura de la muchacha. Cuando apretó, Wendy no pudo evitar lanzar un gemido. Era como ser abrazada por la piedra. Sintió la sangre latir en sus oídos, y luego le pareció que estaba despertando por fin, que su cuerpo había entendido que ella, Wendy Darling, iba a morir. Las sirenas de la laguna observaron el desafío en silencio. Estaban alerta, atentas.

Casandra siseó y le dirigió estas duras palabras a la reina:

—Eres débil. Nos has guiado por este camino con tu frágil corazón, iluminada por un chico de cabellos brillantes. No eres adecuada para ser

reina.

Las sirenas aguantaron la respiración; las escamas de sus colas relucían de expectación.

—¿Te atreves a desafiar mi reinado? ¿Abiertamente? —preguntó Eryne. Sus ojos relucían de rabia, y su piel marmórea pulsaba con energía—. ¿Deseas ser reina, Casandra del clan Nautilus?

La sirena que sostenía a Wendy miró a su monarca durante un largo rato antes de responder.

—Sí.

Eryne asintió una sola vez, se acomodó el cabello con los largos dedos y cerró los ojos. Toda la laguna permaneció en silencio. El brazo de Casandra apretó un poco más a Wendy y el corazón de la muchacha latió desesperado.

Estoy tan, tan cansada... literalmente agotada.

—Peharemos por la corona, entonces.

Sin previo aviso, la reina se lanzó hacia Casandra, olvidando en su furia que Wendy se hallaba en medio. Su cuerpo chocó con el de su súbdita, y la muchacha sintió el impacto del golpe subir por sus huesos. Las tres rodaron fuera de las rocas musgosas y dentro de la laguna, evitando por centímetros un conjunto de corales anaranjados que las habrían hecho pedazos. Wendy estaba de pronto en el agua, los cuerpos y las aletas la rodeaban mientras luchaba por hacer que sus miembros funcionaran. El brazo de Casandra la soltó y ella cayó hacia las profundidades, entre las colas de las sirenas. Miró un hilillo de sangre que le salía de la muñeca como un rastro de tinta. *Tinta. Booth.* El agua se llenó de sonidos pavorosos, tan distintos de las canciones habituales de las sirenas, pues estaban llenos de dolor. Le dolían las orejas. Wendy se hundió más al fondo. Lo había intentado, lo había intentado en verdad, pero estaba tan cansada, tan somnolienta, y sus músculos no funcionaban de la forma debida.

El golpe de una aleta la lanzó contra la roca musgosa antes de que la arrastraran contra el choque de colas y cabello, succionada por la violencia de las sirenas. El agua se aclaró durante un momento, y ella vio a la reina Eryne envolver el cuello de Casandra con sus manos. La sirena más pequeña luchaba clavándole las uñas al torso de la soberana, pero no le servía de mucho. Con un golpe de cola, la reina se colocó detrás de su desobediente súbdita y sostuvo su cabeza entre sus brazos. El cuerpo de Casandra se debatía, sin éxito. Wendy escuchó los gritos de la sirena:

—Lo siento, perdóname. ¡Estaba enojada! No debí...

Eryne no tenía lugar para sus disculpas. Volteó a Casandra de forma que su cabeza tocara una saliente de coral en extremo puntiaguda, con sus dedos delgados y afilados. Pequeños peces azules salieron de las oquedades coralinas. Wendy abrió la boca para gritar conforme la reina azotó la cabeza de la otra sirena contra las ramificaciones calcáreas, que se encajaron en sus ojos, rostro y boca antes de salir por el otro lado de su cabeza. El agua se tiñó de un tono rojo negruzco y los gritos de las otras sirenas rebosaron los oídos de Wendy.

De pronto se estaba ahogando; el agua llenaba sus pulmones.

Luego una mano que parecía de piedra la tomó por el brazo. En lugar de seguir cayendo por la laguna sin fondo, fue lanzada sobre la costa. Wendy boqueó para poder respirar. Alguien le golpeó el pecho y la colocó bocabajo. Tosió agua. Una sirena con el cabello corto y morado se inclinaba sobre ella. Sus labios tenían escamas rosa pálido, y brillaban como perlas abiertas. Sus ojos dorados miraban a través de la muchacha.

—¡Vete de aquí, corre! —la apuró—. ¡Corre y dile al *Noche Repentina* que tenga piedad de Sybella! ¡Vamos, ve!

Pero Wendy no tenía la fuerza para correr. Apenas podía ponerse de pie; no le quedaba sangre en las venas. Su muñeca todavía sangraba. Su muñeca... los ojos de Wendy parpadearon. ¡El brazalete! Su mano tembló al tiempo que acarició las hojas marrones.

—Necesito fuerza —pidió en un susurro.

El brazalete emitió un zumbido casi inaudible, con sus hojas apretándose contra la piel de Wendy después de vibrar. La misma luz dorada que había envuelto a Lomasi corrió por el aro de metal, rodeando sus muñecas. Las hojas temblaron durante un momento y una descarga de energía llegó a sus músculos, fortaleciéndolos y endureciéndolos, pues ahora su cuerpo estaba despierto y fuerte. Wendy tomó aire, sintiendo cómo su fuerza regresaba.

La reina emergió de la laguna, con el torso y la cara cubiertos de heridas de las que manaba sangre negra. En su mano sostenía un mechón de cabello verde pálido.

—¿Alguien más se atreve a desafiar a la reina? —preguntó.

Ante esto, todas las sirenas inclinaron la cabeza con reverencia y luego se dirigieron hacia su majestad para ayudarle a curar sus heridas.

Wendy saltó hacia delante, fuera de las rocas musgosas y hacia el suelo. Corrió alejándose de la laguna, con los pulmones ardiéndole como los de un

caballo de carreras y sus pies mojados resbalando conforme aceleraba, la fuerza de sus músculos dirigiéndola sin que ella se esforzara casi. Justo antes de atravesar la cortina de hiedra, escuchó la voz de la reina que le hablaba con calma desde la laguna:

—Si derrotas a la Sombra, todo este episodio será olvidado. Si no, esperaremos para siempre, alertas para terminar lo que empezamos hoy.

Wendy logró recorrer el camino de vuelta, que no era difícil de seguir. Miró los picos hechos de huesos y más allá, hacia donde la esperaba la trepidante Sybella. No se detuvo a sentir la corriente de magia que le atravesó la piel como el beso de un pañuelo de seda. Conforme corría, las plegarias fluían de manera involuntaria de sus labios, plegarias de agradecimiento porque había sobrevivido. *No debía haber sobrevivido*. Una mentira astuta era todo lo que la había salvado. Sacudió la cabeza, incrédula.

¿Quién era aquella chica que corría por su vida, cubierta de sangre y con el vestido desgarrado, colgando en jirones alrededor de sus piernas, el cabello una mezcla amorfa de viento y sal? Añoró por un momento ser la muchacha que había sido, poder acurrucarse bajo la ventana con un libro y una taza de té como una niña decente. Segura. Al mismo tiempo, sus piernas la empujaban con violencia y Wendy se daba cuenta de que también era esta otra chica, alguien valiente y osada. Una luchadora. Libre. *Soy ambas*. Y podía sentir que su fuerza no sólo provenía del brazalete, que ahora despedía una luz parpadeante pues su poder disminuía con cada segundo que pasaba, sino también de muy dentro de ella, del deseo de vivir costara lo que costara.

Porque volvería a abrazar a Michael.

Peter no podía ganar. Por encima de todo > no podía ganar.

Sus cuarteados labios sonrieron cuando vio que la playa rocosa se extendía en toda su gloria frente a ella, con algas que habitaban pequeñas pozas, enclaves rocosos de manantiales calientes. Ante ellos se extendía el mar, que con su paz cuidaba y protegía a aquellos seres malévolos y mágicos que sin duda estarían nadando en círculos dentro de sus olas color turquesa. *Observando*. Smith la esperaba bajo un saliente de roca que se inclinaba sobre el mar. Ella surgió de los picos brillantes y una sonrisa feliz iluminó los desgastados rasgos de pirata. Se repuso pronto y convirtió la sonrisa en una mueca, de modo que ahora tenía el mismo semblante hosco de siempre.

—Apresúrate, niña, ¡te hemos estado esperando mucho tiempo!

Wendy trepó a la roca con las piernas temblorosas, y varias veces le

fallaron las fuerzas pues los pies se le resbalaban en los salientes húmedos. Sus brazos se sentían inútiles, y la muñeca le punzaba con un dolor sordo. Logró llegar a la cima de la roca y gateó hasta el saliente, mirando hacia abajo. Smith le tendió los brazos y Wendy se detuvo. Era un asesino, un ladrón, el tipo de hombres al que hubiera evitado a toda costa si estuvieran en Londres. Era, en cualquier caso, un desperdicio de ser humano. Y sin embargo la muchacha se dejó caer de la roca, con el vestido flotando a su alrededor como los pétalos de una flor, para llegar a los tatuados y gigantescos brazos del pirata.

—Te tengo, niña. Estarás bien. El capitán se pondrá bastante contento de verte.

En ese momento Wendy perdió la conciencia de manera gradual y su cerebro fue engullido por una reconfortante oscuridad. Las campanas que llamaban a su familia a misa cada domingo repicaban muy dentro de su pecho. La última cosa que recordaba era mirar fijamente los tatuajes de Smith, ahora presionados contra su mejilla, un demonio con rostro de carnero y el cuerpo de un hombre riendo malvado, y sobre él un ángel estoico empuñando una poderosa espada, listo para embestir. Brillantes peces nadaban alrededor de ambos, y toda la escena estaba sujeta a un ancla que se enroscaba sobre la muñeca del pirata. Conforme Smith la tendió en el barco y alcanzó los remos, y ella se sumergió en el océano de su propia mente, se rindió por fin al arrullo de las olas, pues las palabras de la reina se le habían quedado grabadas para siempre en la memoria.

C

uando despertó, lo primero que Wendy vio fue un ornamentado dosel de terciopelo color frambuesa con hojas doradas que se balanceaba hacia atrás y hacia adelante sobre su cabeza.

Parpadeó una vez.

—Estás despierta.

Wendy volteó y trató de enderezarse en la cama, pero su muñeca gritaba de dolor, así como su rodilla y su tobillo.

Garfio se hallaba sentado junto a la cama, con el rostro pálido y preocupado. Se adelantó y le ayudó a incorporarse, con el gancho por detrás de su espalda.

—Señorita Darling, debo admitir que me alegra ver su rostro. Había una pequeña parte de mí que estaba preocupada de que nunca volvieras a despertar. Era en verdad muy pequeña, hablando en términos relativos. Después de todo, soy el capitán de un barco pirata, y no puedo concederme

exabruptos de emociones femeninas. Bueno, pues me alegra que mi preocupación haya sido en vano. Toma un copa.

El capitán le extendió un vaso de ron, pero Wendy negó con la cabeza.

—Agua —alcanzó a decir, más croando que hablando—. Agua.

Garfio sacudió la cabeza.

—Por supuesto.

Una figura poco familiar salió de las sombras llevando una jarra de agua y un humeante cuenco con caldo.

—¡Fermina!

La mujer se sentó junto a Wendy, quien se acabó el agua en unos pocos tragos, mientras observaba los largos rizos oscuros de Fermina que caían sobre una bata amarilla, olorosa a miel y perfume.

—Despacio, despacio —ordenó la mujer—. No quieres ponerte enferma, ¿verdad? —apretó los dientes—. Esas perras codiciosas, por poco te dejan seca. Has dormido durante dos días —le dijo a Wendy mientras le ponía una mano en la mejilla—. Aunque me atrevería a decir que estás recuperando tu color ahora. Veo un saludable rubor rosado en esos cachetes tuyos.

Wendy casi se puso a llorar ante su gentileza, la forma en que la tocaba, como haría una madre, la forma en que le acercaba la cuchara a los labios, firme pero con ternura. Wendy bebió el delicioso caldo marrón, masticando las pequeñas piezas de vegetales. La cabeza dejó de darle vueltas, y se descubrió reconfortada por el bamboleo del *Noche Repentina*. Una casa temporal, pero buena de todas formas.

—¿Por qué estás aquí?

Fermina sonrió.

—El capitán necesitaba mis conocimientos médicos —explicó levantando las cejas en dirección a Smith, quien daba vueltas en un rincón—. Te sorprendería saber lo mucho que una mujer entrenada para el placer puede llegar a conocer sobre el curar.

Wendy sintió que sus prejuicios se deshacían.

—No, la verdad es que no me sorprende en absoluto —comentó con sinceridad, tomando la mano de Fermina—. Me alegra mucho ver tu cara.

—¡Bah! —explotó Smith desde el otro lado de la habitación, arrastrándose a la cama de Wendy como un oso furioso—. ¡Basta de esta charla inútil! ¡La niña tiene información para nosotros, y necesitamos escucharla antes de que vuelva a desmayarse y se tome otra siesta que le dure dos días!

Garfio levantó la mano.

—Dale un momento, Smith —ordenó, y luego dijo, volteando hacia Wendy—: Podemos esperar si necesitas más tiempo para descansar.

Wendy negó con la cabeza.

—No, he descansado lo necesario —precisó. Luego se aclaró la garganta y comenzó a narrar—: Cuando Peter llegó por primera vez a este mundo, se hizo amigo de la reina Eryne...

Horas después, cuando toda la información había sido estudiada y documentada, cuando las voces de los cuatro se habían hecho eco en los corredores del *Noche Repentina*, Wendy y Garfio se hallaban de pie en el puente de mando, mirando al sol hundirse en el horizonte, tiñendo el mar con su órbita carmesí. Nubes blancas adornaban el cielo. Wendy bebió un sorbo de su sidra caliente, un lujo que Fermina se las había arreglado para preparar en la cocina del barco. Garfio sostenía una botella de vino con la mano, y su gancho se aferraba plácidamente del timón, mientras tarareaba una canción de piratas sobre las olas.

—¿No te interesa saber —le preguntó el capitán a Wendy— cómo fue que en realidad perdí mi mano?

Wendy se volvió hacia él, y levantó la cabeza tan rápido que la manta que la cubría casi se resbaló de sus hombros.

—Pero pensé...

—Estoy seguro de que escuchaste el cuento de Peter. Y por raro que te parezca, la mayor parte es verdad. Encontró nuestro lugar de escondite, donde teníamos guardado el *Alegre Rodger* y el *Noche Repentina* apenas en construcción. Quemó el barco de mi padre, y a un grupo de buenos hombres junto con él. Cuando gritaban de dolor, él se reía, o eso me han contado.

Wendy lo miró, extrañada.

—¿Túno estabas ahí? —le preguntó.

Garfio tomó vino y ajustó el timón en dirección al noroeste.

—Estaba ahí, en las cavernas, pero no con mis hombres. Yo estaba... con ella.

Wendy sabía con exactitud a quién se refería.

—Hay una pequeña laguna, en el fondo de los Dientes. Habíamos escondido tesoros ahí algunas veces. Sólo un puñado de personas la conocen. La llamamos el Santuario. Es pacífica, silenciosa y escondida. Nadar ahí es algo especial, y es un lugar para llevar a aquellos que... —el capitán se aclaró

la garganta, pues las cicatrices de la memoria le nublaban los rasgos—. Túrne entiendes.

Wendy pasó saliva y su voz se suavizó al pensar en el dolor del recuerdo del capitán.

—Sí —respondió la muchacha.

—Estaba ahí con ella, un pequeño momento de felicidad en una vida de miseria, y Peter Pan nos encontró. Apareció en la caverna y, detrás de él, sólo pude escuchar los gritos desesperados de mis hombres. Flotaba hacia abajo, y cuando lo vi en la luz nunca olvidaré el odio que divisé en su cara. Ya éramos enemigos, pero yo había tomado algo que él deseaba con desesperación: a Lomasi. Era la primera vez que él había aprendido algo del amor, y también la primera ocasión, creo, en que le rompieron el corazón. Con un grito traicionado se lanzó hacia ella, enloquecido de rabia, con la espada de oro desenvainada. Yo me adelanté para protegerla...

—Y Peter te cortó la mano.

—De un solo tajo. Era como si su hoja estuviera hirviendo —Garfio sacudió la cabeza—. Había sangre por todas partes. Lomasi gritaba; Peter reía. Yo estaba en *shock*, pero alcancé a levantar mi espada con la otra mano y me preparé para pelear, aunque a duras penas podía permanecer de pie. En ese momento, supe que me iba a matar a mí y luego a ella —el capitán se entristeció—. ¿Cómo hace un hombre acorralado y herido para pelear con un niño con poderes mágicos que además puede volar? —preguntó emitiendo una amarga risotada—. No era ninguna competencia para él. Me lanzó al suelo. Mi princesa se abalanzó sobre mi cuerpo y le rogó a Peter que tuviera piedad. Yo veía su rostro, su placer de tenerme a su merced, rogando por mi vida —Garfio entrecerró los párpados—. Pero entonces enarcó las cejas y se alejó de nosotros sin decir una palabra más. Voló fuera de los Dientes, y me dejó sangrando en el suelo, con uno de mis barcos reducido a cenizas y 25 piratas menos. Durante mucho tiempo me pregunté por qué se había retirado. ¿Piedad, acaso? ¿Amor por Lomasi? ¿Remordimiento por haber matado a mi padre?

La voz de Garfio se endureció y la malicia inundó su tono después de una pausa:

—No era ninguna de esas cosas, pues esos son los sentimientos que nos hacen humanos y Peter no lo es. Cuando me vio en el suelo, pudo vislumbrar el fin de su juego, y Peter Pan no podía vivir sin esa posibilidad, sin ese infinito círculo de ajedrez que jugamos una y otra vez.

Garfio dejó la botella en el suelo y se enderezó la chaqueta antes de mirar a Wendy a los ojos.

—Cuando estés lista —le dijo—, prepararemos nuestra trampa y ése será el principio del fin, mi última movida en el juego de ajedrez con Peter Pan.

Luego el capitán apartó el abrigo, y antes de que Wendy pudiera darse cuenta, se hincó frente a ella y le dijo:

—En todos estos años pensé que podía ganar el juego con barcos, espadas y pistolas. Resulta que sólo estaba esperando para mover a una chica en la partida. Tú eres la pieza que faltaba, una muchacha de otro mundo que creo que tiene el poder para desvanecer a un demonio de nuestras propias tierras.

Wendy no estaba segura de qué hacer, de modo que levantó el brazo y tomó el frío garfio en su mano.

—Tal vez yo sea la pieza que faltaba, pero no soy peón de nadie —le aclaró al capitán—. Haré mi mayor esfuerzo, pues eso es lo más que puedo prometer. Por tu familia y por la mía.

Los ojos de Garfio brillaban, resueltos. De pronto frunció el ceño y agregó:

—Eso es todo lo que puedo pedirte. Y te lo prometo, tan pronto como Peter Pan sea derrotado, moveré cielo y tierra para ayudarles a ti y a tus hermanos a regresar a casa.

Wendy cerró los ojos y sólo pudo responder:

—Por favor.

Permanecieron en silencio durante algunos momentos, cada uno sumergido en sus propios recuerdos.

—Deberíamos estar en las costas de la Isla de Pan en dos días, gracias al viento ligero que nos ayuda —declaró Garfio—. ¿Estarás lista para entonces?

Wendy volteó hacia el capitán.

—Lo estaré —prometió.

Ella miró al mar, ondulando en la noche estrellada centímetro a centímetro, antes girar a mirar de nuevo al capitán, un hombre cuyo nombre la había hecho temblar de miedo en otros tiempos. Señaló el timón.

—¿Puedo? —preguntó.

Garfio la miró, sorprendido.

—El timón de este barco es lo único que se salvó del desastre del *Alegre Rodger*. Éste era el timón del barco de mi padre. Nunca lo ha tocado ninguna mujer.

Wendy sonrió y levantó su vaso. Sus ojos nunca se separaron de los del

capitán.

—Y dígame, por favor... ¿qué quiere decir eso? —le preguntó.

—Quiere decir... —el capitán Garfio hizo una pausa. El labio superior le temblaba. Miró a Wendy y luego de vuelta a su barco, cuyas velas flotaban como negras alas de cuervo— quiere decir, por todos los infiernos, que puedes tomar el timón, pero no hagas chocar mi barco y ni se te ocurra contárselo a Smith. Nunca dejará de recordármelo, y probablemente te rebanará la garganta con su espada.

Wendy sonrió.

—Bueno, esperemos que no llegue a tanto —dijo.

La voz de Búho se escuchó desde la cofa:

—No va a dejarla tocar la rueda, ¿o sí, capitán? ¡Eso lanzaría una maldición sobre el barco!

—No, Búho, no la tocará, aunque no estás en posición de cuestionarme, ¿o sí?

—¡No, señor!

—Bien, entonces vuelve a tu trabajo.

Garfio le guiñó un ojo a Wendy y susurró:

—Está ciego.

—Pero no sordo —Búho gruñó y Garfio sonrió.

Fue sólo un momento, un gesto temporal, pero hizo que el corazón de Wendy se hinchara de esperanza.

Ella avanzó y colocó las manos alrededor del timón, sorprendida ante la frialdad y humedad de la madera, y lo natural que se sentían las agarraderas entre sus dedos. Su vestido acariciaba el suelo y Wendy miró hacia el cielo. Escuchó los gritos de las gaviotas sobre su cabeza, y la nariz se le llenó con los olores del mar salado. La sangre en el agua era ahora la misma que corría por sus venas, y la llamaba. Lo que antes había sido un peligro extraño, ahora era un lugar al cual regresar, y sus manos movieron el timón por instinto conforme miraba al bauprés chocar contra las olas.

El viento tomó las velas del *Noche Repentina*; ella se inclinó hacia adelante, directo a la corriente. Los músculos de Wendy respondían ante las necesidades del timón sin siquiera pensarlo, pues su cuerpo se había vuelto uno con el *Noche Repentina*. Ella podía ver. Garfio se recargó en el barandal, y su rostro traicionaba lo impresionado que se sentía. Otra ola chocó contra uno de los lados del barco, empapando a Wendy, pero no logró quitarle la

sonrisa de la cara.

—Mantén tu mano sobre la rueda. Firme, niña. Tan firme como puedas.
Ella pretendía exactamente eso.

D

os días más tarde, el *Noche Repentina* yacía en las costas frente a la Isla de Pan. El gigantesco árbol que era la seña más distintiva del sitio ondeaba al viento a tan sólo unas cuantas millas de distancia. Wendy lo veía balancearse desde su ventana. Sus dedos acariciaron con cuidado el marco de hierro del ojo de buey, sintiendo cada uno de los pequeños clavos que remachaban el marco del barco, tan fuertes. Tan sólidos. Se dio la vuelta y su ridículo vestido acarició ambos lados del corredor de madera.

Fermina se había sentado con ella aquella mañana, preparando a Wendy para que se viera tan atractiva como fuera posible. Le había lavado y peinado el cabello la noche anterior, y esa mañana Fermina lo organizó en hermosas ondas; ligeros rizos castaños que le caían por el rostro, acentuados por una peineta de diamantes que tenía forma de luna creciente, regalo de Garfio. También le puso un poco de maquillaje en los labios y las mejillas, y aunque había rechazado el corsé que Fermina intentó colocarle, de todas maneras le

enfundó un ajustado y opulento vestido azulado. Paneles de seda de color lavanda caían de sus hombros y culminaban en un profundo escote en V, y lo ajustado del tejido empujaba sus pechos hacia fuera y hacia arriba. Una aplicación de flores plateadas y doradas adornaba su hombro izquierdo y cruzaba hacia la parte trasera del vestido antes de acomodarse al frente, cerca de las rodillas de Wendy, y continuar hasta el suelo. Era una pieza muy pesada e inútil para llevarla a bordo de un barco pirata, donde se enganchaba con todo tipo de objetos desagradables o superfluos: pequeños huesos, mechones de pelo o casquillos de bala.

En aquel momento la muchacha se las había arreglado para caminar hacia la escalera de huesos, con el corazón latiéndole a toda prisa entre los pulmones, temerosa, lenta y pesada. Se repitió en voz alta el plan, asegurándose de haberlo aprendido de memoria, de modo que cuando Peter la mirara no fuera a perderlo entre los ojos del chico, en sus caricias que hacían que su piel ardiera.

Toma la jeringa. Toma al hada. Sal de ahí.

Una de aquellas cosas iba a ser bastante sencilla de obtener, en especial si lograba bajar la guardia de Peter convenciéndolo de que se sentía arrepentida, y más importante, totalmente enamorada de él. Si lograba distraerlo durante el tiempo suficiente, podría tomar la jeringa mientras él dormía, o quizá mientras...

Ella sacudió la cabeza para poder pensarlo. La canción debía ser entonada de la misma forma, y para hacer eso necesitaban la jeringa.

La otra meta no iba a ser tan fácil de cumplir. Terna que convencer a Campanita de que le enseñara la canción, la canción de su pueblo, aquella con la que llamaban a la Sombra, y luego regresar al barco. Para lograrlo, tenía que ganarse la confianza de Campanita, contarle la verdad sobre lo que Peter había hecho con su gente. Wendy iba a tener que remover capas y capas de amor y odio autoinfligido, por no mencionar la lealtad inamovible que el hada sentía hacia Peter.

Toma la jeringa. Toma al hada. Sal de ahí.

En apariencia se trataba de un plan simple, y sin embargo era muy complejo. Casi imposible, de hecho.

Conforme ascendía por la escalera de cráneos y huesos, Wendy se preguntó cómo terminaría aquella pesadilla. Ningún final feliz estaba asegurado en su historia, a diferencia de los cuentos de hadas que le contaba Liza cuando era

niña.

¿Serían capaces de llamar y despedir a la Sombra? ¿Era de verdad posible derrotarla? ¿Se convertiría en una batalla? El capitán Maison todavía estaba ahí afuera, esperando entre las tinieblas las órdenes de Peter. Peter y los niños perdidos (incluyendo a su hermano) poseían armas y se estaban preparando para la guerra. ¿Qué tenían ellos a cambio? Un barco increíble, un capitán asesino, dañado y enfermo de amor, y un vestido de tonos azules.

Wendy miró hacia abajo y le mortificó ver las manzanas de su escote oscilando cuando caminaba. Una chica en un vestido con escote muy profundo, un vestido que hubiera desmayado a su madre. Wendy continuó subiendo la escalera. *¿Para qué estoy haciendo todo eso? Si no podemos regresara casa, ¿cuál era el punto? ¿Permanecer aquí, aterrorizada para siempre por Peter, por las sirenas, por los piratas violadores?* Hizo una pausa. No. Ésa no era una opción, de modo que lo único que le quedaba era pelear. Pelear por su familia, por sus hermanos, por su futuro con el hijo del librero.

Algunos hombres poseían armaduras. Ella tenía un vestido azul. La escotilla se abrió delante de ella, y la turquesa luz brillante de Nunca Jamás asaltó sus ojos al tiempo que subía a la cubierta del *Noche Repentina*. Wendy sonrió. *Es el momento para un poco de teatro.*

La tripulación yacía alineada sobre cubierta, con los ojos bajos mientras Wendy caminaba, y el sonido del roce de su vestido contra el suelo interrumpía el reverente silencio. Cuando pasó por delante de Voodoo, él comenzó a cantar con su rica voz de tenor:

*Levaremos el ancla
y tensaremos las velas. Adiós, hasta pronto,
adiós, hasta pronto.
Los amigos que dejamos los
dejamos con tristeza Hurra,
muchachos, pues volvemos a
casa.*

El resto de la tripulación se le unió, y sus voces masculinas subieron de tono hasta que llenaron el barco y se deslizaron hacia el mar, volando hasta la Isla de Pan. Wendy se detuvo frente a Smith, quien se erguía con una cimitarra en cada mano y los brazos cruzados sobre el pecho. Miró a Wendy de arriba

abajo.

—Esto es demasiado, ¿no te parece? —le preguntó.

Ella sonrió con timidez y palmeó con gentileza el brazo del pirata. Lo vio parpadear muy rápido para ocultar las lágrimas que acudían a sus ojos, y luego Smith se inclinó hacia adelante.

—No tienes que hacer esto —le dijo a Wendy—; podemos encontrar otra manera de matar a ese muchacho.

Wendy negó con la cabeza, triste.

—No. No podemos —le respondió—. Cuida al capitán.

Luego continuó caminando, pues sabía que si se detenía, incluso durante un segundo, su siguiente paso la llevaría de regreso al refugio del barco, a la seguridad y la espera eterna. *Espero un milagro. Espero que Peter explote.* En lugar de eso marchó hacia el capitán que vestía una camisa perfectamente blanca con la chaqueta militar descansando sobre los amplios hombros. Sobre su cabeza se hallaba el sombrero que ella sabía que él detestaba, con su gema rojo brillante titilando en la luz. Él extendió el garfio, y Wendy lo tomó con suavidad, pensando en cómo aquella cosa que ella encontraba aterrador se había convertido en un elemento de consuelo, una parte de aquel hombre monstruoso en quien había aprendido a confiar como en un padre. Volteó hacia él. El capitán bajó la voz.

—Recuerda el plan. No te demores. No dejes que Peter entre en tu corazón. No puede saber por qué estás ahí o lo perderemos todo.

—Sé lo que hago —repuso Wendy.

Habían discutido el plan durante días; ella no albergaba duda alguna sobre lo que tenía que hacer, ni sobre lo que le iba a costar. Garfio la ignoró.

—Toma la jeringa, toma al hada y sal de ahí. No dejes que llegue demasiado lejos. Convéncelo de que lo amas y luego haz lo que tengas que hacer cuando esté en su punto más vulnerable. Y no... —Garfio hizo una pausa — no le des nada que no puedas recuperar —le dijo, por fin.

Ella sintió que se ruborizaba.

—Por favor deja de hablar —le pidió.

Él asintió.

—Es lo mejor para todos. Ahora date la vuelta.

Wendy se hizo el cabello hacia un lado y se dio la vuelta. Sintió que Garfio deslizaba su daga bajo la tela de su vestido. Luego volvió a darle la vuelta y la miró a los ojos.

—Si Lomasi y yo nos permitiéramos tener hijos, en mis sueños más osados yo desearía tener una hija tan valiente como tú —confesó Garfío.

Wendy sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Extrañaba a su padre.

—Gracias —susurró la muchacha—. Y tú... tú eres un buen hombre que ha hecho algunas cosas muy malas. Quizá podrías intentar enmendarte de ahora en adelante.

Garfío sonrió a medias, con lo cual sus rasgos se deformaban en un ángulo incómodo.

—Lo tendré en mente —declaró.

Wendy entrecerró los párpados.

—Recuerda lo que me prometiste. No matarás niños perdidos.

—Haré lo que pueda, pero no puedes pedirme que no proteja a mi familia si me veo en la necesidad de hacerlo.

Wendy asintió con la cabeza.

—Me parece justo —aseveró.

La chica y el capitán se miraron durante un largo rato.

—Ahí viene —dijo Búho desde muy arriba, en la niebla—. ¡Prepárense!

Garfío asintió una vez más mirando a Wendy y luego se alejó de ella, con los ojos grises llenos de preocupación. Se aclaró la garganta y dijo:

—Vamos, muchacha.

Wendy extendió sus muñecas, y el capitán las ató con una cuerda, aunque el nudo estaba bastante suelto.

Ella puso un pie en la plancha.

Garfío comenzó a gritar la sentencia de Wendy:

—Debido a su lealtad al traidor y asesino Peter Pan, Wendy Darling de Londres ha sido sentenciada a pasar por la plancha. ¡Ha demostrado una y otra vez que su lealtad permanece con él, y por eso la entregaremos como sacrificio al mar!

Garfío miró a Búho, quien permanecía oteando el horizonte, con un pie sobre la cofa y el otro en una de las jarcias. El vigía miró hacia arriba y luego de vuelta a Garfío, antes de señalar con las manos las nubes sobre su cabeza.

Garfío giró hacia Wendy y le susurró:

—Está aquí.

Luego el capitán gritó:

—¡ARRIBA, NIÑA! ¡A LA PLANCHA ANTES DE QUE TE ABRA EN CANAL CON MI ESPADA!

Las manos de Wendy temblaban cuando comenzó a caminar hacia delante. La plancha era una tabla gruesa de madera, sostenida por un pesado cañón en uno de sus extremos, y cuando caminaba, la tabla vibraba bajo su peso. Poco a poco, un pie delante del otro, logró llegar al final. Garfio caminaba justo detrás de ella, con la espada en su espalda. Lo que debería ser amenazante en realidad le daba seguridad a la muchacha, pues sabía que lo tenía cerca, a tan sólo un brazo de distancia.

El agua bajo sus pies se retorció de forma siniestra; olas con crestas blancas chocaban la una contra la otra al tiempo que embestían al *Noche Repentina*, que aceptaba sus embates como un soldado veterano. Wendy volteó a mirar a Garfio y el capitán le dirigió una sonrisa teñida de tristeza, aquella que se había vuelto familiar entre ellos. La chica se adelantó al borde de la plancha. Búho hizo una seña desde arriba y Garfio se aclaró la garganta.

—Wendy Darling, de acuerdo con el código de los piratas, te sentencio a morir. Da el último paso por tu propia voluntad o te asistiré en el proceso.

Wendy miró el agua y por primera vez notó una sombra monstruosa que se agitaba bajo las olas. Otra la seguía de cerca. Después de eso, todo ocurrió muy rápido. Garfio se asomó por un lado de la plancha y se enderezó, lívido. El primer cocodrilo salió del agua con las fauces abiertas y los dientes amarillos, muy filosos, amenazantes. Abrió y cerró el hocico con deleite ante Wendy, saboreando por adelantado a su víctima. Otro cocodrilo más pequeño y rápido nadaba en círculos alrededor del primero. Con un rugido, utilizó su cola para saltar unos cuantos metros por encima del agua antes de volver al mar. Garfio sacudió la cabeza con violencia.

—No suelen merodear por estas aguas. No podemos hacerlo. ¡Cambio de planes! —murmuró el capitán.

De repente Búho gritó:

—¡No es Peter, no es Peter! ¡Alto!

Garfio quiso sostener a Wendy, y en ese momento se escuchó cómo las palabras de Búho se transformaron en un grito terrible. El eco de un disparo resonó entre las nubes.

Búho salió volando de la cofa y aterrizó con un golpe sordo sobre cubierta, y la nuca se le rompió con un sonoro chasquido. La sangre le brotaba del pecho y manchaba los pies de la tripulación, que estaba paralizada, incapaz de comprender lo que veían. La cabeza del pirata caído yacía en un ángulo antinatural, y sus nublados ojos se abrían a la oscuridad que había conocido

durante toda su vida. Wendy se cubrió la boca justo cuando el grito iba a explotar de sus labios, dando un paso hacia atrás de manera involuntaria y lo único que la recogió fue el aire. Sus piernas se enredaron en el vestido cuando trataba de volver a la plancha, y no hizo más que caer hacia atrás justo en el instante en que Garfio se lanzaba hacia adelante para atraparla. Lo último que vio fue la mano estirada del capitán buscando la suya, con los dedos de ambos a centímetros de distancia, incapaces de tocarse. Ella desapareció al final de la plancha y cayó con el vestido azul flotando a su alrededor.

Vio el casco del *Noche Repentina* frente a sus ojos, recordando brevemente que una vez la habían levantado de las aguas y sobre la negra cubierta. Ahora se iba de la misma forma en que había llegado. El vestido estaba por todas partes, flotaba a su alrededor como un pedazo de cielo azul, y Wendy casi no tuvo tiempo de considerar la horrible muerte que la aguardaba. *¿Me desgarrarán? ¿Me ahogarán primero? ¿Sentiré sus dientes cuando me muerdan o todo terminará en un festín rápido de sangre?* Su cuerpo viró y entonces lo vio bajo ella, unas masas gigantes de verde y dientes, y alcanzó a oler su aliento, podrido y caliente.

Ay, mamá, pensó.

Él la golpeó fuerte, moviéndose rápido, y el impacto fue tal que ella pensó que había muerto. Trató de respirar, desesperada, incapaz de ver ni de tomar aliento. Mantuvo los ojos cerrados, esperando el dolor de los dientes y el desgarrar. Pero en lugar de eso sintió el viento en el rostro, y se forzó a abrir los ojos. Estaba elevándose cada vez más y más arriba, lejos del *Noche Repentina*, volando, envuelta en unos fuertes brazos. Vio al capitán sobre la plancha, observándolos alejarse de él; su cara era una mezcla de sorpresa y alivio. Ella se movía cada vez más rápido. Ascendía. Comenzó a superar el *shock* por el que había pasado y dejó que sus puños descansaran en la espalda de su salvador.

—¡Me salvaste! —sollozó.

El silencio fue la única respuesta. Ella se alejó un poco para mirar el rostro del otro antes de que sus labios temblaran y sintiera las lágrimas cayendo de sus ojos, mientras aferraba la camisa que yacía bajo sus manos.

Conocía esa espalda, esos hombros, los rizos castaños que adornaban aquel rostro, así que abrazó ese cuerpo con todas sus fuerzas y lo envolvió, completamente feliz.

—John! John!

Comenzó a sollozar en sus brazos conforme él la llevaba más y más arriba, a través de la niebla y las nubes hasta que emergieron en un cielo violeta mezclado con pálidos tonos de azul y jirones de nubes rosas que se extendían más allá del horizonte.

—John, me salvaste! —gritó Wendy apretándolo todavía más.

—¿Piensas... —le preguntó su hermano en un susurro— que de verdad te dejaría morir?

Luego se quedó en silencio y le besó la mejilla.

—Oh, John, ¿qué ocurre?

Finalmente el chico se aclaró la garganta.

—Lo siento.

Wendy movió la cabeza un poco hacia atrás y lo miró al tiempo que volaban hacia la Isla de Pan. Su hermano parecía mayor, mucho mayor que la última vez que lo había visto, de hecho. Su rostro se había enjutado. Creció algunos centímetros, y su piel relucía con un brillo saludable. Mientras que su cuerpo era elástico y fuerte, su rostro parecía pesado, grave. Ojeras oscuras, del color de una ciruela madura le rodeaban la parte inferior de los ojos, que estaban hundidos y parecían recelosos, y tenía los labios cuarteados en las comisuras.

—John?

—Lo siento. He hecho algo terrible.

Ella tomó el rostro de su hermano entre sus manos y le regaló las palabras que había querido decirle cada noche desde que lo dejó atrás en la Isla de Pan, las palabras que siempre supo que él necesitaba escuchar por sus inseguridades.

—Sé que hemos tenido nuestras diferencias desde que llegamos aquí. Todas nuestras vidas, en realidad, pero nada puede cambiar el hecho de que tú eres mi hermano. Somos familia, incluso aunque tú no lo creas. Siempre estaré a tu lado. Creo en tu bondad y te amo.

Un sollozo escapó de la garganta de John conforme se acercaban al gran árbol.

—¡Detente! ¡Deja de hablar ahora mismo, Wendy! ¡No sabes nada de mí ni de mi vida aquí! ¡No entiendes nada, y jamás lo entenderás ! Eres igual a nuestra madre, igual de molesta que ella, asumiendo siempre que lo sabes todo.

¡Él ya la recuerda! Wendy se quedó en silencio. John había retirado el

velo, o algo lo había hecho recordar su vida anterior a Nunca Jamás. Eso era bueno, y la chica sintió que todo su cuerpo se llenaba de esperanza. La voz de John se redujo a un susurro.

—¿Michael está seguro? Sólo respóndeme eso.

Wendy asintió.

—Está en un lugar seguro, muy lejos de donde puedan hacerle daño.

—No quiero saber nada más.

—John, no regresemos de inmediato. ¿No puedes llevarme a un lugar donde podamos hablar?

John negó con la cabeza y parpadeó despacio.

—Peter nos espera —contestó.

Wendy se guardó los argumentos que amenazaban con subirle por la garganta y se permitió ser feliz, durante un momento, pues una parte de su familia estaba con ella, en sus brazos, y sentía el corazón de su hermano latir frente al suyo; la misma sangre corría por las venas de los dos, los mismos recuerdos compartidos. Ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Te extrañé, mocososo.

Lo sintió temblar.

—Perdóname, Wendy.

Aterrizaron con fuerza en la plataforma del Tipi. John la colocó en el suelo con suavidad, y sus ojos se encontraron con los de Wendy por un instante.

—Lo siento mucho —le susurró—. Perdóname.

—¿John?

El chico saltó en el aire y se alejó de ella, desapareciendo en las hojas que rodeaban el Centro. Wendy se dio la vuelta para mirar el Tipi. El corazón le latía enloquecido en el pecho. Todos y cada uno de los niños perdidos estaban parados frente a ella, con los rostros duros y los ojos traicionados. Wendy tragó saliva con dificultad.

—¡Bienvenida de vuelta!

Los niños perdidos se separaron para dejar pasar a su líder. Peter Pan caminó hacia ella, deslumbrante incluso a la distancia, con una corona de oro sobre la cabeza y un traje nuevo hecho de piel verde oscuro, adornado con hojas marrones. En una mano empuñaba su espada. Wendy dejó que sus emociones la abrumaran y contrajo el rostro, angustiada.

—¡Oh, Peter!

Se tiró al suelo, arrodillándose a los pies del chico, montando el *show* que

ella sabía que a él le gustaría para su público cautivo. *Que comiencen los juegos.*

—¡Me equivoqué! —sollozó Wendy—. Tenía... mucho miedo y traté de escapar, pero Garfio me descubrió y... —dejó escapar un grito— ¡las cosas que he visto, las cosas que me hizo! ¡Me obligó a ir con las sirenas! ¡Me amenazó con matar a Michael si no seguía sus órdenes! —recordó la cabeza de Búho partida sobre cubierta, y lágrimas de verdad comenzaron a resbalar por su nariz, y sollozos reales salieron sin control de su garganta—. ¡Intenté por todos los medios regresar a ti! Simplemente...

Los pies desnudos de Peter se hallaban frente a ella, y Wendy extendió una mano temblorosa para tocar la pantorrilla del muchacho. El tacto de su piel hizo que los vellos de sus brazos se electrizaran. Al menos fingir que sentía algo por él le daría un poco de placer. Al menos eso. Bajó la voz hasta que se convirtió en un susurro.

—Sólo quiero estar contigo. Eso es todo. Seré tu reina, si eso es lo que quieres. Espero que mi desatinado comportamiento no me haya hecho perder todas las oportunidades de convertirme en la chica a la que podrías amar.

Wendy hizo una pausa, esperando sonar verosímil.

—Y yo sólo quiero sentirme seguro —respondió Peter—. Me alegra ver que por fin recuperaste la cordura.

Le extendió la mano y la puso de pie, aferrando uno de sus brazos a la cintura de la muchacha.

Las palabras de Garfio resonaron en la mente de Wendy conforme las emociones de la chica iban del asco al deseo y de regreso.

Hazle creer que lo deseas tanto como para que baje la guardia. Luego ámalo con tal intensidad que no vea tender mi telaraña a su alrededor.

Sin detenerse, ella besó a Peter con fuerza, en frente de todos los niños perdidos, frente a todo el mundo, exactamente como ella sabía que él deseaba. Wendy quería que fuera creíble, así que se dejó caer sobre los labios del chico, probó su boca que sabía a bayas, su aliento tibio conforme los labios de Peter la exploraban. Ella le echó los brazos al cuello y se apretó contra él, y él respondió aferrándose a ella con ambas manos, de manera suave al principio y luego arrebatado, con desesperación. Ella recordó cómo se sentía ser deseada por Peter Pan, cómo el muchacho iluminaba su alma desde dentro, haciéndola pulsar de deseo. El calor que despedía Peter era tal que ella pensó que podría quemarse viva, así que retiró la cabeza y lo miró a los ojos. De inmediato

recordó lo hermosos que eran, de un verde esmeralda chispeante, como destellos de flama. Los ojos hurgaron en el rostro de Wendy buscando la traición, pero en lugar de eso ella pudo ver que él también estaba rebasado por el deseo, por la satisfacción de obtener al fin lo que tanto había querido. Peter acarició los rizos de Wendy con los dedos antes de jalarlos con fuerza y ordenarle:

—Dilo. Di que serás mía para siempre.

Wendy, segura en su atrevimiento, se mordió el labio inferior antes de responder:

—Para siempre y de todas las formas imaginables.

Peter, incapaz de controlar su alegría, explotó en carcajadas histéricas antes de volver a besarla.

Los niños aplaudieron, entusiasmados. Peter la volteó para que le vieran el rostro. Campanita le hizo una mueca a Wendy desde un rincón de la habitación.

—¡Nuestra madre y reina ha regresado! —gritó el chico, eufórico—. Tratémosla con la mayor de las gentilezas. ¡Esta noche celebraremos que hemos ganado y que Garfio ha perdido! ¡Levantaremos nuestras copas en honor de Wendy Pájaro, quien voló lejos sólo para regresar con nosotros, justo a tiempo para atestiguar el principio de nuestra gran guerra!

Los niños perdidos se prodigaron en gritos exultantes, y Wendy tuvo tiempo de ver lo que no había visto antes debido a la media luz que imperaba dentro del Tipi: armas. Armas por todas partes. Pistolas, cuchillos, hachas, espadas e incluso cañones se hallaban repartidos por la habitación. Ella pasó saliva. Las manecillas del reloj estaban corriendo.

Tic tac.

Peter volteó hacia Wendy.

—Antes de comenzar la celebración —le dijo—, tengo una cosa más para ti. Un regalo de tu rey. Si permaneces fiel a tus palabras... no lo dañaremos.

Wendy se sonrojó.

—Estaré feliz de aceptar cualquier regalo que quieras darme —respondió.

Peter la miró directo a los ojos.

—Dime que me amas —ordenó.

Wendy dio un paso adelante, esperando que su tímida voz pudiera convencerlo de la verdad.

—Mis sentimientos por ti no han hecho más que fortalecerse —explicó—. Estar con Garfio me hizo darme cuenta de que no puedo imaginar mi vida sin ti

—luego decidió decir al menos una parte de la verdad—. Tú eres el fuego que me hace arder.

Peter enarcó las cejas, y una sonrisa maliciosa apareció en su rostro.

—Me alegra escucharlo. Chicos, tráiganle a Wendy su regalo.

Un grupo de niños perdidos lo arrastraron desde el fondo del salón, con una bolsa sobre la cabeza, y lo arrodillaron a los pies de Wendy.

—¡Quítale la bolsa! —ordenó Peter, con los ojos entrecerrados, diabólicos.

Con manos temblorosas Wendy retiró la bolsa negra de la cabeza del muchacho.

Un grito terrible escapó de los labios de la muchacha. El rostro del chico estaba lleno de moretones, y una línea de sangre seca podía verse cruzando su frente. Aún así, los brillantes ojos azules que ella conocía tan bien la miraron de frente, y Wendy temió que el corazón se le saliera del pecho y aterrizara a sus pies.

Booth levantó la cabeza.

—¿Wendy? —preguntó.

Jaque mate.

